

Sayed Kashua

Llega un nuevo día

Notas de una vida
palestino-israelí



Galaxia Gutenberg



SAYED KASHUA

Llega un nuevo día

Notas de una vida palestino-israelí

Traducción de
Raquel García Lozano

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: בן הארץ
Traducción del hebreo: Raquel García Lozano

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2019

© Sayed Kashua, 2015
© de la traducción: Raquel García, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de portada: © Micha Bar Am/Magnum Photos/Contacto

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17747-57-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción

PRIMERA PARTE Se lo advierto (2006-2007)

Se lo advierto
El Día de la Ascensión
¿Quién ganó?
Señoría
Cumpleaños
Vacaciones en Tel Aviv
Acusado
La costura
Felices fiestas
En lugar de un cuento
Varicela
¿Me quieres?
Nuevo rico
Día de la Independencia
Una habitación propia
La próxima gran obra
El osito sí sí
La bicicleta
La voz del lector

SEGUNDA PARTE Pasaportes extranjeros (2008-2010)

Pasaportes extranjeros
Míster Roth y yo
Un conejito monstruoso
De nuevo con vosotros
Época de austeridad
Para bien o para mal
Un país con ilimitadas posibilidades
Buenos días, Israel
El supermán palestino
Una agradable conversación en la barra de un bar
Las lágrimas fluyen por sí solas
Agua bendita

TERCERA PARTE
Antihéroe
(2010-2012)

Antihéroe
Nobleza obliga
El festival de literatura
Liquidación
Conversación nocturna
Es todo por mi culpa
Despedida de mi padre
La ensalada de Tira
Tradicionales
Un regalo de Arabia Saudí
Revolución en la cocina
Clase de árabe
Labor sagrada
Un caramelo envenenado
La Nakba en HD
Noche en vela
Pasaje al paraíso
La señal de la alianza
Insomnio
Deberes
Burbuja holandesa

CUARTA PARTE

Historias que no me atrevo a contar (2012-2014)

Historias que no me atrevo a contar

Orgullo y prejuicio

El fruto prohibido

El cielo llorará

Sin padres

Conversación con un extraño

Se hace bibi

Un viejo

Nieve en la ciudad

¡El tribunal!

Electricidad en el aire

¿Hay futuro?

Monólogo del culo

Y así declaro

Estados Unidos

Lo que se queda en casa

Despedida

Introducción

Hace alrededor de un año que salí de Jerusalén y vine a vivir a Urbana-Champaign, Illinois, con mi esposa y tres hijos. Celebramos el aniversario preparando humus en casa y friendo falafel. Ahora ya sabemos dónde comprar los productos adecuados para preparar comidas que se acerquen a los sabores de nuestra tierra. Mi hijo menor, que llegó aquí con tres años y sin saber ni una palabra de inglés pidió otra porción de falafel. Partí una pita por la mitad, la rellené con unas bolitas de falafel, añadí unas rodajas de tomate y pepino y lo empapé todo con salsa tahini. «¡Hale, papá! –dijo al dar el primer bocado con avidez; luego añadió, en inglés con acento del medio oeste–: ¡Este taco está buenísimo!». Ya tenía una idea para mi columna semanal.

Cuando empecé a escribir la columna semanal en el periódico *Haaretz*, hace más de diez años, aún vivía en Beit Safafa con mi mujer y mi hija mayor. Después tuve otros dos hijos, me trasladé del este al oeste de Jerusalén, hubo cambios de gobierno, estallaron guerras, fueron sofocadas y estallaron de nuevo, y yo continué escribiendo una columna cada semana.

Escribir una columna semanal puede ser una auténtica pesadilla. Había días en que acababa deambulando por las calles de la ciudad repitiendo en voz alta la pregunta: «¿Sobre qué voy a escribir esta semana?». Cuando notaba que la columna no era buena, o cuando sentía que no tenía nada sobre lo que escribir, me sumía en la depresión. Cuando sabía que había escrito una buena columna, estaba feliz, aunque tratase sobre la caída de misiles.

Escribir la columna era para mí una forma de vida. En el momento en que enviaba la columna a los redactores del periódico, empezaba a pensar en la siguiente. No buscaba una idea, sino una sensación. El sistema adoptado era

escribir sobre lo que me había conmovido más que ninguna otra cosa durante esa semana. Aguzaba los sentidos y buscaba sentimientos, miedo, dolor, esperanza, pasión, ira o alegría, y me prometía a mí mismo que intentaría trasladar esos sentimientos a los lectores de la columna por medio de relatos cortos. Intentaba ser honesto, contar la verdad tal y como yo la entendía, aunque las columnas a veces eran completamente de ficción.

A lo largo de diez años, escribí sobre casi todas las personas que conocía, y perdí a la mayoría de mis amigos, porque la gente que me rodeaba acabó alejándose de mí o callándose en mi presencia por miedo a que todo lo que dijera apareciera en el periódico. Durante esos años le amargué la vida a mi mujer y al resto de mi familia, no dudé en aprovecharme de ellos, si creía que eso me ayudaría a escribir buenas historias.

Creo que, sobre todo, intenté que la realidad sobreviviera por medio de las palabras. Poner orden en el caos y encontrar una lógica interna en las cosas que veía a mi alrededor y que yo mismo experimentaba. En esas columnas podía disculparme, gritar, temer, suplicar, odiar y amar, pero, sobre todo, buscar esperanza, hacer mi vida algo más llevadera. Esa es la razón por la que seguí escribiéndolas mientras tuve la esperanza de que, al final, todo iría bien, de que lo único que había que hacer era escribir la vida a modo de relato, y buscarle un final feliz.

SAYED KASHUA
Junio de 2015

PRIMERA PARTE

SE LO ADVIERTO
(2006-2007)

Se lo advierto

Destinatario: Redactor del suplemento del periódico *Haaretz*

Asunto: La columna de Sayed Kashua

Estimado señor:

Vamos a ver. No es la primera vez que envío una carta a los redactores de los periódicos en los que está empleado mi marido, conocido con el nombre de Sayed Kashua. Esta carta, como las anteriores, es una carta formal de advertencia. En caso de que mis demandas no sean satisfechas, no me quedará más remedio que recurrir a instancias judiciales.

Su reportero, mi marido, es un mentiroso patológico, un chismoso y un estafador que, desgraciadamente, se gana la vida distorsionando la verdad y dibujando un retrato completamente inverosímil de la realidad. Me sorprende que un periódico respetable como *Haaretz* se apresure a publicar las falsedades de mi marido sin molestarse en comprobar la veracidad del material que se publica. ¿Cómo es que no tienen el más mínimo sistema de control que compruebe si, en las columnas de su respetado reportero, aparece alguna calumnia que pueda desencadenar una larga lista de querellas?

Los bufetes de abogados con los que me he puesto en contacto me han asegurado que en el 90% de las columnas que se han publicado en su periódico hay motivos para una demanda con resultados favorables asegurados. Hasta este momento he evitado presentar querellas de ese tipo, porque no soy codiciosa como mi marido, su reportero, que ha demostrado más allá de toda duda razonable que no se detiene ante nada con tal de

ganarse la vida. Los actos de mi marido no me sorprenden, porque conozco perfectamente su carácter. Sin embargo, me sorprende que tantos y respetables redactores de su periódico ignoren la gravedad de la situación.

Como condición para poner fin a los procedimientos judiciales que he iniciado, exijo que su respetable periódico publique una disculpa, clara como el agua, en un lugar al menos tan destacado como el que le proporcionan a su inmoral reportero. Los lectores del periódico deben comprender más allá de toda duda razonable que el retrato que mi marido describe de su vida familiar es una burda mentira y carece de toda base real.

Con absoluta desfachatez, y con el apoyo de ustedes, mi marido dibuja casi cada semana un retrato monstruoso en el que normalmente yo soy la estrella. Hay que poner fin a este maltrato y, como no hay forma de comunicarse con el enfermo mental que tengo hospitalizado en casa, me dirijo a ustedes, como únicos responsables, para que acaben con esta infame campaña de difamación.

Mi marido, como sus lectores comprenderán, tiene graves problemas de adicción, y no me estoy refiriendo ahora al alcohol o a otras sustancias, sino a su adicción a la mentira y a la falsedad, que se han convertido en parte inherente de su vida cotidiana.

En su última columna, mi marido ha alcanzado nuevas cimas al describirme como una mujer iracunda y desquiciada que desea su muerte y que dice frases como «ojalá los gusanos te devoren los pulmones», una frase que, evidentemente, jamás ha salido de mi boca y que es fruto de las alucinaciones y aberraciones de su cerebro enfermo. Por no hablar del resto de las blasfemias que mi marido pone en mi boca y que no voy a repetir aquí para no herir la sensibilidad del público.

Es de lo más sorprendente que mi marido utilice insultos como herramienta habitual de escritura. Da la sensación de que sus redactores ni siquiera pestañean ante los constantes exabruptos que aparecen en sus artículos.

Los escritos donde mi marido me describe me causan un sinfín de problemas. Muy a mi pesar, me veo obligada a dar explicaciones a mi familia y a mi círculo de conocidos, en el trabajo y en el barrio. Día y noche tengo

que hacer frente a preguntas sobre acusaciones infundadas que se publican en un periódico tan serio como el suyo. Mientras yo he sido el blanco de sus dardos, he mantenido la boca cerrada y he decidido contenerme para mantener una apariencia de armonía familiar. Sin embargo, últimamente, mi marido ha logrado dañar la rutina diaria de sus hijos: también la niña, su primogénita, ha tenido que dar explicaciones a los padres de los niños de la guardería a la que asiste. Durante la última fiesta de Purim, mis ojos se llenaron de lágrimas cuando una de las madres quiso saber, basándose en lo publicado en su periódico, si era cierto que mi madre, descrita por su reportero como «mi suegra», es una especie de bruja que tiene como única finalidad en la vida apartarme de mi marido.

No comprendo por qué asuntos familiares, independientemente de que sean fidedignos o no, tienen que publicarse en los periódicos, y menos aún en uno como *Haaretz*. Por cierto, aprovecho la ocasión para informar de que yo también me uno a la lista de los que han cancelado su suscripción al periódico, y apelo a todos aquellos que tienen sentido común a que sigan mis pasos y los de muchos otros que se niegan a que un producto así entre en sus casas.

No soy una de esas personas que airean públicamente los conflictos familiares, pero en el caso que nos ocupa, y tras la experiencia del pasado, sé perfectamente que esta es la única forma de acabar con esta infame campaña de difamación: espero encarecidamente que sigan los pasos de otros periódicos que con anterioridad recibieron advertencias formales y que respondieron a mis demandas despidiendo a mi marido de inmediato.

Los lectores deben saber que mi marido, y estoy hablando como una profesional con muchos años de experiencia en un hospital psiquiátrico, sufre diversos trastornos de personalidad, y que su estado se define formalmente en jerga psiquiátrica como trastorno límite de la personalidad, algo que comporta numerosos desórdenes de conducta, de los cuales, tal vez los más graves sean el trastorno paranoide de la personalidad, la psicosis paranoica y el trastorno narcisista de la personalidad. Los lectores deben saber que mi marido sufre repetidos y recurrentes ataques de delirio en grado 4 en una escala de 5, delirios que se van agravando con el paso de los años.

Un pequeño ejemplo, sólo para explicar de lo que estamos hablando: últimamente, mi marido está convencido sin la más mínima duda de que es un asquenazí de origen polaco cuyos padres, que siempre han vivido en Tira, son supervivientes del Holocausto que emigraron a Palestina en un barco de inmigrantes ilegales en el año 45. Mi marido, estimados redactores y lectores, vuestro reportero, últimamente va por las calles de Beit Safafa contando a los transeúntes que es el único asquenazí del pueblo. Cuando le piden su dirección, para darle un toque distinguido, escribe «Beit Safafa Alto».

Lamento mucho haberme visto arrastrada a utilizar esta línea difamatoria en las páginas del periódico. Va en contra de mi naturaleza, sin embargo, ante el deterioro de la situación, no me ha quedado más remedio, los lectores sabrán perdonarme.

Atentamente,
la mujer de Sayed Kashua.

P.D.: Ruego se publique esta carta sin mencionar mi nombre.

7/4/2006

El Día de la Ascensión

–¿Y qué vas a hacer hoy? –me preguntó mi mujer cuando me desperté.

–¿Qué quieres decir? –respondí sorprendido–, lo de siempre, intentaré trabajar.

–¿No me digas que lo has olvidado?

–¿El qué?

–No me lo puedo creer. Llevo una semana diciéndote que hoy la niña tiene fiesta en el colegio. Es que no escuchas. ¿Sabes cuántas veces te lo he dicho?

–¿Qué fiesta? ¿Qué día es hoy?».».

–No lo sé, en la circular que enviaron del colegio ponía fiesta por el Día de la Ascensión.

Se han pasado un poco en el colegio, pensé. Bilingüe, vale, lo acepto. Respetar todas las religiones, las dos lenguas, las narrativas de los dos pueblos, vale. Respeto todo eso a pesar de los incontables días de fiesta que hay en el colegio. Pero, Dios, ¿celebrar el día de la inmigración judía, la ascensión, como ellos la llaman?

–¿Quién celebra el día de la inmigración? –grité–, ¿qué es todo este derroche de sionismo? ¿Qué está pasando?

–Papá –intervino la niña–, la maestra ha dicho que es la celebración de la Ascensión de Jesús a los cielos.

–¿Ah, sí? –me tranquilicé–, eso hay que respetarlo.

Bueno, hacía mucho tiempo que no estaba a solas con la niña y el Día de la Ascensión podía ser una ocasión perfecta para acercar distancias.

–Pasaremos un día genial –le dije a la niña–, celebraremos la Ascensión

como es debido.

Para poder tener el coche, nos fuimos todos juntos, primero dejamos al bebé en la guardería, gracias a Dios la guardería no era bi-nada y allí se celebraban las fiestas del calendario musulmán, y después acercamos a mamá a su lugar de trabajo.

–¿Tienes hambre? –le pregunté a la niña cuando nos quedamos solos en el coche y nos dirigíamos al restaurante del Jardín Botánico de Givat Ram–. ¿Ves? –le expliqué a la niña, lleno de orgullo por la educación que le daba, mientras atacábamos la ensalada y los quesos–, este jardín está lleno de flores, de árboles y de plantas de toodo el mundo.

–Papá, quiero dar una vuelta por el jardín, ¿puedo?

–Ehhh –dije. La idea de pasear no me fascinaba especialmente–. ¿No te basta con lo que ves desde aquí? Mira, hay patos en el lago.

–No, papá, vamos a pasear un rato.

–Vale, termina de comer.

Tras cinco minutos de caminata, me maldije por la estúpida idea de comer en el Jardín Botánico.

–¿Y qué es eso, papá? –preguntó la niña–, deteniéndose junto a cada letrero explicativo.

–¿No estás cansada? –pregunté.

–No, es genial. Mira esto, papá, mira qué bonito, amarillo, ¿qué pone?.

–¿Quieres que vayamos al centro comercial? Te compraré un helado.

–Sííí, helado.

Nos fuimos. Precisamente tenía algo que comprar allí, tal vez por fin podría cambiar las lámparas fluorescentes del cuarto de baño. Llevaban un año estropeadas y tuve que trasladar allí la lámpara de pie.

–Papá –dijo la niña cuando paré en la fila de coches que aguardaban para el control de seguridad–, ¿puedo hablar en árabe ahora?.

–¿Qué quieres decir? –giré la cabeza hacia ella–, pues claro, puedes hablar en árabe cuando quieras y donde quieras. ¿A qué te refieres?

El vigilante miró desde la ventanilla y yo le sonreí.

–¿Qué tal? ¿Todo en orden? –preguntó para comprobar mi acento. Antes de poder decir «muy bien», como de costumbre, dos palabras que no

contenían ninguna «p» ni «r» que pudiesen delatarme, la niña saltó con un *alhamdulillah*. –Documentación, por favor –pidió el vigilante.

–Escucha, cariño –le expliqué a la niña mientras entrábamos en una tienda de bricolaje–, está bien hablar en árabe, en todas partes, cuando tú quieras, pero no en la entrada del centro comercial, ¿vale, cariño?

Compré una lámpara fluorescente, una papelería para el despacho y un zapatero.

–Vamos a darle una sorpresa a mamá –le dije a la niña, que se quedó fascinada con el zapatero. También ella sabía que su madre llevaba pidiendo un zapatero desde que ella nació. Me dieron una caja grande. El vendedor dijo que el montaje no era ningún problema. No se necesitaban herramientas, dijo. Tan sólo un destornillador de estrella. Confiaba en que hubiese uno en la navaja suiza, porque ese era todo el equipo de herramientas que tenía en casa.

Perdón por mi lenguaje, pero joder con la tienda de bricolaje y con el vendedor, menudos hijos de puta, ellos y el zapatero. ¿A quién le hace falta un zapatero? Nos hemos apañado durante millones de años sin ellos, ¿para qué? Ya le enseñaré yo a mi mujer lo que es bueno. Han pasado dos horas y yo sigo luchando con mi navaja suiza y con los malditos tornillos, no entiendo nada de las instrucciones y todo me sale al revés. Estoy sudando como un pollo y tengo los dedos llenos de ampollas. «El montaje es muy sencillo», y una porra. Tengo la espalda agarrotada y estoy que echo chispas, intento no olvidar que la niña está a mi lado para no decir demasiados tacos. Y encima cobran por esto. Les voy a demandar, escoria. Y este Día de la Ascensión, ¿de dónde se lo han sacado ahora?

Bueno, tengo que calmarme, empezar de nuevo desde el principio. Aún me quedan tres horas antes de recoger a mi mujer en el trabajo. Respiraré hondo y empezaré, por orden. Extiendo un periódico y empiezo a colocar encima los tornillos por tamaños, los clavos, las piezas de plástico, siguiendo las instrucciones, siguiendo los números. Un chorro de sudor me cae desde la nariz directamente a la frente de Olmert dando un discurso en el Congreso. Precisamente lo vi en la televisión, salió en todos los canales de noticias, en directo, emocionado, tendiendo la mano a la paz, y todos los norteamericanos en pie y aplaudiéndole. ¿Y qué si justo al mismo tiempo estaba matando a

cuatro árabes en Ramala? ¿Pero qué me importa a mí Olmert ahora? Concéntrate en lo importante, el zapatero, tres horas.

Es lo bueno de los judíos, es lo que me gusta de ellos, la seguridad que tienen. Saben hablar bien. «Media hora de montaje. ¿Complicado?, para nada.» A las tres fui con la niña a recoger a mi mujer al trabajo.

–Bueno, ¿os lo habéis pasado bien? –preguntó. No respondí.

–Papá te ha preparado una sorpresa –dijo la niña.

–¿De verdad? ¿Qué es?

–Es un secreto –respondió la niña.

Cuando llegamos a casa, el zapatero estaba listo, precioso, de color coñac, dispuesto en el rincón apropiado. 100 shékels me cobró el carpintero, por un cuarto de hora.

–¿Lo has hecho tú? –preguntó mi mujer, asentí con la cabeza. Me plantó un beso.

–Pero papá –dijo la niña–, dijiste que no había que... –Levanté a la niña por los aires para hacerla callar y le susurré al oído:

–Hoy sí se puede, hoy es el Día de la Ascensión.

1/6/2006

¿Quién ganó?

El teléfono me despierta. La cabeza me estalla y casi me caigo al levantarme para contestar.

–¿Aún estás dormido?

–No. Estoy trabajando –respondo a mi mujer–, ¿ha pasado algo?

–No, sólo quería decirte que se me ha acabado la batería del móvil. No te inquietes si no contesto.

¡Ay, qué dolor de cabeza! ¿Qué hora es? Miro el reloj de pared: las 10.00. ¿Qué día es? Domingo. Sí, domingo. ¿Qué hice anoche? Intento recordarlo, asegurarme como después de cada noche de borrachera de que no hice nada especialmente malo. Creo que sí hice algo, por lo poco que consigo recordar. No conduje de vuelta a casa, de eso me acuerdo. Le di las llaves al vecino. Se lo pedí de antemano, porque sabía que, cuando el partido Francia-Brasil terminase, ya no vería ni tres en un burro. No salí por el partido, salí por el alcohol, y lo necesitaba mucho. Salí a emborracharme a propósito. ¿Quién ganó? Ahora mismo lo miro en internet.

Me entran ganas de vomitar, voy al servicio, me inclino, llevo la cabeza hacia el váter y no consigo echar nada. ¿Quién ha llamado?, acaba de sonar el teléfono hace un minuto. Ah, sí, mi mujer desde el trabajo. ¿Qué quería? Vaya, ganó Francia. Pero tengo que confirmarlo, no estoy seguro.

Un café solo bien cargado me ayudará, me digo, aunque sé perfectamente que no lo hará. Lo único que espero es no haber molestado demasiado a los camareros del bar El Laboratorio. Si fue así, espero que me perdonen, ya me conocen un poco. Seguramente antes estuve agradable, eso espero. Pero deben comprender que debía hacerlo. Esta vez realmente tenía que hacerlo.

Creo que fueron cuatro vodkas y tres cervezas.

Debo dejarlo. ¿Cómo voy a trabajar ahora? Tengo tanto trabajo, y todo lo que quiero es regresar a la cama. No puedo, el café seguro que me ayuda, si no, me tomaré un ibuprofeno, tengo que trabajar.

El café me revuelve aún más el estómago. Probaré con un cigarro. Lo enciendo a la vez que el ordenador. La pantalla tarda en aparecer. El antivirus informa de que el ordenador está en riesgo. El teléfono suena. Seguro que es mi mujer, creo que ha llamado antes, a ver qué quiere.

–¿Diga? –contesto mientras me conecto a internet. Y la página de inicio informa, ganó Francia.

–Llamamos de la guardería –oigo decir a la maestra. El inicio de una frase que no tiene ninguna probabilidad de terminar bien–. El niño tiene fiebre, lleva toda la mañana llorando, no come, no bebe, sólo llora. Hemos intentado llamar a su madre, pero no contesta el móvil.

Mi mujer tiene el coche. No contesta el móvil, salta directamente el buzón de voz. Cogeré un taxi. Busco en la cartera y no encuentro ni un céntimo. Me bebí hasta el último shékel ayer. Busco en información el número del lugar de trabajo de mi mujer, llamo una y otra vez y la línea está ocupada. Tardan un cuarto de hora en contestarme y darme el número de teléfono del departamento requerido. Me paso otro cuarto de hora marcando sin obtener respuesta.

Me estalla la cabeza, seguro que ahora el niño está chillando.

–¿Diga? –despierto al vecino de la noche de borrachera de ayer–, sí, estoy en casa –responde dormido–, pero no puedo conducir. Si quieres, ven a por el coche. Tiene una sillita de bebé.

En el aparcamiento me acuerdo de la llamada telefónica que recibí de mi madre media hora antes del partido. «He llamado para decirte que todo va bien –dijo–, sin contar que le han quemado el coche a tu hermano.» Quemar coches se ha convertido en algo habitual en Tira. ¿Pero mi hermano pequeño? ¿Qué ha podido hacer? ¿Por qué alguien querría quemarle el coche? «Al parecer ha sido alguien a quien despidió del trabajo», dijo mi madre. La ira se apoderó de mí. Alguien ha intentado herir a mi hermano pequeño. A las dos de la madrugada se despertaron con la explosión del depósito de gasolina en

la puerta de la casa. Tuvieron la gran fortuna de que varios vecinos acudieran a ayudar y consiguieran evitar que el fuego quemase la casa. Había despedido a alguien del trabajo. Una razón lo suficientemente buena en un pueblo azotado por la delincuencia. Ya apenas puedo pensar en un pueblo árabe que no sea así. «¿Crees que yo no quiero? –respondió mi hermano pequeño por teléfono cuando le grité que debía dejar ese lugar de mierda, salir pitando de allí–, ¿Adónde voy a ir? –preguntó–, ¿y qué trabajo voy a encontrar allí? ¿Te crees que es fácil? Me muero por largarme de aquí, ¿crees que quiero que mi hijo crezca aquí? No hago más que pensar en eso, pero ¿adónde?»

Mi hijo estaba llorando. Tenía los ojos rojos y la cara ardiendo. Lo abracé y sentí el calor de su cuerpo. «Ven con papá. Ven con papá, cariño. Todo irá bien», él apoyó la cabeza en mi cuello y lloró.

La clínica del centro comercial estaba abierta. Hay que vigilarlo, dijo la doctora, es importante que beba, si no se deshidratará. Recomendó un líquido dulce y anotó en un papel: «No está subvencionado».

Hasta ahora no he conocido nada que me entristezca más que un niño llorando. Sabía que normalmente le gustaba el rincón de los animales del centro comercial. Lo llevé allí y en su rostro se dibujó una pequeña sonrisa. «*Gatón*», dijo al ver a un ratón, y siguió con la mirada a los loros.

Odio ver animales en jaulas. Pero, pese a todo, decidí comprar en la tienda de enfrente. Dos pájaros, una jaula, arena, comida y un juguete. Pagué con tarjeta de crédito. Dejé la jaula junto al niño en el coche y este se calmó. Al llegar a casa, volví a intentar darle de beber. Leche, agua, helado, que tanto le gusta, pero no quiso. Le metí a la fuerza una aspirina, lloró un poco y enseguida se quedó dormido frente a la jaula. Lo llevé a la cama y regresé con los pájaros, les puse agua y comida, y trocéé un níspero, pero no comieron. Sólo permanecieron sobre la rama de plástico temblando.

7/7/2006

Señoría

¿Qué hago aquí? Esa pregunta machacona no me dejaba en paz.

Es como si acabara de despertar de un extraño sueño en el que estoy en un restaurante caro entre multitud de judíos norteamericanos ricos, algunos muy conocidos, sin saber que son judíos. Sin duda los he visto en la televisión alguna vez. Parecen importantes, van encorbatados y hablan bien, sonrían plenamente conscientes de lo que son. Estrellas. Estoy seguro de que alrededor de la mesa se están haciendo grandes negocios en los que debo participar. Seguro que funciona así: una cena de viernes en un restaurante caro entre personas para las que el dinero no tiene límites. Tengo que beber menos, me recuerdo, mis sueños se están volviendo cada día más extraños.

«Sí, gracias», me oigo decir, y sonrío a la camarera que me está sirviendo. Me despierto del sueño en el que he colaborado, sacudo la cabeza e intento recordar con quién me había encontrado en el restaurante en sueños. Un ruido con acento estadounidense llega por mi izquierda, giro la cabeza y veo a Jeff Goldblum, el macizorro ese de *La mosca*, sentado justo a mi lado. Está hablando delicadamente y moviendo la cabeza con gestos mesurados.

–Debes probar el pinot noir de Yarden –me dice alguien mientras hace girar el vino en su copa con movimientos de experto.

–¿Qué? Sí, claro, pinot noir, claro.

Pruebo el pinot noir y recuerdo que estoy ahí en calidad de juez. En inglés *jury*, que es algo menos distinguido, pero siempre había querido ser miembro de un jurado, levantarme ante el tribunal concluidas las deliberaciones y anunciar: «*Not guilty*».

Un juez es un juez, da prestigio, incluso si se es juez del Festival de Cine

de Jerusalén. De hecho, estoy sentado junto a *La mosca* en un restaurante de lujo. Y no sólo junto a él. Hace unas dos horas, en la sala de proyecciones de la filmoteca, he estado sentado junto a Debra Winger. No por casualidad, deliberadamente. Yo soy juez igual que ella. Media hora antes de la película me he tomado una cerveza con ella en una cafetería. Bueno, vale, yo me he tomado una cerveza, ella ha tomado agua mineral con gas y no estábamos exactamente solos. Vale, está bien, ella no sabe cómo me llamo. *OK*, puede ser que tampoco sepa qué aspecto tengo, porque creo que no ha girado la cabeza hacia mí pese a estar tres horas seguidas juntos. Y qué, yo formo parte del jurado igual que ella, y estoy seguro de que, con 19 películas en ocho días, tendrá que sentarse a mi lado, y seguro que echa un vistazo. Es sólo el segundo día del festival.

–¿Qué tal el pinot noir? –pregunta la voz a mi lado, todavía haciendo girar el vino en su copa.

–Excelente –respondo, mientras asiento con la cabeza. Es sólo el principio, y da la impresión de que en una semana de festival voy a asistir a más cócteles y comidas que en toda mi vida. Me pierde el postureo, pongo pose de niño rico a la menor oportunidad que se me presenta. También puedo iniciar una conversación sobre el pinot noir cosecha del 2002 de las bodegas Yarden sin entender ni papa de eso. Estoy hecho para la vida de farsante. Tengo una camisa y unos pantalones apropiados para eventos de este tipo. Viejos, es cierto, pero aún molan. Aunque, ahora que lo pienso, me resulta incómodo que Debra y Jeff –creo que puedo llamarles por sus nombres, después de todo somos colegas– me vean todos los días con la misma ropa. Puede que me compre algo nuevo.

Hasta ahora he usado dos veces mi ropa de gala en el festival. Hoy, y ayer en la inauguración. Pero ayer me senté lejos de los importantes, no avancé hacia las primeras filas a pesar de que me reservaron asiento allí. No estaba seguro y no quise enfrentarme a los vigilantes para que me dejaran pasar, asegurándoles que era un miembro del jurado. Me senté con el pueblo llano en la distancia. Salió bien, mis colegas no vieron mi ropa.

–Sí –le digo a la camarera–, creo que elegiré la lubina –en un tono como si la lubina y yo fuésemos viejos amigos.

La inauguración fue agradable. Los ministros Yuli Tamir y Ophir Pines-Paz, el vicealcalde Yigal Ademi y otras personalidades pronunciaron emotivos discursos. Hablaron de la importancia de la cultura, sobre todo en Jerusalén. También mis amigos, Jeff y Debra, subieron al escenario. Jeff habló en hebreo, dijo *shalom* leyéndolo en un papel, y no olvidó desear la pronta liberación del soldado israelí Gilad Shalit, cuyo nombre también leyó. El público aplaudió.

Multitud de globos blancos volaron por el aire y fueron arrastrados hacia el este por el viento. Después comenzaron los fuegos artificiales, que produjeron un ruido de guerra aterrador en la Piscina del Sultán.

–¿Otro pinot noir?

–Sí, por favor –sonriendo de nuevo a la camarera.

¿Qué hago aquí? La pregunta seguía resonando en mi cabeza durante todo el camino hacia Beit Safafa. No era más que un sueño que se prolongó toda la noche. Debra dormía a mi lado.

–¿Has visto las imágenes de Gaza? –me decía en árabe con acento de pueblo. Yo levantaba la cabeza de la almohada y observaba a la mujer que estaba llorando–, había un recién nacido, lo mostraron en Al Jazeera.

–Venga, Debra, *let me dream* –le dije a mi mujer en inglés.

14/7/2006

Cumpleaños

–Perdón –dijo la enfermera con una jeringuilla en la mano–, ¿de quién es esta niña?

Mía –respondí.

–Que solo la madre se quede con el bebé, por favor, este no es lugar para niños. Además, ella no tiene por qué ver estas cosas.

La enfermera tenía razón, la niña no tenía por qué ver esas cosas. Le di un beso al bebé, que estaba tendido como un trapo en el regazo de mi mujer, y de paso comprobé si le había bajado algo la fiebre. No le había bajado. «Vamos, cariño», cogí a la niña de la mano. Al salir, su mirada se clavó en un joven que iba saltando sobre una pierna, apoyado en un enfermero de emergencias que gritaba «accidente de tráfico». Sentí que me apretaba la mano con fuerza.

–No te asustes –le dije–, no le ha pasado nada, es para el seguro médico.

La sala de espera del centro de urgencias estaba abarrotada, sobre todo de familias. Mi mujer llamó para decir que iría para largo, análisis de sangre, de orina, frotis faríngeo. «Marchaos a casa, la niña tiene que dormir, yo ya cogeré un taxi.» Ya eran las diez, y la niña solía irse a la cama a las ocho. Pero no estaba cansada, eso dijo, podía esperar un poco más.

Me alegró quedarme allí. Estaba preocupado por el bebé. Le habían puesto una vacuna hacía tres días y la fiebre no le bajaba de cuarenta grados. Paracetamol, ibuprofeno, baños fríos, nada ayudaba a bajar la fiebre más de un grado, y sólo durante un rato. Los dos primeros días dijeron que eran los efectos secundarios de la vacuna, después dijeron que al parecer no tenía nada que ver con eso. Lo que era indudable es que no podíamos seguir así, las

dos últimas noches habían sido una interminable pesadilla. Llanto continuo, gritos con los baños fríos y, sobre todo, que se le parte a uno el corazón al ver a un bebé sufriendo. Lo llevamos al centro de urgencias porque pensamos que sería más cómodo que la sala de urgencias de un hospital.

–Papá, ¿vais a cancelar mi cumpleaños?

–Pero qué dices, no, ¿por qué?

–Porque mi hermano está en el hospital.

–No, no lo cancelaremos, sólo le están haciendo pruebas, no se va a quedar allí.

El año pasado cancelamos su cumpleaños en el último momento porque el bebé fue hospitalizado. Mi hijo es un campeón, toquemos madera, tiene un impresionante récord de hospitalizaciones. No puedo pensar en nada que no le haya dado problemas. ¿Qué fue en agosto del año pasado? Ah, sí, el prepucio. Estuvo hospitalizado durante cuatro días por una hemorragia tras ser circuncidado. Qué le vamos a hacer, él es así. Mis amigos dicen que es un niño extremo, que ha heredado eso de mí. Si los efectos secundarios de una vacuna son 38 grados de fiebre durante 48 horas, en su caso son 40 grados durante 96 horas.

La niña y yo nos fuimos de la sala de espera y salimos a la calle, allí observamos las ambulancias entrando y saliendo. Cuando el trasiego de ambulancias se calmó y se hizo el silencio, pude oír a mi hijo chillando, sentía la cabeza a punto de estallar. Conozco esa llantina, esos gritos. Llamé a mi mujer para ver qué pasaba.

Le han sacado sangre –informó–. ¿Es que no os habéis marchado a casa?

–No, estoy esperando. Quiero saber lo que ocurre. Llámame en cuando estén los resultados del análisis, ¿vale?

Quería alejarme de allí, de aquellos llantos. «Hay aquí una especie de centro comercial –le dije a la niña–, ¿quieres ir?» Asintió con la cabeza y nos encaminamos hacia el Center. Hacía un millón de años que no iba allí, puede que desde el instituto. Antes había allí un cine.

En el Center había sobre todo familias de judíos ultraortodoxos. De hecho, salvo los dependientes que estaban detrás de los puestos de golosinas, helados y brochetas, sólo había ultraortodoxos. Niños pequeños contentos y

mujeres embarazadas. «Quiero serpientes de esas», dijo la niña señalando un puesto de golosinas de todas clases. Cogió una bolsa y echó varias serpientes y varias mariposas de goma.

No era agradable, había un ruido atronador y una aglomeración aterradora. Pero de todas formas tenía que comprar tabaco. Le pedí dos paquetes a la dependienta, esperaba que la noche fuese más corta de lo que pintaba. Al pagar, me fijé en unas hileras de pequeñas botellas de licor, como las de los aviones. «¿Podría darme una botella? –le pedí a la dependienta–, bueno, mejor que sean dos.» Me las metí en los bolsillos y nos fuimos. De vuelta al centro de urgencias, la niña se comió una serpiente y dijo que si tenía cumpleaños, quería llevar serpientes como esas a la guardería.

–¿Diga? –contesté al teléfono y sentí que se me aceleraba el pulso.

–El análisis de sangre es normal –dijo mi mujer–, están esperando la orina–. Nos sentamos en las escaleras del banco de sangre, la niña con la bolsa de golosinas y yo con el whisky.

–Papá, ¿qué es eso?

–Whisky.

–¿Por qué la botella es tan pequeña?, ¿es para niños?

Realmente el whisky me ayudó. Lástima no haber comprado una tercera. Me sentí algo más tranquilo. Todo irá bien, me dije, seguro que es algo vírico, tal y como han dicho, nada serio. Los niños son así, siempre están enfermos, la fiebre alta no es nada. 40 en un niño es como 38 en un adulto. Me repetí las palabras tranquilizadoras que había oído sobre el tema.

–Papá, estoy cansada –dijo la niña frotándose los ojos.

–Si quieres, puedo enseñarte algo interesante, ven –dije. La llevé al coche y realmente se emocionó con la idea de un asiento reclinable que se convertía en cama. Abrí las ventanillas y me senté a su lado. Me pidió que pusiese música y enseguida se quedó dormida.

–¿Y bien? –respondí al teléfono.

–Nada, no le sale ni gota de orina –dijo mi mujer–. Y no le va a salir, porque no ha bebido nada. Estoy cansada, no puedo más.

–¿Quieres que nos cambiemos? Tú te vas a casa con la niña y yo me quedo con él aquí.

–Vale, enseguida salgo.

Pasaron unos minutos y mi mujer salió con el niño.

–Y bien, ¿ha orinado? –pregunté.

–No, el médico ha dicho que no parece grave y que podemos volver mañana para seguir con las pruebas.

–Bien –dije, aunque hubiese preferido acabar con todo eso cuanto antes.

–No me encuentro bien. Me duele la cabeza y noto algo en la garganta – dijo mi mujer.

–Seguro que es cansancio.

–Creo que mañana llamaré a los niños que habíamos invitado. No puedo más.

–¿Qué? Pero a la pobre le va a dar algo.

–No hay más remedio, aplazaremos el cumpleaños a septiembre.

–Vale –dije, mientras cogía a la niña del asiento delantero. Se despertó asustada, temblando–. Shuuu... soy yo, cariño, soy yo.

25/8/2006

Vacaciones en Tel Aviv

–Venga –sorprendí a la familia a las seis de la mañana–, nos vamos de vacaciones. –Fue justo en el último momento, me senté frente al ordenador y busqué una habitación disponible. Probé en varios hoteles cercanos, por la zona de Jerusalén y, como no encontré ninguno, empecé a buscar en Tel Aviv y encontré una habitación en el Sheraton. Vacaciones en Tel Aviv por primera vez, podía ser agradable.

–¿Adónde? –preguntó mi mujer.

–Tel Aviv. Sheraton.

–¿Estás loco? ¿Quién se va de vacaciones a Tel Aviv? A un cuarto de hora de Tira. Ya puestos vamos a casa de tus padres.

–Ya la he reservado. ¿Qué te pasa?, es el Sheraton, la playa, el paseo marítimo. Nunca hemos estado allí.

Mi mujer se convenció, sobre todo porque es capaz de cualquier cosa menos de quedarse en casa. Aunque sea Tel Aviv. Y además le prometimos a la niña ir de vacaciones en verano y no fuimos, así que la llevaríamos a un hotel de Tel Aviv, nadaría un poco en la piscina, un poco en el mar, y así nadie podría acusarnos de haber incumplido un contrato verbal. ¿Cómo iba a saber la niña lo que era Tel Aviv? De hecho, en cuanto le informé del viaje, se le dibujó una sonrisa en la cara y se fue corriendo a meter el bañador en la maleta. «Sí. Tel Aviv, sí.»

Apenas conozco Tel Aviv. El famoso síndrome de Jerusalén. Tengo un amigo que, cada vez que va a Tel Aviv, pone un cartel en el parabrisas trasero: «Perdón, soy de Jerusalén». Suele contar que así hasta los policías de tráfico le perdonan cuando circula por un carril bus o hace un giro brusco en

un lugar prohibido. Los auténticos jerosolimitanos se pierden ya en la autopista Ayalon, igual que yo. Pero, antes de ponerme en camino, yo me estudié bien todos los mapas en la web. Se sube por la avenida Rokach y luego a la izquierda hasta que se ve el hotel.

–Ahí está –dije–, ese es el hotel.

–Ya estuvimos aquí una vez –dijo mi mujer.

–¿Pero qué dices? ¿Cuándo?

–Pero qué te pasa, aquí me hicieron el peinado para la boda, ¿no te acuerdas?

La verdad, no me acordaba bien. Fue hace tiempo, yo era muy joven, y recuerdo que una mañana me desperté y me dijeron que estaba casado. Recuerdo que me sorprendí mucho. Aún sigo sorprendido.

–No me puedo creer que no te acuerdes –dijo mi mujer. Estaba un poco ofendida–. ¿No es cierto que un día antes de la boda alquilamos un vestido y nos regalaron una sesión de peluquería en el Sheraton?

–Sí, sí. Claro, me acuerdo –dije–. Bueno, bájate con los niños y yo iré a buscar aparcamiento, ¿vale?

La verdad es que no me acordaba. Pero poco a poco las imágenes comenzaron a resurgir. Un día antes de la boda fui a casa. Recuerdo que era pleno invierno y que no hubo ningún problema en encontrar un salón, porque los árabes no se casan en invierno prácticamente nunca. Hasta el dueño del salón se quedó sorprendido, y lo arreglamos todo para el día siguiente. Ese mismo día, mi padre me dio 5.000 shékels, porque yo no tenía un céntimo en el bolsillo, y dijo que eran para un traje y un vestido. Alguien de la familia nos llevó a una tienda de Tel Aviv, alquilamos el vestido más barato y yo me compré un traje negro, barato y horroroso. Recuerdo que de los 5.000 shékels de mi padre nos quedaron unos cincuenta, con los que compramos calcetines. Porque realmente estábamos necesitados.

Del día de la boda sólo recuerdo que mi amigo Yonatán llegó de buena mañana a Tira. Ah, sí, y que fuimos a Tel Aviv con la novia. Y luego, oscuridad. No recuerdo nada. Era joven, y por aquellos días no me conformaba sólo con el alcohol. Bueno, encontré aparcamiento, donde está esa horrible cosa redonda en la calle Hayarkon, esa que se pasa por debajo,

donde está la gasolinera.

Los niños en el *hall* estaban felices, mi mujer un poco menos. Cogí a uno en brazos y me dirigí a la recepción.

–Hola –he reservado una habitación a nombre de Kashua.

–Kashuaj, no lo encuentro.

–Kashua, sin jota. La he reservado hace unas dos horas.

–OK, a lo mejor aún no me han llegado los datos actualizados. Un segundo. ¿Cómo ha dicho?

–Kashua, sin jota.

–No –dijo el educado recepcionista–, no encuentro nada. ¿Cómo ha hecho la reserva?

–Con el número para reservas que aparece en internet.

–OK, un segundo, señor. ¿Sayed?

–Sí, exacto.

–Vale, han escrito Yehoshua. Ahora mismo lo corrijo, señor.

Mis hijos están locos por los hoteles, sobre todo porque, a diferencia de lo que ocurre en casa, allí hay televisión por cable y canal infantil. Si por ellos fuese, podrías plantarlos durante horas delante de la televisión en una colchoneta, y estarían felices. Hacía demasiado calor para bajar a la playa, así que los plantamos delante de la tele y salimos a la terraza, yo para fumar y mi mujer para ajustar cuentas.

–¿Nos quieres tomar el pelo? ¿Pretendes hacerte pasar por un buen padre de familia trayéndonos a un hotel de Tel Aviv?

–¿De qué estás hablando? Lamento no haber tenido tiempo durante las vacaciones de verano. Ya sabes todo lo que tengo encima.

–¿Cuántas citas tienes hoy en Tel Aviv?

–¿De qué estás hablando? Estoy aquí para pasar unas pequeñas vacaciones con los niños antes de que empiece el colegio.

–Vamos, ¿cuántas citas has concertado?

–Está bien, dos, eso es todo, sólo dos. ¿Y qué? Pero aquí tenéis piscina, mar, restaurantes.

–No puedo seguir así.

–¿Qué significa así?

–Sola.

–Pero ¿qué le voy a hacer? ¿Crees que trabajo para mí? Sabes que es para el piso. ¿Crees que disfruto con este trabajo? ¿Que no quiero pasar todo el tiempo en casa con vosotros?

–Pero así nos estresas a todos».

–¿Qué puedo hacer?

–¿Te acuerdas de nuestra boda?

–Sí, claro. Vinimos aquí, ¿no? A la peluquería.

–Sí. Pero no me refiero a eso.

–Entonces, ¿a qué?

–A nada. Olvídalo.

–Venga, vamos. Está bien. Ya sé que no lo hicimos como todo el mundo, que fue muy rápido, ¿y qué? Ya sabes cómo me repugna toda esa gente que prepara la boda con años de antelación, ¿y qué?

–No, no. A mí tampoco me interesa demasiado todo eso.

–¿Entonces qué?

–No sé si te acuerdas, pero yo recuerdo muy bien que la misma semana de la boda enviaste un reportaje al periódico.

–¿Ah, sí? Qué raro.

–Así fue. También entonces dijiste lo mismo.

–¿Qué dije?

–Yo no hago esto por mí. Lo hago por nosotros. Tenemos que comprar un piso. ¿Te acuerdas?

–No me acuerdo. –No me acordaba.

8/9/2006

Acusado

–¿Hola?

–Sí, papá, ¿qué ocurre?

–¿Es que no lees los comentarios que hay en tu contra?

–A veces, ¿por qué?, ¿qué ha pasado?

–Están cancelando las suscripciones por tu culpa, eso pone. Ten cuidado, al final van a cerrar el periódico.

–No. No es por mí, es por el desgraciado ese de Gideon Levi.¹

–No, también es por ti. Lo leo todo el rato en los comentarios.

Realmente no creo que alguien cancele una suscripción por algo que alguien ha escrito en el periódico. En primer lugar, por mi experiencia con otras compañías como la televisión por satélite, internet y el móvil, es muy difícil cancelar una suscripción. Llamas a la centralita, muy decidido y enfadado, y empiezas en tono vehemente. «Hola, quiero cancelar mi suscripción ahora. Ahora mismo.» Normalmente te piden: «Espere un momento, señor», y entonces te contesta otra operadora y dices: «Quiero cancelar la suscripción», y ella te pasa de uno a otro hasta que se aseguran de que de verdad estás decidido a cancelar la suscripción. Sólo entonces te pasan con el responsable de las cancelaciones, que normalmente es una mujer con una voz bonita y agradable, por lo menos con un máster en psicología, pero también una gran zorra. Se traga todo tu enfado, te deriva a los lugares apropiados, te comprende, señor, y comprende tu ira hacia la compañía que tienes contratada. También inicia contigo una agradable conversación que de alguna forma termina, al menos en mi caso, sin cancelar nada y ampliando el paquete con una tarifa especial que no podrás cancelar en los próximos tres

años.

Así pues, espero que *Haaretz* tenga un experto en cancelación de suscripciones por el estilo. De hecho, por lo que yo leo, debería tener un sistema de atención centralizado que pasase las llamadas al menos a diez expertos en cancelaciones. «Señor/señora, si quiere cancelar la suscripción debido al artículo editorial, por favor, pulse 1, si desean cancelar la suscripción debido a Amira Hass, pulse 2, por el árabe, pulse 3... Por Gideon Levi se puede cancelar automáticamente colgando.»

Bueno, ahora en serio. Por favor, no cancelen la suscripción por mí. Yo los quiero, los adoro y lo siento muchísimo. Me disculpo de todo corazón. Desde que me llegaron rumores de que personas encolerizadas están cancelando suscripciones, vivo aterrado. Aunque sean dos, se trata de suscripciones a *Haaretz*, ¿cuántas quedan ya? Por favor, quédense, no tienen que leerlo, hagan como yo, salten directamente al retrato de familia del final. Por favor.

Lo reconozco, me equivoqué, no debería haber caído en la tentación de escribir así sobre aquella maldita guerra. Pero quiero dejar clara una cosa, de una vez por todas, aunque tenga que pagarlo caro: me obligaron a hacerlo. Esa no es realmente mi postura, pero me amenazaron de muerte si no publicaba las cosas que se publicaron en su momento. Pero ya no tengo miedo y, si esto conlleva cancelación de suscripciones, estoy dispuesto a arriesgar mi vida en aras de la libertad de expresión.

Así soy yo, se lo aseguro, incluso pueden preguntarle a mi mujer, yo estaba completamente a favor de la guerra, es decir, a favor de Israel en la guerra contra el eje del mal. Por Dios, pregúntenle a mi mujer, en más de una ocasión me sorprendió gritando en sueños: «Arrasadlos, machacadlos». Y yo, que pensaba que vivía en un país democrático y que podía expresar mi opinión sobre la guerra, iba por las calles del pueblo hablando abiertamente de mis sensaciones y de mi deseo de ver Beirut destruido mientras una persona se sintiese amenazada en este país.

Por cierto, también estoy a favor de arrasar Gaza. Y bien, ¿alguien ha visto que haya escrito algo sobre eso? Nada. ¿Por qué? ¿Qué ha cambiado? Lo cierto es que allí matan a diestro y siniestro. Pero yo no he escrito que

estoy en contra porque no me han amenazado de muerte por Gaza. Sólo por el Líbano.

Lo que ocurrió fue lo siguiente: un día, después de dar una conferencia en el pueblo sobre los crímenes de Hezbolá y concluir con el profundo deseo de que la cabeza de Nasrallah fuese colgada de una picota en la plaza de Isaac Rabin, les juro que fue así, de pronto, en mitad de una noche que era especialmente oscura, aporrearon la puerta, bum, bum, bum. Mi mujer se levantó aterrada y los niños empezaron a llorar.

–¿Quién es? –grité desde detrás de la puerta.

–¡Árabes! Abre, la casa está rodeada, abre o echamos la puerta abajo. – Nada más girar la llave, un grupo de auténticos árabes se me echó encima, pude identificarlos por el olor. Mi mujer y los niños gritaron aterrados, dos con barba saltaron sobre mí y otros dos con barba empezaron a darme patadas por todo el cuerpo, en la cara, en las costillas. Y mi mujer y los niños estaban ahí, asustados, viéndolo todo.

–¿Estás a favor de Israel en la guerra? –preguntó alguien mientras me propinaba un puñetazo.

–Sí, estoy a favor de Israel, sí –grité, y empecé a cantar el himno nacional de Israel. Los puñetazos y las patadas no me doblegaron, me mantuve firme en mi postura y no cedí. Si no hubieran cogido a mis hijos y los hubiesen amenazado con una pistola, yo no me habría rendido. Primero dije, vale, haremos lo que queráis, pero dejadnos en paz. Me trajeron dos columnas ya preparadas, una sobre los pilotos y otra sobre la tripulación de los tanques, me hicieron leerlas en voz alta y me pidieron que las publicase tal y como estaban, palabra por palabra, en las siguientes semanas. Envié las dos columnas por fax al periódico, en mitad de la noche, tal y como estaban. En la redacción corrigieron algunas erratas, cambiaron alguna «b» por una «p», yo no las había tocado. Mi plan era llamar por la mañana a la redacción y explicar lo ocurrido. Pero los árabes, malditos sean, no eran tan tontos como yo pensaba, serpientes, se llevaron a uno de mis hijos como rehén y dijeron que no lo liberarían hasta dos semanas más tarde, cuando se cerciorasen de que su venenoso material propagandístico estuviese publicado.

Por cierto, este es el momento de mencionarlo, evidentemente los

redactores del periódico no accedieron a publicar esas columnas, porque iban en contra de su postura y de la política del periódico. Sólo después de una reunión secreta en la que se explicó la gravedad de la situación a los directivos, que comprendieron que la vida de un niño estaba en peligro, accedieron a publicarlas. Gracias a Dios, el niño fue liberado por sus secuestradores, y contó que había sido retenido en una habitación llena de hijos de empleados de *Haaretz*. Algunos de ellos, cuyos nombres no quiero hacer públicos por razones de seguridad, llevan en cautividad desde el inicio de la primera Intifada.

De momento, aconsejado por los agentes de seguridad, me he trasladado a uno de los asentamientos y estoy bajo una estricta vigilancia. Aunque tengo el convencimiento de que mi vida corre peligro. Se trata de fanáticos sedientos de sangre que sin duda están acechando en las esquinas y esperando el momento oportuno para actuar. Sin embargo, en contra de las recomendaciones de las fuerzas de seguridad, he decidido divulgar la verdadera historia aquí, ante ustedes, siendo plenamente consciente de que estoy arriesgando mi vida. Puedo soportarlo todo con tal de que nadie cancele la suscripción por mi culpa.

15/9/2006

1. Gideon Levi es un prestigioso periodista israelí de *Haaretz* muy identificado con la izquierda. Escribe una columna semanal, desde 1988, llamada «Twilight Zone», donde describe las terribles condiciones de vida de los palestinos bajo la ocupación israelí.

La costura

El jueves me sentí de maravilla. Al mediodía, entregué el material que tenía que entregar y el propietario no escatimó palabras de elogio hacia mí. Y yo, que para ser feliz no necesito más que una palmadita en el hombro, estaba pletórico. Pero es que, además, tuve una buena sensación durante toda la tarde. Sonreí a los niños, intenté engatusar a mi mujer para que saliese conmigo, pero no quiso, «sal tú solo, pero no vuelvas tarde», dijo, y realmente quería que saliese, parecía incluso que celebraba mi alegría.

Todo fluía. Canté en la ducha. También el espejo me sonrió, la barba de tres días me pareció muy favorecedora y decidí no afeitarme. El desodorante no me irritó las axilas. La camisa y los pantalones que más me gustaban estaban limpios y planchados y desprendían un agradable olor a suavizante. No me ocurre a menudo, pero respiré profundamente y sentí que no había mucosidad en mis pulmones y que no tenía la tripa hinchada. Empecé a creer a todos esos que opinan que la belleza es una sensación interior, que la belleza es «lo que tú trasmites». Si no, ¿cómo puede explicarse científicamente el hecho de que viese frente mí en el espejo a todo un macizorro? Todas las arrugas se entrelazaron perfectamente y, de repente, me conferían mayor encanto, todos los bultos que siempre había odiado se fundieron de alguna forma en un todo casi perfecto, hasta la gomina se agarró bien esta vez al pelo.

—Bueno, bueno —dijo mi mujer cuando salí del dormitorio—, un auténtico novio. Vuelve pronto, te estaré esperando. —Un beso encantador en la mejilla, luego lanzo las llaves del coche por los aires y salgo a conquistar la capital.

Sorprendentemente el coche arranca a la primera, Nick Drake empieza

gimotear una canción deprimente. Yo no tenía cuerpo para eso, así que extraje el disco y puse el programa de música de la emisora del ejército. *London Bridge*, una canción pegadiza que algún regimiento del norte había pedido, una canción nueva de una chica con voz de pito que oía por primera vez, pero me apetecía y la canté, casi bailando en el asiento. En el primer semáforo miré hacia delante sonriendo, sabía que la guapa chica que había detenido su BMW en el carril de al lado no podía apartar la vista de mí, cuestión de intuición. No le devolví la mirada.

En el segundo semáforo, volvimos a pararnos el uno junto al otro, y yo sabía que ella lo había hecho a propósito, para mirarme otra vez. Únicamente porque no sólo estoy como un tren, sino que también soy sensible, le permití mirar hacia la derecha, asintiendo con la cabeza, y observar a un contratista que estaba hablando por el móvil. Eso no arruinó mi sensación de victoria, «Sex Machine» en la radio me devolvió la autoestima, y la perfecta maniobra de aparcamiento, a dos metros del pub de la calle Ben Sira, fue la prueba de que mi estrella seguía brillando.

Aún era relativamente temprano y pude coger en la barra el mejor puesto de observación. Sonaba una excelente música de fondo, la cerveza se deslizó por mi garganta y el cigarro no hizo más que aumentar el placer. Me moví suavemente en mi asiento al compás de la música, movimientos de hombros calculados de quien disfruta con el ritmo, pero con moderación. Enseguida empezó a llenarse. Había llegado justo a tiempo, las miradas se posaban todo el rato en mí. Dos mujeres, jóvenes, se sentaron a mi lado, seguro que a propósito. Miré al frente y le dije al camarero:

–Perdón, ¿podría ponerme otra? Gracias.

–Espero no molestarte –oí a la chica de mi derecha, y miré hacia ese lado. Qué ojos, madre mía, me sentí un poco desconcertado.

–No –respondí, intentando mantenerme *cool*.

–¿Eres tú?

Sabía que me había reconocido, alargué la mano y me presenté.

–Ay, no me lo puedo creer. Pensaba que eras completamente diferente. No, estoy sorprendida. Para bien, quiero decir. Pensaba que eras mucho más... diferente. Cuando mi amiga me ha dicho que eras tú no podía creerlo.

Ay, ¿pero qué estoy diciendo? Soy Netta, me encanta leerle.

–Muchas gracias –respondí y di un trago a la cerveza. Os lo digo yo, todo es una sensación interior, la belleza exterior no existe. Es un hecho. En menos de un minuto estábamos brindando y hablando de Jerusalén, de sus estudios, último año de Medicina, quería especializarse en Ginecología. Vaya, qué modesto era yo, dijo, jamás habría pensado que yo era tan joven. Ella era muy de izquierdas, a pesar de que se había criado en una casa de derechas, tenía una amiga árabe en la universidad, de un pueblo llamado Bi‘ina, qué difícil era ser una chica árabe. «Hace falta más gente que piense como yo para que las mujeres árabes se sientan liberadas.» Por cierto, yo llevo interpretando a un feminista desde que nací, qué más me da.

Ella tiró su mechero de la barra y yo, como un auténtico *gentleman*, me agaché para recogerlo del suelo, y entonces lo sentí. No había duda, se me habían rasgado los pantalones, sentí que la costura trasera se había descosido. Me puse rojo, sólo esperaba que ella no lo hubiese oído. Volví a enderezarme, por la expresión de su cara, no se había dado cuenta. Miré alrededor y no vi miradas burlonas. Me recordé que no todo el mundo me estaba mirando todo el rato como yo creía.

–¿Qué pasa? –preguntó, mientras yo intentaba controlar el temblor de mi cuerpo.

–No, nada –respondí, y le di fuego.

–Me apetece algo fuerte –dijo, y pidió un whisky.

–No –dije yo, y pedí otra cerveza. Debía mantener la calma. El país era una mierda, dijo ella, entendía perfectamente por qué yo estaba triste, seguro que era por los niños de Gaza, que no tienen nada que comer. Asentí con la cabeza.

–¡Qué canción tan bonita! Me apetece un montón bailar, ¿vienes conmigo?

–No –dije, intentando sonreír–, me da un poco de vergüenza.

La observé bailar, un grupo de chicos la rodearon. Me indicó con la mano que fuera y le dije que no con la cabeza. Con movimientos sutiles intenté tocarme los pantalones por detrás, sin que nadie se diese cuenta. No encontré el desgarrón, esperaba que no se notase, sobre todo porque adopté una

postura que intentaba ocultarlo todo lo posible. Era sólo medianoche, y mi vejiga había empezado a enfadarse. No bebería más, eso seguro.

Netta regresó sudorosa, pidió otro drink y se metió un buen lingotazo.

—¿Qué? ¿No te apetece bailar?

—No, lo siento.

—¿Qué? ¿Te estoy fastidiando?

—No, para nada. Es que soy un poco...

—¿Y si salimos a que nos dé un poco el aire? Aquí hace calor.

—Eh, me da miedo que nos quiten el sitio, ya sabes cómo es esto—. Ella se sentó.

—Ay, soy una completa imbécil, perdona por haberte entrado así. Seguro que te pasa todo el rato.

Bueno, nunca me había pasado, pero sólo asentí con la cabeza, y se me encogió el corazón cuando ella pagó y se fue. Tres horas permanecí clavado al asiento, maldije los pantalones y el día que los compré. Inventé evitar movimientos innecesarios, de otro modo me habría estallado la tripa. Tres horas sin tomar nada, sentado y esperando tan sólo a que todos se largasen de allí de una vez para poder levantarme e ir al servicio. Quedaba una mesa, una pareja, dos idiotas que se estaban metiendo mano. El camarero ya había plegado las sillas de alrededor y se disponía a cerrar la caja. «¿Quiere algo más? Voy a cerrar la caja.»

Que se larguen de aquí esos mierdas para que yo pueda mear de una vez. Como si a alguien le importase que yo tuviese los pantalones rasgados. Como si alguien viese algo con esa oscuridad. Pero era incapaz. Tendría que aguantarme un poco más. El camarero desapareció de la barra y por fin la última pareja abandonó el local. Eché a correr hacia el servicio. «Que no entre nadie, estoy limpiando», gritó el camarero.

Eché a correr hacia el coche y este no arrancó, tengo un problema con los cuatro números de la alarma. Había que esperar otros tres minutos para el siguiente intento. Maldije, miré a izquierda y derecha en el callejón, salí del coche, me puse de cara a la pared y liberé mi cuerpo de las pesadas ataduras. «¡Menudo guarro! —oí y, sin saber por qué, como un idiota, giré instintivamente la cabeza—. Anda —oí a una chica en medio de un grupo

grande—, es ese, el periodista árabe, ¿cómo se llama?»
—Kashua.

13/10/2006

Felices fiestas

Víspera de fiesta. Los gemidos de un cachorro resuenan por toda la casa, desde la ventana del salón lo veo en la azotea de los vecinos, atado con una correa, está sobre la barandilla de cemento, llorando.

Suena el móvil una sola vez. Miro el número y veo en la pantalla «Papá». Seguro que está comprobando si estoy despierto. «Sí, estoy despierto», le digo. «Vale, voy para allá». En el último momento, mis padres y dos de mis hermanos han cambiado los planes y, en lugar de ir al Sinaí el segundo día de las fiestas, han decidido salir al amanecer. «Haz la ronda de visitas con tu hermano –me pide mi padre, antes de empezar a cambiar los regalos desde su coche al mío—. Cuida de la abuela, ¿vale? ¿Seguro que no quieres venir al Sinaí? Es una pena, los niños disfrutarían mucho.»

Otra vez Tira, otra vez medianoche, víspera de fiesta, y me cuesta dormir. Ya no estoy seguro de si es por ese insomnio que he empezado a sufrir últimamente, por esa angustiada sensación de no tener salida que me asalta cada vez que vuelvo a casa, o por el incesante ruido de petardos. Mañana es fiesta. Oficialmente empezará después de la oración de la mañana, hasta entonces, la gente ni siquiera se desea felices fiestas. En el judaísmo, por el contrario, las fiestas comienzan al ponerse el sol. Eid al-Fitr, el fin del ayuno de Ramadán, es una de las dos grandes fiestas que tenemos al año, y los niños no tienen otra forma de celebrarla más que comprando petardos y cohetes y lanzándolos por las calles durante toda la noche.

No culpo de eso a ningún ministerio de cultura, de educación o de interior. Ya no. No creo que nada pueda servir ya de algo. Sé que soy un derrotista, y ese sentimiento se va haciendo más fuerte con el tiempo, pero sé

que no es el mismo pesimismo que siempre me ha acompañado. Tengo la sensación de que hemos sobrepasado otra línea roja, la última, y no veo cómo se puede salvar algo aquí. Ay, Tira, adónde hemos llegado, tiempos difíciles, ay, ay, ay.

La mañana de la fiesta. Los niños me despiertan bastante temprano. El perro sigue llorando en la azotea de los vecinos, los niños ya llevan ropa de fiesta.

–Papá, ¿cómo estoy? –pregunta la niña.

–Guapísima, felices fiestas.

–Mamá, hazme dos trenzas.

–Felices fiestas –le comunico a mi mujer–, mis padres se marcharon por la noche, voy a ver cómo está la abuela.

La abuela es nerviosa, es una mujer nerviosa y casi nunca está contenta con nada de lo que hacen mis padres desde que se casaron.

–Felices fiestas –le grito al oído para que me oiga, apenas puede ver.

–Has visto lo que ha hecho tu madre, se lo ha llevado a un hotel a pasar las fiestas. ¿Quién se va de vacaciones en las fiestas? Se han ido a tirar el dinero. ¿Para qué? Me han dejado sola. Pronto vendrán las visitas y no hay nada.

–Lo han dejado todo listo, está todo preparado para las visitas –grito, y empiezo a ordenar su habitación por si llega alguien. Fruta, galletas, café en un termo, mi madre lo ha preparado todo antes de marcharse–. Voy a comprar chocolate –grito–, algo bueno que te ponga contenta. –Salgo dos minutos a la tienda de abajo y vuelvo.

–¿Quién es?

–Soy yo, abuela.

–Has visto, se han ido el primer día de las fiestas, me han dejado sola, para tirar el dinero, nada más. No han preparado nada, tu hermano lo ha comprado todo.

–Soy yo, abuela, soy yo.

–Ah, pensaba que eras tu hermano.

Es la primera vez que solamente uno de mis hermanos y yo hacemos la ronda de visitas de las fiestas. Por lo general, empezamos más temprano, pero

mi hermano regresó tarde de algún centro comercial de la vecina ciudad y aún no se ha levantado. A las nueve y media decido que ha llegado el momento de despertarlo, porque quiero volver a casa antes de que oscurezca. «Llevo media hora listo», asegura, aún dormido.

16 regalos he contado en el coche. Tendremos que visitar 16 casas, una tras otra. La ronda de las fiestas. Repaso mentalmente el habitual mapa de visitas que hacemos dos veces al año desde que tengo uso de razón. Seguiremos el mismo orden de siempre, empezaremos las visitas por el este y terminaremos por el oeste del pueblo, ciudad, siempre me olvido de que es una ciudad.

–Tendrías que haber visto cómo estaba esto anoche –dijo mi hermano justo después de felicitar me las fiestas–. Miles por las calles, un inmenso atasco, jamás había visto aquí un atasco semejante. Las calles estuvieron llenas de gente hasta la una.

–Bueno, ¿me sigues en tu coche?

Sé de antemano lo que nos esperaba en cada casa. Las mismas historias, muy pocas cosas cambian de año en año, sé hasta lo que se pondrá en la mesa de cada casa de mis parientes, y por qué orden. Sé quién sacará un bizcocho y quién ofrecerá helado, cuál será el sabor de las galletas en cada casa, dónde habrá también anacardos en el cuenco de los frutos secos y qué porcentaje de anacardos habrá en cada casa. «¿Has conseguido dormir?», me susurro a mí mismo al entrar en la primera casa.

–¿Has conseguido dormir? –me pregunta mi primo al estrecharle la mano–. Coches derrapando y cohetes por los aires hasta las cuatro, ¿qué clase de lugar es este? ¿Cómo puede vivir así la gente? –La verdad es que yo no sé cómo puede vivir así la gente–. Menuda historia la de los enmascarados», continúa el mismo pariente–. Decenas de jóvenes con máscaras recorriendo las calles en grupos, ¿pero qué es eso?

–Sí, los vi –le contesta mi hermano. Las fiestas aquí son realmente deprimentes, siento una gran angustia cuando oigo hablar de disparos desde los coches, sólo por diversión, y me vuelvo loco al oír hablar de tres muertos por disparos en mitad de la calle la víspera de las fiestas en la vecina Jaljulya. ¿Qué va a ser de nosotros? Algo me oprime con fuerza el pecho.

–Bueno –digo tras un cuarto de hora de historias y anécdotas sobre la noche anterior–, tenemos que irnos ya, que tengáis unas felices fiestas–. Todos se levantan al hacerlo yo y, por un instante, siento que estoy desempeñando el papel del padre de familia, el que toma las decisiones.

–Un momento –dice el mismo primo, y saca de la cartera un billete para la niña. *Eidiyah*, se llama eso, dinero para los niños, una propina para las fiestas. La niña lo coge, dice gracias y lo mete en su monedero de fiesta. Me mira con una feliz sonrisa de fiesta que me lleva de un plumazo treinta años atrás, y al instante comprendo que todo está bien. Nada ha cambiado.

27/10/2006

En lugar de un cuento

Tengo tantas ganas de escribir algo inteligente, para variar. Tal vez un cuento con una atmósfera oscura y un final incierto. Algo que impresione. Los lectores se quedarán boquiabiertos cuando terminen, los que fumen se encenderán un cigarro y se llevarán las manos a la cabeza, los que no, sopesarán en ese instante empezar a hacerlo. Para un cuento así, un escritor serio necesita estar borracho, pero yo no tengo nada en casa. Ya he buscado, nada de nada. He buscado en el congelador, en los armarios, debajo del fregadero. Nada. Llevo limpio una larga temporada.

Es bastante tarde, si no iría con el coche a comprar algo. Pero a estas horas tendría que ir hasta el centro de la ciudad para encontrar algo abierto.

–¿Hola? –telefono al vecino.

–Sí, ¿qué pasa? ¿Va todo bien?

–Sí, perfectamente. ¿No te habré despertado?

–No. No». Yo sé que sí, pero no me importa mucho.

–Dime una cosa, ¿no tendrás algo de beber?

–¿Ahora?

–No, sólo lo cojo y me voy. Estoy atascado y necesito algo para escribir un gran cuento, es una larga historia, ¿tienes?

–No sé, voy a mirar.

–Míralo. Voy para allá.

Tenía un poco de Finlandia, a temperatura ambiente. No tengo con qué mezclarlo. Ni siquiera tenemos hielo en el congelador. Mi mujer está dormida, si no le echaría la culpa. No hay bastante vodka para un gran cuento. Lo siento, tendrán que conformarse, igual que yo, con un cuento

mediocre.

Tengo mucho que contarles y empezaré por las cosas buenas. La semana pasada descubrí que, en contra de lo que pensaba durante los últimos años, aún no he perdido la capacidad de llorar. Y no estoy hablando de lágrimas en los ojos, o de un llanto producto de la borrachera, sino de un auténtico llanto, gemidos, ríos de lágrimas, como ese del que sólo los niños son capaces. Me senté frente a los canales de noticias en árabe, observé cadáveres de niños pequeños y lloré. No me enfadé, no me irrité, sólo lloré durante horas. En algún momento cambié de canal y vi una de esas comedias egipcias que emitían por décima vez y, a pesar de todo, las lágrimas seguían fluyendo.

Sólo el sonido de los pasos de mi familia volviendo a casa me levantó del sofá. Salí corriendo hacia el cuarto de baño, me lavé la cara y, cuando sonó el timbre, fui corriendo con la toalla a abrir la puerta. La niña entró la primera y, en lugar de saltar a mis brazos y darme un beso, como hacía siempre, arrojó la cartera al suelo y se tiró en el sofá con la cara mustia.

–Cariño, ¿qué pasa?

–No quiero ir al colegio

Entró mi mujer con el niño apoyado en su hombro, los mocos le llegaban hasta el chupete. Sin pensármelo dos veces, se los limpié con la toalla que tenía en el hombro y entonces empezó a chillar.

–¿Qué has hecho?

–Nada, ¿qué?

–¿Cómo le limpias con una toalla que tus padres robaron hace veinte años en el hotel Dan Panorama?

–Perdón. Al menos mis padres han ido a hoteles, no como los tuyos.

El niño lloraba. Alargué hacia él los brazos, y eso sólo provocó que se agarrara con más fuerza a su madre y me diera la espalda. Vete tú a saber cómo lo sobornaba ella.

–¿Qué le pasa? –señalé con la cabeza hacia la niña, que tenía la cara hundida en el sofá.

–*She doesn't want to go to school* –dijo mi mujer. Como la niña sólo domina el hebreo, hablamos en inglés para que no nos entienda. Lo que pasa es que nuestro inglés es una mierda, y lo poco que sabemos tampoco nos

sirve para entendernos el uno al otro, porque yo soy del sur de Tira y mi mujer del norte de Tira, dos mundos distintos.

–*Why, what happened?* –pregunté, intentando imitar el acento del norte de Tira para que mi mujer me entendiese.

–Cree que es tonta –continuó mi mujer en inglés–. Dice que les han dado unos libros distintos a los niños más adelantados de la clase.

–*What, what, what?* –grité con el acento del sur, que sacaba al macarra que llevaba dentro.

–*Why, who is más adelantado from my daughter?*

–No lo sé, eso es lo que ella dice. Ni siquiera sé si es en serio o es sólo teatro.

–¿Qué quieres decir con «teatro»?

–No lo sé, no me parece lógico. La llevamos a un colegio con un sistema de educación abierta, cuyo objetivo no son los logros. No debe haber competitividad entre los alumnos.

–¿Ha dicho cuáles son los niños adelantados?

–Sí.

–¿Judíos o árabes?

–Por lo que ha dicho, todos son judíos.

–*Fuck, I knew it* –grité–, ¿cómo se dice conspiración en inglés?

–*Conspiration* –dijo mi mujer, después de todo ella es de academia.

–*Exactly*. Conspicabrones, te lo digo yo.

–¿De qué estás hablando?

–Leí algo sobre eso, se llama política de ignorancia. Creo que fueron Azmi Bishara¹ o Emile Touma,² *I can't remember now*. Te dicen educación abierta para que los niños no estudien. Pero, al final, son sólo los árabes los que no estudian. Está todo planificado de antemano, desde la época de Basilea.

–Vale, vale, pero dime una cosa, ¿por qué tienes los ojos tan rojos y tan hinchados?

–No es nada. Creo que es por el ordenador. Llevo todo el día escribiendo, no preguntes.

(La verdad es que el resto de la historia fue muy triste e hizo que mi

mujer y yo decidiésemos hacer cambios drásticos en nuestra vida. Ambos fuimos los mejores alumnos en el colegio, ella en el norte de Tira y yo en el sur. Nos conocimos en Jerusalén y ya por entonces, hace 12 años, nos prometimos que no permitiríamos que nuestros hijos tuviesen una infancia como la nuestra. Esa semana descubrimos que la realidad es más fuerte de lo que creíamos. Lo crean o no, hay cosas que todavía no puedo contar. De momento, voy a terminar el cuento con un final ficticio. En parte.)

Se me partió el corazón cuando, tras levantarse del sofá, le oí decir a la niña que pensaba que era estúpida y que había niños mejores que ella en clase. La abracé con fuerza y le expliqué que lo importante era que fuese ella misma, que no debía mirar a los demás, que nosotros la preferíamos así y que, aunque fuese estúpida, no la echaríamos de casa hasta los dieciocho años, a menos que encontrase marido a los quince. Ella sonrió y yo la besé y le expliqué en tono cariñoso y agradable que, si eso era cierto, yo sólo podía culpar a los genes que había recibido de su madre. La niña me besó también, preguntó «¿qué son genes?» y dijo que en el coche mamá había dicho exactamente lo mismo de mí.

17/11/2006

1. Azmi Bishara, político árabe-israelí, nacido en 1956 en el seno de una familia cristiana de Nazaret. Fue miembro del Partido Comunista Israelí. Doctor en Filosofía por la Universidad Humboldt de Berlín, desde 1994 hasta 1996 fue jefe del Departamento de Filosofía y Estudios Culturales de la Universidad de Birzeit, Palestina. En 1996 fundó el partido Balad, Asamblea Nacional Democrática, y fue miembro del Parlamento israelí hasta 2007. En 1999 fue el primer diputado árabe-israelí candidato a Primer Ministro.

2. Emile Touma (1919-1985), historiador palestino, nacido en el seno de una familia cristiana de Haifa. Fue miembro del Partido Comunista de Palestina y el primer editor del periódico *Al-Ittihad*, fundado en 1944 por la Liga para la Liberación Nacional. Más tarde, tras la creación del Estado de Israel, se afilió al Partido Comunista Israelí. Publicó numerosos libros y artículos, entre los que cabe destacar *El movimiento Nacional Palestino y el mundo árabe*, traducido al hebreo y publicado en Tel Aviv en 1990.

Varicela

Había un piano de cola negro sobre una tarima, un público formado por padres ocupó sus asientos en el salón. La maestra estaba sobre la tarima con un programa en la mano, saludó a los asistentes, esperando que disfrutasen de la música, y presentó el programa. «Primero tocará la niña más pequeña», dijo la maestra, y yo acaricié la cabeza de mi hija y su madre le dio un beso. Encendí la pequeña cámara de vídeo un instante antes de que la maestra leyese su nombre y la invitase a subir al escenario. Mi hija caminó despacio, con la cabeza inclinada hacia el pecho y mirando al suelo. Subió al escenario, se sentó con una postura incorrecta y, a través de la cámara, vi el escalofrío que le recorrió la espalda.

Por la mañana había llamado desde la secretaría llorando y me pidió que fuera a buscarla al colegio. Cuando la recogí, me contó entre sollozos que los niños se habían reído de ella. No estoy seguro de que fuese así, parece que los niños saben que los padres son sensibles cuando la cosa llega a «los niños se han reído de mí en el colegio». A veces, parece que todos los padres están convencidos de que sus hijos son víctimas de abusos por parte de los demás niños. De algún modo, parece que todos los padres están convencidos de que ellos mismos fueron víctimas de abusos en los colegios y, por tanto, no permitirán que eso les ocurra a sus hijos. A pesar de que los niños pueden ser también la población más cruel que se pueda imaginar, sobre todo los más encantadores.

–Entonces, ¿vamos a casa?

–No sé. ¿Podemos ir a otra parte? –preguntó la niña.

La niña sonrió y echó a correr hacia los columpios vacíos antes de que

alguien los ocupase. Se sorprendió tanto como yo al descubrir que el parque de Gilo podía estar tan vacío, hasta el punto de no tener que hacer cola ni siquiera para los codiciados columpios. En el parque, un domingo por la mañana, había dos familias: unos niños de habla inglesa, algunos eran rubios y otros parecían de origen hindú o paquistaní, que jugaban juntos, y sus padres, que estaban sentados en la tapia de piedra que rodea una de las zonas de juego. Me senté en un banco de madera a una distancia prudencial y eché un vistazo a los dos coches del aparcamiento, resulta que eran dos *jeeps* con matrículas blancas.

Siempre había envidiado a los propietarios de las matrículas blancas que recorrían las calles Jerusalén. Siempre había querido ser uno de ellos, los llamamos los ONU, aunque los ONU normalmente son periodistas extranjeros con coches de alquiler y matrículas amarillas. De hecho, ONU es la definición de cualquier extranjero dispuesto a pagar el triple de la tarifa de alquiler real por el piso en el que vive.

Observé a esos ONU y a sus hijos. Los niños extranjeros siempre me parecen más educados, incluso cuando se están pegando. Ahora que lo pienso, si hubiese logrado aguantar hasta, digamos, los veinticinco años sin casarme, habría tenido una probabilidad razonable de pillar a una ONU de algún prestigioso periódico francés. Entonces todo habría sido distinto. Siempre he creído que mi vida sería completamente distinta si no tuviese que preocuparme del alquiler.

Mi hija miró a los niños de habla inglesa que a su vez la miraban a ella, luego se bajó del columpio y corrió hacia mí.

–Papá, ¿qué están diciendo? –preguntó muy enfadada.

–Nada, están jugando, no han dicho nada.

–¿Estás seguro? ¿No han dicho nada sobre mí?

–No, no han dicho nada sobre ti.

La niña regresó a su columpio, las madres llamaron a los niños y todos se fueron a otra zona de juego. Vi que la niña inclinaba la cabeza y dejaba de doblar y estirar las piernas como hacía cuando quería que el columpio la llevase lo más alto posible. Se quedó allí sentada esperando a que el balanceo agonizase lentamente.

–Sólo se han ido a jugar a otra cosa –le dije, retirándole el cabello que le caía sobre la cara. La niña apartó mi mano y volvió a llevarse el pelo hacia delante.

–Quiero irme –dijo, y echó a andar delante de mí hacia el coche.

Nos quedaba más o menos una hora para la cita que teníamos con la doctora. No tenía sentido volver a casa, era preferible dar una vuelta con el coche y luego ir a la clínica. «Que sepas que ya casi no se nota», le dije a la niña, que estaba sentada detrás en silencio. Por el espejo retrovisor vi que mis palabras no la habían convencido—. Por la tarde no te quedará nada, ya verás», probé de nuevo sin pensar mucho, y al instante comprendí que había cometido un gran error. No debería haber mencionado la palabra «tarde», que sin duda metía a la niña más presión. Lo mejor era que me callase, puse un disco que le gustaba y conduje sin rumbo fijo.

Dos mujeres de mediana edad y extremadamente cuidadas estaban sentadas enfrente de nosotros en la clínica. Llevaban unos pendientes muy bonitos, brillantes, y en el brazo de una de ellas sonaban unas pulseras.

–Pobrecilla, su mujer –dijo una.

–Sí, que lástima, una mujer tan buena, una verdadera lástima.

–Es a las tres, ¿verdad?

–Sí, pero yo no puedo ir, ya sabes, iré después a su casa.

–No. Yo debo ir por Fanny, pobrecilla, que sepas que ella vino al entierro y también dos veces a mi casa durante la semana de duelo.

–Sí, es todo corazón.

–¿Qué tienes? ¿Varicela? –preguntó la mujer del brazo sonoro mientras parpadeaba y miraba a la niña—. Eso no es nada, cariño, una semana-diez días y se pasa.

–No es varicela –afirmó la doctora, tras comprobar que no tenía granos por el cuerpo, tan sólo en la cara—. ¿Has cambiado de jabón? –preguntó, y la niña negó con la cabeza—. ¿De crema? ¿Almohada nueva? ¿Sábanas nuevas? Porque es alergia a algo, ¿no recuerdas qué te has puesto en la cara, cariño?.

–No.

–Bueno –dijo la doctora–, le voy a recetar unas gotas para la alergia, adormecen un poco, así que, si notan que está adormilada, que sepan que es

por el medicamento.

–Esta tarde tiene una actuación –dijo.

–Entonces conviene dárselas sólo antes de dormir –respondió la doctora.

–Papá –murmuró la niña–, pregúntale si puedo darme maquillaje esta tarde.

–No es conveniente, porque eso puede ser perjudicial –dijo la doctora, y se dirigió a la niña–, tú no necesitas maquillaje, eres muy guapa también así.

En el coche se quedó dormida. Estupendo, tenía que estar fresca por la tarde, era el primer concierto en el que participaba. Llevaba más de un mes esperando ese día, para luego despertar por la mañana y descubrir una cara cubierta de granos rojos.

–Se ha ido a dormir hace una hora –le conté a mi mujer cuando volvió del trabajo.

–Muy bien –dijo–, la dejaremos media hora más y la despertaremos. Enseguida llegará la canguro.

Ambos estábamos ya listos para el concierto cuando la despertamos, la canguro estaba jugando con el niño en el salón y él se reía a carcajadas, luego se puso a llorar. La niña corrió enseguida hacia el armario y sacó el vestido que tenía guardado para la ocasión, leotardos rosas, vestido rojo, cadena con una pequeña mariposa, «mamá, hazme trenzas», dijo, y después corrió a comprobar los resultados frente al espejo y se estremeció.

19/1/2007

¿Me quieres?

–¿Puedes venir un momento? –le pedí a mi mujer que viniese al estudio.

–¿Qué quieres? Tengo que limpiar –respondió con su característica impaciencia.

–No tengo nada sobre lo que escribir, así que esta semana te voy a entrevistar. Así que no hables de limpiar, porque eso puede retratarme como un chovinista.

–¿Por qué vas a entrevistarme?

–No tengo nada.

–Bueno, pregunta lo que quieras.

–¿De qué quieres hablar?

–De nada, si tienes preguntas, hazlas.

–¿Me quieres?

–Sí.

–Mentirosa.

–Esto no es una entrevista profesional.

–¿No tienes nada importante que decirle al periódico?

–Tú pregunta y yo respondo, ¿qué más quieres de mí?

–¿Qué tal en el trabajo?

–Odio el trabajo, es asqueroso.

–Ellos lo van a leer.

–¿Y qué?, ¿es que no lo saben ya? Los pacientes me gustan. Pero odio el sistema.

–Cuidado, esto llegará a tus superiores.

–Me da igual. Trabajamos como burros y no recibimos nada a cambio.

No hay compensación económica y no hay posibilidades de ascender, nos quedamos estancados.

–Para nuestros lectores, di dónde trabajas.

–No puedo. En líneas generales, soy asistente social.

–Enhorabuena, tenéis nuevo ministro de asuntos sociales. ¿Qué puedes decir de vuestro nuevo ministro?

–No sé, he visto su fotografía, ¿cómo se llama?, ¿Bugui? ¿Ese que estaba en turismo, no?

–¿Qué piensas de él?

–Todo lo que sé de él es que tuvo un lío con Bar Refaeli.

–¿Me quieres?

–Sí, ya te he contestado.

–¿Por qué?

–Lo he olvidado. ¿Ahora lo preguntas, después de 12 años?

–Entonces, ¿no quieres divorciarte?

–No.

–¿Por qué no?

–No tengo quejas.

–¿De verdad?

–No lo sé. La vida conyugal no es lo que me agobia en estos momentos, no pienso en ti. Lo que me agobia es el trabajo. El trabajo y los estudios.

–¿Qué pasa con los estudios?

–Yo quiero seguir estudiando. ¿Pero podré hacerlo, tendré tiempo?

–¿Qué quieres estudiar?

–No sé si continuar con servicios sociales o ir por otro camino.

–¿Como cuál?

–Una profesión con un sueldo normal, con mejores condiciones.

–¿Como cuál?

–Mecánica o asesoría.

–Caray, mecánica, entonces podré entrevistarte como la primera mecánica árabe.

–Sí, me fotografiarán con grasa en las manos debajo de un coche.

–Pero ¿por qué la retribución económica te preocupa tanto?

–¿Por qué? ¿Y tú preguntas por qué? Porque, el uno de cada mes, tú empiezas a gritar nada más telefonar al banco.

–¿Sólo por mis gritos?

–También. Si alguna vez vivo sola, no tengo modo de costear mis gastos, por no hablar de los niños.

–Un momento, ¿entonces sí que quieres divorciarte?

–No. Pero supongamos que te mueres.

–Ptff, ptff, ptff, ¿qué te pasa?

–Vale, no te mueres. Has dejado de escribir, se han dado cuenta de que no tienes talento, te has arruinado, estás deprimido, has intentado suicidarte y te has quedado con un daño cerebral, ¿qué sería de mí?

–Hay un seguro, ¿no?

–¿Cuándo podrían dar? Y más cuando no has hecho ningún seguro privado. ¿Cuánto me daría el seguro?

–Bueno, olvídate ahora del trabajo y los estudios. ¿Qué dices sobre la situación política?

–¿Qué? ¿El país? Un desastre.

–Concreta.

–No tengo una opinión especial, globalmente hablando es malo ser árabe.

–¿Y ser judío?

–Creo que eso tampoco es gran cosa.

–¿Te casarías con un judío?

–No.

–Eso es racismo.

–No es racismo, es porque el país es corrupto.

–¿Qué relación hay entre un país corrupto y casarse con un judío?

–La misma razón por la que no quiero que nuestra hija se case con un judío.

–¿Ah no? Y yo que pensaba...

–¿Para qué? ¿Es que no hay bastantes problemas? ¿Para qué meterse en más? Las cosas ya están lo bastante mal.

–¿Y qué pasa con el amor?

–Una persona debe hacer una selección antes de llegar a la etapa del

amor, desde joven debe saber que no debe.

–¿Crees que nuestra hija sabe que no debe enamorarse de un judío?

–Sí.

–¿De dónde te sacas eso ahora?

–¿No juega con ellos en el colegio, y tú quieres que se case con ellos?

–¿Quién te ha dicho que no juega con ellos?

–Ella.

–¿Por qué?

–Me ha contado que los niños judíos no la dejan jugar con ellos.

–No es cierto.

–Es lo que ella dice. Que se dirigió a unas niñas del grupo judío y que no le permitieron participar en el juego.

–En la adolescencia eso cambiará.

–Pues ya hablaremos con ella entonces.

–¿Qué le dirás?

–Que no debe casarse con un judío o un cristiano.

–¿También excluyes a los cristianos?

–Claro.

–¿Por qué?

–Otra vez, porque las cosas ya son lo bastante difíciles, ¿para qué buscar más problemas, para qué crearse más dificultades? ¿Qué tiene ella que ver con los cristianos?

–¿Y qué pasa con el amor?

–Yo sigo a la cabeza, no al corazón.

–¿Y seguiste a la cabeza cuando te casaste conmigo?

–Eso fue una combinación ganadora, cabeza y corazón.

–Mentirosa.

–No escribas «mentirosa».

–¿Por qué?

–Porque ¿quién eres tú para escribir que soy una mentirosa? ¿Es que tengo que pagar yo ese precio porque tú estés atascado con tu columna?

–¿Qué piensas de la columna?

–No la dejes, no la abandones. Me gusta tu columna.

–¿De verdad?

–Claro, escribes tonterías, trabajas una hora a la semana y ganas el doble que un asistente social que se rompe el culo durante un mes entero.

–¿Por eso me quieres?

–No. Habría podido encontrar a alguien que ganase mucho más.

2/3/2007

Nuevo rico

–¡Ahhhhhhhhhhhh! –un grito aterrador resonó en la casa y me desperté alarmado.

–Es mamá –me dijo la niña–, está en el baño.

–¿Qué pasa? –grité, corrí asustado al cuarto de baño e intenté abrir la puerta. Como en las películas, empujé con el hombro, pero la puerta no se movió–. ¿Qué pasa? ¿Estás bien? –grité, y volví a intentarlo con el hombro.

–No –dijo ella–, no estoy bien. ¿Nosotros vamos una vez al año de viaje al extranjero? –gritó desde dentro.

–¿Qué te ocurre? ¿De qué estás hablando? –Mi mujer salió con la cara roja de ira, sujetando un periódico en la mano.

–De esto estoy hablando –me puso el periódico en la cara–, de esto –dijo, señalando el titular con el dedo: «El guionista árabe gasta 300.000 shékels al año».

–Ah sí, eso –dije, rascándome la nuca–, ¿por eso gritas? Me habías asustado.

Esa misma mañana habían publicado en el periódico la lista de gastos semanales que me pidieron hacer, me dijeron que a cambio recibiría algo de dinero, así que acepté. Luego telefonearon y me preguntaron por otros gastos familiares y, entre otras cosas, dije que mi mujer y yo íbamos una vez al año de vacaciones al extranjero por un importe de 2.000 euros. «Además –así apareció en el periódico–, suele ir con su mujer de vacaciones cuatro o cinco veces al año por un importe de 3.000 shékels cada vez.» La verdad, ese reportaje me hizo gracia. Y no piensen que no es cierto, yo realmente dije esas cosas al periódico, eran bastante creíbles, el mentiroso fui yo.

«¿Cuatro o cinco veces de vacaciones? –protestó mi mujer–. ¿En las fiestas nos llevas a Tira y a eso lo llamas tú vacaciones de 3.000 shékels? – Luego gritó–: Vamos allí para ahorrar. La comida, la bebida, todo corre a cargo de tus padres.

A diferencia de a mi mujer, a mí la publicación del periódico me alegró. Hasta que se publicó el reportaje, temía que, entre los participantes en la encuesta, yo fuese el más pobre. De algún modo inflé los gastos para quedar en un buen puesto, en el medio, no podía imaginarme que, al final, encabezaría la lista de gastos con 300.000 shékels al año. Y no sólo la encabezaba, gané por *K.O.* Para que lo entiendan, el siguiente en la lista gastaba sólo 169.000 shékels.

–Está bien –dije–, lo he inflado un poco, ¿y qué? ¿Es preferible que piensen que somos pobres o que sepan que estamos forrados?

–Si me lo preguntas –respondió–, te diré que no es asunto de nadie cuánto gastamos y cuánto no.

–Bueno, eso ya es otra cuestión –respondí. Mi mujer y yo tenemos formas distintas de ver las cosas. Lo que ella llama privacidad, yo lo defino como derecho del público a saber. Puede ser que haya exagerado un poco, ¿y qué? Las exageraciones se han convertido en una forma de vida, sobre todo cuando se trata de la situación económica, si no, ¿cómo se puede sobrevivir? Los días en que los números rojos llegan a tal punto que me llaman del banco para aclarar cuándo voy a cubrir los gastos, puedo pasarme la tarde mareando a mis amigos durante horas porque estoy indeciso sobre qué coche nuevo comprar. Nunca sé si decidirme por el nuevo Passat, «dicen que merece la pena», o por el BMW Serie 3, «por ir a lo seguro». Los meses que no tengo descubierto en la cuenta bancaria, me permito telefonar a varias inmobiliarias para preguntar por pisos de cinco habitaciones en los mejores barrios, «sólo en la zona del viejo Katamón y en Baka».

No sé si tiene alguna relación con esto, pero me estoy acordando de un cuento infantil, o mejor dicho, de un secreto que me contó mi abuela una vez. En aquella época, dijo, cuando su marido fue asesinado y, nada más terminar la guerra, la dejó con un montón de huérfanos, no había nada que comer en la casa. Ella, que jamás había pedido ayuda a nadie, dejaba a sus hijos pequeños

al cuidado de su hija mayor, salía al amanecer a trabajar al campo por unos céntimos y no regresaba hasta el anochecer. Pero, eso me contó, nadie supo lo que les pasaba a ella ni a sus hijos, jamás permitió que nadie se compadeciese de ellos. Solía rellenar los cojines con hojas de periódico y bolsas de plástico para que las vecinas que iban de visita los viernes oyesen ruido al sentarse. «Ay –solía disculparse la abuela ante sus invitadas–, escondí ahí un fajo de dinero, menos mal que habéis venido, si no me habría olvidado de él.»

13/4/2007

Día de la Independencia

Llevo dos días delante del ordenador y no me sale una palabra, la cabeza me estalla de puro nervio y los niños no se atreven a acercarse a mí porque tengo ojos de loco. ¿Por qué? Por una maldita columna que aparece después de un listado de carnes y consejos para barbacoas el Día de la Independencia. ¿De verdad le interesa a alguien lo que yo garabatee ahí? ¿Por qué me lo tomo tan a pecho?, ¿por qué no intento disfrutar de ello? Porque no estoy hecho para disfrutar, siempre he tenido ese fallo. «Parece que te resulta fácil, natural», es una frase que me saca de quicio cada vez que la oigo. «¿Cuánto tiempo te lleva, una hora?». Pues eso, que no. A veces parece una eternidad, a veces llega a tal extremo que en casa oigo frases del tipo: «Elige, o la columna o yo».

Esta semana no ha ocurrido nada. Parece que no sólo no ha ocurrido nada en mi vida, sino que tampoco ha ocurrido nada en este pueblo en el que estoy atrapado. Y eso está bien: se considera un logro encontrar un pueblo aburrido sin noticias. Se paga por ello un suplemento de 200 dólares al mes. Porque ¿qué buenas noticias pueden salir de un pueblo árabe?

Los vecinos llevan horas limpiando el coche nuevo. Su hijo pequeño está dentro y se pasa todo el día tocando el claxon. Tengo que largarme de aquí, tengo que encontrar un lugar donde ocurran cosas, un lugar donde baste con mirar por la ventana o con salir a la calle para ver caras interesantes que proporcionen un buen material sobre el que escribir. Una zona donde se pueda encontrar un sitio donde sentarse, tomar un café, leer un periódico, observar a los transeúntes. Vivo en un desierto. En los últimos dos días he estado en todos los sitios a los que se puede ir en el pueblo, he estado donde

el peluquero, el carnicero, el frutero y no ha pasado nada, han sido muy pocos en palabras. Parece que todos piensan en escapar, por lo menos tanto como yo.

Un buen escritor no puede crecer en un lugar así. Es imposible. Necesito una auténtica ciudad, no un pueblo de juguete cercano a una ciudad que más parece un poblado de absorción gris que una ciudad. Y encima, para echar más sal en la herida, llevo toda la semana deambulando por Estambul con Orhan Pamuk. Lo que hace santa a Estambul, a diferencia de Jerusalén, es que allí hay prostíbulos y clubs nocturnos. ¿Cómo se puede escribir en una ciudad que no tiene tabernas?

«Yo no viviría en Suiza –dirán los idiotas con arrogancia–. Es un país aburrido. No ocurre nada, no como aquí, que cada día pasa algo nuevo.» ¿Qué nuevo ni qué ocho cuartos? Hasta la guerra parece la misma desde hace cien años. Vale que haya guerra, si hubiese prostitutas en la ciudad santa. ¿Saben una cosa? A mi modo de ver, eso es sionismo: pensar que este país es interesante, que Jerusalén es bonita y que Tel Aviv bulle. Es cierto, en Tel Aviv por lo menos hay prostitutas, pero son prostitutas de esas sobre las que no puedes escribir ni una palabra, porque no puedes intercambiar con ellas ni una palabra, a no ser que hayas estudiado odontología a cuenta del partido comunista hace veinte años.

Uf, por fin suena el teléfono. Algún drama.

–¿Diga?

–Hola, ¿es la casa del escritor y periodista?

–No.

–¿No es el número de Sayed Kashua?

–Eso sí.

–Por favor, ¿podría hablar con él?

–Soy yo.

–Ah, ¿es usted?

–Sí.

–Hola, quería preguntarle si podríamos entrevistarle para un programa especial que estamos haciendo para el Día de la Independencia.

–Claro. ¿Cuándo?

–Si tiene unos minutos, me gustaría hacerle algunas preguntas previas».

–Tengo todo el tiempo del mundo.

–Pues, ante todo, realmente querría preguntarle cómo le hace sentir el Día de la Independencia en calidad de árabe y ciudadano de Israel».

–Un mierda.

–Ehhhhhh, ¿podría ser algo más explícito?

–Sí, claro. El Día de la Independencia, en calidad de árabe y ciudadano de Israel, me hace sentir un mierda.

–Entiendo, pero ¿podría, digamos, decir por qué? ¿Es por falta de sensación de pertenencia? ¿Por la discriminación? ¿Podría...?

–No tiene nada que ver con la pertenencia. ¿Qué tiene que ver la pertenencia? Me siento mal en general, por nada en particular.

–Y el Día de la Independencia, me imagino, agrava la sensación de opresión que siente como ciudadano de este país.

–Eso es cierto.

–¿Podría concretar?

–Sí, claro. El Día de la Independencia me siento mal, deprimido, y además los niños tienen vacaciones en el colegio.

–No comprendo...

–Digo que están aquí, molestándome, el Día de la Independencia, tengo que pasar todo el día con ellos.

–¿Y qué les cuenta a sus hijos el Día de la Independencia? ¿Qué les dice en un día así?

–Les digo que se larguen al salón. A veces los insulto.

–Ehhhh. Otra pregunta que les hacemos a todos los que participan en el especial, si fuese presidente del gobierno, ¿qué cambiaría del país?

–Invertiría en prostitutas.

–¿Cómo?

–Sí, eso es lo que haría, sin duda, invertiría en prostitutas.

27/4/2007

Una habitación propia

Esta semana he encontrado habitación. Es cierto que el año pasado alquilé una habitación para trabajar, pero fue únicamente por un mes, durante el cual sólo me molesté en ir a la pequeña habitación del piso de estudiantes cuatro días, y por un máximo de dos horas. Pero ahora es otra historia.

A diferencia del año pasado, ya no puedo seguir escribiendo en casa. Se acabó, desde esta semana mi habitación ha pasado a ser oficialmente una habitación infantil. Todos estamos contentos. Los niños, que ya no tendrán que estar juntos, mi mujer, que lleva todo el año quejándose del hacinamiento, «¿cómo le compras al niño una pelota?, ¿dónde voy a meterla?, ¿qué más da que sea una pelota de tenis?», pero sobre todo yo. Siempre he creído que una habitación de trabajo en el lugar apropiado, con unas vistas apropiadas, es lo que me separa de esa gran obra que desde siempre he querido escribir, algo diferente, inolvidable, eso que, a mi entender, siempre he estado buscando en todo lo que he escrito, eso que me cuesta definir exactamente, pero cuyo olor sé identificar.

Tengo una habitación en el centro de la ciudad, entre el mercado Mahané Yehuda y la calle peatonal Ben Yehuda, y me siento como en las historias de mi padre sobre Naguib Mahfutz, al que veía siempre en el mismo café de la zona vieja de El Cairo, a la misma hora del día, en la misma mesa, con un vaso de té, mirando la auténtica vida. Pues aquí estoy, en un viejo edificio que pudo ser bonito, y justo debajo de mí transcurre la auténtica vida. Pronto podré observarla. Pronto. Sólo queda pintar y cambiar la cerradura, y entonces toda la vida estará ante mí.

Me dio la impresión de que el pintor se había pasado. Al fin y al cabo se

trata de una habitación mediana, sin imperfecciones ni humedades, sólo pintar de blanco las paredes, sin incluir el techo, las molduras ni los zócalos. 1.000 shékels me parece demasiado, sobre todo por los carteles que veo en todos los semáforos de la ciudad PINTE SU CASA POR 1.400. No voy a empezar a buscar otro, porque encontrar un pintor disponible ha sido una tarea agotadora. Todos estaban ocupados, y me fueron pasando de uno a otro y a otro, hasta llegar al quinto, sólo él podía empezar el trabajo al día siguiente.

–¿Te has vuelto loco? –me dijo mi padre por teléfono cuando le pedí opinión–, ¿1.000 por qué? ¿Cuánto cuestan cinco litros de pintura?, ¿100 shékels? No entiendo cómo no lo haces tú mismo».

–No sé –respondí–, también me ha prometido cambiar la cerradura.

–¿Pero qué te pasa? Es lo más fácil del mundo. No me digas que no puedes cambiar una cerradura.

Es increíble lo fácil que es encontrar una tienda de utensilios y materiales de pintura cuando estás en el centro de la ciudad. Iba caminando por la calle pensando «¿dónde encuentro yo ahora pintura?» y ya estaba en la entrada de una tienda donde había un amable dependiente que me proporcionó pintura y un rodillo y, como mi inexperiencia no le pasó desapercibida, me dio todo tipo de explicaciones sobre cómo mezclar, escurrir y tratar las esquinas, y sobre lo fácil que era cambiar una cerradura. Me costó todo unos 200 shékels.

–Ah –dijo antes de empaquetarlo–, ¿tiene cinta de carroceros?

–No. ¿Qué es eso?

–Para cubrir enchufes, zócalos, dinteles, cosas así.

Bien, lo primero, la cerradura. Según las explicaciones, había tres tornillos. Tenía que sacar el del medio, meter uno nuevo y apretarlo. Pero mi puerta solo tenía dos, el del medio no existía. Menos mal que la tienda estaba cerca. «Seguro que tiene una de esas antiguas –dijo el dependiente–, debe cambiar la pieza entera. Facilísimo. Primero saca el pequeño clavo que sujeta el picaporte...

Pude ver el pequeño clavo que sujetaba el picaporte. Tres heridas, de las más de diez que tenía en las manos, estaban sangrando. Me dolían todos los dedos, no podía seguir sujetando los alicates, que se me habían quedado marcados en rojo en las palmas de la mano. El pequeño clavo, el que sujetaba

el picaporte, no se movió de su sitio.

–¿Papá? –telefoneé.

–¿Qué?, ¿ya has terminado de pintar?

–Casi –respondí.

–Ya te lo dije, está tirado.

–Papá, dime una cosa, ¿hay algún truco para sacar el clavo del picaporte?

–No sé por qué, pero mi padre se enfadó mucho y no me contestó. Gritó por el teléfono:

–Dime, ¿has ido a tu despacho en coche?

–Sí, ¿por qué?

–Porque te sugiero que tu mujer te lleve al trabajo y luego vuelva a recogerte. Es que, si no consigues sacar un clavo del picaporte, no estoy seguro de que recuerdes ni dónde vives. –Antes de colgar, le oí gritar–: ¿Cómo me ha podido salir un hijo así? ¿Estás segura de que es mío?

Me encendí un cigarro, me apoyé en la ventana de mi nueva habitación. Eran las primeras horas de la tarde y, a diez metros por debajo de mí, caminaban con celeridad montones de personas que, desde arriba, daban la impresión de que no tenían realmente adónde ir.

11/5/2007

La próxima gran obra

Llevo dos horas delante de la pantalla escribiendo y borrando la misma frase: «No tengo nada que escribir». A veces el vacío me resulta incómodo y entonces copio canciones de la radio, luego lo selecciono todo y lo borro. Odio esas semanas en las que ya sé de antemano que no tendré nada sobre lo que escribir, sólo por no haber insistido en mi petición de la semana anterior de coger vacaciones. La semana que viene no volverá a pasar, me lo prometo a mí mismo, me iré de vacaciones. No es que vaya a cargarme una mochila a la espalda y a coger un avión, ni siquiera que vaya a irme a alguna playa. No, sólo vacaciones del periódico, lo que significa un intenso trabajo con los guiones. Pronto empezarán el rodaje. Se acabará pronto. Esta frase «se acabará pronto», es una frase que llevo oyendo ya dos años, pero esta vez debe suceder de verdad. No queda más remedio.

En agosto se completará el rodaje de una serie de televisión que he escrito. Esta vez parece que va en serio, ya hay una pizarra en producción dividida en franjas horarias. Tengo anotados los días de ensayo, de rodaje, de edición. Todo para esa gran obra llamada serie de televisión. Estoy trabajando en las últimas correcciones del guion, intentando adaptarlas a la mentalidad de al menos tres responsables diferentes. A veces olvido mi gusto personal. Pero eso no es siempre lo importante, desde luego, ahora no. Pronto empezarán el rodaje, todo debe estar listo. Por no hablar de que, si realmente tuviese un gusto personal del que no me apartase, sería de suponer que no habría entrado a formar parte de esta larga y agotadora aventura que comenzó a comienzos de 2004. No tengo gusto personal, o al menos no lo tengo claro, es cambiante. Depende de las reacciones. Nunca he conseguido diferenciar lo

bueno de lo malo, sobre todo en la escritura.

Es la primera vez que trabajo con otras personas. Asusta. De pronto, los personajes tienen cara, de pronto las frases escritas tienen voz humana. Hay director, actores, camarógrafos, productores y editores y, lo que más asusta, espectadores. Jamás había estado tan tenso, es cierto que también esa frase es recurrente en mí, pero me la creo cada vez que la digo. Jamás había estado tan tenso. A veces, en momentos muy concretos, cuando corrijo alguna frase o imagino a un actor diciéndola, me lleno de optimismo y pienso que todo va a ir bien, incluso de maravilla. Casi siempre pienso que todo va fatal, que estaré toda mi vida lamentando esto. Que sin duda estaré sufriendo de un capítulo a otro, de una semana a otra, hasta que esto acabe. Y que, incluso entonces, seguro que tendré que aislarme del mundo, hundirme en una profunda depresión durante medio año por lo menos, hacer un largo y agotador examen de conciencia, con la esperanza de que de ahí salga una persona más amargada y tal vez algo más sabia.

A veces me imagino un resultado tan lamentable que no estoy seguro de lo que me produciría más tristeza: que la emitan o que la desestimen. Lo más humillante que puede pasar es que transijan, después de todo se ha invertido un montón de dinero en la producción de esto, después de todo se está pensando en una franja horaria árabe, así que se emitirá, sin tener en cuenta la calidad, entre todos los programas de relleno, que como su nombre indica son programas no destinados a ser vistos. Me asusta ser un parche para rellenar media hora del viernes o del sábado al mediodía.

Realmente no tengo forma de saberlo, hay que esperar y ver. Pronto empiezan el rodaje, ya no está en mis manos. Ahora estoy tecleando una canción que resuena en mi cabeza: «Qué has hecho, preguntan, cómo lo has desperdiciado todo, tenías una posibilidad y ahora tendrás que empezar de nuevo».

A veces, los viernes a mediodía, veo a personas que regresan a casa apresuradamente con bolsas en las manos y, de repente, todas las calles se quedan vacías. Imagino familias en casas, cafés donde se juega a las cartas y se fuman narguilas en la Jerusalén este, y otros climatizados donde sirven descafeinado. Albañiles terminando su jornada, amas de casa tomándose un

respiro entre guiso y guiso para la cena de Shabat, recepciones de hospitales atestadas de enfermos en sillas de ruedas. Soldados en controles de carretera pidiendo a los que esperan que se unan a ellos durante media hora. Se declara la habitual tregua semanal en Gaza. Todos esperan a que termine el anuncio, que por primera vez en la historia de la televisión cuesta más que un anuncio en *prime-time* en temporada baja. Los padres hacen callar a los niños y los niños hacen callar a las mascotas y, de pronto, por todo el Oriente Medio se escucha: «Shhhhhhhh. Ya empieza».

6/7/2007

El osito sí sí

Nadie me toma en serio. Todos piensan que siempre estoy de broma. A decir verdad, no es un problema de los demás, es problema mío. Nunca consigo decir que no. Últimamente he llegado a pensar que se trata de algo genético, o cultural, aunque sé que la cultura y la situación económica son tan genéticas como el síndrome de Down.

He heredado, educado o desarrollado la incapacidad de ser tajante con mis noes. Cuando entré en el mundo judío, es decir, cuando empecé a trabajar para jefes judíos, que normalmente eran mayores que yo, siempre que me pedían hacer algo que yo no quería, decía *inshallah*, que es la palabra más educada que podía utilizar ante alguien mayor que yo para decir «no quiero». Los judíos se toman el *inshallah* como si fuese un sí. Pero es un no. Cuando un árabe dice «*inshallah* a las cinco iré a arreglarle el grifo del baño», de hecho está diciéndote: olvídalo, no tengo tiempo, llame a otro fontanero. Así fue como, por culpa de un uso erróneo de *inshallah*, acabé teniendo que fregar platos en un restaurante en el que había entrado a comer, dejando la universidad y convirtiéndome en el esclavo sexual del dueño de un asador de más de sesenta años.

–Entonces, ¿vienes luego al almacén?

–*Inshallah*.

Después, cuando comprendí que *inshallah* significaba otra cosa en otras culturas, lo sustituí por un «no creo que quiera». Después de todo, la educación es la educación, de verdad, pero de verdad, que no puedo decir que no. Por supuesto, no a un judío. Es una cuestión de castas.

Después de que el jefe del restaurante fuese detenido por desfalco,

empecé a rehacer mi vida. Me volví a matricular en la Betzalel, empecé a estudiar fotografía y a disfrutar de cada instante. Cuando llegó el momento en el que, para costear los productos de revelado y el papel, necesitaba unas sumas que ya no podía pedirles a mis padres, empecé a buscar trabajo en la profesión. Con una carpeta y una cámara de fotos al hombro, fui a ver al redactor de un periódico local y pregunté si necesitaban fotógrafos *freelance*.

–No necesitamos fotógrafos –dijo, y añadió–: Dime, ¿eres árabe?

–Sí –asentí.

–¿Sabes escribir?

–Sí.

–Estamos buscando un reportero para asuntos árabes, ¿qué te parece?

–No creo que quiera –respondí.

Por un uso incorrecto de «no creo que quiera», acabé sufriendo ataques al corazón en Gaza, Nablus, Jenin, llorando con niños hambrientos, huyendo de francotiradores de ambos bandos, entrevistando a fugitivos y colonos, e intentando escapar de helicópteros. Cuando la guerra dejó de ser *sexy*, acabé entrevistando a modelos y peluqueros de perros, escribiendo sobre televisión, coches, vida nocturna, restaurantes, chulos y putas.

Pasaron unos buenos años hasta que adopté la frase de rechazo «eso no va conmigo». Rehíce mi vida, escribí libros, ahorré dinero y tuve una novia.

«¿Quieres casarte?» «Eso no va conmigo.» «¿Un gran salón en el pueblo?» «Eso no va conmigo.» «¿1.000 invitados?» «Eso no va conmigo.» «¿Luna de miel en Antalya?» «No, eso no va nada conmigo.» «¿Un hijo?» «Eso no va conmigo.» «¿Otro más?» «Eso no va conmigo.» «¿Qué tal un tercero?» «No. No quiero. ¿Me oyes? No quiero.» «Vale, vale. ¿Desde cuándo eres tan tajante?» «Se acabó. No quiero.»

Con la frase lapidaria «no quiero» obré milagros. Sólo trabajaba en las cosas que quería. Sólo escribía lo que quería. Así de sencillo. ¿Cómo había conseguido sobrevivir sin las palabras «no quiero»? Escribí el guion de una película, escribí la serie de televisión que quería, y entonces empecé a recibir montones de encargos de productoras y grandes agencias. Toda una historia de éxito. Hasta que, últimamente, han empezado a dirigirse a mí personas que no aceptan mi no por respuesta.

Ya en la primera reunión con el primer productor, que me ofreció escribir una telenovela, solté la frase lapidaria que me había salvado en los últimos años. «No quiero.» Resulta que para los productores y los agentes la palabra «no» no es una opción. Es como en *El padrino*, a un productor serio no puedes decirle que no. Como mucho puedes decirle *inshallah* y rezar para que te deje tranquilo.

Ya van cinco productores a los que he dicho «no quiero» que han utilizado la expresión «no, no es una opción». De repente, están cuestionando mi no. «Pues claro que quiere, lo que pasa es que aún no lo sabe», otra frase recurrente en boca de los hombres de negocios con montones de dinero.

–Ah, sí, ¿de verdad? ¿Entonces está diciendo que sí que quiero?

–Pues claro que quiere.

–Caray, no sé, porque a decir verdad no me siento demasiado cómodo, además no tengo tiempo....

–¿Quiere 50.000 dólares?

–Sí, claro, pues claro que los quiero.

–¿Ve como sí que quiere?

–En efecto.

–Bueno, dentro de un mes quiero un musical para una superproducción donde participen todos los ídolos de los niños.

–*Inshallah*.

–Entiendo que no tiene ningún problema en componer también la música.

–*Inshallah*.

7/9/2007

La bicicleta

Una bonita mañana de sábado, era la ocasión perfecta para dar el paseo que llevaba posponiendo varios años. Ese paseo, caminando no muy rápido, para nada corriendo, arreglaría todos los sistemas de mi cuerpo. Regularía la respiración, fortalecería los huesos, daría nueva vitalidad a los músculos, que no pasarían ninguna prueba en ningún instituto de control de calidad.

Hace tiempo que mi cuerpo se ha convertido en un cubo de basura comunal. Durante los dos últimos años esta situación ha empezado a preocuparme. No sé, tal vez sea por la edad, o tal vez porque visito mucho a mis padres en los hospitales, y eso que a mi padre se le considera deportista y que mi madre va a nadar varias veces por semana. La espalda, los músculos, los pulmones y, por supuesto, también el hígado, me parecen últimamente cosas bastante vitales. De momento, ni puedo ni quiero dejar de beber ni de fumar, porque me digo a mí mismo que sería una lástima hacer ahora semejante esfuerzo, sufrir, atormentarme, superar el síndrome de abstinencia, y que luego, dentro de un año, un mes o dos semanas, estalle una guerra y me pille sin calmantes o incluso con el cuerpo limpio de nicotina.

Me puse unos pantalones cortos. Descubrí que los zapatos más parecidos a unas zapatillas de deporte que tenía eran unos Crocs, me pasé un buen rato frente al estante dudando si coger el paquete de tabaco y, al final, decidí que sí, podía marearme con sólo respirar el aire puro de las montañas. Me despedí de mi familia como si estuviese a punto de iniciar una peregrinación a La Meca atravesando el desierto en camello y me puse en camino.

Caminé realmente despacio. Después de diez minutos ya me había arrepentido de aquella brillante idea. No porque estuviese cansado, para nada,

más bien porque pensaba: ¿De verdad? ¿Esto es lo que me va a salvar de un infarto? ¿Un cómodo paseo en una agradable mañana de sábado?

Pero por algún sitio tenía que empezar, y apuntarme a un gimnasio era el mayor error que podía cometer, tenía claro que jamás llegaría a eso. Y más cuando todos los entendidos dicen que no aguantas más de un mes y todos recomiendan: «Empieza por un paseo por el barrio y después verás si eres perseverante».

Yo no soy perseverante, jamás lo he sido, pero no voy a ceder. Al menos no ahora que estoy andando por debajo del cartel SALVA TU CORAZÓN DE UN INMINENTE INFARTO. Tengo una razón bastante buena para no estar en casa y disfrutar de una hora de libertad y de silencio sin los niños. Vale, media hora.

Lo crean o no, poco a poco fui descubriendo las maravillas de caminar. De hecho, me olvidé por completo de que estaba de paseo y me sumergí en agradables fantasías y pensamientos que en ese momento me parecieron brillantes. Ideas fantásticas que sentí que procedían del corazón y que tal vez no hubiesen logrado llegar hasta el cerebro sin el suficiente oxígeno. Me sumergí en un mundo mágico, vi sensaciones y, mientras caminaba, logré traducirlas en palabras. Cuando miré el reloj que nunca me ponía descubrí que había pasado una hora desde que saliera de casa. Me tomé un respiro para mirar alrededor y descubrí que estaba en la carretera de Belén, en la parte más septentrional de la carretera, en Baka, hermosas casas cuya historia oscura no ha logrado perturbar la eterna serenidad. Viandantes, o simplemente personas devotas con ropa de Shabat impoluta, paseaban por los alrededores, madres y niños jubilosos. Sólo cuando me libré de los sueños me di cuenta de lo cansado que estaba, y pude sentir cómo tosía mi corazón. Tenía calor y estaba sudando como jamás se suda en Jerusalén.

Un banco de madera en una calle sombría era una solución perfecta para la tempestad de mi cuerpo. Una agradable brisa enfrió el sudor y un escalofrío acarició mi piel. Muy cansado, intenté regular la respiración y comprendí que necesitaría un buen rato de descanso antes de poder volver sobre mis pasos. Casi envidié a un niño sonriente que se acercó al banco con su bicicleta nueva, aunque no estaba seguro de si, en Jerusalén, montar en bici sería más liviano que caminar. El niño miró a un lado de la carretera y se

detuvo sorprendido. Al principio intentó sonreír, y sólo entonces se dio cuenta de que un policía se estaba bajando del coche patrulla y acercándose a la bicicleta.

–¿De quién es la bicicleta? –preguntó el policía en hebreo. El niño, que tenía una mirada de pánico mezclada con una sonrisa, no supo qué responder–. Bicyclet –el policía probó su árabe–, ¿de quién?

–Mía –respondió el niño en árabe–, mi bicyclet. –El policía apartó al niño, cogió la bicicleta y empezó a inspeccionarla por todas partes.

–¿De dónde has sacado la bicicleta?

–*Ilayi al bicyclet* –respondió el niño, es mía.

–¿Por qué mientes?

–Estuve a punto de levantarme del banco, el corazón me latía con más fuerza que durante la caminata. Por un instante recordé que había salido sin documentación, sin nada, sólo con la ropa de paseo, y me volví a sentar.

–¿De dónde? –preguntó el policía–, ¿*minayin*? ¿Qué haces aquí? –El niño guardó silencio y miró hacia los lados. Otros niños de Baka estaban observando la escena, igual que yo. Algunos se acercaron, uno de ellos sonrió y lamió un polo mientras el policía comprobaba qué número aparecía en la bicicleta–. ¿De dónde has sacado la bicicleta? el policía repitió la pregunta. El niño respondió en árabe y solamente yo lo entendí todo:

–Mi padre me la compró. Fue mi cumpleaños».

–Abui, abui –repitió el policía, y eso hizo reír a algunos de los niños.

–Quiere llamarlo, me sé su número –intentó el niño, pero el policía no lo entendió.

–¿Hay alguien aquí que sepa árabe? –preguntó el policía mirando hacia mí. «No», negué con la cabeza, me levanté del banco y corrí hasta mi casa como jamás había corrido.

12/9/2007

La voz del lector

–¿Diga?

–Hola, podría hablar con el señor Sayed Kashua.

–Soy yo.

–Encantado, me llamo Bassam, soy de Nazaret y ahora vivo en Jerusalén.

Espero no molestarlo.

–No, en absoluto.

–Ante todo, quiero decirle que me gusta mucho lo que escribe. Lo sigo, lo leo siempre y normalmente me encanta.

–Gracias, muchas gracias.

–Antes hacía también grandes reportajes, ¿verdad?

–Sí, así es.

–¿Qué pasó?, ¿lo dejó?

–No pasó nada.

–Disculpe, quiero preguntarle algo si no...

–Adelante.

–En los periódicos le impiden escribir sobre política, ¿verdad?

–No, no es así, en absoluto.

–¿No? Porque le voy a decir una cosa, a varios amigos y a mí, que conocemos lo que escribía antes, nos sorprende que ya no escriba sus opiniones políticas, y creemos que es por la censura.

–No, no hay ninguna censura.

–Entonces ¿qué ocurre?

–¿En relación a qué?

–¿Pretende decirme que le dan una libertad total para escribir? ¿Puede

escribir todo lo que quiera?

–Absolutamente.

–¿Y eso es lo que elige escribir por propia voluntad?

–Sí, ¿por qué? ¿Pasa algo?

–No, nada. Estaba convencido de que le presionaban.

–¿Por qué?

–Porque sólo escribe cómo se emborrachó, y sobre su mujer y tonterías por el estilo.

–No comprendo.

–No, no se crea, a veces es gracioso, pero pensaba que no le permitían escribir sobre los árabes y sobre la guerra.

–No, para nada, puedo hacer lo que quiera.

–¿Y esto es lo que quiere?

–Ummm...

–Es que es un poco sorprendente. Si le digo la verdad, me acaba de dejar de piedra.

–¿Por qué?

–Cuando por fin tiene una plataforma en un periódico israelí, cuando por fin un árabe tiene una plataforma en un periódico israelí, eso es lo que escribe.

–No, ummm...

–¿Nuestros únicos problemas ahora son su cogorza y las conversaciones con su mujer?

–Tiene razón.

–Tiene que aprovechar mejor esa plataforma.

–Es cierto.

–Pues adiós.

–Quería decirle que tiene razón y que muchas gracias.

Dios, el hombre lleva toda la razón. Mi cuerpo tiembla de vergüenza, siento que me arde la cara de bochorno, pero qué imbécil soy. Desde esta semana voy a cambiarlo todo. Se acabó. Una nueva era. Me da igual, desde ahora voy a meterme con todos, es decir, con el gobierno, con los colonos, con todos. Tengo que escribir sobre Olmert y Rice, ya verán esta semana.

Bueno, antes tengo que beber algo para tranquilizarme. Debo concentrarme, me meteré con ellos por lo que han hecho esta semana. Dios, ¿qué han hecho esta semana?

Demonios, llevo meses sin leer los periódicos ni ver las noticias, ni siquiera en internet, sólo navego por las páginas de cultura y de coches. No, el hombre lleva razón, estoy desconectado. Pero se acabó, desde ahora guerra... Un momento, esperen un segundo, ¿vale?

Perdón, sólo he llamado un segundo a mi padre, quería preguntarle si ha pasado algo interesante esta semana, pero no ha contestado. No pasa nada. ¿Sobre qué voy a escribir? Tengo una idea. Marcaré asterisco 42 para devolver la llamada.

–¿Diga?

–Hola, ¿Bassam?

–Sí.

–Soy Sayed, me ha llamado antes.

–Ah sí, hola.

–Quería decirle otra vez que tiene razón y que de ahora en adelante voy a cambiar porque es una plataforma importante.

–Me alegra haber contribuido en algo.

–No, de verdad, gracias. Sólo quería preguntar, digamos, en la columna de esta semana, ¿sobre qué convendría escribir? Es decir, qué puede ser de utilidad para nuestro objetivo, como minoría nacional, me refiero.

–Pues muchas cosas. Primero tiene el asunto con los sirios y los norcoreanos.

–¿Qué pasa con ellos? ¿Qué puedo escribir sobre eso?

–Está claro que se trata de una persecución política, no sólo a ellos, sino a toda la población árabe. Escriba que Israel y Estados Unidos se permiten ser los policías del mundo.

–OK, ya lo he escrito, ¿qué más?

–Está el tema de la pobreza, el hambre y el bloqueo sobre Gaza, y por supuesto los asesinatos, que continúan y de los que ya nadie habla. Evidentemente, también está el asunto de la supuesta relajación de Olmert, a pesar que no ha quitado ni un sólo control de carretera. Escriba que es un

repugnante ejercicio de manipulación mediática.

–OK.

–Qué más, veamos...

–Creo que es suficiente para esta semana. Dígame una cosa, Bassam, ¿puedo llamarlo también la semana que viene?

–Por supuesto, encantado.

–Bueno, gracias, de verdad, muchas gracias.

28/9/2007

SEGUNDA PARTE

PASAPORTES EXTRANJEROS
(2008-2010)

Pasaportes extranjeros

Con los años, cada vez parezco más árabe. No sé si es por la barriga que he echado o por los cortes de pelo baratos en el Ambrator de la Jerusalén este, pero sé que mi identidad nacional es más evidente que nunca. Últimamente casi ningún vigilante de seguridad me deja pasar sin pedirme el carné de identidad.

Perfectamente consciente del nuevo perfil que había desarrollado como sospechoso inmediato, eché los restos en los preparativos para el encuentro con Ben Gurión. Me corté el pelo donde un judío por el doble de dinero. Limpié el coche por dentro y por fuera y estuve a punto de colgar en el retrovisor un ambientador en forma de estrella de David. Me puse el polo que le pedí a mi mujer que me regalase por mi cumpleaños. Me puse las gafas de sol, recité la oración del viaje y salí hacia el aeropuerto.

Me detuve en la fila de coches a la entrada del aeropuerto. Los coches avanzaban uno tras otro, el vigilante de seguridad tan sólo miraba hacia el interior del vehículo e indicaba con la mano que pasase. Hasta que llegó mi turno. El vigilante me indicó con la mano que parase. «¿De dónde viene?», preguntó, mirándome fijamente. Sabía que si decía Jerusalén, la cosa no acabaría bien. Nunca he sabido pronunciar sin errores el nombre hebreo de la ciudad. Jerusalén es la pesadilla de todo árabe farsante. Además de la ere, también tiene demasiadas consonantes. Pensé decir que venía de Tel Aviv, pero era arriesgado, porque si la cosa no funcionaba y me pedía la documentación, yo sería árabe y además mentiroso, y eso podía hacer que la inspección se convirtiese en un interrogatorio, si no en un arresto en toda regla.

–Jerusalén –farfullé en voz baja.

–Documentación, por favor –pidió el vigilante, que miró largo y tendido mis datos, se quedó con el carné y me indicó que parase en la isleta derecha, apagase el motor y esperase a que se acercasen a mí. Diez minutos después llegó un vigilante y tras una inspección me deseó «buen viaje». La situación debe de ser grave, pensé de camino al aparcamiento de larga distancia. Normalmente pasaba el control de entrada con facilidad. Y encima había llegado con el Citroën que había comprado expresamente debido a los controles. Dios mío, ¿qué árabe conduce un Citroën?

Un autobús de transporte interno me dejó en la entrada de la terminal, junto al resto de los que habíamos aparcado en larga distancia. Había otro vigilante en la entrada, y yo caminé con los demás arrastrando la maleta y recordándome que no debía mirar al vigilante como hacía siempre. Esa clase de mirada de quien espera ser detenido. Incliné la cabeza e intenté ser natural. Pero naturalmente le parecí sospechoso al vigilante. «Señor», me llamó, sonreí como un idiota cuando me indicó que me acercara al detector de árabes.

Resultó que estaba limpio, fui liberado y entré, a la espera de un día atestado de vigilantes de seguridad. Si no había logrado pasar los dos puestos de vigilantes que trabajan a ojo, que Dios me librase de lo que me aguardaba dentro cuando me pidiesen el pasaporte.

–¿Cuál es el origen del nombre? –preguntó el vigilante, mientras hojeaba el pasaporte en la fila para llegar a los mostradores.

–Árabe», respondí. Marcó círculos sobre etiquetas blancas y volvió a hacer las mismas preguntas.

–¿Alguien le ha entregado algo? –Respondí a todo que no, aunque siempre me inquietaba que mi mujer me hubiese metido algo en la bolsa para saldar alguna cuenta conmigo—. La maleta a la máquina de rayos X –ordenó el vigilante, y obedecí encantado. Todos pasan por rayos X, sin distinción de religión, raza ni sexo. Los rayos X son el lado amable de la democracia.

Sílo que no todos los pasan sin problemas. Cuando la pequeña maleta aterrizó al otro lado de la máquina, se acercó otra vigilante, pegó otra etiqueta y me pidió que me dirigiese al mostrador de enfrente para un registro. ¿Qué

habría visto en el monitor de su ordenador? Ya que para un viaje corto, de dos días, sólo había cogido una camisa, dos pares de calzoncillos y calcetines. Ordenador no llevo nunca al aeropuerto. Un árabe con ordenador ya es un agente de Hezbolá.

En el mostrador, la vigilante me pidió que abriese la bolsa sospechosa. Lo hice con arrogancia. Tengo calzoncillos y calcetines única y exclusivamente para el aeropuerto. Hugo Boss y Calvin Klein. Para impresionar a los vigilantes de seguridad. Árabe, sí, pero con clase. Resultó que estaba limpio. La vigilante dijo que podía cerrar la bolsa, la cerré, y entonces trajo una especie de esposas naranjas de plástico duro y las cerró alrededor del asa de la bolsa a modo de pulsera.

La temperatura de mi cuerpo subió al ver la pulsera. Me sentí mareado y debía regular la respiración. Miré alrededor de camino a los mostradores y no vi a nadie con una pulsera como la mía. Sabía que me miraban, sabía que estaba marcado, y una fuerte sensación de humillación me atrapaba cada vez que alguien pasaba a mi lado y miraba la pulsera naranja que me habían clavado cerca del corazón. Decenas de veces he visitado el aeropuerto y era la primera vez que me topaba con una llamativa pulsera como esa. Intenté contener las lágrimas y proseguí por la Vía Dolorosa hacia el avión.

«Al mostrador 14», se dirigió a mí la vigilante delante de la entrada del *duty-free*. Allí hacían cola sólo personas con pulsera. Un vigilante cogió el pasaporte y la tarjeta de embarque, los agitó con la mano y preguntó: «¿Alguien los quiere?». Resultó que estaba limpio, me puse los zapatos, volví a meter el cinturón en los pantalones y proseguí hacia el control de pasaportes. Una vigilante, acompañada de un chico y una chica que sujetaban libretas y que me parecieron aprendices, me pidió el pasaporte. «B 3», dijo, y la chica de la libreta le dijo: «Guau, estaba convencida de que sería G 2».

Fui liberado y me detuve con la cabeza gacha en la fila del control de pasaportes. «Señor –me reprendió la policía que estaba detrás del cristal, devolviéndome el pasaporte sin sellar–, ¡aquí es no israelíes!», y con un dedo recriminatorio señaló el cartel luminoso que estaba encima de su puesto. Alcé la cabeza y descubrí que me había puesto en la cola de pasaportes extranjeros.

22/5/2009

Míster Roth y yo

Como si siempre hubiese vivido allí, en Nueva York, a pesar de que era la primera vez que me atrevía a viajar hasta Estados Unidos.

Llegué a la gran manzana a altas horas de la noche, y todo parecía tan familiar. Un taxista paquistaní me llevó desde el aeropuerto Kennedy hasta el Midtown Manhattan, vapores blancos salían por las tapas de las alcantarillas, había *homeless* calentándose junto a las bocas de aire del metro, jóvenes negros pasaban en *jeeps* con música atronadora y una recepcionista de hotel hispana, medio dormida, me envió a una habitación modesta de la quinta planta.

Tenía miedo del hotel, tenía miedo de Nueva York. Si todo lo que había aprendido en las películas era cierto, sin duda de un momento a otro irrumpiría en mi habitación una banda de delincuentes armados con bates y pistolas, se llevarían el ordenador y el dinero y me dejarían tirado, sangrando en el suelo del hotel, sin que nadie llamase al 911. Logré dormirme en el aterrador hotel sólo cuando recordé que Spiderman vivía cerca. Lo vi colgado de los hilos, flotando en el cielo de la ciudad y entrando por la ventana para salvarme de los crueles malhechores.

Mis temores se aplacaron cuando fui a desayunar a una pequeña despensa a la que llamaban «comedor». Entonces descubrí que los clientes del hotel eran más o menos como yo, turistas que habían buscado un hotel barato, habían visto fotografías prometedoras en internet y se habían encontrado con un motel propio de Hitchcock. Cogí un café americano y salí a fumar. Estaba preparado para un frío intenso, pero no me imaginaba lo fría que puede llegar a ser Nueva York. Un frío que hiela las orejas, que quema los pulmones con

cada calada del cigarro. Me apreté la bufanda y me abroché la chaqueta hasta el cuello. Ningún frío me iba a impedir terminarme el cigarro de la mañana.

Las mujeres caminaban deprisa con un café del Starbucks en una mano y un periódico en la otra. Casi todos los norteamericanos caminaban con un Starbucks en la mano. En la acera de enfrente había una boca de incendios metálica que creía que sólo existían en las películas de Spike Lee. Incluso las escaleras de emergencia, esas que bajan de balcón en balcón en diagonal, una vez de derecha a izquierda y otra de izquierda a derecha, son auténticas, parte esencial del paisaje local.

No me quedé mucho tiempo en Nueva York, sólo un día. De hecho, había ido allí desde San Francisco únicamente para hacer el viaje de vuelta a Israel con una amiga que iba a una boda familiar. No estaba dispuesto a recorrer solo toda esa distancia. Un día de regalo en Nueva York, qué puede salir mal, pensé. Apagué el cigarro, me toqué las orejas congeladas para asegurarme de que no se me habían caído y alcé la mano para parar un taxi. En un segundo se detuvo un taxi amarillo con un anuncio publicitario en el techo. Leí en la libreta la dirección dónde tenía mi primera cita, en Upper West Side.

Llegué al café con cinco minutos de adelanto. Debido a las leyes antitabaco, lideradas por la poderosa industria tabaquera, a pesar del frío, decidí fumarme otro Marlboro del *duty-free* antes de entrar. Tenía la sensación de que el hombre no vendría. ¿Por qué iba a venir? ¿Quién era yo para que quisiese verme? Pero era demasiado importante para mí como para no intentar llegar a la hora al lugar convenido y cerciorarme de que no vendría. No llevaba guantes, y la mano que sujetaba el cigarro se volvió un bloque rígido que convirtió la tarea de llevar el cigarro a la boca en una tortura que me hizo querer dejar de fumar de inmediato. Sólo me dio tiempo a dar dos caladas y entonces lo vi, tan alto como me imaginaba, parecido a las fotografías que conocía, y eso que la más reciente de todas probablemente tenía veinte años.

Philip Roth entró y yo me apresuré a entrar detrás de él.

—¿Míster Roth? —dije, justo cuando se había quitado el grueso abrigo en la entrada del restaurante.

—¿Sayed? —preguntó, y yo asentí. Nos estrechamos la mano—. *Nice to see*

you –dijo, invitándome a sentarme a una mesa junto a la ventana. Genial, ¿y ahora qué? Ahí estaba yo, en Manhattan, en un café-restaurant con nombre francés frente a Philip Roth, alguien a quien yo tanto admiraba. ¿Qué posibilidades tenía yo de no fastidiarla ahora? ¿Y qué significaba exactamente fastidiarla? ¿Es que acaso esperaba algo?

–¿Estás disfrutando de Nueva York? –preguntó mientras echaba un vistazo a la carta que le había traído el camarero, y yo asentí sin decir una palabra –¿La primera vez? –preguntó, y yo volví a asentir, convencido de que asentir era la mejor forma de ocultar la simpleza y la falta de talento literario–. ¿Qué quieres? –preguntó, y no supe por dónde empezar. ¿Que qué quiero? Que me firme los libros, que me lo cuente todo sobre Portnoy, sobre Zuckerman, sobre *Operación Shylock*, sobre *El teatro de Sabbath*, que me cuente cómo empezó él, cómo fue todo con Saul Bellow.

¿Qué quiero realmente? Sé muy bien lo que quiero. Quiero saber cómo es sentirse el enemigo del pueblo, cómo se afrontan los ataques de la gente a la que perteneces. En el fondo, todo lo que quería de él era que me contase cómo se afrontan ese tipo de críticas, cómo se vive con la sensación de que las personas más cercanas a ti se convierten en tus perseguidores. Quería preguntarle cómo se sintió cuando todos los líderes del judaísmo norteamericano atacaron sus obras, qué hizo, cómo se siente con eso hoy día. ¿Pero cómo podía empezar?

Estaba reflexionando, desconcertado, cuando él interrumpió mi profundo dilema.

–Bueno, ¿qué quieres? –volvió a preguntar, y yo abrí la boca para hacerle preguntas al gran Roth cuando me interrumpió–. Tienen desayunos muy buenos, ¿quieres algo?

–Eh –dije despertando del sueño–, quiero té, creo, té con menta, si es que tienen aquí.

1/2/2008

Un conejito monstruoso

Feria del Libro, París

Hola, mi dulce niña:

Recibí tu carta por correo electrónico y justo cuando estaba empezando a escribirte, el ordenador se estropeó. Así que te escribo a través del periódico, al fin y al cabo *Haaretz* no es lo que tú pensabas.

Como te prometí, te lo contaré todo sobre París. Aquí hay un pan largo y muy rico, parecido a la *baguette* de Israel pero sin sabor a pan dulce de Shabat. Aquí hay una comida exquisita que no tenemos allí. Sabes, ayer, por ejemplo, cené caracoles. Aquí la gente es muy puntillosa con la comida. No como mamá, en París nadie dice de la comida «es lo que hay».

Hay edificios preciosos, y muchísimas estatuas, jardines y museos extraordinarios. Cuando visites París, comprenderás que lo que te enseñan en el colegio sobre Jerusalén no es cierto en absoluto. Jerusalén no es una ciudad bonita ni importante.

En París hay un tren que se llama Metro y que va por debajo de la tierra a cualquier lugar de la ciudad. Yo no consigo arreglármelas bien en el metro y siempre me pierdo o cojo la dirección equivocada y acabo en la otra punta. Pero ¿sabes lo que es bonito de París? Que también la otra punta es fantástica, así que casi nunca he lamentado haberme confundido.

Hubo una noche que quería estar un rato solo. Entonces salí del restaurante en donde estaba con todos los demás y empecé a pasear por la ciudad sin saber dónde me encontraba. Aquí hay muchas luces, por eso llaman a París «la ciudad de la luz». Paseé y paseé y observé a la gente

agradable y sonriente que había salido a divertirse, y entonces, de repente, empezó a llover con fuerza y quise volver a casa. Era tarde y el metro ya no funcionaba. Creía que en una ciudad tan grande y concurrida el metro funcionaría toda la noche, pero me equivoqué.

Los taxis en París no son como en Jerusalén, a determinadas horas es imposible encontrar uno. Así fue como me perdí y estuve toda la noche buscando el hotel, y al final, cuando ya estaba cansado, empapado y desesperado, me senté a descansar sobre un trozo de cartón junto a una gigantesca columna y me quedé dormido. Por la mañana, cuando me desperté, ocurrió un milagro: junto al cartón encontré un vaso de té y cuatro monedas que aquí, en París, se llaman euros.

Aquí hay muchos escritores muy importantes, me los encuentro todo el rato, tu hermano y tú leéis a algunos y os gustan mucho. Etgar Keret, por ejemplo, que escribió *Papá huye con el circo*, y también Rutu Modan, que hizo las ilustraciones del libro. También está Meir Shalev, que ha escrito muchos libros que te han gustado mucho. Están todos aquí, igual que yo, porque hay una feria del libro. Una feria es un lugar grande grande donde hay montones y montones de escritores.

En París a la gente le gusta mucho leer. Por la mañana, cuando llego a la feria, hay cientos, puede que incluso miles de franceses, hombres, mujeres y niños, en silencio y con una sonrisa en los labios, esperando en una larga cola para entrar en el recinto. Tendrías que ver cómo están en la cola, cosas así no se ven en Jerusalén. Nadie pregunta «¿quién es el último?».

Un día, yo también estaba en la cola para entrar a la feria y, de repente, llegó un escritor que escribe en hebreo y, al verme desde lejos, se rio de mí, me puso la mano en el hombro y dijo: «Dime una cosa, ¿vosotros cuándo vais a aprender algo?». Pensó que era gracioso, así que yo también me reí. «Ven, ven», dijo, y le seguí hasta la puerta de entrada, sorteando a todo el mundo. Se dirigió al portero y le dijo las palabras mágicas «*We are from Israel*», e inmediatamente el portero abrió y nos dejó entrar en la cueva mágica llena de libros.

Hay tantos libros, también para niños. Libros así con ilustraciones así no los hay en nuestras librerías. Las personas pasean entre las casetas, leen y

miran, comen y beben, hay grupos tocando música alegre y hay teatros de marionetas. Es todo precioso en la cueva mágica, todos están felices y contentos. Pero, sabes una cosa, todos tienen miedo de un pequeño rincón de la cueva. Cuenta la leyenda que allí vive un monstruo terrorífico. Así que hay muchos que tienen miedo, disfrutan de todo, pero no se acercan al rincón del gran monstruo. Algunos se toman la leyenda algo más en serio y han decidido no venir siquiera a la cueva de los libros.

Ya sabes que a mí no me gustan los monstruos, pero también que te digo siempre que eso sólo ocurre en los cuentos y que no hay de qué tener miedo, ¿verdad? Así que decidí ir a comprobar esa historia del monstruo. Me acerqué poco a poco a la cueva, donde ponía en grandes letras «Israel», y recordé que esa fue la palabra que utilizó el mago que me abrió la puerta. Pese a que no creo en las leyendas ni creo que existan los monstruos, tenía un poco de miedo, porque aunque no existen los monstruos, a veces aparecen en los sueños.

Entonces miré a través de la entrada de la cueva y no vi ningún monstruo. Vi a gente amable, sonriendo y hablando, tomando café y mirando libros, exactamente igual que en los demás rincones de la cueva mágica. Con las piernas temblorosas, decidí entrar y hablar con el monstruo. «Hola», dije, y enseguida di un paso atrás, pero no ocurrió nada, al contrario, el monstruo no era para nada un monstruo, sino un simpático conejito de ojos verdes y pelo blanco que respondió: «Bienvenido».

El monstruo y yo, es decir el conejo, enseguida nos hicimos buenos amigos. Teníamos muchas cosas en común, sentí que ese monstruo se parecía más a mí que el resto de las personas con las que me había encontrado en la cueva. Yo podía hablar la lengua del monstruo y entender todo lo que decía. Es sorprendente cómo, algunas veces, las personas piensan cosas erróneas. Es sorprendente cómo convierten a un conejo en un monstruo, ¿no crees? Entonces le pregunté al simpático conejo en su lengua si podía hacerle una pequeña pregunta que tal vez era algo personal, y el conejo, sonriendo, dijo que por supuesto. «¿Por qué la gente piensa que eres un monstruo?»

«Uffff», el conejo suspiró con dolor y me contó con lágrimas en los ojos que una maldición pesaba sobre él desde que nació. Un malvado mago de un

país lejano le había quitado una cosa maravillosa: la capacidad de mentir. Siempre que decía la verdad, era un conejo dulce y simpático, pero en cuanto empezaba a mentir se convertía en un monstruo horrendo y aterrador. Como en el cuento de Pinocho, sólo que aquí el mago era malvado y, en lugar de una nariz larga, decidió que el conejo se convirtiese en un monstruo.

–¿Entonces qué hay que hacer? –le pregunté al conejo acariciándole el pelo.

–Decir sólo la verdad –respondió el conejo, y añadió–: Ven, ven conmigo. –Fui con él a otro sitio precioso, con un escenario, luces y cámaras. Había allí otras personas como yo que no tenían miedo. El conejo subió al escenario y realizó una actuación muy bonita. Todos aplaudieron y estaban felices, y un hombre con una cámara al hombro preguntó en una lengua mágica algo que no entendí, porque yo sólo entendía la lengua del conejo, y el conejo dijo–: *We are looking for peace* –Y entonces, de repente, el cielo se oscureció y el conejo empezó a cambiar de color. Yo, que sabía lo que estaba ocurriendo, eché a correr todo lo rápido que pude, otros se quedaron, pero yo corrí y corrí y las puertas estaban cerradas y, no sé cómo, de pronto recordé la palabra mágica y grité «*I am from Israel*» y la puerta se abrió, y así conseguí salvarme.

21/3/2008

De nuevo con vosotros

Estoy cansado. Lo que más deseo es meterme en la cama. Es medianoche y estoy en Berlín con el corazón roto. Ay, Berlín, Berlín, una joven hermosa, llena de vida y de nubes blancas sonriendo con tristeza en el cielo.

La última noche solo. Mañana por la mañana regreso después de un viaje de dos semanas. He echado de menos a mi mujer, a mi hija y a mi hijo. Es el viaje más largo que he realizado nunca, y el más duro de todos. No tengo mucho que escribir salvo palabras de nostalgia. Estoy aquí, en un hotel demasiado lujoso en el centro de Berlín y sólo puedo pensar en el momento de volver a casa. Abrazar a mis hijos y disculparme con mi mujer por un viaje irreflexivo, desconsiderado, llorar sobre su hombro mientras le prometo que jamás la volveré a abandonar, que jamás la dejaré sola, y rogarle que me perdone.

Se acabó, estoy dispuesto a prometerle que no me iré por una larga temporada a ningún lugar del mundo. No lo haré, no yo solo, eso seguro. No estoy dispuesto a soportar más este sufrimiento, por muy importantes que sean estos viajes para prosperar en mi trabajo. No caeré en la tentación. Recordaré la crueldad de la despedida, el fuego de la nostalgia y rechazaré educadamente cualquier invitación.

«¿Cómo te encuentras?», cada mañana empezaba con el mismo mensaje de texto al móvil de mi mujer. «Te echo de menos», era su repuesta habitual. «¿Y cómo están los niños?», añadía yo, secándome una lágrima de nostalgia. «Esperando a papá», escribía mi mujer. «Dales un beso de mi parte y diles que papá los quiere.» «Te quiero», escribía ella cada día.

Ahora que pienso en eso, la frase «te quiero» no se la he oído decir en los

últimos diez años. La recibía sobre todo en mensajes de texto cuando estaba en el extranjero. Ay, mi maravillosa mujer, mañana regresaré cargado de regalos que he comprado como compensación por los agravios y como terapia para ocultar mis remordimientos.

Ya me imagino entrando en casa mañana por la tarde y abrazándonos con fuerza. Los niños disfrutarán de los regalos y ella y yo nos quedaremos abrazados hasta el día siguiente. Mañana por la tarde, ¡llega ya de una vez!, mi paciencia se ha acabado. En realidad, mañana por la tarde la niña tiene clase de música y seguro que tendré que posponer ese prolongado abrazo. Espero que la lleve mi mujer y que no me pida que lo haga yo, aunque normalmente sea yo quien la acerque. No, no puede pedirme eso, acabo de aterrizar, no me cargará con eso, comprenderá que estoy muy cansado. Si insiste, entonces llevaré yo a la niña, no pasa nada, al fin y al cabo se trata de una clase de una hora. Luego, cuando volvamos, nos abrazaremos.

Seguro que quiere que enseguida los metamos en la bañera, porque a las ocho normalmente se van a dormir. Espero que no me pida que prepare la cena. ¿Qué?, ¿que ella no puede? Es completamente injusto. Me he levantado a las cinco de la mañana, he hecho un viaje de cuatro horas en avión, he llevado a la niña a la clase de música y ¿encima me pide que prepare la cena? Bueno, no pasa nada. ¿Cuándo tiempo lleva preparar la cena? No es más que untar algún queso y, si decido mimarlos, batir un par de huevos. No pasa nada.

Ella meterá a los niños en la cama y entonces nos abrazaremos y le daré todos los regalos que le he traído de Nueva York y de Berlín. Ah, seguro que como siempre me pide que deshaga la maleta, para separar la ropa blanca y la de color y poner la lavadora. «¿Sabes por qué odio tanto tus viajes? –seguro que pregunta, como acostumbra a hacer cuando llego a casa, y contestará sin esperar respuesta–: Por toda la ropa sucia que traes. Hacen falta cinco lavadoras.»

Cuando organice la ropa, ella ya se estará duchando, y cuando salga del baño me dirá que apesto y que ni se me ocurra meterme en la cama sin lavarme con lejía, porque ayer mismo cambió las sábanas. Me meteré en el baño y, cuando salga, ella ya estará bostezando y con los ojos medio

cerrados. «Han sido dos semanas difíciles –dirá–, necesito dormir. Guarda silencio, ¿vale?»

A día siguiente seguro que me despierto con el bullicio de todas las mañanas y, de forma natural, me enredaré en él, olvidaré por completo el servicio de habitaciones y el café turco con una cucharada de azúcar me lo preparará yo mismo y no me lo traerá a la cama aquella joven alemana rubia. No le daré una propina y ella no me sonreirá como un ángel ni me dirá «*danke schön*».

Apenas podremos intercambiar unas palabras por la mañana, porque mi mujer seguro que quiere evitar los atascos de camino al trabajo, me dirá que si puedo llevar a los niños y yo accederé, porque, después de dos semanas en Occidente, ¿cómo podría atreverme a mimarme un poco? Por experiencia sé que, después del aterrizaje de vuelta, me paso cerca de un mes entero sin atreverme a decir que no.

Llevaré a los niños y me iré al despacho. Allí lamentaré mi suerte y volveré a preguntarme por el sentido de mi vida, fumaré, tomaré un montón de café y no escribiré ni una palabra hasta la hora de recoger otra vez a los niños. Mi mujer telefonará desde el coche y me pedirá que compre algo para comer, porque no hay nada en el frigorífico. Han sido dos semanas agobiantes y no le ha dado tiempo de ir a comprar. «Ya sabes –dirá–, no es fácil estar sola con los dos.» Intentaré pensar algún sitio en Jerusalén donde preparen *schnitzel* vienés y, cuando caiga en la cuenta de que no hay ninguno, compraré falafel y unas patatas fritas.

Ella volverá cansada después de un día agotador, preguntará a la niña si tiene deberes, luego me mandará a discutir con ella por la hora diaria de música. «Yo no puedo más –dirá–, el piano fue idea tuya, no mía.» Al final, la niña tocará menos de media hora y, como de costumbre, yo la disculparé. Luego baño, cena y, antes de que se acueste, le llevaré los regalos a la cama, sonreiré y se los entregaré.

–Te he echado de menos –diré, y ella sonreirá mientras abre el primer envoltorio.

¡Anda! –dirá decepcionada–, ¡siempre el mismo perfume!

30/5/2008

Época de austeridad

Dentro de dos horas exactamente tengo que estar en el despacho del abogado y firmar el contrato de compra del piso. Estoy más aterrado que nunca. Bueno, puede que exagere, porque en septiembre de 2000 estuve más aterrado aún, con el comienzo de la Segunda Intifada. También cuando me casé estaba aterrado, y cuando nació mi primera hija, y también en el parto de mi hijo estaba histérico, y en las operaciones que tuvo que pasar estaba más aterrado todavía. Así que lo voy a expresar de otro modo, con su permiso: dentro de dos horas voy a firmar el contrato de compra del piso y el asunto me da bastante miedo.

«¿De qué tienes miedo? –me preguntan mis amigos– una hipoteca es de lo más natural, ¿qué te pasa? Invertir en bienes inmuebles es la mejor inversión del mundo. Alégrate.» Así que intento alegrarme, pero no funciona. Invertir en bienes inmuebles jamás me ha interesado, yo quiero una casa y no una inversión. Yo no creo en inversiones, siempre he sido perezoso. Digan lo que digan sobre los bienes inmuebles, puedo asegurarles que los precios de los bienes inmuebles empezarán a desplomarse justo dentro de dos horas.

No soy un experto en economía, ni mucho menos en el mercado mundial. No entiendo nada de todo eso, para mí el *prime rate* no es el tipo de interés preferencial, sino el número de familias que ven la televisión en las horas de mayor audiencia después de descontar el porcentaje de familias árabes. En cualquier caso, puedo asegurarles científicamente que los precios de los bienes inmuebles se desplomarán, se pulverizarán. Una casa costará la cuarta parte de lo que cuesta hoy y los encargados de las reformas empezarán a repartir baldosas gratis. Es un hecho probado: si yo invierto en algo, se

desploma. Experiencia de toda una vida. Esa ha sido siempre mi suerte. Cuando empecé a trabajar en la televisión y estaba tan contento de haber firmado en su momento un contrato en dólares, los dólares saltaron desde el Empire State Building. Aún recuerdo el día de la firma del contrato y cómo iba pavoneándome y contándole a todo aquel que quería escuchar, y también a los que no, que desde ese momento recibiría el sueldo en billetes verdes.

Hipoteca, qué nombre tan aterrador. Hipoteca a 25 años. Eso sí, después de la hipoteca me sentiré más israelí que nunca. Ya sé que en el mundo entero se piden hipotecas, pero yo he crecido en una familia para la que pedir una hipoteca es como alistarse en el ejército israelí.

–Papá, ¿qué es una hipoteca? –solía preguntar cada vez que había un reportaje sobre personas hipotecadas arrojadas a la calle sin un céntimo. –Una hipoteca, hijo –solía responder mi padre socialista después de pensarlo bien–, es una deuda por culpa de la cual le quitan a los pobres la casa.

–¿Qué? ¿Una hipoteca es una *nakba*, papá?

–Exactamente eso, es la Nakba¹ de los judíos.

Desde que se tomó la decisión de comprar un piso, estoy rodeado de cuadernos y libretas, contratos y calculadoras, garabateando números sin parar, intentando alcanzar a comprender el desastre, sin conseguirlo. Telefono una y otra vez al banco, al contable, al abogado, y de nuevo al banco, y otra vez, lo calculo todo hasta el último shékel, a pesar de saber que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Pero hay algo reconfortante en eso de anotar números, restar, sumar, comprobar porcentajes. Al menos a mi mujer eso le da la impresión de que estoy empezando a ser una persona seria, de que por fin estoy en contacto con la realidad y sé cuánto cuesta la luz, el agua, las tasas municipales y, sobre todo, cuánto pagamos a la compañía telefónica. «¿Qué? –acabé gritando en la tienda–, ¿siete shékels por una Coca-cola? ¿De qué?»

No hay más Coca-cola, se acabó y punto.

Una de las cosas maravillosas que han ocurrido desde que empezó el proceso de la hipoteca es que fumo menos. A pesar de que, con todos esos números y porcentajes delante de los ojos, las ganas de fumar son enormes, casi como las ganas de fumar después del sexo, me contengo. Dos paquetes al

día por 16 shékels son 1.000 shékels al mes en tabaco. De momento, he conseguido que un paquete me dure dos días y he dejado de mantener relaciones sexuales.

–Escucha, cariño –le dije la semana pasada a la niña cuando volvíamos del conservatorio–, ¿y si dejamos las clases de piano?, ¿qué te parece?

–¿Por qué, papá? –se sorprendió. Llevábamos dos años discutiendo cada día, y yo no dejaba de insistir en que practicara en casa el tiempo necesario. No es porque quisiese que fuese pianista, no, sino porque quería que fuese uno de esos blancos que, de mayores, se quejan de que sus padres les obligaron a tocar un instrumento. Qué le vamos a hacer si, todos esos a los que les he oído quejarse de una infancia difícil por culpa de las clases de música, han tenido más éxito que los que no. No quería que creciese y se sintiese diferente a sus compañeros asquenazíes. Ellos se quejarían por el violín, mi hija se quejaría por el piano. A eso le llamo yo igualdad de oportunidades.

–Escucha –le dije, pensando en los 1.000 shékels al mes que costaban sus clases–, ¿para qué? Es duro practicar todos los días, déjalo.

–No, papá –respondió con lágrimas en los ojos–, practicaré, papá. Te lo prometo, todos los días, todo lo que quieras.

–¿Qué practicar ni qué ocho cuartos? –intenté controlar mis nervios–, la música es para gente que no es buena en matemáticas. Y tú eres buena en matemáticas, ¿verdad?

–Por favor, papá, quiero seguir estudiando.

–El piano es aburrido, ¿no prefieres ver la tele?, ¿el canal infantil?

–Pero, papá –respondió–, cancelaste la tele por cable.

–Genial –empezaban a irritarme las pedantes respuestas de mi hija–, he cancelado la tele por cable. ¿No es por tu bien? Sólo por vuestro bien. Lo hago todo por vosotros y vosotros lo único que hacéis es quejaros. Genial, culpame de haber cancelado la tele por cable. Que sepas que, cuando seas mayor, me lo agradecerás. Hoy día toda la gente avanzada se deshace de la televisión. ¿Yo me he deshecho de ella? No. Sólo he cancelado el cable. ¿Qué tiene de malo el Canal 1?, ¿qué tiene de malo la antena? ¿Sabes?, cuando yo tenía tu edad, sólo teníamos la televisión jordana. ¿Y sabes qué?, las cosas no

han cambiado mucho. Al contrario, la jordana es mucho mejor que todos esos canales que tanto te gustan. Sólo sabéis quejaros.

La niña se echó a llorar en el asiento trasero. Pobrecilla, ¿qué culpa tiene ella? Cuando lleguemos a casa, la calmaré, pensé, me disculparé, pero no cederé con el tema del piano. Ya está bien, ¿para qué? Además, si de verdad quiere, puede estudiar sola. El manos libres sonó en el coche y vi el número de mi mujer en la pantalla.

–Hola –dijo.

–¿Qué pasa? –hablé deprisa.

–Nada –respondió–, quería saber cómo ha ido la clase. –No me lo podía creer.

–¿No podías esperar un minuto a que llegásemos a casa? ¿No dijimos que sólo para emergencias y que incluso así sólo por SMS? Dime, ¿es que soy el único que trabaja aquí? –Corté muy irritado y, sin darme cuenta, hasta me encendí un cigarro.

27/6/2008

1. La palabra Nakba, «catástrofe», designa el éxodo de la población palestina de sus tierras durante la guerra de 1948. El 15 de mayo, la fecha en que los israelíes celebran el Día de la Independencia, los palestinos conmemoran el Día de la Nakba. (*N. de la T.*)

Para bien o para mal

Ya está, todo listo. El papeleo, los impuestos, los permisos del Ayuntamiento, el banco, el registro de la propiedad, el seguro de hogar, el seguro de vida, el contrato de compraventa, el poder notarial, el impuesto de adquisición, las tasas municipales, la compañía de la electricidad, del agua, del gas y la domiciliación bancaria. Una lista parcial. El domingo por la mañana temprano, los anteriores propietarios recibieron el último pago, firmaron y me entregaron las llaves de la casa. Mi magnífico abogado llamó a eso «toma de posesión de la casa» y yo me alegré, me alegré mucho de poder empezar a trabajar.

Tengo justo dos semanas para mudarme. Me he comprometido con el propietario a dejar vacío nuestro actual piso a comienzos de agosto. No tiene por qué haber ningún problema, el contratista de la reforma me ha asegurado que en diez días, máximo dos semanas, me dejará el piso como nuevo. El contratista debía empezar el domingo. «No perderemos el tiempo –aseguró–, en cuanto reciba las llaves empezaremos a levantar el suelo, todo está listo. *Inshallah.*»

Justo después de la toma de posesión, corrí hacia el nuevo edificio con un anuncio para el tablón de anuncios de la entrada, un anuncio dirigido a los inquilinos del edificio en el que estuve trabajando todo un fin de semana. «Nosotros, los nuevos inquilinos del bajo, lamentamos de antemano las molestias que los trabajos de reforma puedan ocasionarles. Les aseguramos que haremos todo lo posible para que la reforma esté terminada pronto y en la mayor brevedad, si Dios quiere.» Ese era el estilo de uno de los borradores que garabateé y tiré a la papelera. Ese anuncio era nuestra tarjeta de entrada a

un nuevo mundo, la tarjeta de presentación, la primera impresión, y estaba convencido de que marcaría nuestro destino como perfectos vecinos o, por el contrario, acabaría de un plumazo con las buenas relaciones antes incluso de comenzar.

¿Debía demostrar un absoluto dominio del hebreo? ¿Eso calmaría a los inquilinos?, ¿pensarían que los árabes de abajo «son de los nuestros»? ¿O más bien que eran circasianos o drusos y no auténticos árabes? ¿O con un registro tan elevado quedaríamos como una tribu de bichos raros de la edad de piedra? A lo mejor el estilo del anuncio debía tener un aire más actual, más israelí, más joven, que mostrase más allá de toda duda razonable que se trataba de personas liberales, modernas, puestas al día y aceptables. Algo así: «A todos los vecinos, *shalom, ahlan*, esperamos que nos disculpéis por los trabajos de reforma, lo haremos *quickie*, perdón, *yalla bye*». No, no. Por supuesto que no. No había que pasarse de listos, era demasiado vulgar, desconsiderado y poco fiable. Si ya entrábamos con una credibilidad relativamente baja, un anuncio de ese estilo sólo echaría más leña al fuego.

¿Y la letra? ¿Impresa? ¿Con qué fuentes? ¿Destacar en negrita el título **A los inquilinos del edificio**? ¿Añadir una línea ASUNTO: TRABAJOS DE REFORMA EN EL BAJO? Un anuncio impreso le daría a las palabras un carácter formal. Por una parte, eso podía demostrar que se trataba de una familia con ordenador, impresora y suficiente dinero para tinta, cosa que no era cierta, pero siempre podía pedirle a mi mujer que imprimiera una hoja en el trabajo. Por otra parte, tal vez era preferible escribirlo a mano, para hacerlo más personal y que pudiera romper el hielo con los vecinos.

¿Mi caligrafía era lo suficientemente buena en hebreo? Estuve horas trabajando las letras, intentando recordar las banalidades que había oído a los grafólogos en la televisión, ¿la ele con un círculo grande significaba que sufría trastornos mentales o era al revés? ¿Debía subir la efe de «reforma», o convenía bajarla y demostrar que se trataba de un padre de familia modesto que no buscaba problemas con sus vecinos? ¿Y si dejaba que lo escribiese mi hija? Una letra infantil probaría que nuestros hijos dominaban la lengua de los inquilinos y calmaría a los escépticos. Pero ¿y si pensaban que era la letra de un árabe adulto? Un problema. ¿Cómo iban a saber que lo había escrito mi

hija? Entonces quedaría como un vecino imbécil con una pésima letra.

¿Y la firma al final de la hoja? ¿Realmente debía terminar con un «Discúlpennos» y firmar «familia Kashua»? ¿O era demasiado precipitado anunciar así el acontecimiento? ¿Y sin firma? ¿Conformarnos con demostrar que éramos educados y que guardaríamos silencio después de comer sin desvelar tan rápidamente nuestra identidad nacional? Por otra parte, ¿durante cuánto tiempo podría ocultarlo?

Bueno, tal vez sí una firma con un apellido que anunciase a todos los inquilinos que una familia árabe estaba abajo y darles así tiempo para hacerse a la idea, hasta que nos mudásemos. Dejemos correr el rumor, que hablen entre ellos, que se rompan la cabeza, seguro que hay algún imbécil de izquierdas que lee *Haaretz* en el edificio. Cuento con él para que tranquilice a los opositores vehementes. «No. Es buena persona, ¿qué os pasa? ¿Y su mujer? Maravillosa. Excepto aquel tropiezo en la segunda guerra del Líbano, es oro en paño, os lo digo yo. Lo leo todas las semanas. Él no es como el resto. Tengo la sensación de que es buena persona. De todos modos, adoptaremos una actitud de respeto y prudencia.»

No logré decidir nada sobre la firma. Rompí decenas de papeles, que cayeron al suelo del salón desde la desbordada papelería, como en las películas sobre escritores frustrados, hasta que, al final, me conformé con la última versión del anuncio. Por tanto, nada más recibir las llaves el domingo, salí pitando con mi mujer hacia el nuevo piso. El contratista no llegó, dijo que estaba enfermo y que no podría empezar hasta el día siguiente. Mi mujer se enfadó, dijo que no confiaba en el contratista, yo en cambio me alegré, no quería que empezase a trabajar antes de poner el anuncio que me había robado dos días enteros de trabajo.

—Dime una cosa —mi mujer intentó preguntar algo mientras yo me detuve junto al tablón de anuncios, con chinchetas de colores que había comprado expresamente para la ocasión, y colgué el anuncio que contenía una única palabra impresa en el centro de la hoja PERDÓN.

—¿Qué? —respondí—, un segundo, ¿qué te parece?, directo, ¿no?

—Sí, directo, directo. Muy bonito.

—¿Qué querías preguntar? —dije, mirando de lejos el anuncio con orgullo.

—¿Qué vamos a hacer con la *mezuzá*?¹

18/7/2008

1. La *mezuzá* se coloca en la jamba derecha de las puertas de las casas judías, es una pequeña cajita que contiene versículos del libro de Deuteronomio. (*N. de la T.*)

Un país con ilimitadas posibilidades

Queridos padres, hermanos, familiares y amigos:

¿Qué tal estáis? Espero que todos os encontréis bien, y que estéis pasando días tranquilos y agradables. ¿Qué tal están mis pequeños sobrinos? ¿Están nerviosos por el inicio del curso? ¿Y Amir?, ¿ya se ha comprado una mochila para llevar la comida al cole? Ay, cómo me gustaría verlo con Karem de la mano camino del colegio.

Sólo ha pasado una semana desde que me fui a otro país, y mi corazón ya está lleno de nostalgia y de deseos de reencontrarme con vosotros.

Mi mujer y los niños os envían saludos y dicen que os echan mucho de menos. Estamos bien, aún resulta un poco duro, pero como dicen aquí: los principios siempre son duros. Los niños han empezado a adaptarse al nuevo lugar, ya casi duermen noches enteras en sus habitaciones.

Poco a poco estamos aprendiendo cosas sobre el nuevo lugar, la nueva cultura y las costumbres de los habitantes del nuevo país. Me gustaría deciros que todo va bien, pero no quiero mentir, nos está resultando bastante duro. Lo que ocurre es que nos habíamos acostumbrado a una cosa y, de la noche a la mañana, nos encontramos en otro mundo. Está claro que nos llevará tiempo sentirnos en casa, aunque yo dudo que alguna vez lo consiga. Al fin y al cabo, hogar no hay más que uno.

Lo de los niños es otro cantar, aún son pequeños y tal vez aprendan a manejar los códigos de este país extranjero, mi mujer y yo nos hemos rendido desde el principio. Por asegurarles un futuro mejor a los hijos se hace cualquier cosa.

Este lugar es tan diferente a todo lo que conocemos, diferente y a veces

incluso aterrador. Aún no he logrado sobreponerme a la sensación de terror que tuve la primera vez que logré entrar en el cuarto de baño. Menudo chorro de agua hay en las casas de los judíos. Aterrador. Podríamos decir que el agua me pilló con los pantalones bajados. Estaba convencido de que un chorro así era exclusivo de las habitaciones de hotel y que los ciudadanos de a pie no gozaban de eso, y resulta que estoy debajo de la ducha, como llevo haciendo treinta y tantos años, esperando a que salga un hilo de agua, cuando de pronto un brutal diluvio me golpea la cabeza. ¿Podéis creerlo?, hace siete días completos que emigramos y no ha habido ni un solo corte de agua. Una noche, me levanté de la cama con la intención de comprobar si el chorro de agua seguía siendo tan aterrador a altas horas de la noche, y efectivamente así era.

Junto al edificio hay un gran cubo de basura, vale, estoy mintiendo porque no quiero ofenderos, pero a decir verdad hay dos gigantescos cubos de basura en la entrada del edificio. Encima de los cubos pone ESTE CUBO SE RECOGE LOS DOMINGOS, MARTES Y JUEVES. Al principio estaba convencido de que se trataba de una gamberrada, de que unos jóvenes aburridos que se entretenían haciendo grafitis habían decidido hacer pintadas de protesta contra el Ayuntamiento precisamente sobre los cubos de basura. Una idea realmente original. Pero descubrí lleno de sorpresa que no era así, sino que era la pura verdad. En efecto, los basureros vienen tres días por semana a vaciar los cubos. ¿Podéis creerlo?, tres días. Si hubiera tenido que escribir algo sobre el cubo de basura de nuestro anterior país, sin duda habría escrito: ESTE CUBO SE RECOGE EN LA FIESTA DEL CORDERO.

Otra cosa maravillosa que hay aquí y no hay allí es el correo. Tenemos una dirección y no un apartado de correos. He visto a un auténtico cartero, como los de las películas, llegar con una carterita al hombro y repartir cartas en los buzones situados en la entrada de las casas. Una dirección es algo mágico. Se llama a los restaurantes de comida rápida, se dice la dirección por teléfono y, en poco tiempo, llega un mensajero en una motocicleta hasta la casa con la comida caliente. Los niños se divierten mucho con este nuevo truco, aunque, hasta que una noche pedí a tres lugares distintos pizza, hamburguesas y comida china, al principio no se lo creían. Las diferentes compañías no tardan

nada en llegar. Teléfono, gas, agua y televisión por cable. Basta con dar la dirección para que aparezcan al momento. No se oyen frases como «no sabemos cuándo estará el técnico por su zona», o «la entrada en su zona requiere coordinación con la policía». Es cierto que algunas empleadas, al oír mi nombre por teléfono, empezaron a recitar la frase «comprobaremos cuándo habrá un técnico en...», pero entonces las interrumpí, les di mi dirección en el nuevo país y al instante me comunicaron una fecha de llegada.

Es difícil acostumbrarse, pero se sobrevive. En todos los cruces hay señales, despacio, *stop*, giro a la izquierda y a la derecha, señales como las de esa hoja gigantesca que hay que memorizar antes de obtener el permiso de conducir y que no se vuelven a ver más. Pues aquí hay a montones, azules, rojas, redondas y triangulares. Todas las calles están asfaltadas y, por si eso fuera poco, dejad que os cuente que junto a las carreteras hay caminos para peatones, se llaman aceras. Hay parques verdes, césped que riegan con aspersores automáticos y olivos que antes pertenecían a otros, eso he oído, pero que aquí, en el nuevo país, cuidan muy bien, aunque no sean suyos. También pasan autobuses verdes, y hay paradas con bancos.

Junto a nuestro edificio hay una cosa rara y aterradora, una especie de excavación en la tierra con una pesada puerta de acero y un extraño brazo. Al principio vacilé, pero al final le pregunté a un viandante por el significado de esa cosa y me dijo que era un refugio, que la gente se esconde allí en tiempos de guerra. Estuve una noche entera soñando con el refugio pegado a nuestra casa, sólo conseguí dormirme cuando tomé la decisión de que, si estallaba una guerra, cogería el primer avión a casa e iría a esconderme allí, con vosotros. Por favor, guardadnos la mejor habitación.

Os echa de menos y os quiere, vuestro hijo.

29/8/2008

Buenos días, Israel

«Segunda planta», dijo la vigilante de seguridad en la entrada de la comisaría, señalando con el dedo hacia el ascensor. Eran cerca de las doce del mediodía y había tres hombres sentados en los sillones de la sala de espera del Centro de Atención Ciudadana (Denuncias).

–Vas detrás de él –así me recibió el mayor de todos, un hombre de unos cincuenta años, señalando a un joven con uniforme de vigilante de aparcamiento que estaba sentado enfrente de él–. Pero llevará tiempo. Entonces, ¿quién te ha atacado? –volvió a dirigirse al vigilante–, ¿un árabe o un judío?

–Un judío –respondió el vigilante.

–¿Cómo lo sabes? –le presionó el hombre.

–He hablado con él –contestó el vigilante.

–No me lo creo –dijo el hombre, girando la cabeza y chasqueando la lengua para dejar al joven vigilante en entredicho–. Un judío no haría algo así. Un árabe podría. Esos pueden mirar a derecha e izquierda –dijo el hombre, mirando él mismo a derecha e izquierda–, y, si no ven a nadie, pueden atacar».

Permanecí allí en silencio cerca de una hora y la puerta del Centro de Atención Ciudadana no se abrió ni una sola vez. De cuando en cuando entraba a la sala de espera un ciudadano, preguntaba al hombre mayor cuánto tiempo llevaba esperando y, cuando este respondía que dos horas y media, reaccionaba con un «uf, uf, uf» y se marchaba. El vigilante dijo que a él le daba igual, porque eso le contaba como horas de trabajo, se tendió sobre varias sillas y cerró los ojos. Tras dos horas de espera, tuve que irme a

recoger a los niños al colegio. No entendieron por qué los abrazaba tan fuerte.

–¿Para qué? –preguntó mi mujer cuando decidí regresar por la tarde a la comisaría–, ¿para decirles que se veía venir?

El reloj de pared de la sala de espera marcaba las seis y media. La puerta estaba cerrada. Me sacudí unas migas de pan y unos trocitos de pepino y me senté, determinado a presentar la denuncia aunque tuviese que esperar hasta el día siguiente. En la sala de espera había dos mujeres, una mayor, la otra joven, y un hombre que daba vueltas por la pequeña habitación gritando al teléfono móvil: «No. No es la primera vez. También en el colegio les hace la vida imposible. Estamos en la comisaría.»

–Es un descarado –dijo la mujer joven, haciendo una mueca–, alguien tiene que darle una lección. Si no es su padre, pues entonces la policía. –La mujer mayor asintió. El hombre acabó la conversación y se dirigió a las dos mujeres guiñando el ojo: «Por la voz, parece que su padre está nervioso. –Yo no había preguntado «¿quién es el último?», pero empecé a comprender que las dos mujeres y el hombre eran parientes, es decir, que no había tres denuncias delante de mí, sino solamente una.

Sonó el móvil del hombre, miró la pantalla y murmuró: «Es él». Luego respondió en otro tono, masculino, lleno de seguridad:

–¿Diga? ¿Entonces qué ha sido? ¿Ah, sí? –volvió a hacer un guiño a las mujeres, que empezaron a sonreír–. ¡Vaya!, bueno, no sé qué decirte. Dame un segundo y te llamo. –Colgó y se dirigió a la mujer joven, seguramente su esposa–: Su padre quiere acabar con esto sin jaleo. ¿Qué opinas?

–¿Qué opinas tú, mamá? –preguntó la joven a la mayor.

–No sé. Lo que vosotros digáis.

–Pues venga, vámonos –zanjó el hombre, indicando a las mujeres con la mano que se levantasen–, lo importante es que hemos presionado al padre.

La familia abandonó la sala de espera y me dejó solo. Me levanté y me senté en un sillón lleno de manchas desde donde podía ver la pantalla del televisor colgado en un rincón que estaba retransmitiendo sin sonido la final de la Copa de Israel. Un policía de uniforme entró en la habitación acompañando a una mujer que no paraba de secarse las lágrimas de los ojos. El policía empujó la puerta y le dijo a una figura invisible: «Aquí hay una

mujer maltratada por su marido». Agaché la cabeza y la mujer entró antes que yo. Me imaginé que se trataba de un caso urgente y volví a fijar la vista en la pantalla.

Pasó una media hora y entró en la sala de espera una pareja de jóvenes de veintipocos años. El chico era de piel morena y la chica, blanca y con el pelo completamente rubio. El chico estaba pegado a la chica y no dejaba de pasarle la mano por los brazos y de darle besos en el cuello. El partido entre el Beitar Jerusalén y el Maccabi Haifa empezó con la presencia del presidente de la nación. Intenté centrarme en la pantalla y olvidarme de los que se estaban manoseando enfrente de mí. Llegaron dos mujeres etíopes acompañadas de tres niños pequeños. Me levanté y les dejé el sitio para que se sentasen. La única puerta se abrió y salió una policía joven.

–Eh –gritó, dirigiéndose a la joven pareja–, ¿qué queréis denunciar?

–Le han robado una propiedad –dijo el chico.

–No exactamente –le corrigió la joven con acento ruso–, mi anterior novio se ha llevado un ordenador que era de los dos.

La policía asintió con la cabeza y se dirigió a los etíopes.

–¿Estáis juntos?

–Sí –respondió una de las mujeres–, esta es mi hermana y estos mis hijos.

–¿Y qué queréis denunciar?

–Una paliza –dijo la madre señalando al niño, de unos diez años, que llevaba ropa de deporte y unas zapatillas de fútbol baratas.

–¿Qué? –añadió la policía con impaciencia–, ¿alguien le ha pegado?

–Sí –respondió la madre–, su padre casi lo mata de una paliza.

–¿Y tú? –la policía se dirigió a mí–, ¿tú qué?

–Yo –respondí, y me empezó a arder la cara–, yo prefiero contárselo dentro, si es posible–. La policía me examinó. Lamenté no haberme afeitado ni cambiado de camiseta. La policía desapareció dentro y al cabo de unos minutos salió un policía mayor que ella.

–Los ordenadores se han caído –informó.

–¿Qué? –preguntó el joven–, ¿cuánto tiempo llevará?

–Podrían ser incluso horas –dijo el policía–, es imposible saberlo.

Los jóvenes se miraron y se levantaron. El policía se dirigió a los etíopes:

–¿Quién es la madre del niño golpeado?

–Yo –la madre levantó la mano.

–Señora, yo, no se me permite interrogar a niños. ¿Lo comprende? Tenga –le entregó un pedazo de papel–, aquí hay un teléfono. Llámelos mañana por la mañana y lleve al niño allí. Lo comprende, yo por ley, no se me permite ni hablar con un niño. Por eso estoy hablando con usted y no con él. No tengo autoridad.

El policía miró la pantalla, aguardó a que los etíopes abandonasen la habitación y, entonces, se dirigió a mí:

–Los ordenadores se han caído.

–¿Qué significa eso? –pregunté–, «¿que no se puede presentar una denuncia?

–Eso depende de usted.

–No lo comprendo –dije–, entonces, ¿que me vaya y vuelva en otro momento?

–Yo no puedo decirle algo así. Eso depende de usted. Es decisión suya.

–Señor –probé–, de verdad que no entiendo lo que debo hacer.

–Yo no puedo decirle nada. Es decisión suya. Yo le digo que hay sobrecarga y que los ordenadores se han caído –dijo, entró y cerró la puerta.

Volví a sentarme, miré el reloj. Habían pasado dos horas desde mi llegada y, salvo la mujer a la que había pegado su marido, no había salido ni entrado nadie en la habitación.

–¿Qué?, ¿sólo tú? –me gritó un hombre con una camisa de colores metida por dentro de unos vaqueros. Asentí.

–Pero los ordenadores se han caído –le respondí.

¿Qué ordenadores? –el hombre reaccionó con una sonrisa de desdén–, siempre hacen lo mismo. –Llamó suavemente a la puerta y la abrió. –¿Qué pasa? –gritó, y no pude oír la respuesta–. ¿Cuánto tiempo llevas esperando? –me preguntó.

–Unas tres horas.

–Uf, uf, uf –dijo, y miró el reloj–. Oye, tío, estoy muerto de hambre. Hazme un favor, anota mi teléfono y, cuando entres, mándame un SMS. Anota –me dictó y yo anoté.

El Beitar iba ganando 2-0. La mujer maltratada salió con la policía, seguía secándose las lágrimas.

–Tercera planta, ¿de acuerdo? –le dijo la mujer policía, y luego se dirigió a mí–: Todavía no hemos acabado, ella tiene que volver aquí. –Entonces entró y dio un portazo.

–Lo siento –le dije a mi mujer por teléfono–, pero debo presentar la denuncia.

–Los niños han preguntado por ti –dijo ella–, y yo estoy cansada y me da miedo dormir sola».

–¡Vaya! –dijo el chico de la camisa de colores, que regresó con una pita de falafel en la mano–, ¿aún no has entrado?

–No –negué con la cabeza, y él volvió a llamar a la puerta y a gritar «¿qué pasa?», y luego dio un mordisco. El policía mayor salió de la habitación, miró la pantalla y se alegró del resultado:

–2-0, caray –dijo, y se dirigió al chico del falafel–: ¿Qué va a ser de ti? ¿Otra vez tu exmujer y tú?

–¿Y qué le voy a hacer? No me deja ver a los niños. Ya sé que no haréis nada, pero es por el juez, seguro que me pregunta: ¿Por qué no presentó una denuncia? Así que, aquí estoy otra vez, poniendo una denuncia.

–Bueno, él está delante –dijo el policía señalándome: Venga, pase. –Miré un instante a mi alrededor para asegurarme de que se refería a mí.

En la unidad había dos habitaciones. En una estaba la policía joven, y yo entré en la otra detrás del policía mayor.

–No hay ordenadores –dijo, cuando nos sentamos–, cuénteme lo que ha pasado. En el peor de los casos, lo escribiremos a mano.

–Soy periodista –comencé, y vi que su expresión cambiaba–. Trabajo en el periódico *Haaretz*. –El policía me hizo un gesto para que parase, comprobó los ordenadores y me comunicó que estaba de suerte:

–El ordenador ha vuelto. ¿Cuánto tiempo ha estado esperando fuera?

–Tres horas más o menos. La segunda vez.

–Lo lamento. Hay mucha tensión. No sabe lo que pasamos aquí. ¿Sabe usted lo que tiene que pasar un policía? Es una pesadilla. Yo no le habría dejado esperando tres horas. Eso no está bien. Continúe, entonces, qué ha

ocurrido.

–También soy árabe –proseguí–. Hace unos meses me trasladé con mi familia a un barrio judío, y esta mañana mi casa ha sido atacada con huevos. He venido porque me temo que esto ha ocurrido porque somos árabes. Ya me entiende, tengo hijos pequeños.

–¿Ha sido la primera vez? –preguntó el policía, y me pidió el carné de identidad.

–No, hace tres semanas, mi coche y el de mi mujer aparecieron cubiertos de huevos.

–¿Entonces presentó una denuncia?

–No.

–¿Por qué?

–Porque estaba seguro de que no era más que una chiquillada, no le di importancia.

–Lástima, tendría que haber presentado una denuncia también en esa ocasión.

–No lo sé. Sólo he venido porque me temo que esto tiene relación con nuestro origen.

–Entonces, ¿piensa que es porque son ustedes árabes?

–Espero que no.

–Espera que se trate de otra cosa.

–Sí. Pero me temo que es por eso.

–Bueno –dijo el policía, y empezó a teclear datos en el ordenador–, comenzaremos por el principio. Es un hecho grave y hay que presentar una denuncia. Así que, desde el principio. ¿Usted vive en Beit Safafa?

–No –le interrumpí–, vivo en la parte oeste de la ciudad –y añadí el nombre del barrio.

–Es cierto, perdón –corrigió, y siguió tecleando–, hoy, al despertarnos, mi mujer y yo descubrimos que la mosquitera de la ventana del salón estaba rasgada y que habían arrojado tres huevos... No dijimos nada para que los niños no se diesen cuenta y, cuando los llevamos al colegio, volvimos a limpiar.

–¿Limpiaron?

–Sí.

–Bueno, continúe –dijo el policía–, ¿cuándo ha dicho que arrojaron contra los coches?

–Hace tres semanas.

–¡Vaya! –dijo el policía, mientras apretaba con fuerza una tecla–, no tengo «s» en el teclado. La «s» ha dejado de funcionar. ¿Lo ve? No cambian ni un teclado. Bueno. No pasa nada, continuemos de todos modos –tecleó: «Hace como un mes arrojaron huevo sobre la luna de mi vehículo y el de mi mujer».

–Perdón –irrumpió en la habitación la policía joven que, entre tanto, había recibido al divorciado–, ¿qué escribo en el formulario como lugar donde se perpetró el delito si él llamó a su mujer desde Talpiot y ella respondió desde Gilo y dijo que no le permitía ver a sus hijos?

–¿No ves que estoy con un ciudadano? –le gritó el policía mayor y luego se dirigió a mí–: No saben trabajar. Si ves que estoy con un ciudadano, ¿por qué irrumpes así?

El policía me entregó un montón de papeles, incluida una hoja de ayuda a las víctimas de delitos.

–Aquí hay números de teléfono de asistencia –explicó, y se disculpó porque la hoja informativa para víctimas de delitos estuviese escrita en inglés–. Se nos han acabado los formularios en hebreo y árabe. Y este es el certificado de la presentación de la denuncia. –Miré el certificado: Denuncia por daños causados en un vehículo intencionadamente. El policía me acompañó a la salida–. Que sepa –dijo–, que quien ha hecho eso es escoria.

–¿Qué debo hacer? –pregunté con ojos de preocupación.

–Nunca se sabe en qué pueden derivar estos casos. De momento, vigile a sus hijos, que no vayan solos por ahí, explíqueles que no se acerquen a objetos sospechosos y, si por desgracia ocurriese algo, llame al 100.

–Gracias –dije y le estreché la mano. Los dos miramos las celebraciones en la pantalla. Seguidores y jugadores del equipo de la capital estaban celebrando la victoria en la Copa, bailando y cantando, «muerte a los árabes, muerte a los árabes».

5/6/2009

El supermán palestino

–Perdona –se dirigió a mí en árabe el chico que estaba sentado a mi lado en la barra exhalando un fuerte olor a whisky barato–. Te he oído hablar en árabe por teléfono –hablaba despacio, balanceándose, a punto de caerse del taburete–. ¿Eres árabe? –preguntó.

–Sí –respondí vacilante. No me gusta entablar conversación con borrachos, pero había algo en el rostro de aquel joven que indicaba que iba de buena fe.

–Siento mucho molestarte –añadió con un fuerte acento de campesino–, pero no sé hebreo y me gustaría mucho pedirle cacahuets al camarero. Se han terminado –dijo el joven en tono quejumbroso, señalando el cuenco de cacahuets vacío que tenía delante.

–No pasa nada –le pedí al camarero que le repusiese al pobre los cacahuets.

–Muchas gracias –dijo el árabe borracho, y se metió un gran puñado de cacahuets en la boca.

–¿Por qué no bebes un poco de agua? –sugerí, confiando en no herir sus sentimientos (da miedo cómo pueden reaccionar los borrachos).

–Ya me gustaría –dijo el joven–, pero no sé cómo se dice agua del grifo. Se me ha acabado el dinero y no puedo pagar una botella.

Le pedí un vaso de agua, y él se la tragó deprisa, me dio las gracias, me preguntó si podía pedir otro y se lo tragó también a una velocidad que no había visto en mi vida.

–¿De dónde eres? –me atreví a preguntar. Él parecía angustiado, estaba claro que no sabía beber y que había llegado ahí para ahogar sus penas en

alcohol.

–De Deir Debwan –respondió–, un pueblo pequeño, ¿lo conoces?

–Claro –respondí–, lo conozco. Al lado de Ramala.

–Así es –asintió, y parecía contento de que alguien supiera de dónde era.

–¿Es que tienes permiso de entrada a Jerusalén? –probé.

–No, salté por encima del muro y eché a correr hacia aquí.

Bueno, había sido un error entablar conversación con ese borracho. Sonreí ligeramente y giré la cabeza hacia el otro lado, con la esperanza de que así se acabase la conversación y el chico me dejase tranquilo.

–No me crees, ¿verdad? –no se rindió, y tuve claro que me había complicado la vida, ese árabe me iba a fastidiar la única tarde a la semana que salía a beber un poco y a olvidarme de las cargas de la vida–. Mira un momento hacia abajo –añadió. No reaccioné–. Venga –insistió–, mira un instante –señaló con la cabeza a las patas del taburete en el que estaba sentado–, solo mira un momento al suelo y, si todavía no me crees, prometo que me largaré de aquí de inmediato.

Dejé escapar un resoplido de impaciencia y eché un vistazo hacia abajo. Las patas del taburete estaban suspendidas en el aire, al menos a dos centímetros del suelo.

–Guau –grité, sacudiendo la cabeza.

–Shhhhhhhhh –el árabe se apresuró a hacerme callar, miró alarmado a izquierda y derecha para cerciorarse de que nadie se había dado cuenta–, no quiero que nadie lo sepa».

–¿Qué significa esto? –pregunté, aún sin poder creer lo que veían mis ojos.

–Soy el Superman palestino –susurró el árabe en tono abatido.

–¿Qué?

–Lo que oyes –dijo, suspiró y empezó a hablar de sí mismo. Era estudiante de Química en la Universidad de Birzeit (y como prueba sacó un carné de estudiante). Todo empezó con los restos de una sustancia que el ejército israelí había utilizado contra unos manifestantes y que fueron llevados al laboratorio. Él estaba haciendo algunos experimentos sencillos con aquella sustancia, añadiendo un ácido y una base o dos en la dosis

apropiada y mezclándolo todo en una probeta, cuando una bomba supersónica del ejército del aire hizo temblar el laboratorio. Del pánico que le entró, la probeta se le cayó de las manos y la sustancia se derramó en sus pies.

–Al día siguiente –continuó contando el chico–, me desperté y me sentí muy extraño. Al intentar abrir la puerta de la habitación, el picaporte se quedó en mi mano, al girar el grifo el lavabo, la tubería se arrancó de la pared. Salí a la calle, caminé un poco y, al intentar saltar un charco, acabé pasando por encima del muro de separación.

–¿Me estás tomando el pelo? –me reí, porque el asunto me recordó a un chiste sobre Superman borracho.

–Para nada, mira –me indicó con los ojos que mirase la pantalla del televisor que estaba colgado en un rincón, y con un guiño cambió de canal, y luego otra vez, y otra.

–Guau, tío –dije–, ¿cuándo pasó todo eso?

–Hace justo una semana –respondió Superman.

–¿Sabes una cosa? –de repente me enfadé con el chico–, eso no está bien. De verdad que no. Supongamos que eres el supermán palestino, la persona a la que todos los árabes esperan más que a Obama, y en vez de salvar a tu pueblo, estás bebiendo whisky en un *pub* de la Jerusalén oeste. ¿Es que no te da vergüenza?

–No me da vergüenza –el chico se enfureció–, ¿sabes lo contento que me puse cuando descubrí mis superpoderes? Dije, ya está. Se acabaron los asentamientos, se acabó robarnos el agua, se acabaron los tanques, se acabó el muro, se acabó el hambre. ¿Comprendes? Un día o dos después, cuando aprendí a controlar y a desarrollar mis poderes, me puse manos a la obra. Habían arrancado olivos, yo salí de casa para plantarlos de nuevo y...

–Vamos, y...

–Nada. Olvídalo –dijo el chico con lágrimas en los ojos–, es demasiado duro.

–Habla, hombre –dije dándole ánimos, apoyé la mano en su hombro caído y le pedí otro vaso de agua–. ¿Qué pasó?

–El traje –lloró con la cabeza apoyada en la palma de la mano–, el traje

me mató. Lo ves –se desabrochó el primer botón de la camisa y quedó al descubierto parte del traje rojo ajustado–, lo tengo pegado a la piel. Si realizo algún sobreesfuerzo, la ropa desaparece y me quedo con el traje ajustado.

–Bueno, ¿y cuál es el problema con el traje?

–Nada más salir de casa para plantar olivos, una patrulla de la Autoridad Palestina me recogió para una conversación donde se me explicó que debía cambiar los colores del traje por los colores de la bandera: las medias en rojo, la capa en negro y el resto, en blanco y verde.

–¿Qué?

–Nada más salir del interrogatorio de la Seguridad Preventiva, un coche de la gente de Hamas me secuestró. Ellos querían una capa verde y que en lugar de la S pusiese en árabe NO HAY OTRO DIOS QUE ALLAH.

–Pero, hombre –le dije–, ¿por eso renuncias a tu pueblo? ¿Quiénes son esos? Tú eres Superman, un pequeño soplido y acabas con ellos. Tío, tú estás por encima del conflicto interno palestino.

–Eso creía yo –suspiró–, hasta que los niños del barrio empezaron a perseguirme con piedras y con palabras tan hirientes que para qué te voy a contar.

–¿Por qué?

–Por las medias –dijo–. La verdad es que llevan razón. Son demasiado ajustadas. A fin de cuentas es un traje confeccionado para un americano blanco y a mí me queda ridículo a más no poder.

–Es duro, ¿eh? –no podía más que estar de acuerdo con él, porque yo jamás iría con un traje así por el pueblo, aunque pudiese hacer girar a Aryeh Eldad sobre mi pulgar–. ¿Un whisky? –sugerí.

–No tengo un céntimo, tío –dijo Superman.

–Invito yo.

30/10/2009

Una agradable conversación en la barra de un bar

–No me gustan los árabes –dijo la hermosa joven que estaba sentada a mi lado en la barra y que conocía mi origen–. No sé –añadió, y se encogió de hombros, intentando sobreponerse al escalofrío que le entró instintivamente cuando pronunció la palabra «árabes»–, no sé qué solución puede haber con ellos, tampoco me importa que sea un *transfer* o que les demos un estado propio para que se pudran en él. Lo importante es que no tengamos que aguantarlos más.

Qué ojos tan bonitos tiene, pensé intentando determinar, con la tenue luz de la barra, si eran azules o verdes. No lo logré. A veces parecían azules y, al inclinar la cabeza hacia otro lado, parecían como verdes. Pero qué importaba eso. Lo principal era que tenía unos ojos preciosos y un cabello castaño y liso que se retiraba de la cara con unos dedos largos y finos.

–¿Entiendes? –preguntó dando un trago del cóctel que tenía delante (era la primera vez que hablaba con una chica que bebía un cóctel, a mi entender era un logro impresionante, seguro que fue gracias a mi dieta o tal vez también por la camisa negra, el negro me queda bien)–. Y no es que creciese en una familia de derechas. Al contrario –dijo, y yo disimulé el intento de mirar su trasero estirando y girando el cuello, haciendo como que se me había quedado rígido por estar inclinado hacia la barra. Ella estaba sentada de forma rotunda, eso puedo asegurarlo, unas posaderas firmes que se extendían perfectamente al entrar en contacto con el taburete–, crecí en una familia de izquierdas –continuó–, mis padres eran de izquierdas. Del partido Laborista. ¿Entiendes?

–¿No me digas? –acabé maravillándome del drástico cambio que había

experimentado. Con cualquier bebedora de cerveza o de whisky barato me habría puesto a gritar que el partido Laborista jamás había sido un partido de izquierdas, pero a ella, la bebedora de margarita o cómo se llamase el líquido de colores de su adornado vaso, todo le estaba permitido. Por mí, podía mantener que Meretz era de izquierdas y no habría puesto ninguna objeción.

–Te lo aseguro, eran de izquierdas. Sólo en las últimas elecciones votaron a Kadima. Y fue sólo por Tzipi Livne, si no, sólo Laborista. Unos adictos a la izquierda –se burló, y yo también sonreí–. Y recuerdo, de pequeña, en Giva Tzarfatit... –continuó, y yo, como árabe que era, la interrumpí instintivamente.

Sabes que es un asentamiento.

–¿Cómo que un asentamiento? –preguntó, y yo me enfadé tanto conmigo mismo. No era sólo que no quería hablar de política en una tarde tan mágica como esa, que también, sino que aquello era consecuencia de mi incapacidad de escuchar. Millones de veces me he recordado a mí mismo que debo intentar escuchar a la gente, sobre todo a las chicas cuando están hablando, pero nada, mi mujer tiene razón cuando opina que me considero el centro del mundo, que creo que el sol sale de mi culo y que nunca, pero nunca, le doy importancia a lo que dice la gente que me rodea. Como un idiota, tuve que soltar aquella pedantería que seguramente acabaría con la agradable conversación que sin duda estaba avanzando con paso firme.

–Perdón –dije, e intenté poner cara de alguien que está escuchando por todos los poros de su piel–, perdona que te haya interrumpido. Por favor, continúa.

–No –dijo con cara de asombro–, ¿has dicho que Giva Tzarfatit es un asentamiento?

–Sí –respondí en tono de disculpa–, pero de verdad que no importa. Ya sabes, geografía, a quién le importa. Lo importante es lo que tú sientes, por favor, continúa, era apasionante.

–¡Vaya! –no se rindió y, con un gesto de sorpresa, sacó pecho–, no lo sabía. ¿Estás seguro de que es un asentamiento?

–A grandes rasgos –le respondí–, ya sabes, Jerusalén es Jerusalén. Pero de verdad que no importa, justo estabas contando que, de pequeña, en Giva

Tzarfatit... –la animé a que continuase hablando de su infancia y a que se alejase todo lo posible de las fronteras del 67.

–Sí –por fin se acordó–, pues recuerdo que, de pequeña, no odiaba a los árabes. De verdad, era como algo natural. Trabajaban en el barrio, sus hijos jugaban a veces en el parque y, desde mi punto de vista, eso estaba bien. Es decir, yo no jugaba con ellos, pero de verdad que no me molestaba. Pero, en algún momento, simplemente comprendí que los árabes no... no sé cómo decir esto, como si los árabes fuesen algo que no encaja, ¿entiendes?

–Por supuesto –respondí al instante, completamente de acuerdo–, lo comprendo. –Sabía que le gustaba, sabía que, si la sacaba a bailar, ella aceptaría al instante, pero, como quería estar seguro de la profunda relación que se estaba forjando entre nosotros, quise que hablase más, es decir, que sobre todo se diese cuenta de que estaba dispuesto a escuchar más. Temía que, si le hacía una proposición directa, pudiese verme bajo una luz distinta, que de repente dejase de ser un hombre de agradable conversación y me convirtiese a sus ojos en un árabe baboso.

»Pero –continué despacio, deteniéndome, sopesando las palabras, pensando, mostrándome considerado–, ¿cómo empezó todo eso? Es decir, ese odio que descubriste de repente.

–La verdad es que no lo sé –dijo, tocándome el hombro, como quien acaba de tener una revelación–, fue como algo natural. De pronto comprendí que no me gustan los árabes. No me gusta verlos por la calle, no me gustan los que trabajan en casa de mis padres, de pronto entendí que no son como nosotros. Para mí pasaron a ser como diferentes, distintos. Y realmente son diferentes, no sé, una sensación así como de algo que no encaja.

Tomé aire y tomé su mano para consolarla.

Todo irá bien –le dije, la miré directamente a los ojos–, te prometo que todo irá bien.

–No sé –dijo en ese tono de alguien a quien le importa nuestro futuro aquí–, a veces pierdo la esperanza de que algún día podamos estar bien aquí.

–Ya verás como sí –le dije con voz delicada y autoritaria–, lo único que hace falta es creer, y un día esto será un paraíso.

22/1/2010

Las lágrimas fluyen por sí solas

El jueves pasado, a las seis de la mañana, terminé el último guion. Devolví las llaves del despacho donde, durante los últimos cinco meses, había pasado de media de cerca de 14 horas al día. Celebramos haber cumplido el plazo, la productora me envió a casa flores y bombones y, este domingo ha empezado el rodaje de la nueva serie. Sólo que, en vez de estar feliz y contento por haber terminado el agotador trabajo, estoy llorando sin parar sin ningún motivo.

–Esta semana quiero pasar con los niños todo el tiempo que pueda –le comuniqué a mi mujer al oído con la voz ahogada por las lágrimas.

–Encantada –dijo ella–, entonces ¿hoy los llevas tú al colegio?

–¿Por qué servimos a Dios? –soltó mi hija pequeña desde el asiento de atrás, preparándose para el examen de Religión Islámica–. Porque nos creó –empezó a responderse a sí misma–, porque nos trajo a este mundo y nos ordenó servirle y creer en él. ¿Verdad, papá?

–Verdad –dije, intentando contener las lágrimas que amenazaban con brotar por sí solas. La niña pasó a la siguiente pregunta de la hoja:

–¿Qué año nació el profeta Mahoma?

El niño estuvo mirando por la ventanilla durante todo el trayecto. De cuando en cuando lo observaba por el retrovisor y, procurando no llorar, me preguntaba si mis hijos estaban bien. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que los había llevado al colegio? ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había estado realmente con ellos?

–Papá –dijo el niño cuando aparqué el coche en la entrada del colegio–, cógeme en brazos, por favor.

–Con mucho gusto –dije, y me eché a llorar.

Luego, de camino de vuelta a casa, pusieron en la radio la nueva canción de Eran Tzur, y me eché a llorar. Una mendiga con un pañuelo en la cabeza golpeó la ventanilla y, en vez de darle una moneda, empecé a llorar a lágrima viva, y la mendiga se asustó:

–¿Qué? ¿Qué? Mira que llorar por un shékel. Menudo tacaño.

Y así toda la semana, de llantina en llantina, sin motivo, sin control. Mi madre llama por teléfono, nada más oír su voz me echo a llorar. Descubro que en la tele hay algo llamado *Gran Hermano*, lo veo durante dos segundos y me echo a llorar. Abro el frigorífico, veo *labane*, esa especie de requesón que me recuerda a mi infancia, y me echo a llorar.

–Escucha –intenté hablar con mi mujer–, siento que algo se ha roto dentro de mí.

–Seguro que es el bazo –dijo y, como estaba llorando, me echó otro vistazo–. ¿Qué pasa? ¿Tienes conjuntivitis?

–No –respondí–, no sé lo que me pasa, siento una profunda tristeza que no logro comprender.

–¿Estás buscando una excusa para no llevar al niño a la clase de natación? ¡Cuánto hacía que no estaba con mi hijo en la clase de natación!, me eché a llorar.

–¿Es usted el padre? –preguntó el monitor, y yo asentí con la cabeza, confiando en que no se diese cuenta del temblor que me había entrado–. Mire cómo nada ya –dijo el monitor, y el niño, que quería demostrármelo, saltó al agua desde el borde la piscina–. Igual que un pez –dijo el profesor, y yo me eché a llorar. No sé por qué, de repente, un pez me puso tan triste.

–Lo estoy pasando muy mal –le dije más tarde a mi mujer, mientras estaba atareada en la cocina.

–¿Y eso por qué? Tu vida es un camino de rosas.

–Aparentemente –gimoteé–, aparentemente. Desprecio a la persona en la que me he convertido, de verdad, siento una profunda necesidad de pedirte perdón.

–Acabáramos –concluyó–, no quieres llevar a la niña a música.

–¿Por qué me hablas así? –lloriqueé–, claro que quiero llevar a la niña a

música. Es lo que más deseo hacer en el mundo.

–Entonces, ¿qué problema tienes?

–¿No lo entiendes? –probé.

–Venga, vamos, al grano, se va a quemar la cebolla y aún tengo que poner una lavadora.

–Estoy hablando de sentimientos.

–¿Qué pasa con ellos?

–Te digo que tengo algo dentro, algo profundo, que me oprime, que me duele, siento que...

–Seguro que es el hígado. ¿Qué creías? ¿Qué podías beber tanto y que el hígado se te iba a quedar intacto?

–No es el hígado. Estoy hablando de ti y de mí, estoy hablando de mi necesidad de cariño, de amor, comprendes, te necesito a mi lado, cerca...

¿Ahora? –gritó–, ¿en pleno día? ¿Acabas de empezar las vacaciones y ya no puedes aguantarte?

–¿Por qué me humillas así? ¿Quién está hablando de eso?

–¿Sabes qué? –dijo mientras añadía algo a la cacerola que estaba echando humo–, vais a llegar tarde a música. Lleva a la niña, intenta controlar tus necesidades básicas y esta noche veré si tengo fuerzas para darte cercanía o como quiera que hayas empezado a llamar a eso.

–Me estás humillando –me eché a llorar y salí de casa con la niña.

Vi el cartel del conservatorio y me eché a llorar, vi a madres empujando cochecitos y gimoteé, una paloma se cagó en mi hombro y se me saltaron las lágrimas de emoción.

Esperé fuera del aula de música de la niña. Sabía que, si la escuchaba tocar, no podría dejar de llorar. Intenté telefonar a mi mujer y hacerla participe de mis sentimientos, pero no contestó. Cuando terminó la clase, la niña salió con una amplia sonrisa y mi corazón dejó de latir. Tras ella salió su profesora.

–Ah, cuanto tiempo sin verlo –dijo, y yo tomé aire.

–Sí, he estado ocupado.

–Bien –sonrió la profesora–, entonces, escuche la noticia.

–¿Noticia? –dije, confiando en no avergonzar a la niña con mi exceso de

emotividad.

–Voy a tocar en un festival –dijo la niña muy contenta, y yo me esforcé todo lo que pude por no echarme a llorar.

–Es cierto –añadió la profesora–, la he elegido para tocar una pieza nueva en un festival importante.

–¿Qué festival? –pregunté con interés.

–Es un festival de música con motivo del Día de la Independencia.

–Vaya –enseguida me eché a llorar y abracé con fuerza a la niña–, no puedo creerlo, ¿el Día de la Independencia?

–Papá –me reprendió la niña–, ¿qué estás haciendo?

–Perdón –dije, secándome las lágrimas, «estoy tan orgulloso de ti.

–¿Cómo que orgulloso? –dijo la niña–, no tenía ni idea de que era por el Día de la Independencia, si no me habría negado –y se dirigió a la profesora–: nosotros llamamos a eso la Nakba.

En ese punto empecé a llorar a lágrima viva, y muchos padres se agruparon a nuestro alrededor para contemplar el espectáculo.

–Papá –gritó la niña–, ¿puedes calmarte? ¿Qué pasa ahora?

–Ahora –logré articular con esfuerzo entre lágrimas–, ahora estoy aún más orgulloso de ti.

Las personas de alrededor, que no sabían exactamente de qué iba el asunto, se emocionaron y aplaudieron. Mi mujer envió un mensaje de texto con cinco palabras: «huevos y aceite de soja», y yo me puse tan contento al descubrir que, por fin, se mostraba comprensiva con mis sentimientos.

26/2/2010

Agua bendita

Los problemas empezaron por Philip Roth, por él y por la nueva traducción al hebreo de *El mal de Portnoy*. Para que no haya malos entendidos, me gusta mucho el libro y me identifico con los personajes. Me identifico hasta tal punto que las descripciones del estreñimiento que sufre el padre del narrador hicieron que mis intestinos se obstruyesen. Y el autor sencillamente no afloja, cada cierto número de páginas vuelve a describir los tormentos que sufre el señor Portnoy padre cada mañana. Y yo, quiero que lo entiendan, soy un lector entregado, al menos cuando se trata de libros que valoro. Ojalá yo pudiese escribir como escribe Roth-Portnoy sobre su familia en particular y sobre los judíos en general. No es que quiera escribir sobre los judíos, sino sobre los árabes, pero es difícil, y escribir sobre ellos así, en la lengua del enemigo, es incluso imposible. Descripciones de odio así, junto con una conciencia de un destino compartido, sólo me atreveré a hacerlas cuando aprenda a escribir en árabe. Roth escribe en inglés, su lengua materna y la lengua de los judíos americanos que describe en su libro. Escribe para ellos sobre ellos mismos, y no sobre ellos para otras personas.

En cualquier caso, desde que empecé a leer el libro hace unos días, mi vida se ha convertido en un infierno. Igual que el señor Portnoy padre y sus intentos frustrados de solucionar el problema de su estreñimiento crónico con frutos secos, leche y toda clase de remedios, del mismo modo lo he intentado yo, sin éxito.

—Es por todo lo que bebes —gritó mi madre por teléfono cuando se enteró por mi mujer de mis nuevas penalidades—, ¿qué creías?, ¿que eso no te iba a costar la salud?

–¿Pero qué tiene que ver eso? –le respondí, lanzando a mi mujer una mirada que sólo quien sufre de estreñimiento puede lanzar–. Llevo más de veinte años bebiendo y jamás he tenido problemas, al menos no de este tipo.

–¿Es que te crees que te vas haciendo joven con los años? –me reprendió mi madre–. Los años no pasan en balde, que te niegues a entenderlo es problema tuyo. Deja de beber y verás cómo todo te fluye con facilidad en la vida.

–¿Le has dicho que vamos a ir a La Meca? –oí al fondo la voz de mi padre.

–¿Qué? ¿De qué está hablando?

–Sí –respondió mi madre–, *alhandulillah*, ya nos hemos inscrito y ya somos peregrinos, *inshallah*.

–¿Cómo que *inshallah*? –me salió un grito que llegó hasta el cielo–, ¿desde cuándo os habéis vuelto devotos?

–Toma, habla con tu padre –dijo mi madre, y le pasó el teléfono a mi padre.

–¿Cómo vas? –preguntó mi padre–. El estreñimiento a tu edad es una señal del cielo.

–Papá, ¿qué tiene que ver el cielo con mi culo?

–Debería darte vergüenza –me reprendió–, sólo por hablar así has sido castigado.

–Pero, papá, tú eres comunista –intentaba comprender lo que les estaba pasando a mis padres.

–¿Y sabes cuánto tiempo he tenido estreñimiento por culpa de ese comunismo? Por no hablar de las hemorroides.

–Vale –intenté zanjar la conversación–, ¿qué os voy a decir? Que tengáis una agradable peregrinación.

–Espera –dijo mi padre–, tu madre quiere decirte algo más.

–¿Hola? –dijo mi madre por teléfono, y oí a mi padre corregirla–, di *salam aleikum* y no hola.

–*Salam aleikum* –rectificó mi madre, y añadió–: ¿quieres algo especial de la Tierra Santa?

–No sé. No, gracias.

–Bueno, traeré una botella de agua del manantial de Zamzam de La Meca. Si por entonces aún no se te ha solucionado el problema, no hay nada como el agua de La Meca para curarte.

–Está bien, mamá, trae una botella de agua.

–Vale, y también compraré Playmobil para los niños. Con la ayuda de Dios allí habrá Playmobil y será más barato *inshallah* que Toys’R Us».

El Día de la Ira fue el colmo. Me dolía tanto que pensé que me iba a morir. Esa tarde tenía que participar en un panel sobre el futuro de Jerusalén. Sabía que, si no se solucionaba mi problema, no podría ni mantenerme en pie, por no hablar de la conferencia que me habían invitado a dar.

–¿Por qué no vas al médico? –sugirió mi mujer, que no podía soportar más al marido furioso que deambulaba por la casa.

¿Te has vuelto loca? –lo rechacé de plano–, ¿es que quieres que todo el mundo sepa que el ilustre columnista de *Haaretz* tiene estreñimiento?

–¿Qué importa? –preguntó ingenuamente–, se trata de tu salud.

–Importa, claro que importa –respondí enfadado–, el estreñimiento no es algo con lo que un escritor serio tenga que ir al médico.

–Vale –respondió y, arrastrando los pies, entró en el servicio mientras murmuraba, sabiendo perfectamente que la estaba oyendo–, por mí puedes explotar.

Intenté excusar mi participación en el panel. Por supuesto, no le conté a los organizadores lo que me atormentaba, sino que intenté poner diversas excusas: «No sé, además es el Día de la Ira y creo que el Comité para Asuntos Árabes ha llamado a la huelga». No sirvió de nada, al parecer no había huelga. «Mis padres se van a La Meca –probé otra excusa–, y debo ir a casa para despedirme.»

–Pero la gente viene a escucharlo a usted –insistieron los organizadores del acto–, ya hemos impreso los programas y usted es uno de los conferenciantes principales.

Subí al escenario con lágrimas en los ojos. El dolor era insoportable, maldije a Philip Roth, a su padre y a la madre de la madre de ese tal Portnoy. ¿Por culpa de un estúpido judío americano de los años sesenta tenía que sufrir yo así en la Jerusalén de los años dos mil?

–Perdón», le pedí al público en mitad de la conferencia, justo cuando estaba empezando a hablar del problema de las infraestructuras en el sector árabe. No tengo ni idea de por qué había llegado a ese asunto, pero por alguna razón tenía muchas ganas de hablar del problema del alcantarillado en las poblaciones árabes. «Perdón», le pedí al público cuando ya no podía mantenerme erguido en el escenario, sabía que, si no llegaba en un segundo al servicio, lo que venía a continuación podría ser considerado un delito penal. «No puedo continuar», me disculpé ante los presentes y empecé a llorar, no sabía dónde meterme de pura vergüenza. Pero los presentes en la sala, en vez de burlarse de mí o de abuchearme cuando bajé del escenario, se pusieron en pie y me dedicaron una larga ovación. Varias mujeres mayores se enjugaron las lágrimas y sus ojos transmitían una absoluta empatía. «Tus palabras han hecho que me avergüence de ser israelí –dijo una mujer muy cuidada de unos sesenta años que me cerró el paso y me agarró las manos–, tu dolor ha sido sencillamente...», dijo, mientras yo intentaba liberarme de sus maternas manos y proseguir mi camino, «tan auténtico».

26/3/2010

TERCERA PARTE

ANTIHEROE
(2010-2012)

Antihéroe

–Tenemos que irnos del país –le comuniqué a mi mujer después de revisar las últimas pruebas–, no podemos seguir aquí cuando se publique este libro.

–No exageres –dijo mi mujer–, tú no eres el único, hay muchos escritores malos y ninguno de ellos piensa en huir del país a causa de otro libro vergonzoso.

–No. No es eso –intenté explicarme–, el problema son los personajes del libro.

–¿Qué?, ¿quieres decir que esta vez has conseguido activar tu imaginación e inventar un personaje que no sea yo?

–Genial, sigue burlándote de mí, no comprendes la gravedad de la situación, Pues que sepas que, ahora que lo pienso, todo es culpa tuya.

–¿Yo? ¿Otra vez me culpas a mí? Sin mí no habrías logrado escribir ni una sola frase.

–Por eso, ojalá fueses un poco diferente.

–¿Qué quieres ahora de mí?

–Nada, nada en absoluto –intenté zanjar la conversación, pero no pude refrenarme–, ¿no podrías ser algo más militante? –le espeté a la protagonista que estaba tendida a mi lado–, ¿no podrías ser algo más activista? ¿Ir a manifestaciones, participar en marchas de protestas, ser arrestada?

–¿Qué?

–¿Por qué no? –me enfadé–. Sí, ser arrestada por motivos patrióticos. ¿Cuál es el problema? Hay un pueblo bajo ocupación, ¿y tú te dedicas a tonterías como los estudios, el trabajo, la casa y los niños?.

–Vale –zanjó el asunto dándome la espalda–, ahora hazme un favor y

déjame dormir. A diferencia de ti, yo tengo que levantarme mañana para ir a trabajar.

Dios, ¿qué voy a hacer? Se acabó, el libro se va a publicar, no hay salvación. ¿Dónde he estado todos estos años? Sólo ahora, seis años después de escribir la primera frase, ahora, un minuto antes de que se lleve a imprenta, comprendo la gravedad de mis actos. ¿En qué estaba pensando cuando empecé a escribir esto? ¿Cómo puedo ser tan imbécil? ¿En dónde pensaba yo que vivo? ¿En Suiza?

Hasta ahora no me había percatado de que no estoy seguro de cuáles son los posicionamientos políticos de mis personajes, ni de los árabes ni de los judíos, sobre todo de la mujer, ay la mujer.

–Dime una cosa –zarandé a mi mujer.

–Déjame dormir, hazme el favor.

–¿A quién votas?

–A cualquier partido que prometa alejarte de aquí –dijo, y volvió a dormirse.

Me han vuelto a salir héroes... ¿y encima los llamo héroes?, ¿esos son héroes? Ceros a la izquierda, me han salido pusilánimes, temerosos de su propia sombra. Y encima le prometí a mi padre que el próximo libro me convertiría en un héroe nacional. Palestino, quiero decir. Con personajes tan patéticos como esos, cualquier periodista árabe principiante podría darse un festín conmigo y convertirse en un héroe nacional. He vuelto a bajar la guardia, he vuelto a meterme tanto en mi historia que he olvidado la reacción de los que me rodean.

Pero ahora no hay nada que hacer, es demasiado tarde. Sólo me queda huir, simplemente hacer las maletas y salir pitando de aquí. Encontrar un lugar donde un escritor no tenga que llevar sobre sus hombros una carga más pesada que la historia que intenta contar, un lugar donde los escritores no sientan la necesidad de ser símbolos nacionales.

Ay, cómo me gustaría ser como Mahmud Darwish. Y no estoy hablando sólo del aspecto externo. Lo sé, sé que en estos momentos algunos lectores estarán maldiciéndome y diciendo, cómo es posible que alguien tan ruin, tan incompetente y, sobre todo, tan carente de valores se atreva ni a soñar con

llegarle ni a la suela de los zapatos al poeta nacional. Llevan razón, él al menos no escribe en hebreo.

Sólo ahora, al revisar las últimas pruebas, empiezo a pensar en los lectores árabes. No es que los judíos sean un pueblo excepcional en este terreno. Si el lector árabe busca un saco de boxeo que le haga sentir más relajado ante su impotencia política, el judío sin duda busca un libro que le proporcione una experiencia antropológica, una visión singular del cerebro del árabe, o un libro que sea un viaje a lo más íntimo de la sociedad árabe. Cada vez que me invitan a un acto literario israelí, de hecho acabo compartiendo el escenario con dos bailarinas de la danza del vientre, un académico árabe en paro y uno que toca la *darbuka*.

Esta misma semana me llamaron para invitarme a un festival cultural.

–¿Hablo con el señor Kashua? –preguntó la amable joven que hablaba por el teléfono–. Estamos muy orgullosos de invitarlo a hablar sobre su último libro ante los lectores –me comunicó.

–Con mucho gusto –respondí.

–Por favor, ¿podría decirme en líneas generales de qué trata el libro?, ¿para el programa?

–Por supuesto, el libro trata de un abogado de Jerusalén, casado y con hijos. Un día, el abogado entra en una librería de viejo...

–Un momento, perdone –me interrumpió–, ¿no trata sobre el conflicto?

–No, no exactamente.

–¿Pero es una historia sobre la situación de la minoría árabe en Israel?

–No, no exactamente.

–¿Tal vez sobre los problemas de identidad?

–Yo no diría eso. Es una historia sobre un abogado.

–Entonces, yo... Lo siento... debo hablarlo con mi jefa... porque creíamos que...

–Un momento –grité antes de que colgara–, el abogado es árabe.

–Ah, *O.K.* Entonces continúe.

–El libro trata de un abogado árabe con problemas de identidad relacionados con el estatus de la población árabe a la sombra del conflicto palestino-israelí.

–Suenan bien –dejó escapar un suspiro de alivio–, continúe, por favor.

–Y tiene una mujer, que también es árabe, y que por supuesto tiene serios problemas originados por el estatus de las mujeres palestinas dentro de la sociedad árabe en Israel.

–¿Y cómo resumiría la trama en una sola frase?

–En una sola frase –me tomé un instante para ordenar mis pensamientos–, diría que el libro es sin duda una visión singular de lo más íntimo de la sociedad árabe.

30/4/2010

Nobleza obliga

Empiezo a repetirme. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que me desperté como hoy, envuelto en esa maravillosa sensación hogareña, en esa agradable y familiar sensación de resaca acompañada de remordimientos. Ay, cuánto he añorado últimamente esa sensación de desdicha, cuánto he temido estar perdiéndola a cambio de una historia de éxito.

Ocurrió ayer por la tarde, podría señalar el momento exacto en el que empezó el cambio. Estaba en Jerusalén leyendo en público fragmentos de mi último libro. Las palabras se enredaron, las frases se mezclaron y, en vez de concentrarme en el texto, empecé a pensar en lo que me había pasado durante los últimos meses: todas esas entrevistas, listas de libros más vendidos, índices de audiencia, críticas, eventos, halagos y difamaciones. Mírenme, pensé, cuando empecé a sentir un cierto ahogo: el sudor me corría a chorros por la frente, hasta el punto que una mujer que estaba sentada a unos pasos de mí me ofreció pañuelos de papel. Mírenme, armado con ropa comprada especialmente para la ocasión por recomendación de una joven dependienta que opinaba –y yo me lo creí a pies juntillas– que el *sport* elegante que me pegaba mucho.

Miré el cinturón negro y los zapatos de piel a juego, la camisa y los pantalones de Hugo Boss, que eran más elegantes que *sport*, y me avergoncé de mí mismo. Nada iba bien, ni el texto, ni los chistes de rigor con las puyas políticas con las que normalmente logro que el público se divierta. Nada iba bien, todo lo que veía ante mí era un grupo de jerosolimitanos hastiados que torcían el gesto y se lamentaban de haberse molestado en abandonar sus guaridas climatizadas en un día tan caluroso para acudir a un evento literario.

Ya está, se acabó, lo supe con claridad, algo ha fallado. Continuaré otra hora y media, tengo que hacerlo, y luego todo quedará atrás. Otra hora y media y regresaré cansado a casa, derrotado, con una botella de whisky en la mano, conciencia de clase en el corazón y la autoestima metida entre las piernas.

Un pensamiento agradable me hizo sonreír, y el público no comprendió por qué se me había puesto esa cara de idiota. Aún se puede arreglar todo, pensé, dos meses con los sentidos nublados no son el fin del mundo. Terminaré aquí y me iré corriendo a casa, iré corriendo a pedir perdón. Un recuerdo del último fin de semana me provocó una sonrisa incongruente que suscitó el descontento entre el público. «Sí, soy un caballero», le había gritado a mi mujer, absolutamente convencido de que nadie se merecía ese título más que yo.

Aquello empezó con la petición de que enviase un currículum vitae a una organización francesa.

–Dime –grité desde mi despacho–, ¿en qué año nos casamos?

–No me acuerdo –respondió mi mujer desde el salón con fastidio, «¿por qué?

–Tu marido va a ser caballero.

–¿Qué? –preguntó, y pude oír sus pasos acercándose al estudio.

–Lo que oyes –dije con la sonrisa habitual de los últimos meses, mientras ella miraba el documento que centelleaba en el ordenador, «caballero, ni más ni menos.

–¿Qué es eso? –lo leyó en la pantalla–, ¿medalla de Caballero de la Orden de las Artes y las Letras? ¿Qué tonterías son esas?

–Te cuesta alegrarte por mí, no sabes dar la enhorabuena, ¿eh? Todo el mundo dice que tengo talento, tú eres la única que se niega a reconocerlo. Sí, caballero, sí, medalla, lo que oyes, caballero de la orden, no sólo caballero.

–Vale –dijo, como de costumbre–, me pregunto si en Francia habrá un casco lo suficientemente grande para tu cabeza.

–Está bien, riéte –dije, sin alterarme por su sarcasmo, que desde que había alcanzado el éxito ya no me afectaba–, sé que tienes envidia, y sé que en lo más profundo de tu corazón te mueres de ganas de ser duquesa, pero a alguien de Tira como tú le quedan muy lejos los títulos nobiliarios.

–Tu verdadero problema es que te olvidas de dónde has nacido –dijo, dando media vuelta y dejándome junto al escritorio, que por un instante se había transformado en una tabla redonda.

No me olvido de dónde he nacido, pensé hace sólo unos días, he nacido en Tira. Y cambiando la entonación y pronunciándolo agudo, desde ahora hay que llamarlo Tirá, castillo en hebreo, es el lugar donde nacen los caballeros. Siempre he sabido que algo no iba bien, siempre he sabido que no estaba recibiendo el tratamiento que merecía. Pero se acabó, resulta que llegan los franceses y demuestran lo que yo siempre había sentido en lo más profundo: mi lugar está entre príncipes y reyes, y no entre el populacho comido por los piojos. Sí, caballero, y tendré un caballo, me da igual de qué color sea, lo importante es que sea *sport* elegante. Sí, quiero ser caballero, pensé, y falseé mi currículum vitae en inglés: *born in a castle*, Tirá, eso es cierto, y mi espada alcanzará el cuello de quien intente ponerlo en duda.

–Hola –oí la voz guasona de mi padre por el teléfono–, he oído que por tus venas corre sangre azul –se rio y tosió durante un buen rato.

–¿Ya te lo ha contado ella? –pregunté, quejándome de que los secretos del reino llegasen con tal celeridad a elementos hostiles.

–¿Qué te pasa? –preguntó mi padre cuando se normalizó su respiración–, últimamente te comportas como si la armadura te quedase pequeña.

–Papá, ¿sabes qué? –perdí los nervios–, ha llegado el momento de que admitáis que me secuestrasteis, ha llegado el momento de sacar a relucir la verdad y de que digáis de quién soy realmente.

–¿Cómo que te secuestramos? ¿Te has vuelto loco? –añadió, y llamó a mi madre–: ven a oír lo que dice tu hijo el barón, cree que lo trajimos de Mónaco. Mira, tú eres clavado a generaciones y generaciones de Kashua.

Quería decir que había estado bien planificado, que habían raptado a otras personas parecidas de la misma familia, quería decir que todo había sido el resultado de una conspiración que traspasaba fronteras, pero no tenía ningún sentido. Al fin y al cabo, un caballero debe saber cuándo cerrar la boca, pero, si alguien que se llamaba a sí mismo mi padre continuaba burlándose, no quedaría más remedio: al amanecer cabalgaría a la cabeza de un ejército de escogidos caballeros.

–¿De qué se ríe? –oí susurrar a una mujer del público–, ¿qué es esto? Es inaceptable.

–Perdón –le pedí al público. Un poco más, media hora más y todo quedará atrás, lo sé, mi vida de siempre volverá, no cabe duda.

–Sí –anunció el atorado moderador–, y ahora ha llegado el momento de las preguntas del público... ¿Alguien tiene alguna pregunta? Sí, por favor, levante la voz.

Un hombre agradable que estaba sentado en el centro se levantó de su asiento y cogió el micrófono destinado a las preguntas del público. «Quería preguntarle, usted está continuamente criticando el lugar donde nació, ¿cómo sería su vida si no hubiese nacido aquí?»

13/8/2010

El festival de literatura

Todo empezó con una conversación telefónica con mi padre, que me informó de que venía al Festival Internacional de Literatura de Jerusalén.

–Tu madre y yo hemos pensado que no nos lo perdonaríamos si faltásemos al acto de esta tarde –dijo.

–Ay, papá, es muy emocionante –le respondí–, no os había informado simplemente porque no quería molestaros.

–¿Qué molestias y que ocho cuartos? –me interrumpió mi padre–. ¿Qué te pasa? Algo así ocurre una vez en años. Claro que iremos.

–No sabes cuánto me alegra –le comuniqué, intentando dominar el temblor de felicidad que se había apoderado de mi voz.

–¿Y qué?, ¿hay alguna posibilidad de que te veamos después? –preguntó mi padre.

–Por supuesto –respondí–, qué pregunta. Nada más bajar del escenario me acercaré a vosotros y puede que vayamos juntos a cenar algo.

–¿Cómo que bajar? –preguntó sorprendido–, ¿de qué escenario?

–¿Qué quieres decir? –vacilé.

–¿Qué? –preguntó mi padre–, ¿es que tú también participas esta tarde en el festival?

–No comprendo.

–¡Anda! –se burló mi padre–, estoy mirando ahora el programa, es cierto, es tu nombre.

–¿Qué te resulta tan gracioso? No comprendo.

–Te han puesto en paralelo al encuentro entre David Grossman y Paul Auster –se rio mi padre. –No te preocupes, eso no es competencia para ti –

siguió riéndose incluso tras haber colgado.

¿Cómo no me había dado cuenta de eso antes? Mi padre tenía razón, tras repasar el programa, descubrí que, en todo el Festival Internacional de Literatura, sólo había dos actos coincidentes, pero justo en el mismo minuto: el mío, y el de David Grossman y Paul Auster en un encuentro literario. No iré, fue lo primero que se me pasó por la cabeza. No dejaré que se aprovechen de mí, no dejaré que utilicen mi nombre para la cuota árabe y que, encima, ni siquiera se molesten en borrar las huellas de ese intento de hacerme desaparecer. No dejaré que ese desplazamiento literario quede sin respuesta. Voy a llamar de inmediato al director del festival y a informar de una retirada unilateral. ¿Quién será el director?

Busqué en Google. Ahí estaba, se llamaba Tsila Hayun, directora artística. Mientras marcaba el número de teléfono de las oficinas del festival, tecleé en Google su nombre, para ver su cualificación literaria. Pinché en la primera entrada que aparecía y empecé a leer: «El 3 de agosto de 2003, la familia Hayun regresaba de unas vacaciones en el Sinaí a su casa de Gilo, un asentamiento cerca de Jerusalén. Cuando estaban llegando a su destino, unos terroristas les tendieron una emboscada. La madre, Tsila, recibió ocho disparos. Estaba en estado crítico...».

–Festival Internacional de Literatura, dígame –pude oír al otro lado de la línea antes de colgar. No había nada que hacer. No protestaría, no gritaría, no cancelaré ningún acto. Aceptaré en silencio el castigo que me habían impuesto.

Dios, ¿por qué me pasan siempre estas cosas? Tal vez sea mejor así, intenté convencerme, es preferible así. Pues, si empezaran a tratarme con respeto, yo podría empezar a acumular autoestima. ¿Qué haría yo si un día descubriese que realmente valgo algo? Es de suponer que dejaría de comportarme como un árabe y, al final, hasta me arruinaría. Todo es para bien, me dije, y tomé aire para ordenar mis pensamientos. Es preferible que sigan tratándome como un cuerpo extraño y recordándome cuál es mi verdadero sitio.

Pero no va a ir nadie al maldito acto de esta tarde. Si tuviese alternativa, también yo iría a ver a Grossman y a Auster, no soy idiota. ¿Y qué le voy a

decir ahora a mi mujer? Ya se ha comprado un vestido para la presentación del último libro de su marido. Una sala vacía le dará un buen motivo para burlarse de mí durante un año entero. Y con razón. Le he hecho la vida imposible con todo eso de «necesito silencio para crear» y «no puedo fregar el suelo porque eso me perjudica a la hora de dar forma a los personajes», por no hablar del argumento de que dormir muchas horas me ayuda a soñar la trama.

Le prometí que este año dejaría de ser un escritor árabe que escribe en hebreo y me convertiría en «el» escritor árabe que escribe en hebreo, lo que implica dos mil shékels más en bruto. Una sala vacía lo echará todo por tierra, ya no podré permitirme el lujo de holgazanear-en-nombre-del-arte. Una sala vacía será un cuadro que mi mujer enmarcará y pondrá en el salón. Pero, ¿qué puedo hacer? Es esta tarde. Pronto volverá del trabajo y entonces qué, ¿qué le voy a decir?

–Hola –la llamé al trabajo–, escucha, ¿has quedado en algo con la canguro?

–Sí –respondió–, he hablado con ella, esta tarde puede venir.

–Son 25 shékels la hora, ¿no?

–Sí.

–Caro, ¿no?

–Como siempre.

–¿Por qué no cocinaste ayer? –intenté provocar una discusión que tal vez pudiese acabar con mi mujer enfadada y cancelando su asistencia al acto como castigo.

–¿Qué? –preguntó sorprendida–, ¿de qué estás hablando?

–Sí. Ayer no cocinaste nada. Me parece inaceptable. ¿Cómo quieres que escriba como es debido si no cocinas todos los días?

–¿Te has vuelto loco?

–No, no me he vuelto loco –respondí elevando el tono–, ¿cómo crees tú que los grandes escritores se hacen grandes escritores? Comen bien. Les cocinan bien.

–Precisamente ayer preparé alubias.

–¿Alubias? –dije, y recordé que realmente ayer había alubias–, ¿te parece

a ti que escritores como Grossman comen alubias?

–¿Qué quieres de mí?

–¡Alubias! Seguro que Paul Auster ni siquiera sabe lo que es eso.

–Escucha –respondió en tono tranquilo–, hagas lo que hagas, esta tarde iré a tu acto.

–¿Por qué te ríes? ¿Es que también tú has mirado el programa?

–Y que sepas que voy a ir con una cámara de fotos.

7/5/2010

Liquidación

Lo lamento, tendrán que perdonarme. Estoy muy estresado. Jamás me he considerado una persona especialmente tranquila, es cierto, pero en los últimos días mi nivel de ansiedad ha llegado a cotas insospechadas. Sí, todo por un libro. El libro. Jamás me he sentido tan comerciante como durante la última semana. Estoy dispuesto a todo, incluso a unirme a la próxima flotilla hacia Gaza, si un promotor me promete que eso significa la venta de unas docenas de ejemplares más. Lo cierto es que no todas las maniobras de publicidad han salido bien. Por ejemplo, la entrevista televisiva que se emitirá en breve, y en la que los entrevistadores se empeñaron en conocer a mis padres, terminó en un clamoroso desastre. Mis padres consiguieron arrojar a la papelera dos mil potenciales ejemplares, por lo menos.

–¿Ha leído el libro? –preguntó el entrevistador a mi padre, y este sólo asintió con insatisfacción.

–¿Y qué piensa de él? –continuó el presentador, entonces mi padre dirigió hacia mí la mirada y, sólo porque yo estaba presente y no quería herir mis delicados sentimientos, se tomó la molestia de decir, «el libro está bien», con el «bien» menos convincente que uno pueda imaginarse.

–¿Sólo bien? –se sorprendió el presentador. Y ahí intervino mi madre en la conversación y dijo–:

–Le hemos dicho un millón de veces que vaya a estudiar Derecho, pero él se empeña en causar problemas.

–Cuando era pequeño, no era nada problemático –mi padre se alteró–, era un buen niño, nunca insultaba, nunca pensaba en las chicas. Es por habernos equivocado y haberlo mandado a estudiar donde los judíos por lo que tiene

esa boca e insulta a todo el mundo a diestro y siniestro.

–No sé –dijo mi madre–, digo yo, para qué tiene uno que echarse problemas encima, como si no hubiese ya bastantes.

No va bien, se lo digo yo, esto me está sacando de quicio. Un crítico, sobre el que no logré entender si le había gustado el libro o no, escribió que el problema central era que yo me empeñaba en escribir sobre los árabes a pesar de que los personajes podían ser igualmente judíos de Sederot (es decir, no exactamente auténticos judíos, sino pobres, como los árabes). Ese mismo crítico señaló que el hecho de ocuparme de personajes así podía etiquetarme como escritor árabe. Me quedé estupefacto: ¿Yo? ¿Árabe yo? ¿Después de todo lo que había hecho? ¿Después de dejarme el alma, llegan y dicen que soy un escritor árabe? ¿A cuento de qué? ¿Sólo por los personajes?

No es bueno ser etiquetado como árabe, no es bueno. Un árabe no vende, un árabe es bueno para una liquidación, no para una oferta en la librería Steimatzky. Decidí luchar con todas mis fuerzas contra esa etiqueta de árabe que se me había puesto, y entonces, cuando llamó la simpática reportera de investigación de Galei Tzahal y dijo que en la emisora querían dedicar a los escritores árabes uno de los programas del especial por la Semana del Libro, me sublevé al instante y me negué a participar en el programa. «Lo siento mucho –le dije–, pero yo no quiero ser un escritor árabe.

La reportera se quedó atónita, no entendía lo que se le acababa de venir encima y, al parecer, dejó que su jefa se ocupase del asunto. Se llamaba Tzipi Gon Gross, la jefa, por la conversación telefónica deduje que era de izquierdas. Tampoco ella comprendía por qué no quería estar en el programa de escritores árabes, y lo que transmitía el tono de sus palabras era «después de todo lo que estamos dispuestos a hacer por vosotros, después de luchar por incluir también a árabes en el especial por la Semana del Libro Hebreo, en vez de decir gracias, ¿dices que no quieres participar en el programa? ¿Cómo va a haber paz así? ¿Con quién se va a poder hablar?».

–Compréndalo –intenté explicarle a la jefa–, por supuesto, yo estaría encantado de hablar de mi libro, pero ¿por qué con árabes?

No lo entendió, y con razón, no la culpo. Y más cuando me contó que ella misma había insistido en que el presentador del programa fuese árabe, ya

habían llegado a un acuerdo con alguien, dijo, y citó su nombre.

Lo conozco –le dije–, es amigo mío, desde primero de primaria no se ha leído un libro.

–Que sepa –dijo Gon Gross–, que tenemos un especial de literatura y deporte donde la presentadora es una periodista deportiva y no una literata, tenemos un especial de literatura y psicología presentado por un psicólogo y no por un literato».

–Sí –intenté defenderme–, pero árabe no es una profesión.

Les digo yo que esa tal Gon Gross, que no sé a quién vota, decidió en ese preciso instante radicalizarse hacia la derecha. Y por cierto, al final accedí, a pesar del miedo a que se me pusiera la etiqueta de árabe. ¿Por qué? Porque creo que meterse con la mensajera de la cultura de Galei Tzahal es un asunto especialmente serio.

El mismo día de la flotilla, y aquí permítanme que señale que yo estaba a favor del Comando Naval de Israel y en contra de los turcos, porque a fin de cuentas los turcos no compran libros en hebreo, y sólo por eso, digo yo, merecen que les restemos unos cuantos miles. En cualquier caso, el mismo día que nuestros heroicos soldados arriesgaron sus vidas por proteger nuestra sagrada tierra de nuestros crueles enemigos, recibí un mensaje de texto de Galei Tzahal diciendo que el especial de los escritores árabes se cancelaba, a pesar de que estaba previsto para una semana después del incidente.

El colmo fue plantarse en la caseta de libros de la plaza Rabin y encasquetarle ejemplares a la gente. «Os lo aseguro –supliqué–, es un buen libro, no os lo recomendaría si no creyese que es sencillamente genial. Y, además, no hay muchos personajes árabes. Es un estigma.

Dios, fue tan bochornoso. Menos mal que en la caseta de la editorial había un barril de cerveza fría que mitigó un poco la sensación de humillación y transformó la pesadilla de las ventas en algo llevadero. Cada diez minutos, me acercaba al grifo de la cerveza a por provisiones.

–Perdona –se dirigió a mí un joven con unas estilosas gafas y una bolsa repleta de libros–, ¿trabajas aquí?

–Sí, es decir, sí, tengo aquí... soy Sayed Kashua –alargué el brazo para estrechar la del lector de libros.

–Estupendo, Said, sírveme dos vasos de Heineken –y arrojó dos shékels de propina a mi mano tendida.

11/6/2010

Conversación nocturna

–¿Me quieres?

–Sí. ¿Por qué?

–Por nada. Sabes, te he echado de menos.

–¿Qué dices? Me paso todo el día en casa.

–¿Y qué? ¿No puedo echarte de menos?

–Claro, mujer. Claro que puedes.

–¿Y tú me has echado de menos?

–¿Cuándo?

–No sé, en general, ¿ahora?

–Pero si estás aquí. Enfrente de mí.

–¿Y qué? ¿Es que no puedes echarme de menos aunque esté aquí?

–Vale. Sí. Te he echado de menos. Pero no sabes cómo me duele la cabeza, todo el día viajando a pleno sol. Tengo que dormir.

–No te preocupes, no quiero nada de ti, cálmate.

–No. No es eso. ¿Comprendes? ¿Por qué lloras ahora? Sabes que no pretendía.

–Sí. Lo sé. Desde que me he quedado sin anticonceptivos ni te acercas a mí.

–¿Y qué voy a hacer hasta que lo soluciones? Todos los días dices «mañana iré al médico».

–¿Pero sabes que me producen problemas hormonales?

–Sí. Lo sé. Aunque creo que ahora estás llorando sin motivo. De verdad, venga... basta.

–¿Hasta ese punto no quieres hijos?

–¿Cómo que no quiero? Tenemos hijos.

–Porque sabes que mi abanico de posibilidades se está cerrando.

–No pasa nada. Ya dijimos que dos es perfecto, como los asquenazíes.

–Entonces, ya está, dos. ¿Estás seguro de que después no nos arrepentiremos?

–Sé que yo no me arrepentiré. Pero, escucha, si tanto lo deseas, yo no entiendo de estas cosas, vosotras tenéis algo biológico, no sé, si insistes tanto. Tal vez dentro de un año o dos, cuando nos estabilicemos económicamente, podría sopesarlo. ¿Por qué lloras? Ay, Dios. Con los problemas hormonales estabas más tranquila.

–Eres tan cerril a veces.

–¿Yo? ¿Qué he hecho?

–¿Que qué has hecho? No eres capaz de pensar en nada más que en ti. Estás tan ensimismado que no ves más allá de tus narices.

–¿Qué quieres de mí ahora? Dios, de verdad que no te entiendo. ¿Todo esto es por la secadora en el dormitorio? Lo solucionaré, lo prometo, aunque es un follón. Pero si es tan importante para ti, mañana mismo traigo a un técnico y veremos qué podemos hacer con el maldito tubo de desagüe.

–Vale, realmente ya es hora de sacar la secadora del dormitorio. Necesitamos espacio.

–Vale. Lo importante es que seas feliz, mañana mismo me encargo de la secadora. Buenas noches.

–¿Es que ya te has hartado de hablar conmigo? ¿Tan poco me soportas?

–¿Qué te pasa? ¿Cómo que no te soporto? Te adoro. Creía que estabas cansada. ¿No has dicho antes que estabas cansada y que no te encontrabas bien? ¿Por qué lloras? ¿Y desde cuándo lloras tú? Dios, ¿pero por qué?

–¿Es que eres idiota? ¿Por qué me besas?

–¿Que no te bese?

–No. No me toques. Tú no me quieres.

–Vamos, ¿qué ocurre? ¿Desde cuándo hablas tú de amor?

–¿Entonces no hablo de amor? Sabes qué, está bien. Tienes razón. Yo, me lo merezco, yo soy la que no habla de amor. ¿Por qué te callas?

–Ehhhhh... por nada, por amor.

–¿Te acuerdas de cuando salimos con Shay y Einat al Chakra?

–Claro. Tenemos que repetirlo. Estuvo genial.

–Sí, ¿eh?

–¡Uf, lo que bebimos! Como cosacos. Y nos trataron de maravilla, un chupito tras otro por cuenta de la casa. ¿Quieres que intentemos reservar mesa para el jueves que viene?

–No sé.

–Ah, no. Lo que te apetezca. A mí me gustaría, hace mucho tiempo que no salimos a relajarnos con amigos.

–¿Tiene que ser con amigos?

–¿Qué? No. Claro que no. También podemos salir solos, si te apetece. Lo que tú digas. ¿Por qué lloras? Me estás asustando.

–Tú no me quieres.

–Pues claro que te quiero. Por favor, deja de llorar.

–No me toques.

–Perdona.

–Que sepas que alguien que quiere a una persona debe aceptarla tal y como es.

–Pero si yo te quiero tal y como eres. No me importa ni siquiera que seas árabe.

–¿Te hace gracia? ¿Qué te hace gracia?

–Perdona. Lo siento. Perdona. Dios, era una broma.

–No tengo ganas de tus bromas.

–Está bien. Vale. Te prometo que te quiero tal y como eres. Vale. Tal y como eres.

–Mentiroso.

–¿Por qué dices eso? Vamos, ¿qué te he hecho?

–Nada. Nada. Pero a ti te da igual decir cosas que no crees en absoluto.

–¿Otra vez estás llorando? ¿Seguro que estás bien?

–Lo siento. Te quiero. Abrázame fuerte. Me molesta que tú no me quieras igual.

–¿De qué estás hablando? Te adoro. Por favor, cálmate.

–Mentiroso.

–No es cierto.
–Entonces, ¿me quieres?
–Siempre.
–Promételo.
–Lo prometo.
–¿También si te dijera que estoy embarazada?
–Por supuesto.
–Buenas noches.
–Eh, un momento, un momento. ¿Cómo? ¿Cuándo?
–Qué más da, cariño. Lo importante es que ahora ya lo sabes. Anda, apaga la luz, esto me produce náuseas.

18/6/2010

Es todo por mi culpa

–¿Tiene hemorragia? –preguntó el médico del hospital cuando leyó el volante del ambulatorio, y ella sólo negó con la cabeza–. Bien –dijo, y continuó rellenando un montón de impresos–, ahora la voy a examinar, luego tienen que ir a atención al paciente, está en la entrada, allí les darán etiquetas. Pegan una en este impreso –agitó un papel alargado–, y lo llevan a ultrasonido en el edificio de enfrente. Está bien, por favor –dijo el médico, señalando hacia la camilla. Me dio tiempo a hacerle una mueca graciosa antes de que el médico corriese la cortina, pero a ella no le hizo ninguna gracia.

Todo ha sido por mi culpa. Lo sé.

–Es por ti –dijo llorando y golpeándome con las manos temblorosas tras la última revisión rutinaria.

–Tienes razón –respondí, con la esperanza de que me pegase más fuerte y me hiciese daño–, de verdad que lo siento.

–Te dije que no escribieses sobre eso ni una palabra.

–Tienes razón. De verdad que lo siento mucho. He sido un poco idiota.

Es todo por tu culpa, pude oírla decir eso, pese a que no lo dijo.

La funcionaria de atención al paciente pidió el carné de identidad y fue haciendo preguntas mientras tecleaba sin parar. Luego hizo una breve pausa, alargó la mano hacia un bolso que estaba en el suelo, sacó de una caja metálica una pastilla para el dolor de cabeza y se la tomó.

–Bien –dijo mientras metía un impreso en el fax–, esperen allí, por favor –señaló–, les llamaré cuando se reciba la autorización por fax.

–No tienes por qué esperar conmigo– dijo mi mujer–, puedes salir a fumarte un cigarro.

Pacientes, visitantes y trabajadores estaban amontonados para protegerse del sol, unos sentados en los bancos y otros de pie bajo un cobertizo cuadrado, y fumando a un ritmo frenético. Intenté recordar si por entonces, cuando nos vimos por primera vez, yo fumaba, pero no lo conseguí. Si era así, seguro que sólo me fumaba un cigarro o dos al día. Debería dejarlo, pensé en el área de fumadores del hospital Hadassah.

En Hadassah hablamos por primera vez. Aquella primera mañana de su primer curso en la universidad, yo estaba en la parada del autobús de los apartamentos de estudiantes de Givat Ram, y ella se dirigió a mí educadamente y me preguntó si sabía por casualidad qué línea llegaba al hospital Hadassah. Había empezado a estudiar Enfermería, pero enseguida se había dado cuenta de que eso no era lo suyo. Ese mismo día, decidí que no bastaba con darle indicaciones a una joven estudiante que acababa de llegar del pueblo a la gran ciudad, y decidí saltarme las clases, que se impartían en el campus de Har Hatzofim, y acompañarla hasta Hadassah. Cuando llegamos, me dio las gracias de todo corazón por el sacrificio y se marchó, pero yo, temiendo que no pudiese encontrar el camino de vuelta a los apartamentos de estudiantes, decidí quedarme allí y esperar a que terminasen sus clases, para mostrarle el camino de vuelta. Al infierno las clases de filosofía, pensé, y aún lo sigo pensando ahora.

–Necesito la autorización del banco de sangre –dijo la funcionaria de atención al paciente–, luego les daré las pegatinas para ultrasonido. A la derecha hasta el fondo –explicó con un gesto cansado.

–Le tienen que firmar esto en recepción –le dijo a mi mujer la amable técnico de ultrasonido del centro médico materno infantil.

No podemos esperar tanto tiempo en la cola –dije cuando cogí el número. Jamás me había colado, normalmente intentaba tragarme la ira y no decir nada cuando alguien se me colaba. Pero es que ahora la situación era distinta, y sabíamos por experiencia que lo que teníamos delante era una larga cola de familias que estaban ahí para rellenar largos impresos de solicitud de ayudas por nacimiento.

–Perdone –nos dirigimos a la funcionaria que estaba tras un cristal con agujeros para ayudar a la comunicación–, es bastante urgente –dijimos,

mientras nuestras miradas se disculpaban con las familias que estaban aguardando y que, de algún modo, parecían comprender y no mostraban animadversión.

La funcionaria cogió al instante el impreso alargado, lo introdujo en una máquina y nos lo devolvió en un segundo. Gracias –dijimos, y salimos corriendo hacia la técnico de ultrasonido.

–Lo siento –oí decir a la técnico al otro lado de la cortina echada, «sabe, en estos casos siempre estoy nerviosa, espero poder dar una sorpresa y, a diferencia de la prueba anterior, poder gritar esta vez, hay pulso, hay pulso».

–¿Le ha pasado alguna vez? –oí preguntar a mi mujer mientras se vestía.

–A mí no –dijo la técnico, una mujer devota–, pero le ha pasado a otras que trabajan aquí.

Con los resultados del ultrasonido en la mano, junto con un montón de informes, subimos como nos habían indicado a la unidad de Ginecología situada en el edificio central del hospital. Una enfermera nos recibió y nos aseguró que ella nos haría los trámites de ingreso. La seguimos a una diminuta sala de exploración. Cubrió el brazo de mi mujer con el manguito del tensiómetro y empezó a hacer preguntas y a consignar los datos: ¿Cuántos hijos tiene? ¿Tiene intolerancia a algún medicamento, que usted sepa? ¿En general es una mujer sana? ¿Fuma? ¿Tiene hemorragias? ¿Periodos regulares? ¿Cuántos embarazos ha tenido? Luego le quitó el manguito y le tomó la temperatura con un termómetro electrónico que en un segundo daba un resultado exacto.

–¿Está en ayunas? ¿Desde cuándo lleva en ayunas? ¿Sabe leer hebreo? Por favor, lea esta hoja. Ahora necesito que firme este impreso, aquí. Perfecto –dijo la enfermera al final, y puso una pulsera con los datos y un código magnético en la muñeca de mi mujer–, esperen fuera, cuando quede una habitación vacía, la llamaré.

–¿Sabes? –preguntó mi mujer, mientras una limpiadora con un pañuelo en la cabeza empujaba una máquina para limpiar los suelos–, una vez escribiste en una de tus columnas que, por razones políticas, la Oficina Central de Estadística falsea los datos y no dice la verdad sobre la abrumadora mayoría árabe existente en el país.

–Es cierto –me reí–, ¿por qué te acuerdas de eso ahora?

–Mira cuántos árabes hay aquí –dijo–, los enfermos, los trabajadores de la limpieza, parte de la plantilla, los celadores que empujan las camas de los enfermos, los que venden café, las visitas. Mira cuántos árabes hay aquí, y eso que este no es el Hadassah de Har Hatzofim.

–Kashua –la enfermera nos llamó y nos indicó que la siguiésemos–, se ha quedado una habitación libre abajo, tiene que ir de inmediato al quirófano –dijo la enfermera, y mi mujer ralentizó el paso por un instante–. Lo siento –se disculpó la enfermera cuando le entregó a mi mujer la bata especial–, es la última bata que queda en la unidad. No tiene botones. Se la pegaré por detrás –dijo abochornada, mientras arrancaba una tira de esparadrapo de un rollo blanco.

25/6/2010

Despedida de mi padre

«Por favor, puedes ir un poco más deprisa», me pidió ella cuando dejé de serpentear con el vehículo por la ladera de la montaña y la carretera empezó a ser recta en la zona de Shaar Hagai. Asentí, deslicé las manos por el volante intentando secar el sudor de terror y pisé un poco más el acelerador. No me gusta conducir de noche, mucho menos cuando los niños están dormidos en el asiento trasero, y menos aún por autopistas.

«¿Cómo estás?», pregunté al no encontrar las palabras apropiadas, y ella siguió callada y mirando el teléfono móvil que tenía en la mano, asegurándose de que no había ninguna llamada perdida. ¿En qué estará pensando ahora?, intenté adivinar lo que se le estaba pasando por la cabeza. ¿En qué estaría pensando yo si estuviese en su lugar? Seguro que se me vendrían recuerdos a la cabeza, pensé. ¿Qué recuerdos tendrá de él? Recuerdos buenos, seguro, de otro modo no estaría llorando. Tienen que ser recuerdos de la infancia, en momentos así los recuerdos siempre son recuerdos de la infancia, son los únicos que se quedan grabados en la memoria.

Por alguna razón, me la imaginé como una niña pequeña con una enorme sonrisa y una risa auténtica como la que sólo los niños pueden tener, y entonces veo a su padre, mucho más joven, levantándola por los aires con los dos brazos. Sin duda esa es la imagen que tiene en mente, estaba convencido, aunque seguro que era un recuerdo creado por las películas americanas, en las que, cuando se echa de menos a uno de los padres, siempre se vuelve atrás en el tiempo, a imágenes tomadas con un vídeo casero de una familia feliz donde hay niños sonrientes en el regazo de unos padres protectores.

¿De qué me acordaría yo? ¿Y por qué en ese momento los recuerdos sobre mi padre se negaban a aflorar? Yo, que estaba convencido de que tenía una gran memoria, de que podía recitar todo lo que había vivido desde los tres años hasta empezar la escuela, descubro de pronto que me estoy inventando recuerdos que no existieron jamás. ¿También a ella le ocurre lo mismo? A lo menor no tiene ningún recuerdo de él, a lo mejor en este momento está intentando implantarlo en imágenes de la infancia de las que él jamás ha formado parte. Lo está insertando a la fuerza en una fiesta de cumpleaños en la guardería que nunca existió, obligándole a construir con ella un castillo de arena en la playa.

¿Y dónde demonios está mi padre en todos esos recuerdos en los que lo recuerdo perfectamente? ¿Por qué no aparece frente a mis ojos? A lo mejor estoy tenso, pensé, sí, estoy bastante tenso, voy a respirar un rato despacio, y sí, ahí está, sonrío por un instante cuando las imágenes de la infancia vuelven con toda su potencia, no estaba equivocado, sí, casi estoy feliz por mí, por ella, por nuestros padres, él existe, claro que existe, ahí está, con todo su esplendor, un superhéroe, es una parte esencial de la escena, viene a visitarme a preescolar. Y ahí está, con el Sussita en el garaje. Borré la sonrisa que se dibujó en mi rostro, no era el momento, ella estaba llorando en silencio mientras volvía a mirar el teléfono móvil. «Por favor, un poco más deprisa», repitió cuando subíamos por la autopista que recorre Israel.

De verdad que me hubiese encantado pisar a fondo el acelerador, pero no podía, esperaba que ella lo percibiese en mi mirada, en ese momento era imposible ir a la velocidad permitida por ley. Sentía que el coche se me iba a la derecha y luego a la izquierda, ¿sería el viento, que ni siquiera soplaba?, ¿o sería una rueda, que había perdido aire? Lo siento, quise decir, pero no puedo ir más deprisa. No tengo el control del vehículo, y solo espero que al más mínimo giro no acabe en la cuneta. Estos coches franceses, pensé, tengo que cambiar de coche, necesito uno más estable que dé sensación de total seguridad. Sé perfectamente que todo está bien en el coche, pero entonces ¿por qué siento que estoy surcando torrentes de aguas bravas?

Ella vuelve a mirar el teléfono y yo me echo la culpa, lleva varios días diciendo que el teléfono tiene algún fallo y que no recibe todas las llamadas y

mensajes que le envían. Tendría que haberlo llevado a arreglar y no confiar en que un aparato electrónico se arreglase solo. Si hubiese recibido la primera llamada que hicieron del hospital, seguro que ya estaríamos allí. Ahora, todo lo que podía hacer yo era ir un poco más deprisa y ni siquiera de eso era capaz. Vuelvo a sudar, y las luces de los coches que vienen de frente vuelven a romperse en pedazos y a introducirme en un torbellino de miedos y de instintivos frenazos.

En el parabrisas hay algo que no está bien, pensé, cambiaré el parabrisas, no, cambiaré de coche, y el próximo tendrá un buen parabrisas que evite los deslumbramientos por la noche. Puede que, si los niños no estuviesen dormidos atrás, fuese capaz de ir un poco más deprisa. Le dirijo una mirada de disculpas para tranquilizarla y descubro que su expresión no es de resentimiento. Es una expresión distinta que no he visto nunca antes, y que no sabría explicar, una especie de expresión vacía que posiblemente signifique que no piensa con claridad. Tal vez la expresión de quien no es capaz ni de identificar esa nueva sensación e intenta lidiar con ella, etiquetarla, comprender su significado por primera vez.

«Más deprisa», dijo, y yo sabía que no era producto de la rabia, ni porque realmente percibiera a qué velocidad íbamos, en absoluto. Podría haberme detenido en el arcén en ese mismo instante y seguro que me habría pedido que fuese un poco más deprisa. Y, realmente, ¿por qué es tan importante para ella llegar a tiempo? Si fuese yo, querría tener tiempo. Pero no sé por qué. ¿Curiosidad, tal vez? Deseo dirigirle una última mirada que dijese: a pesar de todo te quiero muchísimo. O tal vez la expectativa de una última mirada de él que dijese: espero que sepas que a pesar de todo yo siempre te he querido. ¿Es eso? ¿Una petición de perdón mutua?, ¿una despedida con una última expresión de ojos?

—Ya llegamos —dije, cuando giré a la derecha hacia la salida de Kfar Saba—, te dejaré allí y yo seguiré con los niños, ¿vale?

Ella no respondió y miró al teléfono que centelleó en su mano. No dijo una palabra. Estalló en un llanto sonoro y su cuerpo empezó a temblar sin control.

—Los niños —la reprendí sin pudor.

Respiró profundamente, cerró los ojos y dijo, «ve despacio».

17/9/2010

La ensalada de Tira

Por alguna razón, la fiesta de Simjat Torá me recordaba a Tira. «Ni siquiera rima», afirmó mi mujer cuando íbamos aquella mañana a ver a mis padres y yo estaba empeñado en encontrar un denominador común entre Torá y Tira. Las noticias en la radio empezaron justo cuando íbamos por la autopista 6 en paralelo a la ciudad de Qalqilya. Qué suerte que hayan plantado a lo largo del muro de separación unos árboles tan altos que no se ve ni el muro ni la ciudad que oculta, así es mucho más agradable, ojos que no ven, corazón que no siente, solía decir mi abuela, que en paz descansa, y qué corazón tenía, un regalo para la vista. El locutor de las noticias dijo que la víspera de la fiesta había habido cinco casos de asesinato en el país, y mi mujer y yo empezamos enseguida con nuestro juego habitual. «4-1 a nuestro favor», dije, y mi mujer apostó por 3-2, también a nuestro favor. Pegamos la oreja a la radio: dos de Qalansawe en un café del centro del pueblo, un matrimonio de un pueblo del norte y uno más de un poblado del sur. Los dos nos equivocamos, 5-0 a nuestro favor. Gané yo, me quedé más cerca.

—¿Qué es eso? —preguntó mi mujer, como cada vez que llegábamos al cruce de Kokhav Tair, señalando el barrio que cada vez que íbamos a Tira era más grande—, ¿es de judíos?

—No lo sé —dije como de costumbre, y recordé que esta vez debía preguntar a mis padres por ese gigantesco barrio situado entre Tira y Taybeh y por qué se llamaba Tzur Yitzhak—. Recuérdame que se lo pregunte a mi padre —le pedí a mi mujer también en esta ocasión. No sé por qué, pero ese barrio monstruoso que hace que se me encoja el corazón en cada viaje a Tira, se me olvida cuando llegamos a casa de mis padres—. No es posible que sea

un nuevo barrio judío, no es posible, y menos entre Tira y Taybeh. Eso sería como hacerle la peineta al Triángulo, no es posible, recuérdame que lo pregunte.

Mi padre acababa de freír el falafel más rico del mundo y mi madre estaba lavando tomates para preparar una ensalada.

–¿Tomates? –oí gritar a mi padre cuando entramos en casa–. Cuando un kilo de tomates estaba a un shékel no hacías ensalada, y ahora que un solo tomate cuesta 10, ¿los echas a la ensalada?

–¿Y qué quieres que haga? –intentó defenderse mi madre–, ¿qué comamos falafel sin ensalada?

–Sí, sin ensalada –afirmó mi padre–, con pepinos en vinagre y *tahini* es suficiente, los tomates guárdalos para días especialmente duros.

–Está bien, está bien –dijo mi madre, y empezó a secar los tomates–, pues sin tomates, prepararé una ensalada de repollo.

–¿Repollo? –la ira de mi padre no hizo más que aumentar–, ¿no sabes que la caja me ha costado 100 shékels? 100 shékels?

–Entonces ¿por qué la has comprado? No lo entiendo.

–No lo sé –dijo mi padre–, no tengo ni idea de por qué lo he hecho.

–Hola –dije, perturbando así la tranquilidad de la casa de mis padres.

–*Ahlan*», sólo entonces se percataron de que habíamos entrado–, *ahlan wa-sahlan* –dijo mi madre, secándose las manos y acercándose a nosotros. Mi padre sólo intentó sonreír y siguió vigilando el falafel de la sartén.

–¿Qué le pasa a papá? –le pregunté a mi madre–, ¿otra vez depresión política?

–Como ves –dijo con tristeza–, la situación política está acabando con él.

–Papá, ¿qué tal estas? –alcé la voz cuando me acerqué a él.

–Escucha –respondió sin preámbulos–, la semana que viene escribirás esto: el pueblo palestino ya no está interesado en un estado independiente.

–¿Qué?

–Lo que oyes –dijo, mientras removía con una espumadera varias bolas de falafel perfectas–, escribirás que queremos que nos repartan a todos carnes de identidad, que ya no estamos interesados en un estado, ni en Cisjordania ni en Gaza, y que, si a Abu Mazen no le diese vergüenza, devolvería ya las

llaves a Israel y les diría: aquí están, por favor, cogedlas, son vuestras, haced con ellas lo que queráis.

–Dime que no has vuelto a ponerle guindilla.

–No te preocupes –dijo–, te he dejado un poco aparte sin nada de guindilla. Entonces ¿lo vas a escribir?

–¿El qué?

–Que, de todas formas, ellos hacen lo que les da la gana, así que ¿para qué toda esta farsa, como si hubiese algún liderazgo? ¿Dónde está la ensalada? –se dirigió a mi madre–, el falafel ya está listo y tú no has empezado ni a cortar un tomate.

–¿Ves cómo está? –me susurró mi madre al oído–, desde que se han reanudado las negociaciones, no sale de la cocina.

Mi padre volvió a encasquetarme pimienta negra en el falafel especial que había preparado para mí. No dije nada. Sé que no puede aceptar el hecho de tener un hijo que no puede ni probar algo picante, aunque sea un poco. Siempre me engaña, mete una pizca, piensa que a lo mejor me acostumbro. Está atento a mi reacción y yo intento olvidarme de la sensación de ardor en la boca ya al primer bocado. «Muy bueno», asentí con la cabeza, y mis ojos se llenaron de lágrimas cuando mi hermano pequeño contó que, en la reunión con los padres de alumnos de primero, las maestras pidieron que los niños llevaran papel higiénico de casa, porque la dirección había informado de que este año no había presupuesto para eso. Mi padre regañó a mi hermano y le dijo que su hijo, igual que su padre, igual que nosotros, sus cuatro hijos, debía aprender que un alumno sobresaliente jamás debía usar los servicios del sistema educativo árabe. Mi padre tenía razón. Recordé que, en el internado de Jerusalén al que me enviaron, me llevó varios meses comprender que sí que podía usar los servicios del colegio. Al pensar en eso en aquel momento comprendí que allí había comenzado mi crisis de identidad. Allí, en aquellos servicios extraordinariamente limpios, empecé a poner en duda todo lo que mis padres me habían enseñado.

–¿A que no está picante? –me preguntó mi padre.

–No –dije, y la mujer de mi hermano mayor me salvó cuando contó que los coches de cinco compañeros suyos, maestros de Tira, habían sido

quemados aquella misma semana—. ¿Lo ves? –le dijo mi hermano mayor, «¿ahora entiendes por qué no debes cambiar el Lancer 90?

–¿Qué quieren de nosotros? –preguntó mi padre de repente, y cogió una cucharada de ensalada–, ¿no te había dicho que sin tomates? –se dirigió a mi madre–, ¿qué quieren? Pero de verdad, que digan lo que quieren, que propongan una solución, que lo digan en voz alta y nosotros aceptaremos cualquier sugerencia que tengan, cualquier solución, pero que digan de una vez cuál es la solución, y yo juro por Dios que la aceptaremos. ¿Separación? Aceptaremos. ¿Ciudadanía? Aceptaremos. ¿Quieren que emigremos? ¿Que nos larguemos de aquí? ¿Que estemos rodeados de muros? Pues que lo digan, escríbeles en el periódico que digan de una vez lo que quieren.

–Yo quiero *tahini* –le pidió mi hija a su abuelo.

Salimos de Tira al terminar la fiesta. El locutor informó de dos casos de asesinato en Lod.

–2-0 para nosotros –saltó mi mujer, y acertó.

–Eso no cuenta. Ha dicho Lod.

–¿Qué es eso? –al salir, mi mujer señaló un gigantesco barrio situado entre Tira y Taybeh.

8/10/2010

Tradicionales

–Dime una cosa –le pregunté a mi mujer otra aburrida noche de viernes en casa–, ¿cómo es que se nos han acabado los amigos asquenazíes?

–¿De verdad que no lo sabes? –respondió.

Todo empezó cuando nos mudamos al nuevo edificio. Hasta entonces, cada fin de semana que nos quedábamos en Jerusalén, o nos invitaban o teníamos invitados en casa para cenar. Y ahora nada, el teléfono no sonaba. Al principio, yo aún llamaba para invitar a amigos a casa, pero, por alguna razón, todos se iban siempre a casa de sus padres para la cena de Shabat.

La relación familiar de nuestros amigos con sus padres se había fortalecido desde que nos mudamos a un barrio judío. Yo respeto mucho la tradición, no quiero que haya malentendidos. Pero la tradición de la cena de Shabat últimamente me produce pesadumbre. Cada viernes por la noche veo cómo el aparcamiento del edificio se llena de invitados de los vecinos. Por la mirilla observo las visitas que suben por las escaleras, hijos, amigos y familiares sonrientes, felices, a veces portando fuentes o bandejas que desprenden agradables olores. Y después llega el tintineo de los cubiertos y los platos, las risas, las canciones, las conversaciones de salón. Sólo nosotros nos quedamos clavados frente al programa de la tele.

–No –le respondí a mi mujer–, no sé qué ha cambiado.

–Es por ti –dijo en tono tranquilo, lleno de seguridad y autoridad–. ¿Yo? –grité desde el sofá–, ¿por qué? ¿Ha cambiado algo en mí? ¿El qué?

–No –continuó en el mismo tono calmado, intentando no apartar la vista de Amnon Abramovitz–, tú no has cambiado, sigues siendo el mismo mierda que conocí hace 15 años.

–Entonces ¿cuál es el problema?

–Ya no haces carne a la brasa –dijo–, por eso es.

¿Qué? ¿De qué estaba hablando? ¿Qué tenía que ver eso con el abandono de los asquenazíes? Es cierto que antes, en Beit Safafa, cuando teníamos patio, siempre, pero siempre, encendía la barbacoa cuando venían amigos, y desde que nos mudamos hace más de dos años no he tenido ocasión de acercarme al fuego, pero esa no podía ser la causa de que los amigos nos hubiesen excluido. Mi mujer siempre era así, le costaba ser indulgente, creía que todo eran intereses en la vida. Pero se equivocaba, siempre se equivocaba, y esta vez también.

–Eres libre de creer lo que quieras –dijo–, pero ahora, por favor, guarda silencio, no me dejas escuchar al jefe de investigaciones de la policía.

–Salud –pude oír el brindis en la casa de los vecinos, y yo, herido y aislado, me sentí solo en Jerusalén y me llevé a Hans Fallada a la cama. No acepto sus ridículos argumentos. Mis amigos, los que yo tenía, no eran así. Mis amigos me querían, y no por la carne que preparaba a la brasa.

Intenté recordar aquellos días maravillosos, cuando estaba rodeado de amigos, y todo lo que me venía a la mente eran las muestras de felicidad de mis amigos, de sus mujeres y de sus hijos con cada pedazo de carne que cogían de la fuente. «Uuummm, Sayed, está realmente exquisito –repetían, y las frases resonaban en mis oídos–, ¿qué es, cordero? Mini, es cordero, prueba esta costilla, ¿dónde compras una carne de cordero así?

Y yo, como un idiota, me mostraba orgulloso de la carnicería local, les explicaba cómo elegía las piezas yo mismo de la cámara frigorífica y cómo le pedía al carnicero que me mezclase ternera con cordero y le añadiese hierbabuena fresca al picar la carne para el kebab. Y cómo les sonreía de todo corazón, como un idiota, cuando llegaban a casa, mientras jadeaba y sudaba encima de la barbacoa que había preparado de antemano. Con un paño sobre el hombro, pinzas en la mano y humo en los ojos, sazonaba, daba la vuelta, llevaba una fuente a la mesa y volvía corriendo a darle la vuelta a los pinchos, a ahuyentar a los gatos y a ocuparme de que no faltase de nada en la mesa.

Siempre había barbacoa y, después de mudarnos, ¿qué les preparaba a los amigos que venían de visita? *Gulash*. Es lo único que sé hacer, *gulash*.

Seguro que se hartaron, seguro que ellos también saben hacerlo. Pero no, no y no. No es cierto, esa no puede ser la razón por la que Roni, Asaf y Shira ya no vengan nunca. Están pasando una mala racha, o tal vez buena, con la familia. El viernes por la noche es sagrado para ellos, lo sé. Intenté huir al Berlín de Fallada, centrarme en las líneas y seguir los pasos de una pareja de alemanes que pensaban que derrocarían al Führer con pancartas de protesta.

–Tu teléfono parpadea –gritó mi mujer desde el televisor.

–¿Puedes mirar qué pone en la pantalla? –le grité yo también.

–Asaf –dijo, y eso me hizo saltar de la cama.

–Asaf –respondí con una sonrisa que me recordó a los tiempos de la barbacoa y provocó que mi mujer hiciese una mueca de desprecio–, ¿estáis en casa de tus padres? ¿Qué tal están?

–¿Mañana? –le respondí a Asaf, que preguntó qué hacíamos al día siguiente, y miré a los ojos a mi mujer–: Asaf pregunta si estamos ocupados mañana, porque nos invitan a comer en su casa.

–No estamos ocupados –dije ella negando con la cabeza.

–Nos encantará veros mañana –le dije–, ¡vaya!, también nosotros os hemos echado de menos –le respondí mientras dirigía miradas recriminatorias a mi mujer, miradas que decían: tienes un problema, tienes complejo de inferioridad, piensas que eres más lista que nadie, con gente como tú es imposible construir la paz aquí, por culpa de gente como tú no hay confianza entre ambos pueblos; mira, un verdadero amigo que me invita a ir a su casa mañana, y no, no es por la barbacoa por lo que me quiere.

–Vale. A la una es perfecto –respondí feliz–. ¿Llevamos algo? –pregunté por educación.

–Si no te importa pasarte por tu carnicería de Beit Safafa –dijo Asaf por teléfono mientras mi mujer me clavaba la mirada, preguntándose por qué asentía con la cabeza y no colgaba el teléfono–, puedo comprar también aquí, ya sabes, pero creo que allí es mucho mejor, si tienen cordero, sería genial –prosiguió–. Aquí también hay pan, pero podrías traer algún paquete de pan de pita. ¿También hacen buen humus allí? ¿O prefieres pasarte por Abu Gosh? Es que he comprado una barbacoa esta mañana, la he puesto en el jardín, he comprado carbón americano de ese que se enciende solo, ¿es bueno? Bueno,

confío en que en ese asunto me eches una mano.

–No. Lo siento. No puedo. No –respondí, intentando que la expresión de mi cara no delatase el carácter de la conversación–. Sí, una pena... también tengo mañana algo en... el trabajo. Acabo de acordarme. No pasa nada. Otra vez será. *Bye*.

–Qué caradura –informé de inmediato a mi mujer, que tenía clavada en mí una mirada perpleja y aguardaba una explicación por la sorprendente negativa–, ¿de dónde voy a sacar ahora un *strudel* de manzana?

7/1/2011

Un regalo de Arabia Saudí

Mi madre decidió observar los preceptos religiosos. Siempre había tenido temor de Dios, así que empezó a rezar y, hace unos meses, también empezó a cubrirse la cabeza con una especie de pañuelo de colores. Al principio se lo ponía de una forma muy graciosa, pero con el tiempo aprendió a dominar la técnica y, desde entonces, no salía de casa sin pañuelo. Incluso al gimnasio, al que se empeñaba en llamar Homeless Place, empezó a ir con pañuelo y zapatillas Nike. A decir verdad, nada cambió en casa desde que mi madre descubrió la religión. Seguía enganchada a las series egipcias de televisión, a los muebles recios y a los cuadros de aves, con especial preferencia por cisnes nadando en lagos suizos.

El golpe llegó hace unos meses, cuando mi madre decidió que había llegado el momento de peregrinar a La Meca. La peregrinación es uno de los cinco preceptos fundamentales del islam, y mi madre se empeñó en cumplirlo. «Tú vienes conmigo a La Meca», le dijo a mi padre, que al principio dudó, sobre todo por su enfermedad, y propuso a cambio un fin de semana en Bulgaria.

Mi padre había perdido la fe en Dios allá por el año 67. «No sólo por la derrota –me contó una vez–, entiéndelo, yo, cuando era pequeño, me dijeron que en Jerusalén había una roca suspendida en el aire en la que se veía la huella del pie del profeta Mahoma, que desde allí subió al cielo. Tras la ocupación, viajé hasta allí y no vi ninguna roca suspendida en el aire. Allí mismo me hice comunista».

Pero mi madre insistió. Al principio intentó convencerlo amablemente: sería una revelación espiritual, ambos pasarían juntos ese proceso, despacio,

sin complicaciones, y habló de la bendición que aquello supondría para sus vidas y para las vidas de sus hijos. Pero mi padre no dio su brazo a torcer, con lo que a mi madre no le quedó más remedio que pasar al plan B: «¿Quieres que la gente te recuerde como un comunista infiel? ¿Quién irá a tu entierro? Y eso sin entrar a describir los tormentos de la tumba ni el fuego en que te abrasarás en el infierno».

Consiguió meterle el miedo en el cuerpo a mi padre, empezó a rezar y se inscribió con mi madre para el *hajj*.¹ Yo hice todo lo que pude para que cambiasen de idea. Hablé de las aglomeraciones, de la enfermedad de mi padre, y qué pasaría si necesitaba allí atención médica. Debo decir que tenía mucho miedo, sobre todo por las historias que se contaban sobre peregrinos muertos por aplastamiento por razones desconocidas. Mi madre dijo que era una bendición morir allí, que eso aseguraba la entrada directa en el paraíso. Y mi padre dijo que normalmente en La Meca eran aplastados peregrinos de Indonesia, Paquistán y la India que, si no hubiesen muerto por la aglomeración de La Meca, sin duda se habrían ahogado por alguna avalancha de lodo o cualquier otro desastre natural. Mi padre opinaba que eso era una maldición que sufrían ellos y que no tenía relación alguna con las vicisitudes del *hajj*.

Hace unas semanas se pusieron en camino y me dejaron solo durante el periodo más largo que había conocido nunca: 25 días permanecerían allí. Antes, cuando era pequeño, odiaba que mis padres se fuesen a algún sitio, me preocupaba, me inquietaba, estaba seguro de que no regresarían jamás. Ahora, de mayor, estaba convencido de que lo había superado, pero su viaje a La Meca me dejó claro que aún no estaba preparado, que todavía los necesitaba y que aún no sabía cómo podría afrontarlo si les ocurría algo.

Lo peor fue en la fiesta del Cordero. Era la primera vez que iba a casa a pasar las fiestas sin que estuviesen mis padres. No sabíamos qué hacer, mis hermanos y yo nos encontrábamos perdidos. Normalmente nuestros padres se ocupaban de todo, y ahí estábamos los cuatro hermanos ahora, en la fiesta del Cordero, sin tener ni idea de lo que hacer. «¿Por qué no hacemos una barbacoa y ya está?», propuso mi hermano pequeño como alternativa. Pero era demasiado tarde, porque todos compraban la carne antes de la fiesta y no

el propio día de la fiesta, cuando todas las carnicerías estaban cerradas. Al final, compramos salchichas y hamburguesas congeladas en un supermercado de Kfar Saba.

Durante los días de la fiesta, las cadenas de televisión árabes emitían programas en directo desde La Meca. Seguimos las ceremonias en tensión, intentando localizar a nuestros padres entre la inconcebible multitud de cuatro millones de peregrinos vestidos de blanco realizando idénticos rituales.

–¿Qué vamos a hacer con la decoración? –preguntó mi hermano mayor dos días antes del esperado regreso de nuestros padres.

–Es verdad –respondimos todos–, todo el mundo decora la casa para recibir a los peregrinos.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó mi hermano pequeño.

–No haremos nada –propuse.

–¿Y si se llevan una decepción? –preguntó mi hermano mayor.

–¿Por qué iban a llevarse una decepción? –pregunté.

–Tal vez hayan experimentado cambios drásticos, no sé, tal vez les haya pasado algo allí, y quieran ser unos auténticos peregrinos.

Pensar que algo habría cambiado drásticamente en mis padres me aterró. Me imaginé a mi padre arrodillado frente a la Piedra Negra de La Meca, rompiendo a llorar y viendo la luz. Seguro que ya tendrá barba, pensé, y mi madre, seguro que ya habrá sustituido su pañuelo de colores por un velo, puede que ya vaya con los ojos cubiertos como las mujeres más devotas.

–¿Por qué dices esas cosas? –reprendí a mi hermano, intentando apartar de mí aquellos pensamientos.

–Ya sabes –respondió–, esas cosas pasan, vete tú a saber. Y más cuando nuestros padres siempre han sido extremistas.

Al final, renunciamos a las gigantescas pancartas de colores en las paredes de la casa y, en una tienda de Raanana, mi hermano compró globos con corazones y cintas donde ponía «Bienvenidos» en hebreo.

No sabíamos exactamente cuándo volverían nuestros padres de Arabia Saudí y, tras las fiestas, yo tenía que regresar con mi familia a Jerusalén, al trabajo y al colegio. Seguía pendiente de las novedades, y llamaba cada varias horas a Tira para comprobar si, por casualidad, mis padres habían vuelto ya,

aguardando en tensión para saber si los cambios se habían producido o si seguían siendo tal y como yo los había conocido. A veces, cuando descolgaba el auricular y esperaba la respuesta, temía que mi padre contestase con un *salam aleikum* y me anunciase que no me dejaría entrar en casa si continuaba bebiendo.

Y entonces pasó, otra llamada rutinaria y mi madre respondió.

–¿Diga?

–¿Mamá?

–Hola, ¿cómo estáis?

–Bien. ¿Y vosotros? ¿Cómo está papá? ¿Qué tal ha ido?

–De maravilla, le hemos comprado a los niños una Xbox.

–¿De verdad?

–Sí. Un momento. Te paso a tu padre.

–¿Papá?

–¿Cómo estás?

–Bien. ¿Qué tal vosotros?

–Le hemos comprado a los niños una Xbox en La Meca.

–¿De verdad?

–Sí, y lee juegos piratas.

3/12/2010

1. *Hajj* es la palabra árabe que designa la peregrinación de los musulmanes a La Meca. (*N. de la T.*).

Revolución en la cocina

Necesito tener una página en Facebook. Hasta ahora me he negado a ello por mi tendencia a las adicciones, pero ya no me queda más remedio. No puedo perderme la próxima revolución. No es que haya conseguido entender cómo se hace una revolución en Facebook, pero, por si acaso, tengo que estar ahí.

Llevo más de una semana sin ser capaz de desconectar de los medios de comunicación: canales de noticias, radio, periódicos y páginas web. Siento la necesidad de estar informado al momento de lo que está ocurriendo en Egipto. Estoy contento y preocupado por las noticias que llegan y esperando que todo acabe bien. Esta semana he descubierto que me gustan las revoluciones, al menos en la televisión, hacen desaparecer casi todas las angustias. Lo cierto es que, cuando hay una revolución en Egipto, no puedes sumirte en una depresión por no saber lo que ocurre después de la muerte. Cuando hay millones por las calles, no hay tiempo de tener miedo a la gripe porcina.

–¡Silencio! –le grité la niña a principios de semana, cuando me pidió que la llevase a clase de música–, ¿música? ¿Derrocan a Mubarak y tú me hablas de música? ¿Tú sabes lo que significa echar a Mubarak del gobierno?

–Podrías echarme una mano con los cacharros –dijo mi mujer.

–¿Qué te pasa? –apenas desvié la mirada de la pantalla para contestarle–, ¿quieres que por unos cuantos cacharros sucios me pierda el acontecimiento que va a transformar toda esta zona? La gente se muere por las calles y tú quieres que me ponga a fregar las cacharros.

–Vale –dijo ella–, yo llevo a los niños a las clases particulares y tú sigues haciendo revoluciones desde el sofá, pero a ver dónde tiras las cáscaras de las

pipas.

Ya está, todo está cambiando aquí. No es que yo entienda cómo ni por qué, pero es el ambiente general. Si no, ¿cómo se explica el hecho de que las autoridades de Israel temen tanto los cambios? Ah, sí, es cierto, temen a los Hermanos Musulmanes y a tener otro Irán en la frontera. La mayoría de nuestros analistas han afirmado que, en contra de lo que gritan los manifestantes por las calles de El Cairo, la democracia no tiene ninguna posibilidad en el mundo islámico.

–Eso no es cierto –sentenció el Dr. Uriya Shavit, que participaba en un programa matinal de televisión–, Indonesia es el mayor estado musulmán del mundo y allí hay una democracia real.

–Sí –dijo Eli Shaked–, pero Indonesia no es un estado árabe. Y hay una diferencia. –Según Shaked, que fue embajador de Israel en El Cairo, lo que demuestra que conoce a los egipcios como la palma de su mano, la arabidad es el problema que impide la democracia. Y eso no es racismo, le aclara a la presentadora, sencillamente carecen de los viejos valores judeo-cristianos, explica el embajador. Es decir, no es la educación, la pobreza ni los largos años de opresión, es el maldito carácter árabe lo que hace que los egipcios (aunque sean cristianos) no puedan alcanzar el nivel de los cristianos o los judíos, que tienen la aceptación del otro y del diferente como lema supremo.

Antes pensaba que una de las desgracias de este lugar, que bulle de humanismo y aceptación del diferente, era el desconocimiento de la lengua árabe. Tras escuchar las palabras de nuestros analistas especializados en asuntos árabes, he llegado a la conclusión de que es preferible no estudiar árabe en absoluto. En mi opinión, si el resultado son analistas como Guy Bechor, el proyecto de ley que va a presentar el partido Israel Beitenu debería prohibir a los judíos estudiar árabe. «¿Las mujeres?», sonrió ante la pregunta de la presentadora, que se interesó por el papel de las mujeres en lo que estaba ocurriendo en Egipto, y como respuesta contó una historia completamente verídica sobre cómo Sadam se había burlado de los americanos por enviarle a una mujer para prevenirle sobre las consecuencias de una invasión de Kuwait. Bechor se olvidó de que la televisión estaba retransmitiendo imágenes de las manifestaciones, donde se veía que las

mujeres tenían un papel esencial en lo que estaba ocurriendo en las calles árabes. Pero, como dijo el propio Bechor: «Yo he venido aquí a explicarles cómo funciona la mente egipcia».

Los medios de comunicación israelíes no logran ser coherentes. Al comienzo de las manifestaciones, nuestros analistas decidieron conjuntamente que lo que había ocurrido en Túnez no ocurriría en El Cairo. Después fluctuaban entre declaraciones como «son los últimos días de Mubarak» y «lo que le ha ocurrido a Ben Ali no le ocurrirá a Mubarak», en vez de limitarse a dar datos reales, mantener la dignidad y decir simplemente la verdad: «No tenemos ni la menor idea de lo que está ocurriendo».

Cuánta hipocresía y cuánta arrogancia hay en el apoyo de las instituciones israelíes al régimen tiránico de Mubarak. A Israel le interesa un déspota corrupto que creó un cruel cuerpo de policía secreta para oprimir a la población y cerrarle la boca. A veces parece que a los gobiernos de Israel les preocupa más una democracia egipcia real que los Hermanos Musulmanes. A Israel siempre le ha resultado más cómodo luchar con los musulmanes, como demuestran los documentos de WikiLeaks, que destapar la alegría mostrada por el jefe de los servicios de inteligencia, Amoz Yadlin, cuando Hamas se hizo con el poder en Gaza. El verdadero problema es que, a diferencia de Mubarak, una democracia árabe no aceptaría la política de Israel en Gaza y en Cisjordania, o al menos alzaría la voz en señal de protesta. Una democracia real mantendría relaciones con sus vecinos, siempre y cuando tuviesen un régimen democrático real que no estuviese basado en la intolerancia ni en pisotear a los diferentes.

–Una cosa es evidente –dijo esta semana el presidente Simon Peres–, Mubarak ha sabido mantener la paz en Oriente Medio. –Ese es exactamente el problema, señor presidente: «En Oriente Medio no hay paz».

Un turista israelí, que se apresuró a interrumpir sus vacaciones en El Cairo y fue entrevistado al regresar aquí, describió muy bien las sensaciones de los israelíes: «Estábamos en un taxi y, de repente, vimos a miles con palos y piedras avanzando hacia nosotros. Fue aterrador». Sé que nos resulta difícil pensar que el mundo entero no gira a nuestro alrededor, pero tengo la impresión de que, en contra de lo que muchos israelíes piensan, las

manifestaciones en Egipto no son contra Israel y de que la revolución, tenga éxito o no, no pretende derrocar el gobierno de Jerusalén, sino el de El Cairo.

–¿Cómo se entra en Facebook? –le pregunté a mi mujer cuando volvió de las clases particulares de los niños.

–Si friegas los cacharros, puede que te enseñe y te añada a mi lista de amigos.

–No hace falta –dije, y volví a mirar fijamente las imágenes en directo de la plaza Tahrir–, aún correrá mucha agua por el Nilo antes de que la revolución llegue aquí.

4/2/2011

Clase de árabe

Salimos juntos de casa aquella tarde. Mi mujer cogió el coche y llevó a la niña a clase de música en el conservatorio, y yo, como descubrí que no hacía demasiado frío, decidí ir caminando con mi hijo a la piscina. En momentos así tengo una sensación de triunfo: la niña va camino del conservatorio y el niño va camino de la piscina; estas son frases que suelo llamar «frases que no se oyen en Tira», cosas que me hacen estar seguro de que la decisión de mudarnos a un barrio judío fue acertada, difícil, pero justificada. Una piscina climatizada al lado de casa, un conservatorio a diez minutos en coche, son una respuesta convincente a todos los críticos, ya sean árabes o judíos, que atribuyen razones políticas, culturales y nacionales a algo cuya principal finalidad es buscar una mejor calidad de vida.

Mi hijo y yo cruzamos el parque del barrio y él suelta mi mano y corre por el césped, extiende los brazos como si fuesen las alas de un avión e inclina el cuerpo a derecha e izquierda. Corre en círculos, de vez en cuando vuelve hacia donde yo estoy, sonrío y echa a correr de nuevo a toda pastilla. «Mira lo rápido que puedo correr», dice, y yo, que camino despacio, casi le pido que deje de correr para ahorrar fuerzas para la natación, olvidándome por un instante de que los niños pequeños pueden correr y saltar durante un día entero.

Es el segundo año que el niño va a clases de natación. Recuerdo el miedo que le daba el agua hace dos años, y cómo le sonreía el profesor ruso, que inmediatamente lo llamó héroe, y cómo al principio sólo pudo convencerle de que se sentara en el borde de la piscina y chapoteara con los pies, pero enseguida le infundió seguridad para meterse con él en el agua, «sólo ponerte

de pie», y en la segunda clase, mi hijo ya se sumergió y aprendió a echar burbujas, con absoluta confianza en su sonriente profesor.

Iba a ser la última clase con el profesor ruso. «No me ofrecen buenas condiciones –dijo hace un mes, cuando informó con pena de su marcha –no me pagan las horas extra.» Mi hijo lo sintió tanto que su primera reacción fue que, si su profesor dejaba la piscina, no seguiría con las clases de natación. El resto de los niños ya habían sido asignados en la clase anterior a los grupos de los otros profesores, y sólo el mío se negó a ir a un grupo nuevo e insistió en quedarse con su profesor hasta el último momento. El profesor estaba feliz, «lo sabía», dijo, y ambos se metieron en el agua para su clase particular de despedida.

La piscina estaba repleta de niños de todas las edades. En una esquina practicaban niñas de natación sincronizada, por dos calles nadaban a toda velocidad los niños mayores que ya habían participado en competiciones y, en grupos más reducidos, los más pequeños practicaban con sus profesores los primeros movimientos. Mi hijo sabía que en esa ocasión sería una clase distinta, más como en la piscina de un hotel que la estricta práctica de movimientos correctos. Un gran estruendo salía de la piscina y, desde los asientos de los padres acompañantes, yo no podía oír la conversación entre el profesor y mi hijo, pero de vez cuando los veía a los dos sonriendo, sumergiéndose, saliendo y riendo. En algunos momentos, el profesor también hablaba y mi hijo escuchaba con pena, asentía con la cabeza y metía la cabeza en el agua para desprenderse de alguna sensación opresiva o para hacer más profundo algún pensamiento agradable.

–Eres un héroe –le dijo el profesor a mi hijo al finalizar la clase, y le pasó la mano por el cabello mojado. –Serás un gran nadador –dijo antes de despedirse por última vez. Estreché la mano del profesor, él agarró durante un buen rato la mano de mi hijo antes de marcharse.

–Te quiere mucho –le dije a mi hijo mientras le frotaba con una toalla.

–¿Qué va a hacer? –preguntó.

–Seguro que irá a dar clase a otro sitio –respondí.

–Entonces, ¿puedo ir con él a ese otro sitio?», preguntó mi hijo, y no supe qué contestar. Un niño pequeño se acercó a nosotros y derivó la conversación

hacia otro sitio. El niño se acercó como suelen hacer los niños, mirada dubitativa, distancia prudencial. Mi hijo observó lo que ocurría, inclinó la cabeza con timidez, como hacía habitualmente, mirando de reojo de cuando en cuando al niño que estaba a su lado.

–Quiere ser tu amigo –le dije a mi hijo, que entonces se atrevió a mirar al niño nuevo a los ojos.

–¿En qué idioma habláis? –preguntó el niño sonriendo.

Mi hijo me miró como pidiendo permiso para iniciar una nueva relación, ya se había olvidado de su profesor, y yo asentí, permitiéndole que tomara las riendas del asunto.

–Árabe –respondió mi hijo sonriendo.

–Puaj –soltó el niño, y siguió mirando un momento a mi hijo antes de volver a los brazos de su madre.

Jamás olvidaré la mirada de mi hijo. Una mirada que me provocó un terrible escalofrío y que hizo que mis manos temblasen al intentar seguir secando su cuerpo mojado. Fue una mirada sonriente que en un instante se convirtió en una mirada perpleja, que rápidamente se transformó en una mirada agraviada y luego en una mirada acusadora. Una mirada que me decía, «por qué me has mentado, por qué no haces nada, todo es por tu culpa».

¿Qué he hecho? Esa era la pregunta que resonaba en mi cabeza y de la que no me pude desprender en todo el camino de vuelta a casa. Ha sido por mi culpa, por culpa de mis absurdas ideas, mi hijo tiene que enfrentarse a situaciones así, y encima a su edad. Les mentí cuando les enseñé que todos somos iguales, les mentí cuando les dije que no hay diferencias entre musulmanes, judíos y cristianos. Los engañé cuando los rodeé de invernaderos protectores de guarderías mixtas y agradables vecinos.

–Sabes –rompí el silencio, consciente de que estaba a punto de decir otra mentira–, ese niño es un completo imbécil –y encima intenté reírme, reírme de todo lo ocurrido, describirlo como una anomalía, señalarlo como algo antinatural. Él no respondió.

¿En qué está pensando mi hijo ahora? ¿Hasta qué punto realmente me odia? ¿Qué ha entendido del «puaj» del otro niño? ¿Y cómo le afectará eso?

¿Dejará de hablar conmigo en árabe cuando haya extraños alrededor? ¿Eso le hará ser más prudente? ¿Avergonzarse de lo que es? Ay, Dios, haría lo que fuese para que mi hijo me dijese lo que está sintiendo ahora.

–Por favor –probé, en el tono más delicado que conseguí en aquel momento, «¿qué dices, eh?

–Papá –dijo tras un breve silencio–, no quiero ir más a la piscina.

–¿Por qué? –pregunté, intentando ocultar la pena–, pero si te gusta mucho nadar.

Estuvo un rato callado antes de responder:

–No quiero otro profesor.

4/3/2011

Labor sagrada

No quedaba más remedio, necesitábamos una asistenta. Yo volvía a estar hundido en un mar de trabajo, y mi mujer, la asistente social, se había declarado en huelga. Al principio, yo aún conseguía hacer frente a los montones de ropa sucia, poner orden en la cocina, llevar a los niños al colegio y a las clases particulares, pedir pizzas o parar de camino de vuelta a casa a comprar pan de pita con algo para que los niños no parecieran niños necesitados. De vez en cuando bañaba a los niños, de vez en cuando limpiaba el polvo. Pero, durante las últimas semanas, incluso las pocas tareas domésticas que realizaba se habían convertido en un pesado lastre. «Necesitáis una asistenta», decían casi todos los amigos que se arriesgaban a hacernos una visita.

No era fácil encontrar una asistencia legal y disponible. Un amigo judío rico que siempre está llorando por no tener dinero nos recomendó a su asistenta.

–Tikvá es sencillamente magnífica –dijo–, y la he convencido de que haga un esfuerzo por ayudar a un buen amigo que está en apuros.

–Muchas gracias –le respondí–. No sabes lo difícil que es encontrar a alguien con buenas referencias.

–Sí –dijo el amigo–, lo sé, y tampoco a mí me resulta fácil compartirla, pero tienes que recogerla en casa y volverla a llevar al final de la jornada laboral.

–No hay ningún problema –respondí, dispuesto casi a cualquier condición que me impusiese.

–También es un poco cara –añadió el amigo.

–El dinero ya no es un problema –fue la respuesta.

–Ella no sabe que sois árabes –dijo.

–¿Qué?

–Sayed –me dijo el amigo, poniendo la mano sobre mi hombro derecho–, escucha lo que te voy a decir, conozco a Tikvá desde hace más de diez años. Olvídate, no hay ninguna posibilidad de que acceda a trabajar en casa de unos árabes.

–No comprendo –balbuceé un poco–, entonces, exactamente cómo...

–No tiene por qué saberlo –respondió el amigo tajantemente–, escucha lo que te voy a decir, para ella trabajar en casa de un árabe sería casi como renegar de Dios.

–¿Es que también cree en Dios?

–Podría decirse así –suspiró–, se gasta todo el sueldo en viajes a Uman.¹

–No quiero oír una palabra más–fue la primera reacción de mi mujer–, ¿es que te has vuelto loco?

–¿Sabes qué? –grité perdiendo la paciencia–, pues limpia tú. Yo me desentiendo. No tengo tiempo, me van a echar del trabajo por todas esas tareas domésticas. No es mi problema. ¿No quieres a Tikvá? Pues limpia tú, y sabes qué, empieza también a cocinar, ya es hora.

–Está bien, está bien –dijo tras pensárselo un instante–. Bueno, a esas horas los niños están en el colegio –con lo que entendí que accedía al engaño.

–Hola, Tikvá –dije por teléfono tras tomar aire–, hola, soy el amigo de...

–Hola –respondió con júbilo–, sí, ¿eres Israel?

¿Israel? Ese fue el nombre que le dijo, el muy cabrón.

–Sí –respondí–, quería saber dónde te recojo mañana y...

Ya está. Hecho. El día internacional de la mujer llegaría a casa la primera asistente. La primera asistente judía, la primera empleada judía. Qué emoción. Al fin y al cabo, ¿cuántos árabes tenían la posibilidad de pagar a un judío por trabajar?

Quedamos a las ocho. A las siete y media ya habría llevado a los niños al colegio y a mi mujer a casa de unos amigos, y luego recogería a Tikvá. No tendría que resultar complicado, incluso aunque no hubiese una placa con el apellido en la entrada del edificio. Luego la dejaría sola, mi amigo había

dicho que era de total confianza, y cuando terminase su trabajo, yo volvería para llevarla a casa. Y también le pagaría. Así, sacaría dinero de la cartera y pagaría a una judía. Mi mujer me había gritado, es cierto, pero sigo pensando que esto sí que es una forma de revolución.

Bien. Había que hacer desaparecer cualquier peculiaridad árabe de la casa. Primero desconecté el teléfono, no fuera a ser que llamase mi madre y asustase a nuestra Tikvá. Luego empecé a descolgar las fotografías familiares de las paredes.

–¿Qué estás haciendo? –gritó mi mujer.

–Con todos los respetos, aunque eres muy guapa –le dije mientras proseguía con mi labor–, a veces se te nota que eres árabe.

Las fotografías familiares, junto con un montón de libros infantiles y varios libros de poesía, los escondí en la despensa. Hice la última ronda por la casa para asegurarme de que no quedara al descubierto ninguna nota, cuaderno o signo de arabicidad. Algunos cuadros que nos habían regalado, y que temía que tal vez tuviesen un «regusto árabe», los arrojé también a la despensa y los encerré allí. Para más seguridad, tiré a la basura una bolsa de calabacines y un paquete de pan de pita donde ponía en árabe «Panadería de Beit Safafa».

–Ya está –sentencié al terminar la tarea, mi mirada recorrió las paredes desnudas–, creo que este es el aspecto de una casa de judíos.

Todo funcionó según el plan. En el coche sudé un poco, pero eso no molestó a Tikvá. Cuando llegamos a casa, enseguida buscó el canal 24 y lo puso a todo volumen. Echó un vistazo al piso, movió la cabeza de derecha a izquierda y dijo que el tope máximo de su jornada era de siete horas y que, en su opinión, no sería suficiente para hacer ni la mitad del trabajo que tenía en nuestra casa. Asentí, quedé en recogerla a las tres y pagarle entonces, y me fui a trabajar.

No logré escribir ni una palabra. Me quedé mirando fijamente la pantalla vacía del ordenador, muerto de preocupación, nervioso, dudando de si, pese a todo, me habría dejado algo que pudiese desvelar el secreto. Cuando llegué a casa a las tres, me estaba esperando una inmensa sorpresa. No podía creerme que la casa pudiese estar así. Limpia, casi me resbalé en el suelo. «¿Qué es

esto, un espejo?», pregunté con gran sorpresa, cuando miré la puerta del horno y descubrí que era transparente. «Gracias, de verdad», casi lloré de emoción al observar la ventana y descubrir que por ella podía entrar luz en la casa. Cuando saqué la cartera del bolsillo, mi emoción fue mayúscula, como si estuviese viviendo un momento histórico, hasta el punto de lamentar no tener una cámara de fotos para inmortalizar el acontecimiento.

–Escucha, Israel –Tikvá acabó con mi entusiasmo–, si es que te llamas así».

–¿Ha pasado algo? –me recorrió un escalofrío.

–He encontrado libros de texto en un armario y me he dado cuenta de que intentabas ocultarlos.

–¿Qué libros de texto?

–Cielo –dijo con una sonrisa maliciosa–, soy medio iraquí y, créeme, puedo reconocer las letras árabes.

–Lo siento mucho –empecé a balbucear–, de verdad que no sé qué decir, pero sencillamente no podía decírtelo, no podía descubrirme.

–Cielo –dijo sonriendo–, no tienes por qué preocuparte, corazón.

–No comprendo.

–Créeme, lo que hacéis allí es una labor sagrada –dijo, dejándome con la boca abierta, sobre todo porque no le había dicho a lo que me dedicaba–. Es un gran honor trabajar para alguien como tú –dijo, mientras, por fin, cogía el dinero que le estaba ofreciendo, y susurró guiñando el ojo–, también mi padre era del Shabak.²

11/3/2011

1. Pequeña ciudad ucraniana a la que, cada año en la fiesta de Año Nuevo, peregrinan miles de judíos ortodoxos para visitar la tumba de Rabí Najmán de Breslev. (*N. de la T.*)

2. El Shabak, también conocido como Shin Bet, es el Servicio General de Seguridad, uno de los servicios de inteligencia de Israel. (*N. de la T.*)

Un caramelo envenenado

Esta semana me han dado un coche nuevo. Y no cualquier coche, un coche de directivo. Jamás había tenido un coche así y jamás había sido directivo. Es otro mundo, el mundo de los directivos. Tienen que experimentarlo para comprender de lo que estoy hablando. De tener un vehículo pequeño con un motor poco potente, he pasado a tener de repente un coche enorme que ni tan siquiera sé aparcar. Menos mal que tiene sensores traseros, no es que haya logrado calcular la distancia trasera por la intensidad de los pitidos, pero estoy muy contento de tener sensores de aparcamiento. Si el Gobierno no fuese tan racista, correría con los gastos para instalar a todos los árabes sensores traseros. Los niños árabes siempre juegan en los patios detrás de los coches, y es obligación del Estado proteger sus vidas. También es mucho más sencillo que empezar a construir ahora campos de juego para los niños árabes.

Así pues, me han dado un coche de directivo. Negro. Con un motor turbo que puede generar una potencia de 156 caballos a 6.000 revoluciones por minuto. Un coche con asientos de piel negros, con botones en el volante que llevan nombres como: autocrucero, control de velocidad, activación de teléfono. Cada vez que se aprieta uno, cambia la pantalla, y hay muchas pantallas en el coche nuevo. También controlo el sistema de sonido con los botones del volante. Qué sistema de sonido tan fantástico. Jamás había oído la radio israelí con tanta nitidez.

–Escuchad, escuchad –les ordené a mi mujer y a los niños en el viaje a Tira, justo después de que me dieran el coche nuevo–. ¿Lo oís? –grité mientras subía el volumen apretando suavemente el volante y cambiaba de

emisora utilizando una ruedecilla.

–Genial –dijeron los niños, y pidieron que lo subiese más aún.

–Es horrible –dijo mi mujer, y enseguida le recriminé que no sabía alegrarse de las cosas buenas.

–En vez de disfrutar de la calidad del sonido, ¿te quejas de que es horrible?

–Me refería a la historia esa de la radio sobre los palestinos acusados de violar al niño.

–¿Por qué lo fastidias todo? –le reproché mientras cambiaba de emisora.

Tenía que ir a Tira. Conducir despacio, lo más despacio posible, mirar alrededor para que la gente me reconociese y supiese que era yo quien iba en el espléndido coche negro. Que también yo, después de todo, era una de esas historias de éxito. Y que sí, que se podía vivir de la escritura, e incluso hacerse rico. A pesar de que no era cierto, pero nadie tenía por qué saber cómo había conseguido un coche tan bonito.

Todo empezó con gritos. Aquella mañana llegué a la reunión con el productor jefe de la empresa donde trabajo. Exigió saber cómo avanzaban los guiones y se puso como una furia cuando comprendió que era posible que, por mi culpa, la empresa no cumpliera el calendario acordado con las emisoras, con lo que habría que retrasar el rodaje, algo que ocasionaría grandes pérdidas económicas. El productor, que notó que yo tenía resaca, empezó a gritarme como jamás me habían gritado desde que terminé el colegio. Y yo, sensible como estaba por otra noche de borrachera, y aturdido por los gritos, sencillamente me eché a llorar.

El productor no se esperaba que un respetable escritor como yo, un día antes de la ceremonia de entrega del premio Sapir, se echase a llorar como un niño pequeño. Así que me abrazó, le pidió a la secretaria que trajese un vaso de agua, me ofreció pañuelos para que me secase las lágrimas y empezó a darme palmaditas en la espalda mientras decía «ya, ya, perdona», pero el llanto no cesaba. «Lo siento mucho –continuó el productor–, no era mi intención, sólo pretendía que trabajases, venga, basta, me partes el corazón, ¿qué puedo hacer para que te calmes? Basta, tú sabes que te quiero, que te adoro. ¿Sabes qué?, te voy a dar un coche nuevo. Y no cualquier coche, un

coche de directivo. ¿Qué te parece?».

Mis padres se quedaron atónitos cuando salieron al oír los pitidos. Qué pitido tiene el nuevo coche de directivo, un pitido con carácter, un pitido ante el cual uno no puede quedarse indiferente.

–¡Que lo disfrutes! –dijeron mis padres. –¿Cuánto ha costado? –preguntó mi padre con orgullo, y yo, que quería que pensase que lo había comprado yo, dejé caer «doscientos» en tono de pregunta.

–¿Sólo? –preguntó, sorprendido.

–El resto a plazos –añadí, mientras todos continuábamos sentados en el coche.

–¿Es que no bajáis?

–No. Tenemos que continuar el viaje.

Qué desesperación las calles de Tira, cómo esperan que vaya con un coche así por carreteras tan malas y llenas de baches. Jamás he visto tal falta de consideración con los directivos. Con el debido respeto al respeto, pensé, tengo que espaciar la frecuencia de las visitas a casa de mis padres.

Es extraordinario cómo un coche así afecta a la sensación interior. Voy conduciendo, y sé que estoy agarrando el volante de otra forma, con una especie de sensación de autoestima. Miro de otra forma a los conductores que se detienen a mi lado en los semáforos, como si tuviese más control sobre mi vida, como si hubiese descifrado el secreto del éxito y, desde este momento, pudiese sortear los baches y las dificultades con formidables pistones y estupendos sistemas de suspensión.

Ahora, al ver a mi mujer a mi lado con las piernas completamente estiradas, sé que siente que hizo una buena elección. Los niños duermen detrás con una sonrisa en los labios, saben que siempre estaré ahí para ellos. Qué orgulloso me siento cuando vuelvo al aparcamiento de enfrente de casa sabiendo que el mío es el coche más caro del vecindario. Yo soy el niño que ha hecho todo el camino desde Tira hasta el coche negro de directivo. Yo soy el que demostraré a todos que es posible, que realmente es posible, sólo hay que creer.

–Caray –me dijo mi vecino, el doctor en Arte, a la mañana siguiente, cuando nos encontramos en el portal–, este edificio está de capa caída, qué

miedo.

–¿Qué ha pasado? –pregunté alarmado.

–Creo que se han mudado aquí unos auténticos horteras –dijo–, ¿no has visto el coche negro que está aparcado enfrente?

8/4/2011

La Nakba en HD

Algo me pasa últimamente. Una especie de nacionalismo que jamás había detectado en mi interior ha aflorado de repente y ha empezado a apoderarse de mí. Tal vez sea la influencia del discurso israelí que desborda patriotismo, tal vez sea la Ley de la Nakba que ha aprobado el Parlamento y que penaliza su conmemoración, o puede que sean las revoluciones de los alrededores que este año me han llenado de deseos de conmemorar el Día de la Nakba con mis hijos.

A diferencia de los discursos superficiales y manidos del primer ministro, que basa toda su filosofía en amedrentar y en describir a un enemigo cuyo fin último es nuestra aniquilación, la conmemoración del Día de la Nakba para mí no implica obligatoriamente ningún deseo de destrucción de Israel y no tiene nada que ver con ningún odio a Israel. Al contrario –me dije la mañana del Día de la Nakba, cuando me puse un *kefiye* sobre los hombros y me dispuse a salir con los niños de excursión a uno de los pueblos árabes de la zona de Jerusalén–, mientras el sistema educativo, el gobierno y los medios de comunicación se vendan a sí mismos una noble historia de pioneros que regresaron a la tierra de sus antepasados, será imposible comprender quién está realmente dispuesto aquí a hacer concesiones dolorosas.

–El reconocimiento –anuncié a mis hijos cuando estábamos en la puerta–, el reconocimiento de que el abuelo, que fue asesinado en el 48, también forma parte de la historia de este lugar.

Ya estaba fuera de la casa cuando sonó el teléfono.

–Hola, ¿es el señor Sayed Kashua? –preguntó la agradable voz que estaba al otro lado de la línea.

–Sí –respondí orgulloso (por lo de «señor»), y la mujer que hablaba se identificó como representante de la compañía de televisión que teníamos contratada, y me anunció con gran satisfacción que se alegraban de informarme de que habían decidido adscribirme a su departamento de personas muy importantes. El «departamento VIP», dijo, me proporcionaría diversas ventajas, incluido un número de teléfono directo con un operador sin tener que esperar un buen rato a la respuesta de voz interactiva como la gente corriente.

–Ah –le dije–, pues muchas gracias, estoy muy contento por el reconocimiento.

–Papá –la niña me tiró de la manga de la camisa–, ¿han reconocido la Nakba?

–No –respondí en voz baja–, más importante aún. El departamento VIP.

–Estamos muy honrados de adscribirle a nuestro departamento, ¿hay algo que pueda hacer por usted, señor? –preguntó la chica con unos modales angelicales. Y yo, una personalidad muy importante, no podía responder negativamente. Ella estaba tan deseosa de ayudar, y además a mí me daba cierta vergüenza no tener HD y no haberles pedido aún que me instalasen el sistema de televisión a la carta, con el que se podía grabar, solicitar y detener el discurso del primer ministro a la mitad. Tenía la sensación de que era el único del departamento de personas influyentes que aún se conformaba con el paquete básico y con un sistema de antes del 48.

–Sí –me oí decir, con una voz extraña que venía incorporada al paquete con la etiqueta de VIP–, sí, a decir verdad, hace mucho que quería pedirles su nuevo y sofisticado sistema, pero no he tenido tiempo, es que he estado...

–Sí, señor –respondió–, sabemos que es usted una persona muy ocupada, para eso estamos nosotros, es un sistema fabuloso y estoy segura de que lo disfrutará, usted y toda su familia. Con su permiso, anoto su pedido.

–Papá –chillaron los dos niños, que estaban con los gorros en la cabeza y las mochilas a la espalda–, papá, es el Día de la Nakba.

–Un momento –les susurré–, os estoy consiguiendo la televisión a la carta, y encima con descuento.

–Señor –volvió a hablar la representante de las personas distinguidas–,

estoy viendo que puedo enviarle hoy mismo a un instalador, ¿está ocupado hoy?

–No –le dije–, precisamente me he tomado el día libre –y nada más soltar aquello lo lamenté, no fuera a ser que pensara que era por la Nakba o cualquier otra cosa por el estilo–, sabe, es por la inspiración, lo hago de vez en cuando.

–Nuestro técnico estará en su casa dentro de dos horas –dijo–, ¿le va bien, señor?

–Por supuesto que me va bien. –Respondí y ella me deseó «un buen día, señor».

–Vale, pues iremos a la Nakba dentro de dos horas. ¿Qué pasa? ¿Qué son esas prisas? Como si la Nakba se fuese a escapar por posponerlo un poco –les dije a los niños.

–¿Adónde has llevado a los niños? –preguntó mi mujer por teléfono desde el trabajo.

–Estamos en casa –balbuceé, y le conté lo del técnico que estaba en camino.

–¿Te has tomado el día libre y no has llevado a los niños al colegio por tu paquete VIP? –gritó enfurecida.

–Está bien, luego los llevaré –prometí–, mientras tanto les estoy haciendo actividades de la Nakba en casa, no sabes cuánto están sufriendo. Perdona, llaman a la puerta, es el técnico, en un cuarto de hora estaré fotografiándolos en un pueblo abandonado.

El técnico trajo el aparato, pero no consiguió conectarlo, «la conexión a internet está lejos, no soy yo. Como es usted del departamento VIP, vendrá un técnico que entienda de esto». Al cabo de dos horas llegó otro técnico que dijo que quedaría horrible, porque tendría que tender un cable externo de siete metros desde la conexión de internet hasta el aparato. Pero podía haber otra solución, para eso enviarían a otro técnico. El tercer técnico afirmó que el *router* específico que tenía en casa no era el adecuado para conectar el aparato específico que había llevado el técnico anterior.

–Papá –dijo mi hija poco antes de las tres–, la Nakba.

–Ya vale –grité–, ¿es que no veis que estoy empantanado aquí sin

televisión a la carta ni nada? Un poco de comprensión es todo lo que os pido».

–Papá –insistió–, pronto volverá mamá y, si descubre que no nos has hecho un Día de la Nakba, te convertirás en un refugiado.

–Tienes razón –dije, y cargué a los niños en el coche mientras hablaba con mi hermano que entendía algo de cables y de tecnología, y me indicó cómo solucionar el problema que tres técnicos del departamento VIP no habían logrado resolver.

–¿Y dónde estáis? –preguntó mi mujer, justo cuando estaba en la cola de la tienda de la compañía telefónica Bezeq del barrio de Romema (esta vez llamaba desde casa).

–Justo ahora estamos patrullando entre Sheikh Badr y Lifta.

–Muy bien –oí a mi mujer relajada.

Cambié el *router* inalámbrico por el modelo que mi hermano me había indicado y salí pitando hacia la tienda Office Depot para comprar dos interfaces.

–Tenemos hambre –dijeron los niños, cuando estaba con el material en la mano.

–Estoy un poco preocupada –dijo mi mujer por teléfono–, hay mucha tensión y tumultos por la Nakba, ¿estás vigilando a los niños?

–No tienes de qué preocuparte, justo ahora estamos comiendo sobre las tierras del pueblo de Malha –dije, mientras pagaba dos menús infantiles en el McDonald's y me daban un balón de regalo.

Mi mujer se emocionó mucho cuando regresamos a casa. Abrazó a los niños y me dio un beso, «no sé cómo te has vuelto tan valiente de repente».

–Quería informarle de que aún estamos intentando solucionar el problema, están interviniendo los más altos estamentos de la compañía –la representante del departamento VIP me puso al corriente por teléfono.

–No es necesario –le informé, y sonreí al ver la excelente imagen de la pantalla. Palestinos de los campos de refugiados se habían encaramado a la alambrada–. Mira –le dije a mi mujer con orgullo, señalando al televisor, «mira qué bien se ven los Altos del Golán.

20/5/2011

Noche en vela

El reloj de la mesilla marcaba la una de la madrugada cuando me desperté. Un grupo de jóvenes chillones había decidido instalarse en la tapia situada debajo de la ventana de mi casa. Estaban cantando, gritando y berreando frases entrecortadas con esas voces adolescentes de pito de las que ni ellos mismos se percataban aún. Me levanté para comprobar cómo estaban los niños, miré al grupo de jóvenes bulliciosos y los odié con toda mi alma: si supiesen lo que me ha pasado hoy, si comprendiesen lo necesitado que estoy de unas horas de sueño. Vive Dios, si fuese lo suficientemente fuerte y lo suficientemente valiente, bajaría a pegarles, a patearles sus culos jóvenes, a cerrarles la boca y a obligarles a recoger los cristales rotos y a disculparse por cada risa que han soltado al romper las botellas.

Bebí agua y volví a la cama tras cerrar las ventanas y poner el aire acondicionado, el sistema más útil para aislarse de los ruidos exteriores de las vacaciones de verano. Lo que ocurre es que odio dormir con las ventanas cerradas y odio poner el aire acondicionado mientras los niños duermen. Temo que haya un escape de gas, a pesar de que he instalado detectores. Temo que un cortocircuito pueda provocar un incendio, y por eso no enciendo aparatos eléctricos por la noche. Todo irá bien, intenté convencerme a mí mismo para volver a dormirme, sin conseguirlo. Me quedaré despierto, vigilaré a los niños, esperaré a que ese terrible grupo se marche, a que vuelva a haber silencio, y entonces apagaré el aire acondicionado y abriré las ventanas de par en par.

Bajé al estudio, allí las ventanas siempre están abiertas por el tabaco, y el ruido de los jóvenes me perforó los oídos. Cuando toda esta tensión acabe,

dejaré de fumar, ya no soy joven y el tabaco me fatiga, pensé mientras tosía y encendía el primer cigarro. En contra de toda lógica, me sentí espabilado y, por un instante, pensé que podía encender el ordenador y trabajar un poco. Y es que ese día no había escrito ni una palabra. Podía retomar la serie e intentar completar el capítulo que debería haber entregado hacía varias semanas, y también podía escribir la columna del periódico en vez de esperar al último momento.

Estuve un buen rato dudando por dónde empezar, hasta que me di por vencido. Enseguida volvería a sentirme cansado, así que me terminaría el cigarro, a la espera de que esos niños desesperantes de debajo de la ventana se marchasen, y entonces me iría a la cama, tenía que dormir, después de todo, al día siguiente también me aguardaba un día agotador.

El chillido de una de las chicas de fuera me recordó al que había dado mi mujer cuando me despertó veinticuatro horas antes. «Estoy sangrando –gritó, se levantó aterrada, agarrándose la tripa, y corrió hacia el baño–. Es una fuerte hemorragia», gritó, mientras yo me ponía una camisa y unas chanclas. Los niños seguían dormidos y yo no sabía qué hacer, ¿cómo iba a dejarlos solos en casa? Pedí una ambulancia y enseguida me arrepentí, ¿cómo iba a mandarla sola al hospital en una ambulancia? Pero ¿y los niños? Jamás los había dejado solos, si el pequeño se despertaba y no nos encontraba en casa, podía... no quería ni pensarlo...

–Cariño –susurré mientras despertaba delicadamente a mi hija pequeña, y sonreí como si estuviese a punto de anunciar que iba a recibir un regalo–. Escúchame, cariño –le dije cuando abrió los ojos–, mamá está perfectamente, pero tengo que llevarla al hospital para unas pruebas. –Ella asintió con la cabeza, me aseguró que había entendido cada palabra–. Dejo a tu hermano a tu cargo, porque sé que puedo confiar en ti.

–Claro –dijo ella, y se levantó de la cama para ver a su madre antes de irse.

Los de seguridad nos llevaron adentro rápidamente, abrieron puertas que no sabía ni que existían. Otra vez el hospital y otra vez el terrible ascensor que anuncia los nombres de las secciones del pabellón materno infantil de Hadassah. «Cuidados Intensivos Pediátricos», «Neonatología», «Unidad de

Embarazo de Alto Riesgo», «Cirugía pediátrica», «Emergencias y paritorios», allí teníamos que ir nosotros.

–No siento ningún movimiento –dijo mi mujer a la enfermera que la recibió y que de inmediato la conectó a un monitor.

Hay pulso – dijo la enfermera, y vi que mi mujer respiraba aliviada. Las cosas empezaban a verse de otra forma. Un médico joven que llegó rápidamente afirmó que la hemorragia estaba cesando, hizo varias pruebas y dijo que, por seguridad, la prepararían para una intervención, pero era optimista, todo saldría bien.

–Papá –preguntó por teléfono la niña, que no se había vuelto a dormir, «¿cómo está mamá?»

–Todo va bien –le respondí–, enseguida vuelvo a casa. Vuelve a dormirte, cariño.

–¿Puedo hablar con ella?

El sol me deslumbró mientras conducía de vuelta a casa, rebusqué en los bolsillos aunque sabía que no encontraría ningún cigarro. Cuando todo esto acabe, tengo que dejarlo. Los niños dormían cuando llegué, pronto tendría que despertarlos para ir al colegio. Antes cambiaría las sábanas manchadas, daría la vuelta al colchón para que no vieran lo que había pasado, fregaría el suelo, limpiaría el váter y, entonces, los despertaría con una amplia sonrisa, para que supiesen que la vida era algo maravilloso.

Me terminé el cigarro justo cuando oí el ruido de un motor diésel entrando lentamente en el barrio. Apagué el cigarro en el cenicero y miré por la ventana del estudio. Un furgón policial dispersó al alegre grupo de jóvenes. Uno de ellos les gritó a los policías, mientras lo echaban de allí zarandeándolo, «dejadnos disfrutar un poco de la vida, cabrones», y por un instante pensé que tenía razón.

1/7/2011

Pasaje al paraíso

–Tienes que llevar a los niños de vacaciones –dijo mi mujer por la mañana.

–¿Y dejarte sola con el bebé?

–Sí –respondió–, los campamentos urbanos de verano acabarán pronto, y los pobres han pasado unos meses complicados y hace mucho tiempo que no salen a ningún sitio.

–Tienes razón –dije, sabía que los dos niños mayores habían estado un poco abandonados durante los difíciles meses del embarazo y que, por supuesto, se merecían disfrutar de unas vacaciones antes de volver al colegio–. Intentaré encontrar algo para agosto –le dije, antes de salir de casa con ellos–, mientras, hazme un favor e intenta encontrar un nombre para el bebé.

Es difícil encontrar un nombre para un niño árabe. Nos hemos sentado frente a las páginas web que sugieren nombres, hemos hojeado diccionarios árabes, libros de poesía, hasta hemos buscado en el Corán nombres apropiados, pero en vano. Todos los nombres han sido desestimados. Hay que cerciorarse de que el nombre del niño no rime con un insulto, y eso es casi imposible, cada nombre en árabe rima con un insulto, y aunque no sea así, eso no impide que otros niños se inventen insultos sin preocuparse por la rima. Después de todo, los niños fuertes e intimidantes son los únicos cuyos nombres no riman con motes humillantes. Y con este niño no podemos correr riesgos, al fin y al cabo, ha nacido prematuro.

Al igual que sus hermanos, es de suponer que el nuevo niño también irá a un colegio con un sistema educativo mixto, por tanto hay que asegurarse de encontrar un nombre árabe que no les resulte demasiado difícil a los maestros

ni a alumnos judíos. No es agradable que te distorsionen el nombre, hagas lo que hagas, al final siempre te llamarán Said. La experiencia demuestra que a un niño árabe es mejor ponerle un nombre universal, es decir, un nombre que no suene como un objeto sospechoso, que no haga saltar a los vigilantes de seguridad ni levantar las cejas a los clientes del café Aroma cuando lo llamen para recoger el pedido. La mayoría de los niños que estudian con mis hijos tienen nombres árabes como Adam, Adi, Ram, Dani, Sami, Nur y Amir, y estoy hablando de los musulmanes, porque los cristianos pueden tener también otros como George, Peter, Michel, Chris y Michael.

Por una parte, no queremos que se nos vea como a personas que hacen especiales esfuerzos por ser aceptadas, por asimilarse, por mezclarse con la corriente israelí. A pesar de todo, un poco de dignidad, un nombre árabe con significado, con un significado que indudablemente influirá en su identidad. ¿Pero de verdad le voy a poner a mi hijo Mustafá, Muhammad o Ibrahim? ¿No será eso un obstáculo en su camino para encontrar trabajo, para ser admitido en el colegio o simplemente para pasear por la playa con amigos?

Tras darme por vencido, le encasqueté la tarea a mi mujer. Que eligiese ella el nombre y, si cuando el niño creciese, se quejaba, yo podría señalar al culpable.

–¿Y qué? –preguntó el director pelirrojo cuando nos encontramos en el aparcamiento de las oficinas de la productora–, ¿habéis decidido ya un nombre?

–Aún no –respondí–, esto ya pasa de castaño oscuro, ¿eh?

–Sí. No es de recibo. ¿Y por eso estás tan decaído?

–No –contenté–. Es por todo, la tensión diaria, el trabajo, los retrasos en las entregas, y encima tengo que encontrar tiempo para ir de vacaciones con los mayores.

–¿Por qué no venís con nosotros? –propuso mientras subíamos las escaleras–, sería estupendo. Mi mujer dice que es un lugar fantástico, ha reservado un fin de semana a mediados de agosto. La cuestión es si aún tendrán habitaciones.

Se llama Maagan Eden, dijo el director, y yo tecleé el nombre en el buscador. Realmente fantástico, un paraíso. «Dos horas del centro –decía la

página web–, y están ustedes en otro mundo, en unas auténticas vacaciones israelíes, relajantes y agradables.»

Marqué el número que aparecía en la página y contacté con el departamento de reservas.

–Hola –le dije al chico que me respondió al teléfono–, por favor, quería preguntarle si tienen sitio... –indicé las fechas que el director y su familia habían reservado.

–¿Qué clase de habitación desea? –preguntó el chico del departamento de reservas.

–Una habitación adecuada para un progenitor, yo, y dos niños.

–Lo siento –respondió el chico–, no tengo habitaciones para esas fechas.

–Qué pena –respondí–, ¿y en otro momento en agosto?

–No –respondió de inmediato–, no tengo habitaciones libres en agosto. Está todo completo.

–Bueno –dije–, gracias –y colgué.

–Ya te lo he dicho –dijo el director pelirrojo–, en agosto todo está completo.

No sé por qué, pero tuve una mala sensación.

–Iris –le pedí a la implacable productora–, por favor, ¿puedes llamar a este número y preguntar si hay alguna habitación libre en estas fechas?

–¿Qué? –gritó el director pelirrojo con una sonrisa cínica en la cara–, ¿sólo por el acento? ¿No crees que eres un paranoico?

–Ya sé que soy un paranoico –dije, cuando la productora ya había empezado a marcar–, dile que es para un progenitor y dos niños –le pedí, y ella asintió con la cabeza.

Sí, le dijeron en el departamento de reservas, había habitaciones, sí, adecuadas para un progenitor y dos niños, sí, había en agosto, sí, había en la fecha exacta que queríamos. También le dieron la opción de elegir entre varios tipos de habitaciones que ofrecía Maagan Eden.

–No puedo creerlo –dijo el director pelirrojo, que había sido testigo de la conversación–, sencillamente no puedo creerlo.

–Basta –reprendí al blandengue llorica–, ¿en qué país vivimos?, ¿en qué país vivimos?

Marqué de nuevo y contestó el mismo chico.

–Sí –dijo–, pero le he dicho hace un segundo que no hay habitaciones libres.

–Está bien –le respondí–, sé que sí hay, por favor, pásame con la directora.

–Me llamo Sayed Kashua y soy reportero del periódico *Haaretz* –le dije a la directora, le conté lo que había ocurrido un minuto antes y le pedí explicaciones.

–Esto es como la bolsa –dijo–, en un momento hay habitaciones y al momento siguiente no hay. Aquí viene gente de todos los sectores.

–Genial. Y ahora ¿cuál es la situación de la bolsa? ¿Hay habitaciones?

–Sí –respondió–, ahora hay habitaciones. ¿Quiere hacer una reserva?

–Claro –respondí, y le di el número de mi tarjeta de crédito.

–No puedo creerlo –el director pelirrojo estaba temblando, secándose las lágrimas, y la implacable productora se rio en su cara.

–Hola –le dije a mi mujer por teléfono–, he reservado vacaciones para los niños. ¿Has encontrado ya un nombre?

–Sigo buscando –dijo–, ¿has reservado un buen hotel?

–Un hotel fantástico –respondí–, no permiten entrar a personas con acento.

29/7/2011

La señal de la alianza

—No —le dije tajantemente a mi mujer—, de ninguna manera. No estoy de acuerdo. No es no y punto. Se acabó la discusión. ¿Está claro?

—¿Entonces quieres que nuestro hijo sea diferente?

—¿Pretendes decirme que la circuncisión es lo que evitará que sea diferente? Por Dios, es árabe.

No tenía ni la menor duda de que no iba a circuncidar a mi hijo pequeño. No después del trauma que pasamos hacía justo seis años, cuando circuncidamos a su hermano mayor. Recuerdo que llamamos a un pediatra de Hadassah que nos recomendaron vecinos y amigos, un pediatra que había hecho un curso para circuncidados, que llegó pertrechado con un maletín espectacular y que inspiraba confianza. Al fin y al cabo, es un proceso por el que pasan todos, el niño llora un poco, hace un poco de pipí y enseguida se pasa. Pero todo se estropeó. Un cuarto de hora después de que el médico se marchase, el niño aún seguía chillando y, al mirarle el pañal, resultó que tenía una hemorragia impresionante.

—La hemorragia es natural —dijo el médico por teléfono, y yo decidí esperar un poco más y cerciorarme de que todo iba bien. Pero nada iba bien, y el niño seguía sangrando y gritando. Media hora después de aquella ceremonia bárbara, ya estábamos en las urgencias pediátricas de Shaarei Tzedeq con suero, vendaje, incontables pruebas durísimas para un recién nacido y una madre que debía donar sangre en caso de que el niño necesitase una transfusión. Nos liberaron del hospital tras cuatro días de hospitalización agotadores, y entonces supe a ciencia cierta que no estaba dispuesto a engendrar más hijos y que, si, a pesar de todo, mi mujer me imponía su

voluntad, jamás correría el riesgo de circuncidarlo.

–¿Entonces quieres que sea el único incircunciso de sus amigos? –mi mujer continuó con su campaña de persuasión perdida de antemano. A decir verdad, no sé de dónde había sacado esa idea. ¿Es que alguien iba a ver a mi hijo desnudo? ¿Por qué siempre se piensa que los chicos deben estar en la selección de fútbol, donde todos se duchan juntos tras el partido moviendo sus manubrios de un lado a otro? ¿Es realmente así? ¿Eso es lo que hacen los futbolistas? ¿Eso es lo que hacen los chicos?

La experiencia familiar me dice que tiene más posibilidades de estar en una selección de ajedrez que en una selección de fútbol, y en el ajedrez, que yo sepa, no se duchan con el resto del grupo ni siquiera tras una partida especialmente agotadora.

–Está bien, fútbol no –insistió mi mujer–, pero ¿y en las duchas de la piscina?

–Que sepas –le dije–, que sólo me estás dando más motivos para oponerme a la circuncisión. No entiendo a esos hombres que se empeñan en andar desnudos por los vestuarios de las piscinas. Por Dios, ponte una toalla, corre la cortina, vístete en una cabina. Si el prepucio es lo que evitará que sea uno de esos exhibicionistas, entonces, al contrario, se lo dejaremos, incluso se lo agrandaremos.

Realmente no sé lo que dice la ley islámica sobre la circuncisión. A diferencia de los israelíes o los judíos, que por alguna razón demuestran un gran conocimiento de las leyes religiosas, yo crecí en una casa no especialmente practicante y no siempre sé lo que está permitido y lo que está prohibido, cuáles son los preceptos positivos y cuáles los negativos. Sé que los musulmanes circuncidan a los niños, y sé que, en contra de lo que piensan los israelíes, lo hacen cuando el niño tiene una semana o dos, y no a los trece años, como se suele decir sin fundamento alguno.

–Está escrito en el Corán –afirmó mi madre, que fue reclutada por mi mujer para la guerra de desgaste contra el prepucio–. Es un mandato del cielo –sentenció, a pesar de que yo no tenía ninguna confianza en ella en materia de leyes islámicas.

–Aunque tengas razón –le dije por teléfono–, me da igual lo que diga el

Corán. No voy a circuncidar a mi hijo y punto.

–Pero está prohibido –insistió en vano.

–Me da igual –insistí también yo–, no permitiré que corten a mi hijo y se acabó.

–Un momento, tu padre quiere hablar contigo.

–Hola, papá –efunfuñé por teléfono, para que supiese que no tenía nada que hacer.

–¿Qué pasa? –preguntó–, ¿es que tu hijo ha salido como tú?

–No comprendo.

–En ti cada milímetro también era crítico, tu madre y yo dudamos mucho antes de decidir circuncidarte.

–Genial, papá –respondí–, no tiene gracia.

–¿Y qué tiene gracia? –preguntó, sabía muy bien por donde atacarme–, ¿que tu hijo tenga infecciones y enfermedades para dar y tomar?

–¿Qué quieres decir?

–¿Que qué quiero decir? –prosiguió–, ¿no sabes que el prepucio es una fuente segura de problemas médicos?

–No –empecé a balbucear–, la verdad es que no lo sabía, quién te lo ha dicho, tonterías... por favor, ningún cristiano está circuncidado y yo no veo que estén menos sanos que nosotros.

Cuando mi padre empezó a darme ejemplos de niños cuyos padres habían retrasado la circuncisión por unas razones u otras, detallando las diversas dolencias, desde infecciones bacterianas en el tracto urinario hasta ataques al corazón y terribles convulsiones, yo ya había empezado a flojear en mi firme postura contra la circuncisión. Mis padres incluso me proporcionaron números de teléfono que me confirmarían sus argumentos en el tema de la salud y el prepucio.

–Bueno –le dije a mi mujer tras la campaña de intimidación de mis padres–, ¿qué hacemos? La última vez llamamos a un médico y ya viste lo que pasó.

–¿Qué médico ni qué ocho cuartos? ¿Crees que nos vamos a arriesgar esta vez? –dijo, llena de confianza en sí misma.

–No comprendo, ¿entonces qué?

–El rabino Yishai –dijo–. Me lo ha recomendado un montón de gente, ha cortado a medio Jerusalén sin ningún problema.

–¿El rabino Yishai? ¿Y cómo lo voy a traer?

–Mañana al mediodía estará aquí –dijo, demostrando una vez más, como en el asunto del embarazo, que quería escuchar mi opinión solo a cosa hecha–. Lo más importante en estos casos es la experiencia y, qué le vamos a hacer, el rabino tiene mucha más experiencia que cualquier otro.

–¿Pero un rabino? –intenté, pese a todo, comprender el sentido de su decisión–, ¿estás segura?

–Si vivimos en un estado judío –respondió–, ¿por qué no aprovechar lo que este nos ofrece?

2/9/2011

Insomnio

Desde que nació el bebé, he empezado a dormir en los espacios comunes. Mi hijo pequeño aún no ha aprendido a valorar el sueño, y menos aún el nocturno. Eso me resulta bastante preocupante, porque formo parte de una familia que se distingue sobre todo por dormir. Me gusta dormir, siempre me ha gustado dormir. Cuando era pequeño, me iba a dormir a las siete y, cuando me hice mayor, empecé a acostarme a las nueve. En contra de la creencia popular que dice que los jubilados se convierten en personas amargadas que se sienten inútiles, mis padres aguardaban con impaciencia el día en que pudiesen dejar de trabajar, para poder irse a dormir a la hora que les apeteciese. Una vez oí a mi mujer charlar con mi cuñada sobre los malos hábitos de sueño de mi hermano. La mujer de mi hermano mayor dijo que él creía en el dicho «duermo, luego existo».

En los últimos meses, dormir se ha convertido para mí en un sublime objetivo. A veces creo que, si tuviese que elegir entre el fin de la ocupación y unas horas de sueño, elegiría la segunda opción. La discriminación de mi mujer, al quedarse sola en nuestro dormitorio con el niño, tampoco ha ayudado mucho a la calidad de mi sueño. Al principio, eché un colchón en la habitación de mi hijo mayor, pero enseguida empezó a despertarse por las noches y a protestar por mis ronquidos. Intenté convencerlo sopesando los pros y los contras: le convenía que yo durmiese en su habitación, porque yo era una persona mayor que podía protegerlo por la noche de los duendes y los monstruos terribles que podían entrar en cualquier momento. Pero el método de intimidación no sirvió de mucho, y él exigió el silencio que se merecía.

Mi hija mayor rechazó de plano toda posibilidad de que me instalase en

su habitación, y mi mujer le dio la razón: «Ya es mayor, casi una jovencita, ¿cómo se te ha podido ocurrir siquiera dormir en su habitación?». No me quedó más remedio que intentar dormir al lado de mi mujer, que afirmó que ya había aceptado su amargo destino y que mis ronquidos eran uno de mis defectos más soportables. Pero enseguida quedó claro que el intento era contraproducente, porque el espabilado niño empezó a creer que los ronquidos de papá eran una especie de juego y, en vez de despertarse cada hora, tendía a permanecer despierto toda la noche.

Sin más remedio, empecé a poner mi colchón en el salón. Cada noche esperaba a que todos se acostasen y, entonces, bajaba el colchón del armario, lo tendía junto al sofá del salón, ponía las sábanas e intentaba conciliar el sueño, en vano. Qué le iba a hacer si tenía la costumbre de leer antes de dormir y junto al colchón del salón no había ningún enchufe al que poder conectar una lámpara. Cuando me sentía demasiado cansado como para seguir leyendo y ya estaba listo para dormirme, no podía alargar la mano hacia el interruptor, apagar la luz y sumergirme en un agradable sueño.

–Pues compra una alargadera –dijo mi mujer, que encontró el origen del problema.

–Sí –respondí durante varias semanas–, mañana, después del trabajo, después de recoger a los niños, iré a comprar una alargadera que me solucione el problema del insomnio. –Pero lo que ocurre es que, siempre, después del trabajo, después de recoger a los niños, después de llevarlos a las clases extraescolares, después de ayudarlos con los deberes, lo único que quiero hacer es meterme de una vez en la cama. Es cierto, sólo es un colchón fino sin lámpara al lado, pero para mí sigue siendo una cama.

–Podrías comprar de una vez un colchón en condiciones–sugirió mi mujer al darse cuenta de que empezaba a caminar encorvado por los dolores de espalda–, ese colchón te va a matar. –Pero la idea de comprar un colchón en condiciones, de calidad, para tenderlo en el salón, me resulta demasiado retorcida, porque, a pesar de los muchos meses que llevo en el salón, prefiero seguir creyendo que es un problema temporal que se solucionará pronto. Así que, entre tanto, sufriré algo de insomnio y dolor de espalda y continuaré supervisando a mi familia: desde el salón sigo atentamente sus ruidos y, de

cuando en cuando, me levanto a comprobar cómo están. Si mi hijo pequeño no se despierta llorando cada hora, salto del colchón para cerciorarme de que todo está en orden.

Mi hijo pequeño me preocupa. Mi mujer dice que con los dos mayores me preocupaba igual, pero es que esta vez estoy más sensible, porque ha nacido prematuro. Sigo atentamente sus progresos:

–¿Por qué no se da la vuelta? –pregunto de vez en cuando tras leer páginas de internet que se ocupan del desarrollo de los bebés.

–Porque aún no levanta la cabeza lo suficiente –responde mi mujer.

–¿Por qué no levanta la cabeza? –pregunto.

–No pasa nada –me tranquiliza–, tú ya tienes treinta y seis años y tampoco la levantas.

Por las noches, a veces me sorprende que no haya calculadoras de percentil también para edades más adultas. ¿Por qué no pone en ningún sitio cuál es el comportamiento normal o deseable para alguien que ha alcanzado los 432 meses? ¿Qué tendría que haber aprendido a hacer hasta ahora? ¿Cómo debe un hombre de mi edad reaccionar ante los cambios políticos, económicos? ¿Dónde me encuentro yo en mi gráfico de desarrollo?

–Te estás volviendo loco –mi mujer empezó a preocuparse por las cosas que pensaba y por las ojeras que me habían salido. A comienzos de semana, decidió no esperar más e ir ella misma a comprarme una alargadera–. Tal vez leas un poco y por fin puedas dormir un poco.

Aquella noche me preparé el colchón, extendí la alargadera, puse la lámpara al alcance de la mano y por fin pude empezar a leer *Una comedia en tono menor*, de Hans Keilson. El libro comienza con un bombardeo aéreo, con un refugiado, con el cadáver de un refugiado. Pronto me entrará sueño, leeré otro capítulo sobre ese refugiado que se oculta en casa de un matrimonio de holandeses. Tengo que saber qué destino correrá el refugiado, aunque sé que ya está muerto. Enseguida me cansaré y me dormiré, enseguida mi vida volverá a la normalidad.

Cuando descubrí que ya había leído más de medio libro, salté alarmado del colchón y corrí hacia el dormitorio. Mi hijo no lloraba desde hacía más de cinco horas. Me detuve sobre la cuna del niño, le levanté la cabeza con las

dos manos y le desperté con delicadeza. Sólo me calmé cuando se despertó berreando. «Estás loco –gritó mi mujer– cuando por fin duerme más de una hora seguida, ¿tú vas y lo despiertas?

6/1/2012

Deberes

Sonreí por un instante cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Los Ángeles, era la última parada de un viaje de dos semanas y, al día siguiente, iniciaría el viaje de regreso a casa. Me entristecí cuando pensé en los vuelos que me esperaban a la mañana siguiente, el primero a Nueva York y de allí a Tel Aviv.

El taxista, que al principio pensé que era árabe y que luego, al hablar, supuse que era ruso, me estaba esperando con un cartel que llevaba mi nombre. Me gusta cuando me pasa eso, levanté la mano para indicar que era yo y miré hacia atrás para comprobar si alguno de los pasajeros que iba a mi lado en el avión veía que yo no era un simple pasajero borracho con un acento extraño que, en un vuelo corto de Seattle a Los Ángeles, había pedido dos Jack Daniel's y dos cervezas, sino sin duda un personaje importante. Pero nadie se fijó en mí ni en el taxista que me estaba esperando. Así son las cosas en Estados Unidos, un pueblo diferente al que no le importa el prójimo.

Al salir de la terminal, me alejé varios metros de la puerta y me encendí un cigarro. Las leyes antitabaco son estrictas y cambian de un estado a otro en los Estados Unidos. Al principio me sentí como un leproso cada vez que salía de los hoteles a fumar, y hubo un par de ocasiones en que los clientes se acercaron a preguntarme si yo era su taxista.

El cigarro de después de un largo vuelo tiene un efecto que recuerda a la sensación del primer cigarro, intenté mantener la estabilidad y luchar contra el mareo. Un acto más, una noche más, y esta pesadilla habrá acabado.

–Hace buen tiempo –le dije al taxista, que empujaba en silencio el carro con la enorme maleta.

–Sí –asintió con la cabeza, y se detuvo delante de la entrada del aparcamiento cubierto–. Termínese el cigarro –dijo con un acento que recordaba al personaje de un emigrante de *Los Soprano*–, está prohibido fumar dentro –señaló con la cabeza hacia el aparcamiento y sacó del bolsillo de su abrigo una cajetilla metálica de la que sacó un cigarro largo con un filtro dorado.

Realmente hacía buen tiempo, cálido y agradable, lástima que no me fuera a quedar más de doce horas en la ciudad. En Seattle, de donde venía, estaba lloviendo sin parar. El día anterior, en Ottawa, Canadá, nevó con fuerza, las máquinas quitanieves corrían por las pistas de despegue y aterrizaje, y el terror se apoderó de mí cuando unas camionetas con grúas empezaron a descongelar el pequeño avión de pasajeros en el que me encontraba.

–¿Bentley? –grité, cuando el taxista apretó el mando a distancia y las luces del coche parpadearon, antes de abrir el maletero–. ¿Bentley? –repetí, y el taxista me sonrió y asintió. Le di mi móvil y le pedí que me sacara varias fotos apoyado en el vehículo, y luego también me permitió sentarme en el asiento del conductor.

Durante todo el camino hacia la residencia de la universidad, estuve mirando por la ventanilla del Bentley intentando cazar miradas sorprendidas de los conductores de los coches de al lado, que echarían un vistazo y se preguntarían quién sería ese joven que estaba sentado en el asiento trasero del Bentley con un chófer. Nadie miró hacia mí, conductores blancos, negros, chinos y sudamericanos me ignoraban sistemáticamente. Así son las cosas en Estados Unidos, a nadie le importa el otro.

Según mi repleta agenda, tenía dos horas antes de que viniesen a recogerme para ir al primer acto en la universidad. Encendí el ordenador y llamé a casa por videoconferencia.

–Papá –gritó mi hijo pequeño–, hace dos semanas que no te toco –alargó la mano hacia la pantalla, y yo me esforcé por sonreír y recordarme que todo iría bien y que al día siguiente iniciaría el viaje de regreso a casa. Mi mujer cogió al bebé en brazos, señaló hacia la pantalla y lo animó a que dijera «papá», en vano.

–¿Dónde estás ahora? –preguntó mi mujer–, ¿ya has dejado de ir a la caza de tus vuelos?

–Ahora estoy en L.A. –les dije–, aquí hace mucho mejor tiempo.

–¿Me has comprado una armónica? –preguntó mi hijo pequeño.

–Sí –respondí–, en una fantástica tienda de música de Seattle.

–Enséñamela –me pidió, y yo fui enseguida a abrir la maleta, aprovechando para alejarme de la cámara del ordenador y secarme las lágrimas.

–Papá –oí entonces la voz de mi hija mayor.

–Vuelve a tu habitación y no salgas hasta que hayas terminado el trabajo –le dijo mi mujer, y me recordó que en casa todo seguía igual.

–Pero papá –la niña insistió–, un momento, te quiero preguntar una cosa.

–Haz caso a tu madre –le dije cuando regresé a la pantalla del ordenador.

–Pero es que no sé –dijo, y cogió una hoja con deberes–, ¿qué es pueblo?

–¿Qué quieres decir? –le dije.

–Deberes –la niña leyó la hoja que tenía en la mano–, aquí pone: ¿a qué pueblo perteneces?, ¿y por qué?

–Al pueblo palestino –le respondí, ella lo anotó en la hoja que tenía delante y continuó:

–¿Y por qué?

¿Cuántas veces había oído esa pregunta durante este viaje promocional? ¿Cuántas preguntas sobre identidad, cultura y pertenencia habían surgido constantemente? Me había encontrado a estudiantes israelíes que añoraban volver a casa, me había hospedado en casas de estudiantes palestinos que querían volver a casa. Me había encontrado con libaneses, egipcios, árabes y judíos que apenas sabían hablar árabe o hebreo y que utilizaban un horrible inglés americano y seguían añorando volver a casa, aunque no tuviesen ninguna intención de abandonar Boston, Canadá o Nueva York. Un profesor israelí retirado me contó lo importante que era para él que sus hijos supiesen hebreo, y yo le pregunté por qué. Por qué era tan importante para él si vivían en Estados Unidos, y el respondió que era importante desde un punto de vista cultural, y me preguntó si no era importante para mí que mis hijos supiesen árabe.

–Por supuesto –respondí sin dudar.

–¿Por qué? –preguntó, y yo respondí tras un momento de reflexión que era por la guerra, por el conflicto, por la separación y por el futuro incierto. Después me pregunté en voz alta hasta qué punto el árabe sería sagrado si viviésemos en un país donde todos los ciudadanos fuesen iguales, al menos ante la ley, y no encontré una respuesta convincente, pero, pese a todo, respondí: «En ese caso, la conservación de la lengua sería un deseo egoísta mío, el deseo de que supiesen otra lengua, de que conociesen otra cultura».

–Bueno, papá –insistió la niña, apartando a su hermano de la pantalla–, he escrito palestino. ¿Por qué?

–Por Israel –me hubiese gustado responderle, pero luego insistí en que leyese sobre el tema en el ordenador y en los libros y que pensase por sí misma.

–Hablares más tarde –le prometí.

–Ufff –dijo, y se retiró de la pantalla.

–A tu habitación –la apremió mi mujer–. Y dime, ¿la oferta de la universidad es firme?

–Sí –respondí, y al instante me arrepentí de haberle contado lo de la oferta de permanecer un año con la familia como profesor invitado.

–Pero te conozco –dijo insatisfecha–, jamás aceptarás.

–Ya no lo sé –respondí–, empieza a gustarme que aquí a nadie le importe el otro.

–Papá –mi hijo apareció en la pantalla–, enséñame la armónica.

4/5/2012

Burbuja holandesa

Aquella noche aterricé en Ámsterdam con el desfase horario que había adquirido en Los Ángeles. No pude permitirme dormir en el avión pese a las ingentes cantidades de alcohol que corrían por mis venas. A pesar de todo, mientras apretaba con fuerza las manos alrededor de los reposabrazos del asiento, resonaba en mi cabeza la idea de que debía estar preparado, porque, si no, quién salvaría el avión si algo empezaba a ir mal ahí arriba.

–Bienvenido –me dijo una mujer holandesa, alta y de pelo rubio, que me estaba esperando a la salida del aeropuerto con un cartel en la mano que llevaba mi nombre.

–Muchas gracias–, le respondí a mi editora, le estreché la mano y eché a andar tras ella hacia el aparcamiento.

–¿Qué tal el vuelo? –preguntó, y yo le respondí que bien y que estaba muy contento de estar en Ámsterdam, y le agradecí a ella y al pueblo holandés la traducción de mi libro, «a pesar de que la cubierta era un poco extraña para mi gusto», indiqué con educación, y pregunté:

–¿Por qué cree que en Holanda se ha elegido una cubierta así?

–No lo sé –dijo, mientras sacaba del bolsillo de su chaqueta las llaves del coche–, no he visto su libro, señor –una respuesta que me sorprendió, hasta que la mujer alta y rubia abrió el maletero de su taxi y preguntó si necesitaba ayuda con el equipaje.

Llegué muy tarde al hotel. En la agenda que me entregó el recepcionista ponía que, a las nueve de la mañana, alguien de la editorial me esperaba en el *hall* del hotel y que, de allí, iría a una entrevista en un programa cultural de uno de los canales de televisión de la ciudad. En la habitación no logré

dormirme, mi cuerpo se comportaba como a primeras horas de la tarde en Los Ángeles. Durante horas estuve mirando fijamente la televisión holandesa con los ojos abiertos como un búho.

Cuando me desperté, el reloj marcaba las cinco de la mañana, y supe que ya no volvería a dormirme. A las seis salí a dar un paseo por la fría Ámsterdam. Deambulé por el centro de la ciudad, paseé por los canales y contemplé los hermosos edificios, mirando de vez en cuando hacia abajo para no meterme en los montones de basura que llenaban las aceras. Infinidad de latas de cerveza Heineken, colillas de cigarrillos, vasos, platos y restos de comida me acompañaron a lo largo de todo el paseo, y me pregunté cuál sería el origen de la creencia popular de que Europa era un continente limpio.

–Lamento el estado de la ciudad –me dijo el jefe de prensa de la editorial tras intercambiar los saludos de rigor–. Ayer celebramos el cumpleaños de la reina –explicó, y dijo que las calles estuvieron repletas de borrachos desde por la mañana hasta altas horas de la noche.

–Qué pena que no me invitasen un día antes –respondí con verdadera pena por haberme perdido la juerga –siempre he querido celebrar algo por una reina.

Me pareció ver a Paul Auster sentado en el *hall* del hotel, pero no me atreví a decirle nada a mi anfitrión. ¿Y si me equivocaba? ¿Y si no era el escritor, sino un simple europeo más, alto y con gafas de sol? La noche anterior, sin ir más lejos, pensé que la taxista era una editora importante. Guardé silencio y seguí al jefe de prensa hacia el taxi que nos estaba esperando en la puerta del hotel.

Unos holandeses altos y rubios me recibieron en la cadena de televisión. El presentador del programa cultural me estrechó la mano, alabó el libro y prometió una charla tranquila y agradable. Una amable maquilladora se pasó un buen rato intentando borrar las ojeras y difuminar lo mejor posible los signos de la falta de sueño. Cuando terminó, sonrió y me deseó buena suerte.

En la sala de espera, mi anfitrión me contó que en Holanda había una gran minoría de marroquíes. También señaló varios nombres de importantes y excelentes escritores marroquíes que escribían en holandés y cuyos libros se vendían muy bien en el país. Menudo país, pensé y, en vez de en Estados

Unidos, enseguida empecé a pensar en Holanda como destino para emigrar. Tienen marroquíes a los que consideran escritores buenos. Sin duda también los considerarán ciudadanos de pleno derecho, seguro que es estupendo ser un marroquí ciudadano de Holanda. Una sonrisa se dibujó en mi rostro cuando el hombre con gafas de sol del *hall* del hotel entró en la sala de espera acompañado del presentador del programa cultural.

–Señor Auster –dijo el anfitrión–, quiero presentarle al señor Kashua, él también está invitado hoy a nuestro programa.

–Me gusta mucho su trabajo –le dije a Paul Auster, confiando en que el maquillaje lograra ocultar el calor que me subió a las mejillas. Paul Auster y yo en el mismo programa, no puedo creerlo. En Israel le habrían llevado como mínimo a David Grossman. ¡Holanda es el sitio! Me integraré de maravilla, seré un escritor valorado por mí mismo, independientemente del origen. Por Dios, sólo llevo un día aquí, el libro aún no ha salido, y Paul y yo ya estamos tomando juntos un café y ambos somos absolutamente iguales, vamos a ser entrevistados sobre nuestros últimos libros.

Auster fue preguntado por su último libro, que trataba sobre la memoria, y dio respuestas inteligentes y llenas de inspiración. «Escribir es de hecho recordar», el adorable presentador despegó y Auster replicó: «De hecho es recordar sobre todo las cosas que jamás ocurrieron». Asentí con la cabeza, entusiasmado por sus brillantes respuestas y prometiéndome que leería su libro de memorias en cuanto se publicase en Israel. Enseguida sería mi turno, intenté tomar aire, concentrarme en mi libro y prepararme para las preguntas del presentador, que daba de impresión de haberse leído los libros en profundidad.

Señor Kashua –preguntó el presentador en inglés, tras una introducción en holandés que no entendí–, cuéntenos dónde nació. –Me sorprendió enormemente, porque a Auster no le había preguntado dónde había nacido.

–En Tira –respondí, y el presentador insistió en que hablase de mi infancia en el pueblo. ¿De lo difíciles que son las cosas allí? ¿Qué clase de infancia tuvo? ¿Tenían biblioteca en el pueblo cuando era pequeño? ¿Cuándo empezó a leer? ¿Y cuándo empezó a escribir? ¿Cómo es ser una minoría extranjera?

Casi me ahogué. Se sentía incómodo por Auster, que estaba allí oyendo las preguntas del presentador, unas preguntas que nada tenían que ver con el libro, que ante todo pretendían mostrar que un niño árabe paupérrimo había conseguido aprender a leer y que también había logrado escribir un libro no muy malo; una entrevista que me recordó a las entrevistas de hacía veinte años en Israel. Nada que estuviese relacionado con la literatura, ninguna pregunta como la dirigida a Auster que pudiese empezar con «la escritura es la música del cuerpo», sino sólo preguntas antropológicas extraídas de la mejor tradición colonialista.

–Muchas gracias –el presentador me estrechó la mano calurosamente al final de la entrevista, mientras su abundante flequillo se agitaba sobre su cabeza y una lágrima de empatía con los desfavorecidos estaba a punto de deslizarse por su mejilla.

–Ha sido una buena entrevista –me dijo el jefe de prensa de la editorial en el taxi, de camino de vuelta al hotel.

Los operarios de la limpieza se dispersaron en tropel por las calles y comenzaron la labor. Los miré e intenté localizar a un operario, a uno solo, alto y rubio, sin conseguirlo. Unos pocos eran negros, otros parecían algo más como yo, pero todos, podía jurarlo, tenían ojeras.

10/5/2012

CUARTA PARTE

HISTORIAS QUE NO ME ATREVO A CONTAR
(2012-2014)

Historias que no me atrevo a contar

El Día de la Nakba no puedo dejar de pensar en mi abuela. Si aún estuviese viva, si aún fuese como yo quiero recordarla: fuerte, perspicaz, siempre esperándome después del colegio, sentada en su alfombra de oración hecha de lana de oveja. Yo me quitaba la pesada cartera de los hombros y corría hacia ella, apoyaba la cabeza en su regazo y lloraba con un llanto ahogado.

–Mi niño, ¿por qué estás llorando otra vez? –ella detectaba los temblores de mi cuerpo.

–Se meten conmigo –le decía–, se meten conmigo y no me dejan respirar».

–¿Quién? –preguntaba ella–, dímelo y ya le enseñaré yo lo que es bueno.

–Todos», le contestaba, «y mis amigos más que los demás».

–Siempre es así –me gustaría oírle decir ahora, como entonces, mientras me acariciaba la cabeza–: Es porque eres un niño listo, el niño más listo, y todos quieren ser como tú, pero no pueden.

Si tan listo soy, abuela, ¿cómo explicas que aún no haya aprendido a arreglármelas en la vida? Si tan listo soy, ¿cómo explicas los terribles temores? Es verdad, lo siento, ya no duermo con un pequeño ejemplar del Corán debajo de la almohada tal y como me enseñaste a hacer cuando era joven. Abuela, quiero decirte que eso nunca me ayudó, siempre he tenido miedo por las noches, y ahora más que nunca. Pero ahora ya no tengo adónde huir, ya no tengo dónde esconderme. Y ahora, ya lo sabes, soy padre y tengo tres hijos que tienen miedo por las noches y vienen a mí para esconderse. Tres hijos, abuela. A veces les cuento las historias que tú solías contarme antes de dormir.

Les he contado que teníais sandías gigantes que, en una caravana de camellos, llevabais a las barcas que estaban en el mar. Les he contado lo de las vacas, los burros y los caballos. Lo de que en las fiestas te vestías de hombre, te cubrías con una chilaba y un *kefiye*, y te ibas con el abuelo a Yafo cabalgando a lomos del caballo. Lo del café de Yafo y lo de que siempre hablabas de las mujeres de ciudad que estaban allí fumando narguilas sin vergüenza alguna, como los hombres.

–Pero tú también –decía yo siempre riéndome, y tú respondías:

–Es cierto, pero nadie sabía que yo era una mujer, no como esas libertinas de Yafo, tendrías que haberlas visto: luego entraban en el teatro y se sentaban a nuestro lado, las libertinas esas, que Dios las haga arder en el fuego del infierno.

Pero las otras historias, abuela, esas que te emocionaban, que llorabas al contármelas, esas aún no me he atrevido a contárselas. A veces pienso que no me gustaría echarles encima esa carga, tal vez porque quiero crearles la ilusión de que un hogar es algo permanente, fuerte, protector, y que no teman como yo la destrucción que acecha al otro lado de la puerta. Por tanto, no les he contado aún que el abuelo fue asesinado en la guerra del 48 y no les he contado que te convertiste en una joven viuda. No les he contado lo de tus tierras, todas perdidas, ni lo de aquellas balas que silbaban por todas partes y los proyectiles que caían a derecha e izquierda. No les he contado que, en los campos de trigo, acurrucaste a mi padre de bebé para protegerlo del fuego con tu cuerpo, ni que siempre decías justo en ese punto, «como si mi cuerpo lo fuera a salvar, cuando lo cierto es que, si me alcanzaba a mí, el fuego lo destruiría también a él, pero al menos yo moriría antes que mi hijo».

Eso aún no lo he contado, ni tampoco la más terrible de todas tus historias: aquel momento en que los proyectiles cesaron y reinó el silencio, aquel momento en que intentaste llevarles comida del campo a tus hijos y te diste cuenta de que ya nada era igual. Recuerdo aquella mirada, abuela, que siempre era idéntica cada una de las miles de veces que describiste aquel terrible día, siempre la misma mirada, que progresivamente se iba volviendo vítrea por las lágrimas, y recuerdo aquella forma delicada de arreglarte el pañuelo y la frase «así, en un segundo, comprendí que lo había perdido

todo».

Qué duro resulta vivir con esta sensación, qué duro este constante miedo al porvenir, esta sensación de que debo estar siempre preparado para lo peor. Esta sensación de que en un instante puedo perder todo lo que tengo. Que un hogar nunca es algo seguro y que la deportación es una espada que se cierne sobre mi cuello.

Mientras tanto, yo mismo me he convertido en un cuentacuentos. En un idioma que no entenderías, pero no te preocupes, muchos de sus hablantes tampoco lo entienden. A veces creo que, en el fondo, yo cuento las mismas historias que te escuché a ti y, exactamente igual que solías hacer tú, las repito una y otra vez de mil formas diferentes, sin éxito. La gente aquí no está dispuesta a creerse tus historias, abuela, ni tampoco las mías. Ojalá estuvieses aquí, porque ahora, en este Día de la Nakba, me subiría al caballo y cabalgaría hacia casa, te pediría perdón por haber huido de ti en tus últimos días, y posaría mi cabeza en tu regazo para volver a llorar con un llanto ahogado.

–Mi niño, ¿por qué lloras?

Si supieras lo que me pasa, si supieras lo duro que es contar historias.

–¿Quién se mete contigo? Dímelo y ya le enseñaré yo lo que es bueno.

–Todos, abuela, y los que más daño me hacen son aquellos a los que consideraba amigos»

–Siempre es así –me dirías acariciándome la cabeza hasta que cesaran los temblores–, ¿tienes hambre?

18/5/2012

Orgullo y prejuicio

Lo sé, lo que nos pasa a mí y a mis hijos lo he provocado yo. Mis adorables hijos, mis inteligentes hijos. A los dos mayores les dieron unas notas excelentes el jueves y decidí que fuésemos a celebrarlo al centro comercial.

Compraréis lo que queráis –les prometí con júbilo–, de regalo.

–Yo no quiero ningún regalo –dijo mi hija mayor mirando al suelo.

–Siempre haces lo mismo –gritó el pequeño, que pensaba que se iba a quedar sin el regalo prometido y estaba a punto de lanzarse sobre su hermana.

–Ehhh, cálmate –lo sujeté antes de que la alcanzase. «Siempre hace lo mismo–, repitió, y las lágrimas empezaron a aflorar en sus ojos.

–No te preocupes –le prometí al niño–, iremos al centro comercial y te compraremos un regalo. Tú simplemente puedes comer algo con nosotros –le dije a mi hija mayor, sonriendo, intentando apaciguar la ira que cada día se iba haciendo más y más incomprensible.

–No quiero comer nada –afirmó con ese tono preadolescente que consigue sacarle a uno de quicio.

–¿Qué pasa? –pregunté, y la abracé, tras haber aprendido que a esa edad un abrazo es más efectivo que una regañina o un castigo.

–No pasa nada –dijo, y se apartó de mí, desmontando por primera vez la teoría del abrazo que yo había adoptado últimamente.

Para mantener el orden, senté a mi hija mayor en el asiento delantero y a mi hijo, que acaba de terminar primero, lo até al asiento trasero. La niña no abrió la boca durante todo el camino. Tenía una expresión huraña y miraba hacia abajo. Pensé que, tal vez, como era el último día en su antiguo colegio, estaba un poco triste por la despedida y nerviosa por tener que ir el próximo

año al instituto. Pero, cuando le pregunté, no respondió, tan sólo movió la cabeza con fastidio.

Cuando nos acercábamos al vigilante de seguridad de la entrada del centro comercial, subí como de costumbre la emisora israelí 88FM y mostré mi mejor sonrisa.

–Buenas –dijo el vigilante mirando a través de la ventanilla–, ¿todo bien?

–Todo bien –respondí, y noté que mi hija me miró con ira durante una milésima de segundo.

–Adelante –dijo el vigilante y, cuando empezamos a avanzar, mi hijo gritó. «

–¡Sí! –porque de nuevo nuestro juego había salido bien y el vigilante no había pedido mirar en la guantera ni en el maletero–. Lo conseguimos», dijo mi hijo.

–¿Qué pasa?», le pregunté a la niña, que tenía un semblante cada vez más serio a medida que pasaba el tiempo.

Mi hijo se paseó durante un buen rato entre los estantes de la gran juguetería. Iba toqueteando e inspeccionándolo todo, a veces se entusiasmaba y a veces se entristecía, no sabía qué elegir y se quedó aturdido.

–¿Por qué no coges algo tú también? –volví a abrazar a la niña.

–Ya no soy una niña pequeña –dijo, y apartó mis manos de sus hombros.

–Por favor –¿podrías decirme lo que pasa? –insistí–, ya sabes que no estás obligada a cambiar de colegio.

–Lo sé –dijo–, pero quiero hacerlo.

–Entonces, ¿qué problema tienes? –empecé a perder la paciencia junto a la zona de los Power Rangers.

–Un niño de la clase de música –empezó a llorar desconsoladamente–, yo solo estaba jugando y sin querer lo toqué...

–¿Y qué pasó? –en esa ocasión no se resistió al abrazo–, ¿qué pasó? Cuéntamelo.

–Entonces dijo –intentaba contener las lágrimas–, puaj, la árabe esa me ha tocado.

–¿Y qué hiciste? –la sangre empezó a hervirme en las venas.

–Nada –dijo–, hice como que no lo había oído. Hasta sonreí –se

derrumbó.

–No lo entiendo –me enervé–, ¿por qué no me lo contaste inmediatamente?

–¿Y qué habrías hecho? –mi hija cambió el tono de voz, que volvió a ser rebelde, y se alejó de mí–. ¿Qué haces tú siempre? Tú también tienes miedo y también les sonríes todo el rato.

Mi hijo masticaba el menú infantil del McDonald's mientras el nuevo Lego para montar una moto permanecía sobre la mesa delante de él. La niña estaba sentada en silencio, mirando alrededor de la zona de restaurantes del centro comercial Malha. Quería preguntarle en qué estaba pensando, si al igual que yo, cada vez que alguien entraba allí, pensaba en los operarios de la limpieza. Quería decirle que estaba confundida conmigo, que en el centro comercial yo sólo veía a los operarios, a los dependientes, y que me compadecía. Quería que ella supiese que en lo más profundo de mi ser yo aún era un revolucionario, y que todos los días pensaba que era posible salvar el mundo, que era posible cambiar la forma de mirar de los pobres, y que un albañil debía ganar lo mismo que un contratista.

Pero mi hija tiene razón, yo no hago nada. Y no sé cuándo la esperanza se ha tornado en desilusión y el valor se ha tornado en cobardía. Mi hija tiene razón, «¿qué habría hecho yo?».

Quería decirle que yo lucho con palabras, pero es lo bastante lista como para reconocer una mentira. Quería decirle que no siempre había sido así, que a su edad también yo quería que el mundo saltase por los aires, que a su edad creía en la justicia y salía a protestar contra la injusticia, pero seguro que eso no serviría de nada ahora.

Quería decirle que era cierto, podía calificarme de cobarde, que yo evitaba conflictos, que no discutía con los vigilantes, que no prestaba atención a los racistas. Pero quería que supiese que el miedo era una cosa y el orgullo otra. Quería que supiese que jamás me había sentido inferior a nadie, al contrario, y que jamás había permitido que me pisotearan. Pero no sabía cómo.

–Escucha –solté sin darme cuenta.

–¿Qué? –respondió sin mirarme.

–Yo no soy lo que tú crees –intenté explicarme, y de pronto su mirada se encontró con la mía y me paralizó.

–Lo siento –dije mientras salíamos–, cuando crezcas... –empecé a decir, pero comprendí que no tenía ningún sentido.

Al salir detuve el coche cerca del vigilante al que había sonreído un segundo antes. Abrí la guantera y busqué un disco de canciones en árabe. Luego en los bolsillos de las puertas y en el maletero. Y no pude mirar a mis hijos a los ojos cuando no encontré ninguno.

6/7/2012

El fruto prohibido

–Papá –me gritó mi hijo desde el agua, mientras yo estaba sentado en el borde de la piscina vigilándole–, ¿quieres ver cómo doy una vuelta en el agua?

–Claro –respondí y, cuando se sumergió, busqué a mi hija, que había preferido nadar lejos de mi vista y comprobar cómo era recibida en la parte más profunda.

–Genial –grité cuando mi hijo completó la voltereta–, enhorabuena.

–Papá –dijo él, con una sonrisa pletórica y colocándose las gafas–, ahora voy a hacer tres vueltas seguidas, ¿quieres verlo?

–Por supuesto –sonreí, mientras él cogía aire. Era un sábado muy caluroso, y aquella misma mañana intenté utilizar el intenso calor que había asegurado el hombre del tiempo para incumplir mi promesa y cancelar el día de piscina prometido a mis hijos para aquel asfixiante sábado.

–Tienes razón en lo del calor –dijo mi mujer por la mañana–, pero nadarán a la sombra, beberán mucho líquido y todo irá bien. Ya se lo hemos prometido. –No me dejó otra alternativa, sabía perfectamente que el calor era sólo una excusa y que yo tenía un serio problema en lo tocante a las piscinas.

Puede que fuese por reportajes que había leído, o por películas que había visto, pero sobre todo era por historias de la infancia que aumentaban mi nivel de ansiedad y de rechazo cada vez que tenía que llevar a mis hijos a la piscina. De pequeño me encantaban las piscinas, eran una especie de sueño, de aspiración. Las piscinas las había visto sobre todo en la televisión y en las películas y, por aquellos días, estaba convencido de que alguien como yo jamás lograría entrar en una. De cuando en cuando, mi padre volvía del café

del centro del pueblo y le hablaba a mi madre de otra familia del pueblo a la que no habían dejado pasar a las piscinas de las poblaciones cercanas.

Nunca intentamos pasar a las piscinas de judíos cuando éramos pequeños, mi padre decía que debíamos conservar un mínimo de orgullo. Los niños de la escuela hablaban de varias familias de Tira que tenían abonos para la piscina de Kfar Saba o de Beit Berl, y que había niños de Tira, no de nuestra escuela sino de otros colegios, que realmente entraban en la piscina y se bañaban como los demás. No estaba seguro de si esas historias eran ciertas, pero los niños de la escuela siempre citaban nombres de niños cuyos padres eran ricos e instruidos, o de otros de los que mi padre decía que les dejaban pasar a la piscina de Beit Berl porque sus padres eran los secuaces del Partido Laborista.

Creo que lloré el día que inauguraron la piscina municipal de Tira, una de las primeras y de las únicas de todos los pueblos árabes. Yo debía de estar en quinto o sexto, y mi padre se mostraba tan orgulloso al hablar del alcalde del pueblo, que no se había dado por vencido, que había organizado manifestaciones frente a las piscinas judías de los alrededores y le había gritado al ministro del Interior: «¿No permiten a nuestros hijos bañarse en Kfar Saba? Pues se bañarán en Tira».

Me gustaba la piscina, era justo como me la había imaginado, justo como las que había visto en las películas. En verano teníamos abonos e íbamos todos los días. Un día llegó una niña muy guapa, con el pelo rizado, a la que no había visto nunca. La miré completamente perplejo cuando entabló conversación con el socorrista y después con el director, que llegó escopeteado, y pude oír cómo les decía a ambos: «No hay ninguna ley que lo prohíba» y, cuando se marcharon perplejos, ella saltó a la piscina y nadó en la parte más profunda sin mirar ni por un instante hacia los chicos. Era la única chica que iba de vez en cuando a la piscina. Los chicos le decían cosas feas, y yo tenía tantas ganas de hacerles callar, de gritarles que estaban equivocados, que no entendían nada de nada. Pero no dije nada, temía que supiesen que estaba enamorado.

Ella no iba a la piscina en días fijos, así que yo la esperaba todos los días. Llegaba el primero a la piscina, a veces esperaba en las escaleras a que

terminasen de limpiar y abriesen la puerta, y aguardaba hasta la hora de cierre, por si aparecía a última hora para darse un baño. Sabía que no tenía ninguna posibilidad, no con alguien como ella, que sabía nadar, no con alguien como ella, a quien seguramente llevaban a las piscinas de Kfar Saba y de Beit Berl. Seguro que sus padres eran importantes, seguro que eran ricos, confiaba en que ella no fuese una secuaz del Partido Laborista.

Unas semanas más tarde, colgaron un anuncio que decía que un día a la semana estaba reservado a las mujeres, y que estaba prohibido que los chicos y las chicas estuviesen juntos en la piscina. Los chicos maldijeron a las mujeres, que nos habían quitado un día de baño, y dijeron que todo era por culpa de la exasperante niña que no había dejado de insistir. No volví a verla y jamás supe su nombre.

La piscina me gustaba menos desde que ella se fue, pero seguí yendo cada mañana durante las vacaciones, porque no había otra cosa que hacer. Hasta que un día entraron tres niños a los que no conocíamos, sonreían y parecían muy felices, y de repente vi al encargado correr hacia la piscina haciéndoles gestos con la mano mientras se quitaban las camisetas. Algunos niños salieron del agua y se acercaron para intentar escuchar la conversación.

Observé fijamente al encargado hablando con ellos. Recuerdo la expresión de sus caras, recuerdo que uno bajó la vista un instante y luego la dirigió hacia el agua, directamente hacia mí. Por mucho que quise, no pude apartar la mirada. Después se vistieron y se marcharon. Los chicos que regresaron al agua gritaron: «Qué guay, son de Qalqilya y quieren bañarse aquí».

–Papá –gritó mi hijo, pillándome desprevenido–, ¿lo has visto? ¿Tres volteretas?

–Genial –le dije con voz ahogada–, «eres un niño maravilloso.

20/7/2012

El cielo llorará

El viernes por la mañana volvieron a entrarme ganas de escapar de Jerusalén a un lugar seguro, de abandonar por un instante en lo que me había convertido y volver a ser el niño bueno que probablemente nunca fui. El viernes quise esconderme en casa de mis padres, sentirme protegido y seguro en el campamento base. Meterme en la cama de mi infancia y apoyar la cabeza en la almohada, puede que mi madre entre en la habitación, observe los temblores de mi cuerpo, pregunte si estoy llorando, y yo lo negaré sin apartarme de la almohada y ella estirará la manta, me acariciará la cabeza y me prometerá que todo va bien, que no tengo nada que temer.

El viernes a primera hora de la tarde nos fuimos a Tira. El camino a casa estaba bloqueado por una boda que se celebraba en el barrio y tuve que buscar un camino alternativo para llegar a casa de mis padres.

–Es por la boda –dijo mi padre cuando me sobresalté al oír disparos–, todo va bien –dijo al estrecharme la mano.

–Tal vez sea mejor no comer fuera –dijo mi madre al mirar al cielo y ver las inesperadas nubes.

–No tienes de qué preocuparte –afirmó mi padre–, solo llueve en la fiesta de Sukot. Confía en Dios.

Mis tres hermanos, sus mujeres y sus hijos se reunieron alrededor de la mesa en el patio de la casa de mis padres. «¿Todo bien?», preguntó mi padre.

–Sí –le mentí–, todo perfectamente.

–Estás un poco pálido –dijo preocupado.

–Algo de estrés en el trabajo –respondí lo que él quería oír.

–Ayer se emborrachó –dijo mi mujer, y no entendí si pretendía buscar

ayuda o simplemente humillarme—, volvió al amanecer y echó hasta la primera papilla.

—¿Por qué? —dijo mi padre enfurecido, agarrando con fuerza los brazos de la silla—, te lo he dicho un millón de veces. ¿Por qué? Si no lo haces por ti, piensa en los niños—. Yo pensaba en los niños, que estaban comiendo a todo correr para no perder el poco tiempo que tenían para jugar con sus primos.

—El hígado, los riñones, los pulmones —dijo mi madre—, ¿hasta cuándo vas a seguir bebiendo y fumando? Ya no eres un niño.

Ya no soy un niño, eso ya lo sé. Ha pasado mucho tiempo desde que dejé la escuela en la que estudian mis sobrinos y donde también estudió mi padre.

—El techo del colegio se está desplomando —contó mi hermano preocupado—, caen trozos del techo sobre los niños.

—Ya se cayó una pared el año pasado, ¿no? —preguntó mi padre.

—Sí —respondió mi hermano—, menos mal que no ocurrió durante las horas de clase. Es un auténtico peligro.

—¿Y la directora?».

—Llorando —dijo mi hermano.

Se recogieron los platos de la mesa y fueron sustituidos por vasos de té, fuentes de fruta y dulces.

—Venid a comer tarta —las madres llamaron a los niños, que respondieron con un «un momento» y siguieron persiguiéndose unos a otros por el patio, gritando y sudando. Sonidos de disparos petrificaron las miradas y aguzaron los sentidos. Los niños dejaron de jugar y, al igual que yo, aguardaron palabras tranquilizadoras como «boda» o «fuegos artificiales» de la gente con experiencia que vivía en Tira.

—Entrad —sentenció mi padre cuando nos quedamos parados junto a la mesa.

—Deprisa —les grité a los niños—, todos adentro.

Siguiendo un ejercicio ensayado hasta el hastío en los simulacros, mis padres y mis hermanos entraron en el salón. Mi padre cogió el teléfono y mi hermano cogió el ordenador portátil.

—¿Hay heridos? —preguntó mi padre por teléfono—, ¿quién? Dios mío.

—Tres heridos de bala en Tira —leyó mi hermano en la página web local de

noticias.

–Ayer dispararon a una vecina –contó mi madre–, le entraron en casa y la dispararon en las piernas.

–De la familia –dijo mi padre–, Dios mío, adónde vamos a llegar.

El viernes por la tarde, en el centro del pueblo, un joven disparó a tres personas, entre ellas a un niño de once años. En la página local de noticias leí algo sobre una niña de Kafr Qara que había muerto de un disparo el viernes, sobre heridos de bala en Kafr Qasim, Jisr az-Zarqa y otros lugares.

Una llamada para mi padre, y otra más. El chico era de la familia, veintiún años, según habían informado desde el hospital.

–Dicen que no sobrevivirá –mi padre resumió todas las llamadas–. Pobres padres, su padre es una buena persona, sencilla, que Dios los ayude.

–Que Dios nos ayude a todos –dijo mi madre.

Los niños entraron en una de las habitaciones y jugaron casi en completo silencio. Otra llamada del hospital, para anunciar que había que preparar el *diwan* junto a la casa de mis padres. «Un *diwan* también puede ser un lugar alegre –recuerdo que dijo mi padre cuando accedió a donar la estructura que serviría de *diwan* para las familias vecinas–. En él se pueden organizar reuniones familiares, se puede utilizar para una boda, para una fiesta de compromiso. ¿Quién ha dicho que sea sólo para el duelo?

Después hablamos sobre Tira con gran tristeza, nos negábamos a creer que hubiese llegado a tal situación. Nos negábamos a desprendernos de aquella ilusión infantil de pueblo agradable y seguro. Maldijimos a la policía, las políticas del gobierno, los tribunales de justicia, la negligencia y a los ciudadanos que crían monstruos despiadados.

–Tengo whisky en casa –dijo mi hermano pequeño mirando hacia donde yo estaba. Mi padre asintió en silencio.

–¿Y si volvemos a Jerusalén? –propuso mi mujer.

–No –le dije, sabía perfectamente que aún no quería irme, que aún no quería renunciar a lo que me había hecho ir el fin de semana a Tira–. Les prometimos a los niños que nos quedaríamos a dormir aquí.

Un solo trago de whisky me dio náuseas. Conseguí no vomitar. Cuando los niños se durmieron en los colchones, me duché, me cepillé los dientes y

me metí en la cama de mi infancia. Apoyé la cabeza en la almohada y esperé.

–¿Estás bien? –preguntó mi mujer, posando la mano sobre mi cabeza.

–Sí –le mentí mientras mi cuerpo se encogía, e intenté con todas mis fuerzas llorar como antes, como cuando era pequeño en Tira, en aquella cama, pero no lo conseguí.

5/10/2012

Sin padres

–Papá –me llamó mi hija mientras salía de su habitación con una hoja de deberes, y empezó a leerla–: ¿Qué significado tiene mi nombre?

–¿Qué quieres decir? –le respondí con brusquedad, como suelo hacer cuando me piden ayuda con los deberes o cualquier tipo de ayuda–, ya sabes que es un instrumento musical.

–¿Me pusisteis el nombre de alguien? –siguió con el siguiente punto tras garabatear una respuesta breve–, ¿y está vivo o muerto?, ¿y cómo me hace sentir eso?

–No –le dije–, no llevas el nombre de nadie. Simplemente es un bonito nombre que eligió tu madre.

–¿Por qué decidisteis ponerme este nombre? –continuó, y se notaba que estaba empezando a perder la paciencia.

–Ehhh –solté desde las profundidades de la nostalgia–, es un nombre que aparece en un poema de Gibran, de Kahlil Gibran, me encanta ese poema.

–¿Y ya está? –dijo la niña enfurecida mientras anotaba la respuesta.

–No –dije con orgullo–, también es una canción que la legendaria Fairuz ejecutaba de maravilla, tendrías que haber oído cómo enfatizaba tu nombre en la canción.

–¿Mi nombre aparece en la Biblia? –continuó en tono nervioso.

–¿Por qué iba a aparecer tu nombre en la Biblia? –perdí los nervios yo también–, ni en la Biblia, ni en el Corán ni en ningún libro religioso. Instrumento musical, Gibran, Fairuz, nada de Biblia. Ya te lo he dicho. Es un bonito nombre, ¿cuál es el problema?

–¿Que cuál es el problema? –ya había empezado a gritar–, el problema es

que mi madre y tú decidisteis divertirnos, escuchar canciones de amor y ponerme el nombre que os dio la gana, y ahora yo no tengo raíces—. Se metió en su habitación y cerró de un portazo.

—¿Qué raíces? —le grité mientras abría nervioso la puerta de su habitación —¿te has vuelto loca?

—No —dijo mientras se sentaba en la cama con lágrimas en los ojos—, es nuestro proyecto de este año, las raíces... y ya en la primera tarea me doy cuenta de que no tengo nada. Un nombre sin más.

—¿Raíces? —le cogí la hoja y empecé a leerla con detenimiento—, ¿qué es esto?, ¿deberes? —pregunté.

—Un proyecto —respondió—, un proyecto sobre las raíces, el más importante de este año. Al final tenemos que hacer también un periódico».

—Vale —le dije en tono conciliador antes de coger la hoja y salir de su habitación—, lo siento, no lo sabía. Lamento si te he herido en las raíces. Espera aquí.

—Escucha esto —le dije a mi mujer cuando entré en el dormitorio y cerré la puerta.

—Shhh —me lanzó una mirada asesina y susurró—: llevo una hora intentando dormir al niño. ¿A qué viene tanto jaleo?

—Raíces —le dije intentando calmarme—, tienen un proyecto sobre las raíces.

—¿Y? —dijo—, ¿cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? —me enervé sin alzar la voz—, si fuese un colegio árabe, vale... raíces por aquí, raíces por allá... también en un colegio mixto lo pasaría, pero es el Colegio de Secundaria adscrito a la Universidad Hebrea, ¿tú sabes lo que es eso? El hijo de Bibi, el hijo de Benjamín Netanyahu estudia allí.

—Sigo sin comprender —dijo—, ¿qué tiene eso que ver?, las raíces son las raíces.

—Es una guerra —le dije a mi mujer—, créeme, no están haciendo un proyecto sobre las raíces así sin más, es parte de una guerra de narrativas, y una batalla por la posesión de la tierra, y alguien aquí tiene que devolver el disparo, acuérdate de lo que te digo, ella es la única árabe de la clase.

–¿No estás exagerando un poco?

–¿Exagerando? –dije, no podía comprender la tranquilidad que mostraba mi mujer–, mañana verás, si no nos preparamos para el proyecto sobre las raíces como es debido, resultará que nosotros, precisamente nosotros, que estamos aquí plantados sin habernos molestado jamás por conocer nuestros orígenes, seremos los que carecemos de raíces. Ya verás, los conozco bien, se mueren por las raíces. Al final resultará que nosotros procedemos de alguna tribu del desierto y que ellos llevan aquí desde la creación del mundo.

–Tienes razón –dijo ella–, yo a duras penas sé el nombre de mi bisabuelo.

–¿Qué te estoy diciendo? –respondí, e intenté ir varias generaciones atrás–, entonces están mi padre, mi abuelo Ahmed, su padre Muhammad... y ya está... después ya no sé.

–Tengo la sensación de que era otro Ahmed –dijo–, pero la historia de nosotros dos es buena, puede dar mucha guerra.

Es cierto, ella tiene razón... los padres de mi mujer nacieron en Miska y se convirtieron en refugiados en el 48, y mi abuelo fue asesinado en la guerra. Está bien para la narrativa, pero no es suficiente para el mito.

–Debemos ir más lejos –le dije a mi mujer–, debemos llegar con las raíces a mucha más profundidad. A tres mil años más de profundidad. Ya les conoces, ellos van hasta la tumba que Abraham compró en Hebrón o dondequiera que fuese.

Y, de repente, me llegó de golpe.

–Sí –grité, y el niño se echó a llorar–. Te voy a matar –le oí decir a mi mujer mientras salía del dormitorio como un vendaval.

–Anota –le dije a la niña, que estaba sentada en la cama esperando sus raíces. Cogió un cuaderno y un lápiz y empezó escribir lo que yo le dictaba:

–Mi nombre, el que me pusieron mis padres, ¿estás escribiendo?

–Sí –dijo con impaciencia–, continúa.

–Es un instrumento musical especialmente apreciado por los cananeos».

–Es con «c» o con «k»?

–Con «c»–grité–, y ten cuidado, estamos hablando de tus antepasados, ¡maldita sea!

19/10/2012

Conversación con un extraño

–¿Eres tú? –preguntó la chica que estaba sentada a mi izquierda en la barra del bar.

–Sí –asentí con cierto malestar, ya que aquella tarde habría preferido beber en un sitio donde no hubiese estado nunca, donde nadie me reconociese, donde ningún cliente habitual se ofendiese si no me mostraba comunicativo y simpático.

–Admiro tu trabajo –dijo, recordándome así lo que odiaba mi trabajo en aquel momento, y lo poco que deseaba y merecía ninguna admiración. «Es sólo trabajo», quise decirle, pero preferí callarme lo de «un trabajo pesado y horrible».

–¿Qué te inquieta tanto? –me sorprendió.

–No estoy inquieto –mentí–, creo que eres tú quien lo está.

Bajó la vista y miró su móvil, hizo una mueca y volvió a arrojarlo sobre la barra.

–Tienes razón –dijo, con lágrimas en los ojos–, la situación política es inquietante, ¿no?

–Sí –asentí–, lo mejor es observar y no tomárselo muy a pecho.

–¿Y tú consigues ser un mero observador? –sonrió.

–No del todo –respondí–, yo me tomo todo muy a pecho.

–Ay –suspiró–, y le dio un largo trago a la cerveza que tenía delante–, tú eres hombre, escritor, seguro que comprendes a los chicos.

–No del todo –en esa ocasión dije la verdad–, nunca he destacado por comprender a las personas».

–¿Qué dices? –se rió–, yo te leo, construyes personajes excelentes.

–Gracias –respondí e insistí en la verdad–, yo no entiendo nada del comportamiento humano. Yo sólo intento descifrarlo sin conseguirlo. Creo que mis personajes también buscan comprender, pero si uno lee bien, descubre que no saben nada sobre sus sentimientos o sobre los sentimientos de quienes los rodean. Nada, no tienen ni idea de cómo deben sentir, ni dónde ni cuándo».

–¿Te apetece un trago? –preguntó.

–Solo si pago yo.

–Genial –dijo y, como yo dije que cualquier cosa, pidió dos chupitos de Bushmills–. Lo ves, ese es el problema que tenéis los hombres. Queréis el control.

–Mira –respondí–, pues hasta ahora yo creía que erais vosotras las que buscabais y conseguíais tener el control.

–¿Nosotras? –preguntó, y alzó la copa–, salud.

–Salud –quemazón, ardor y mareo–, sí, al menos eso es lo que he creído siempre. Que vosotras sois mucho más fuertes, que podéis controlar más las emociones y seguir a pies juntillas cierto tipo de planes.

–¿Planes? –dijo con desprecio, y el parpadeo de su móvil hizo que rápidamente mirase esperanzada el mensaje entrante, una esperanza que dejó paso a una mueca de dolor.

–¿También tú estás esperando oír algo nuevo sobre la situación política?

–Eso no es lo que realmente me inquieta –dijo con tristeza–, es alguien. Ay, qué idiota soy, ya me entiendes. Estaba segura de que todo iba bien, de que por fin, es decir, no había notado nada. Y no entiendo por qué. No tengo ni idea de por qué. Si hay algo que quiero hacer es gritar «¿pero por qué?». Perdona que te cuente esto, no sé ni cómo he podido abordarte así.

–No pasa nada –respondí–, te escucharé encantado, pero que sepas que esta semana es posible que escriba sobre ti.

–¿Tan desesperado estás?

–Mucho más de lo que puedas imaginar.

–¿Crees en el amor? –preguntó.

–¿Por qué? ¿Tú no?

–Ya no lo sé. De repente me parece una especie de timo barato –suspiró y

las lágrimas volvieron a sus ojos—, y yo, como una idiota, encima pensaba que era yo quien estaba acabando con la relación, ¿te lo puedes creer? Entonces le escribí «Se acabó, no estoy dispuesta a seguir aguantando esto». Estaba segura de que él se disculparía, se compadecería, y yo le habría perdonado de inmediato, y él lo sabía perfectamente, estoy segura. Y de repente, desaparece, como si hubiese estado esperándolo, como si hubiese estado esperando la más mínima frase para cortar. Yo creía que esa frase en tono enfadado le entristecería, y ahora me lo imagino riéndose como la Bruja Mala del Oeste, y yo, mírame, yo soy la que llora y espera. Perdón.

—No pasa nada —le dije, aunque quería que dejase ya de contar su historia, porque tenía que controlarme para no llorar.

—Desapareció durante cuatro días, en mitad de una conversación, «vuelvo en cinco minutos», dijo, y en tres días no supe nada de él. ¿No tenía derecho a enfadarme? ¿No tenía derecho a escribirle que no quería tener nada con él? ¿Sabes lo que sufrí durante aquellos tres días de espera? Estaba muerta, no lograba atender en las clases de la universidad, no lograba hacer los trabajos. Nada, sólo permanecía esperando el sonido del *email*, de Facebook y de los malditos mensajes. Y al final me puse loca de contenta cuando, después de tres días, me escribe «hola», como si no hubiese pasado nada, y le regañé un poco. Tenía derecho a enfadarme, ¿no?

—Sí —asentí—, tenías derecho.

—Y no había notado nada, nada de nada. Si quería dejarlo, ¿por qué no lo dijo? ¿Me comprendes? —dijo, y se sonó la nariz—, perdón —sonrió—, y no sé si debo enfadarme, tener miedo o esperanza, ¿o qué? Su comportamiento no tiene explicación y mis sentimientos no tienen ninguna explicación. Por un mierda así, ¿me comprendes?

—¿Quieres otro Bushmills?».

—Sí —dijo—, gracias. Aunque, que sepas que odio el whisky —se rio a carcajadas.

—Todo irá bien, ya verás —mentí, a ella y a mí, mismo—, salud.

—Salud.

Se hace bibi

Tendría que haber cancelado el acto en la escuela universitaria de Baqa al-Gharbiyye, pensé el martes por la mañana, cuando iba por la autopista hacia el norte. La lluvia golpeaba con fuerza y la niebla sólo me dejaba unos metros de visión. No me separé del carril derecho y conduje despacio, forzando la vista para seguir los movimientos del coche de delante. ¿Por qué aquí los conductores no saben utilizar los malditos faros antiniebla?, maldije en voz baja, e intenté normalizar mi respiración.

No tendría que haber salido de casa, tendría que haberme quedado con los niños. No los habíamos llevado al colegio por culpa de la lluvia, el viento y el frío helador. En casa no hacía frío, y también en el coche hacía bastante calor. Hacía mucho tiempo que no pasaba frío, pensé, y mi corazón se encogió al recordar el frío que pasaba antes. Recuerdo los inviernos heladores en Tira, pese a que es mucho más cálida que Jerusalén. Recuerdo el dolor al entrar en contacto con el colchón, lo gélida que estaba la manta y el tiempo que tardaba la cama en calentarse un poco.

Recuerdo los relámpagos en la parada de autobús de los pisos de estudiantes del campus de Givat Ram, la gruesa trenca, los leotardos que llevaba debajo de los vaqueros y los calcetines de lana que me compró mi madre. Mi madre era una gran creyente en los buenos calcetines, y lo sigue siendo. «Si llevas los pies calientes –recuerdo que decía–, tendrás todo el cuerpo caliente.» También pasé frío en el piso del barrio de Nahlaot. Mis compañeras de piso y yo nos tapábamos con gruesas mantas por las tardes e intentábamos calentarnos junto a una lastimosa estufa eléctrica. Pasé frío cuando me casé y me mudé al apartamento de Beit Safafa, y pasé frío cuando

mi mujer se quedó embarazada.

Fue ante la perspectiva del primer invierno como padres de un niño de tan sólo unos meses cuando nos dimos cuenta de que no teníamos más remedio que encontrar un piso con calefacción. «No sobrevivirá al invierno sin calefacción», dijo mi mujer, y yo le di la razón.

En la radio estaban hablando de los daños causados por la tormenta, de carreteras cortadas y de terribles atascos. Delante de mí iba un gran camión, y la estela de agua que lanzaba sobre el parabrisas de mi coche no me dejó otro remedio que abandonar el carril derecho y adelantarlo con cuidado.

En la radio informaron sobre inundaciones en el sur de Tel Aviv, en Nahariya, Yafo, Bat Yam y Hadera. Sobre barrios anegados y numerosa población que no podía permanecer en sus casas. Los locutores de los programas que siguieron a las noticias estaban preocupados sobre todo por los atascos en Tel Aviv, que según ellos eran el principal problema.

Comprendí que el frío era un asunto de pobres. Cuanto más dinero tienes, más calor tendrás en invierno. Las inundaciones generalmente les tocan a los pobres. ¿Cómo es eso?, me pregunté. Estoy convencido, fuera de toda duda, de que los ricos no eligen sus casas precisamente en las cimas de las montañas, y aun así, los desastres, incluidos los naturales, alcanzan primero a los débiles.

Qué aterrador ser de los débiles. Y qué aterrador saber que en un instante puedo volver a los días de frío, a pesar de que no sufrí en aquellas épocas, tal vez al contrario, a veces incluso creo que todo era más agradable. Pero ser consciente de que no se puede parpadear ni por un segundo, esa conciencia que estoy seguro que tienen todas las personas que no pueden apoyarse salvo en su trabajo, esas personas que no nacieron con recursos, esas personas que no pueden esperar ayuda de sus padres y que saben que todo puede derrumbarse de la noche a la mañana. Hoy por hoy tengo calor, y espero de corazón que mi familia también lo tenga, aunque en lo más profundo de mí ser siento que eso es un engaño, una ilusión que puede estallar con una sola decisión irresponsable. Decisiones como empezar a cancelar conferencias por una tormenta, o interrumpir esta columna porque, al menos cuando se trata de escribir, no soy bueno encubriendo actos de traición.

–Tira está inundado –dijo mi padre por teléfono. Debía responder, porque, aunque me había prometido no contestar al móvil y concentrarme en mi misión de llegar a la escuela universitaria de Baqa, temía que hubiese ocurrido alguna desgracia–. Los coches están sumergidos –dijo–, la carretera de Tira a Taybeh está completamente cortada, se ha formado allí un auténtico río. –No sólo Tira, también Taybeh, Qalansawe y otros muchos pueblos árabes aparecían en las páginas de internet locales como un gran lodazal. Confío en que la situación en Baqa sea distinta, recé en voz baja, esperando que la lluvia amainase, y no poco.

No tendría que haber salido de casa, tendría que haberle hecho caso a mi mujer y haberme quedado con mi familia. En la radio empezaron a hablar de las elecciones, y fue la primera vez que comprendí que iba a haber elecciones. Es decir, sabía que había elecciones, pero no sabía lo cerca que estaban y, en cierto modo, no me inquietaban en absoluto. Antes, mis amigos y yo, los árabes y los judíos, hablábamos de las elecciones, nos preocupaban, nos enfadaban, nos creaban esperanzas o frustración, sólo ahora comprendía la profunda indiferencia que sentía hacia las elecciones. Ni siquiera en las visitas a Tira se hablaba de las próximas elecciones, y recuerdo que antes eso creaba un gran revuelo. «Por el momento, aquí todos se ocupan de las inundaciones –dijo mi padre–. Cuando deje de llover, se ocuparán de quién disparó a quién, ¿quién tiene tiempo para la política?»

En la radio dijeron que la lluvia iría arreciando y que Bibi, el primer ministro, seguiría siendo primer ministro. Y yo pensé que tendría que haberme quedado en casa, y me reí al acordarme de mi hijo pequeño, el bebé que sólo habla hebreo por culpa de la guardería. El que la primera palabra que dijo fue «iPad», el que, en vez de decir «aba», dice «papá» y se asusta del acento árabe. Me reí al recordar que, antes de salir de casa, él anunció por primera vez que tenía bibi.

–¿Qué? –le pregunté sin poder creer lo que estaba oyendo.

–Bibi –repitió, señalándose el pañal sucio. Y conduje despacio, leyendo atentamente lo que indicaban las señales y con la esperanza, en lo más profundo de mi alma, de no perderme.

11/1/2013

Un viejo

He empezado a sentirlo últimamente. De repente, la figura que me devuelve la mirada desde el espejo del cuarto de baño parece algo distinta. Como suelo hacer en estos casos, le he echado la culpa al espejo, pero ha pasado lo mismo en cada espejo donde he examinado mi imagen. Siempre he sabido que las canas asaltarían mi cabello, pero solamente ahora he empezado a verlas claramente. Mi reflejo ha cambiado, y de repente he empezado a ver a un hombre mayor, mucho mayor, sin poder comprender cómo ha ocurrido.

Otras señales preocupantes del mismo estilo han ido apareciendo sucesivamente. Por ejemplo, esta semana, al meterme en la cama y coger con entusiasmo el libro de-antes-de-dormir, he descubierto que llevaba varios días leyendo una novela de Jane Austen. Y no estamos hablando de una lectura cualquiera, sino de una lectura esperada con gran impaciencia. Resulta que estaba completamente atrapado por la historia de la delicada doncella Anne Elliot. Esperando a un capitán que iba a llegar a la hacienda de la familia en Somersetshire, y confiando en que ese oficial de marina se enamorase perdidamente de la bondadosa Anne, que había sufrido mucho por el trato hiriente de sus familiares, sobre todo de su padre y de su hermana mayor, que era toda vanidad y arrogancia.

La situación era tan grave que, a pesar de darme cuenta de lo problemático de mi conducta, no era capaz de dejar el libro ni por un instante, y pasaba a la página siguiente maldiciendo a todos los miembros de la Marina de Su Majestad por su insensibilidad y su sangre fría.

Esto ha ocurrido la misma la semana en la que, de repente, he comprendido que ya no soy gracioso. En un momento de lucidez descubrí

que, lo que durante muchos años yo había creído que era un sentido del humor que me añadía atractivo, se había convertido en algo irritante que rayaba lo patético. Me vi a mí mismo contando un chiste en la entrega de los premios de la academia de televisión, y me llené de compasión al ver a aquel hombre mayor empeñado en ser el payaso de la ceremonia. Mis hijos tienen razón, sólo ahora lo he comprendido, realmente los avergüenzo. No hace mucho, cuando, mientras recogía a mi hijo pequeño, le conté un chiste a una de las maestras, él me miró con ira, apretando los dientes y, cuando la maestra no miraba, me dio una patada que me dejó marca. «A condición de que estés callado –gritó mi hija cuando comprendió que era yo quien iba a ir a la reunión de padres del colegio–. No intentes hacerte el gracioso, papá, nos pones a los dos en ridículo.»

¿Cuándo ha ocurrido todo esto?, pensé ayer, mientras iba conduciendo desde Jerusalén a la biblioteca de Kiryat Motzkin, ¿y cómo es que hasta ahora no me he dado cuenta de que terminé el instituto hace muchísimo tiempo? Grandes dudas me acompañaban de camino a la conferencia en la biblioteca. La imagen de un hombre perspicaz, gracioso y atormentado sobre la tarima se esfumó, y ocupó su lugar un pobre desdichado que se repetía sin cesar mientras intentaba arrancarle unas risas e incluso algunas lágrimas a un público que, ante todo, se apiadaba de él. Ay Dios, pensé, tendría que haber cancelado el encuentro con los lectores, esto va a terminar mal.

–¿De qué estás hablando? –dijo mi mujer cuando contestó al teléfono–, tienes exactamente el mismo aspecto y dices exactamente las mismas cosas.

–Escucha lo que te digo –intenté explicarle que estaba hablando muy en serio–, me siento distinto, sé que ha ocurrido algo importante y no sé por qué.

–Deja de decir tonterías –insistió–, haz tu actuación de siempre, exactamente igual que hace una semana, y todo irá bien.

–Nada irá bien –volví a intentar explicarle la gravedad de la situación–, esta semana no es la semana pasada, me siendo diferente, me siento viejo.

–Vale –dijo como hacía siempre que iba a zanjar una conversación–, déjame en paz, tengo que bañar a los niños.

Me temblaba el cuerpo cuando subí a la tarima de la biblioteca. Estuve un buen rato callado, mirando al público, que empezaba a temer que había sido

víctima de un timo. Se oyeron murmullos, y miradas de descontento se clavaron en mí. No tenía otra opción, debía actuar mecánicamente, ceñirme a la conferencia habitual y confiar en que aquella tarde pasara deprisa. «Buenas tardes –comencé–, estoy muy contento de estar aquí esta tarde y voy a empezar por el principio.

Pasaron sólo cinco minutos desde que empecé a hablar hasta darme cuenta de que todo iba bien, de que la conferencia funcionaba y el público estaba disfrutando. Cuando quería que llorasen, derramaban lágrimas, cuando quería que se riesen, se tronchaban. Todo iba bien, mi mujer tenía razón, nada había cambiado, pero aun así, yo sabía que todo había cambiado. Todo iba según lo previsto, y en el momento exacto, como suelo hacer hacia el final de un acto así, permití preguntas del público. Tengo buenas respuestas, inteligentes y graciosas, a las preguntas que jamás cambian: «¿Por qué escribe en hebreo?». Y la que sigue justo a continuación: «¿En qué idioma sueña?». Y luego alguien pregunta: «¿Y cómo se reciben sus escritos en el sector árabe?». Y yo siempre inicio la respuesta a esa pregunta con un «como siempre, con disparos de alegría», le dejo al público unos momentos de risa y luego doy una respuesta razonada y brillante sobre la percepción de la sátira por parte de una sociedad que se siente perseguida y amenazada.

Y también la pregunta que me hizo una mujer que levantó la mano educadamente era de las conocidas: «¿De dónde saca el optimismo?». Y, como de costumbre, empecé a responder con un chiste manido: «Ehhh, el optimismo lo saco del whisky», y como siempre el público se rio, y entonces empecé a dar la respuesta habitual que empieza con eso de que efectivamente no hay muchas razones para el optimismo, y es cierto que vivimos en una época oscura, pero que en algún lugar dentro de mí sé que la situación debe cambiar, creo ciegamente en la bondad de las persoonaaas, empecé a balbucear, porque me di cuenta de que algo me estaba pasando, sentí que estaba empezando a mentir, sobre todo a mí mismo. Interrumpí la respuesta que, hasta hace una semana, daba acerca del optimismo con total sinceridad, y comprendí por qué la vejez estaba atacando con todas sus fuerzas.

–No lo sé –acabé diciendo sobre la tarima con el cuerpo tembloroso, y la directora de la biblioteca salvó la situación anunciando que estábamos muy

fuera de tiempo, el público aplaudió y yo, allí plantado, comprendí por primera vez que había perdido la esperanza.

18/1/2013

Nieve en la ciudad

En Londres hacía frío, y en las noticias dijeron que la reina estaba delicada y que no estaban seguros de si cancelaría la visita a Italia que tenía programada. «La gente sin duda se habrá preparado –dijo el reportero que cubría la Casa Real–, habrán comprado flores y trajes para la visita de la reina.» En Washington hacía algo más de frío, y en la televisión dijeron que se estaba acercando a la ciudad una fuerte tormenta de nieve, puede que la más significativa de la temporada. También dijeron que en McDonald's había un nuevo menú infantil que estaba de oferta.

Ahora estoy en Chicago, el taxista que me recogió esta mañana en el aeropuerto dijo que sin duda ese sería el último vuelo que aterrizaría en el aeropuerto de O'Hare. Chicago estaba completamente blanco, y en las noticias aseguraron que a lo largo del día la nieve iría en aumento, y dijeron que efectivamente era la mayor tormenta de nieve del año. 10 pulgadas de nieve, aseguró el meteorólogo, y yo intenté calcular cuántos centímetros eran, sin conseguirlo.

Aún estoy al comienzo del viaje, y ya añoro mi casa, o mejor dicho a mi mujer y a los niños. Marco con una equis cada misión cumplida, cada ciudad en la que he aterrizado, cada vuelo y cada día que ha pasado. Afortunadamente, estoy demasiado ocupado como para sumirme en una profunda depresión, y me encuentro con gente interesante en cada lugar al que llego. Casi todos son académicos, muchos israelíes y no pocos árabes. En cierto modo, tenía la sensación de que a mis actos sólo acudían inmigrantes.

Después de las lecturas siempre hay una comida, o una recepción. La gente pregunta cómo está la situación ahora en el país, y yo respondo

«*alhandulillah*». La gente siempre me habla del tiempo que ha pasado desde que abandonó la patria, de la nostalgia y las dificultades, así como de los éxitos y de la vida más sencilla. «Ya no puedo regresar a ese lugar de locos», es la frase que se repite sin cesar, y justo después llegan las reflexiones sobre los niños, el idioma y la idea de que, pese a todo, tal vez algún día regresen allí.

Hay israelíes que cuentan que, sólo después de abandonar el país, han comprendido lo irracional que era la vida allí, lo tensos que estaban, y cómo, de repente, las preocupaciones han cambiado. Ahora son preocupaciones relacionadas con el trabajo, la vida cotidiana, el clima y sobre todo la familia.

Sé que me gustaría irme. No emigrar, sólo irme un año, como mucho dos. Tomarme un respiro de la guerra y trabajar en serio en el nuevo libro. Es cierto que no paso más de veinticuatro horas en cada sitio al que llego, pero nada más aterrizar empiezo a imaginarme allí, a calcular el precio del alquiler de un piso por un año, a preguntar por el sistema educativo, a informarme sobre el clima, el transporte y el índice de criminalidad.

Debo salir un poco, debo calmarme, tengo que encontrar un refugio, para mí y sobre todo para mi familia, para los niños. Siempre me educaron en la idea de que no tenía adónde ir. Mis padres se opusieron siempre a que emigrase, o a que estudiase en el extranjero. «No tienes otro lugar salvo Tira—solía decir mi padre, y lo sigue diciendo—, no tienes adónde ir.»

Me gustaría enseñarles a mis hijos otra cosa. Sé que si quisiesen irse algún día para estudiar o vivir en un país lejano, se me partiría el corazón, pero siento la obligación de proporcionarles un billete de salida. Siento que debo mostrarles esa posibilidad como una posibilidad real. Tengo muchos remordimientos cuando pienso en mis hijos, a los que he impuesto el mismo estilo de vida que me impusieron a mí.

A veces me siento culpable por el sistema educativo mixto, o sólo israelí, en el que les he metido, «por mor de una mejor educación», así suelo convencerme. A veces me da miedo el hecho de haberles obligado a vivir en un barrio judío. «No es tu lugar natural, ni el de ellos», otra frase habitual de mi padre. A veces temo su reacción frente a la realidad, lo confusos que puedan llegar a estar, las ilusiones que puedan llegar a hacerse.

Debo hacer que mis hijos sientan que el mundo no se acaba en Israel, que si no triunfan allí, que si se sienten rechazados, diferentes, sospechosos, o si la realidad les explota en la cara, sepan que hay otras opciones. Serán diferentes, es cierto, pero de un modo distinto. Serán emigrantes, tal vez tengan acento, y se sentirán un poco extranjeros, pero serán extranjeros en un país extranjero y no en su patria. Tengo tanto miedo del día en que crezcan y comprendan el significado de la angustia existencial, que me culpen por haberles arruinado la vida con mis caprichos. Temo que un día mis hijos me hagan comprender que mi padre llevaba razón, que no tengo otro lugar salvo Tira, que existe eso de un lugar natural donde educar personas.

–Hola –le dije a mi mujer tras calcular la diferencia horaria y llamar a casa por un programa de ordenador.

–¿Qué quieres? –respondió, como haría cualquier mujer abandonada en una ciudad extraña con tres niños–, estoy preparando la cena.

–Nada –respondí–, dentro de un rato tengo que irme y quería hablar con los niños.

–Vale –dijo, y comenzó a calmarse un poco–, ¿cómo estás?

–Cansado –dije la verdad–, dentro de un rato me voy a Minneapolis.

–¿Has encontrado algún sitio? –preguntó.

–Estoy trabajando en ello –le dije.

–Te conozco –sonrió con sorna–, jamás te irás de aquí –dejó de hablar porque los dos niños ya estaban frente al ordenador gritando: «Papá, papá».

–Hola –les sonreí y saludé a la pantalla, intentando contener las lágrimas de nostalgia que amenazaban con desbordarse–, ¿queréis ver la nieve? –pregunté, levantando el ordenador hacia la ventana de la habitación del hotel, girándolo hacia el Chicago blanco. Se emocionaron, no creían que pudiese nevar en ningún otro sitio salvo en Jerusalén, la capital.

8/3/2013

¡El tribunal!

La maleta está preparada, pronto vendrán a recogerme para llevarme al aeropuerto e iniciaré el viaje de regreso a casa. Me asomo a la ventana de la habitación del hotel y miro el Montreal blanco. «Es una de las tormentas de nieve más significativas del año», dijo el meteorólogo canadiense mientras bromeaba con su compañero, el presentador de las noticias, sobre el hecho de que estuviese ocurriendo precisamente hacia finales de marzo, cuando la ciudad ya estaba preparada para recibir la primavera. Estoy mirando absorto la nieve, que no ha dejado de caer con fuerza desde por la mañana, y me sorprende que mi vuelo no haya sido cancelado. Han pasado 21 días desde que emprendí el viaje, he pronunciado más de veinte conferencias en público y estoy más preparado que nunca para volver a casa.

Han pasado tres semanas y estoy muy cansado, estoy agotado y echo mucho de menos a mi familia. He llorado mucho durante este viaje, no siempre por una razón concreta, las olas de tristeza me golpeaban sin previo aviso y no dejaban alternativa a las lágrimas. A veces me ocurría eso mientras estaba en el escenario frente al público.

Han pasado tres semanas y durante estas tres semanas he bebido como no lo había hecho jamás. He bebido para calmarme antes de las conferencias, he bebido para olvidarlas inmediatamente después de acabar. He bebido antes y durante los vuelos. He bebido cuando recordaba, he bebido cuando olvidaba, y sobre todo he bebido para sobreponerme a la opresiva tensión y a la profunda sensación de que todo el rato estaba delante de un tribunal. Obligado a rendir cuentas por cada palabra, cada chiste y cada declaración. A veces pensaba que estaba cometiendo un terrible error al acceder a hablar en

público. Tendría que haber dejado que mi propio trabajo pasase el examen. Habría preferido que se juzgara lo que escribo y no lo que digo, porque siempre he creído que yo pienso las cosas, las sopeso y siento su significado solamente cuando intento ponerlas por escrito.

El tribunal era el público. En su mayoría era amable y educado, pero a veces mis palabras atacaban los nervios de algún judío americano que seguramente había visitado Israel dos veces en su vida y, aun así, se consideraba su orgulloso dueño, hasta el punto de mostrarse convencido de que el futuro del país le importaba más a él que a mí, que vivo en él.

–Ha dicho que no comprende por qué no hay mezquitas en Tel Aviv –dijo un chico de Vancouver–, ¿no ha pensado qué suerte correrían las sinagogas en Hebrón?

–Usted habla del 48 y de la tragedia que vivieron –dijo una judía canadiense de origen egipcio–, ¿ha pensado alguna vez en los judíos que fueron obligados a abandonar Egipto?

–¿Cómo se atreve a utilizar la lengua hebrea? –preguntó una refugiada palestina nacida en Yafo–, la lengua con la que oprimen a su pueblo.

–Usted debería dar las gracias por vivir en un sitio que le da libertad para escribir –dijo otro americano–, ¿sobre qué escribiría si hubiese nacido en Siria?

–¿Sabe? –me dijo una chica palestina que estaba haciendo el doctorado en Berkeley y que se empeñó en entablar una conversación conmigo después de la conferencia–, sólo ha utilizado la palabra Nakba dos veces, y la ocupación sólo la ha mencionado una vez –se sentía relajada, mientras que sus palabras desprendían un tufillo a reprimenda, y añadió–: no ha utilizado en absoluto la palabra colonialismo. –Luego me agarró del brazo un israelí que había abandonado el país hacía treinta años.

–Sé que no es fácil para usted, pero, entre nosotros, Kashua», preguntó con una sonrisa y guiñando el ojo–, ¿preferiría vivir donde Abu Mazen?

Todos querían hablar de identidad, de nacionalidad, de extranjería, de desarraigo, de autodeterminación, querían oír hablar de la lengua, del humor, de los temores y del futuro. Y yo bebí un montón y pensé en mí mismo y en eso que llaman palestino de nacionalidad israelí. Pensé en los israelíes que

buscaban algún tipo de comprensión, en el mejor de los casos, y palabras de gratitud, en el caso más extremo, y en los árabes que querían una disculpa y una aclaración. Y al principio, realmente me entraron muchas ganas de pedirles disculpas a todas las partes, porque siempre he sido uno de esos que están a la defensiva, que cuestionan, que carecen de autoestima, al menos en lo tocante al orgullo nacional. Pero, por algún motivo, en esa ocasión no cedí, no estaba dispuesto a soportar las críticas de los israelíes ni de los árabes.

Pensé en mi abuela, que se quedó sin nada tras la guerra y, a pesar de eso, hizo todo lo que pudo por educar a su hijo. Pensé en mi padre y en mi madre, que trabajaron duro durante toda su vida para ocuparse del futuro de sus hijos. Pensé en Tira, en el Triángulo, en el Néguev y en la Galilea. En nosotros, que, sin que nos preguntasen nuestra opinión, nos convertimos en ciudadanos israelíes. Pensé en aquella vulnerable población de campesinos que perdieron sus tierras y que, de la noche a la mañana, se convirtieron en huérfanos, en aquellos campesinos que quedaron desconectados del mundo árabe y fueron pisoteados por el sueño sionista.

Pensé en nosotros por un instante y comprendí que no quería disculparme con nadie, ni con los judíos ni con los árabes, que nadie podía juzgarme, que no le debía ninguna disculpa a nadie, ni al judío israelí cuando yo hablaba de violación y opresión, ni al árabe ni al palestino que me acusaban de explotar la ciudadanía israelí y de utilizar el hebreo.

Justo cuando iba a disculparme, comprendí que en el fondo quería gritarles a todos que se fuesen al infierno, que yo podía decir lo que quisiese y acusar a quien quisiese. Me lo había ganado a pulso. Quería gritar que nada bueno saldría de los israelíes que me acusaban de traición y deslealtad, como nada bueno saldría de aquellos árabes que me acusaban de traición y segregación.

Está bien, pensé mientras miraba por la ventana en Montreal y pensaba en los críticos, judíos y árabes, que vivían en democracias occidentales, está bien, estamos bien. Puede que yo esté confundido, puede que no seamos coherentes cuando hablamos de identidad, de idioma y de nacionalidad, está bien, nos hemos ganado el desarraigo a pulso. «De algún modo –susurré hacia la ventana cubierta de vaho, mientras volvía a comprobar que el

pasaporte estaba en el bolsillo del abrigo—, de algún modo, estaremos bien.»»

22/3/2013

Electricidad en el aire

El Día de la Nakba, que este año cayó en la fiesta de Shavuot, se fue la luz en casa. Los niños estaban de vacaciones y quisieron hacer palomitas. En vez de dos minutos pusieron el temporizador para varias horas, y a los tres minutos empecé a oler a quemado. Salía humo del microondas, la bolsa de palomitas estaba ardiendo, la carcasa del microondas se derritió y saltaron los plomos. Maldije a los niños, apagué las palomitas en el fregadero y desenchufé el microondas, lo que no fue nada fácil. No conseguía meter la mano por el agujero situado en la parte trasera del armario, así que, para poder desenchufar el microondas, tuve que quitar los tornillos que unían el horno al armario y sacar el horno, sólo así lo logré. Después fui a donde estaba el cuadro eléctrico, intenté subir el interruptor que se había bajado y entonces toda la casa se quedó a oscuras. Varios intentos de quitar algunos fusibles y sustituirlos por otros no sirvieron de nada.

–¿Dónde voy a encontrar ahora un electricista? –refunfuñé enfadado, y llamé a un amigo, que me dio el número de un excelente electricista.

–En media hora estoy allí –aseguró el electricista árabe que contestó al teléfono y me pidió la dirección.

–No tiene nada que ver con el microondas –dijo, cuando examinó el cuadro eléctrico situado fuera de la casa.

–Pero el microondas se ha quemado –le contesté–, está derretido.

–Entiendo –dijo, mientras jugaba con su destornillador, quitando unos fusibles y poniendo otros–, también puede ser, pero el problema está en el puente, no está instalado como es debido.

–¿El puente? –dije, no sabía que hubiera un puente en la electricidad, «¿y

es complicado?

–Mire –suspiró mientras desmontaba otra pieza del panel–, puedo hacer que vuelva la luz a la casa sin ningún problema –dijo, y la luz volvió a la casa–, pero todo este cuadro debe ser reajustado.

–¿Un café? –le ofrecí.

–Sí –respondió mientras jugaba con el panel–, gracias.

–¿Con leche?

–¿No tiene café turco?

–No –respondí algo turbado.

–Pues lo que haya –respondió el electricista, en cuya voz pude reconocer un tono de compasión.

Preparé el café, y las voces de los niños hablando en hebreo llegaron desde una de las habitaciones. Me acerqué y les pedí que bajaran la voz, «y si es posible», susurré, «por favor, hablad en árabe, ¿vale?».

–Gracias –dijo el electricista mientras quitaba otro fusible, que según explicó no era necesario, y siguió cambiando cables en el cuadro eléctrico–, disculpe la pregunta –añadió–, entiendo que es usted árabe.

–Sí –respondí–, por supuesto.

–Siento mucho decirle esto –dio un trago al café y continuó–, pero un árbol que no tiene raíces fuertes no puede dar frutos.

–Es posible –le respondí avergonzado, cuando los niños volvieron a hablar en hebreo.

–No se enfade conmigo por decirle esto –dijo–, pero no me gustan las personas que intentan imitar a otros.

–Claro –empecé a tartamudear–, tampoco a mí.

–Mire a sus hijos –prosiguió, sabiendo perfectamente que tenía las de ganar–, ¿no es una lástima? –preguntó, cuando mi hijo salió al salón y, para mi satisfacción, preguntó en árabe si ya podían encender la televisión.

No sé cómo ocurrió, pero acabé disculpándome y sintiéndome incómodo y acusado por el electricista de la parte este de la ciudad que había llegado para arreglarme un fusible. Bajaba la mirada hacia el suelo cuando él hablaba, asentía, le daba la razón en todo lo que decía, me sentía como un niño pequeño reprendido por sus padres tras ser sorprendido infraganti.

–¿Qué es una persona sin su historia? ¿Sin sus orígenes, sin su verdadera naturaleza? Nada, ¿no cree?

–Es cierto –respondí.

–¿Con qué crecerán sus hijos?

–Lleva toda la razón.

–Se lo digo sólo porque me parece una buena persona –me dijo–, créame, no se lo digo a cualquiera. Una pena, sencillamente un pena. Mire a su hijo – señaló con el destornillador hacia mi hijo, que estaba sonriendo mientras veía *Bob Esponja* en la televisión–, ¿con qué valores crecerá?

Mi hijo, que estaba escuchando la conversación, levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron.

–Bueno –concluyó el electricista–, resumiendo, ahora todo está bien. Si, a pesar de todo, decide quedarse aquí, le recomiendo que instale un cuadro eléctrico nuevo. Pero, un consejo de amigo, venda y múdese a un sitio donde pueda criar a sus hijos.

–Está bien –respondí–, ¿cuánto le debo?

–¡Vaya!, pues lo que quiera.

–Pero ¿qué dice? –contesté–, ¿cuánto cobra por un trabajo así?

–¡Vaya! –dijo, como desconcertado–, que quiere que le diga, por eso no me gusta trabajar para árabes.

–¿Por qué? –pregunté–, ¿le han hecho algo?

–No. Ya me entiende, ponen problemas con el precio, deme lo que quiera.

–¿Cómo voy a saber yo cuánto cuesta esto? Vamos, dígame cuánto.

–No sé –se rascó la cabeza y se calló un momento–, ¿150 está bien?

–Vale –respondí y cogí dinero de la cartera.

–Bueno –cambió de idea–, 120 es suficiente.

–¿Seguro?

–Sí –respondió–, muchas gracias, y cuide de que sus hijos crezcan orgullosos.

–Sí –respondí bajando de nuevo la mirada.

–¿Sabe qué día es hoy? –mi hijo sorprendió al electricista, y sobre todo a mí.

–Hoy es miércoles –le respondió el electricista sonriendo–, ¿en qué curso

estás?

–En segundo –respondió mi normalmente tímido hijo–, ya sé que es miércoles, pero ¿qué día se conmemora hoy?

–¿Qué, Shavuot? –preguntó el electricista a mi hijo, y me sonrió.

–No –dijo mi hijo–, Shavuot es una fiesta judía. Ayer comimos queso y quiches en casa de los vecinos. Pero, para los árabes, ¿qué día es?

El electricista no entendía lo que mi hijo quería de él.

–Hoy es el Día de la Nakba –salí en ayuda del electricista.

–¿De verdad? –dijo el electricista–, ¡vaya!, con tanto trabajo uno ya no...

–¿Sabe lo que es la Nakba? –mi hijo se lo puso tan difícil que tuve que clavarle la mirada.

–¿Sabe qué? –dijo el electricista–, con 100 es suficiente –y me devolvió un billete de 20.

24/5/2013

¿Hay futuro?

Estaba tan cansado aquella mañana que temía quedarme dormido al volante. Se trataba de un recorrido muy corto por la ciudad, pero aun así tenía que sacudir la cabeza de vez en cuando y abrir la ventanilla. Habíamos pasado una noche muy dura con el bebé, hacía ya más de cuatro días que no le bajaba la fiebre ni con los antibióticos que le dábamos. La tarde anterior, la pediatra lo había enviado a urgencias. Fuimos al hospital Hadassah de Ein Karem y fue duro, muy duro.

Tengo que mantenerme despierto, me recordé a mí mismo, así que puse la radio para oír a judíos procedentes de países árabes hablar del momento de la marcha, de la expulsión y de la huida, y de lo que dejaron atrás. Diferentes voces con acento mizrají, atormentado y lacrimógeno, relataron el trauma, el miedo, y entonces resonó la voz de Yossi Alfí, quien anunció en nombre de algún ministerio gubernamental un proyecto llamado «Le explicarás a tu hijo», un nombre tomado en un versículo bíblico, y habló de los dos mil años de tradición judía en los países árabes.

¿Expulsión y huida?, aún tuve fuerzas para irritarme por otro desafortunado mensaje publicitario, ¿esa es la tradición judía en los países árabes? ¿Eso es lo que le explicarás a tu hijo? ¿Expulsión y huida? Tal vez, pese a todo, debería irme, pensé, dejarlo todo atrás y marcharme de aquí.

Un vigilante de seguridad con un nombre árabe en la placa me pidió amablemente que apagase el motor y abriese el maletero y el capó, otro vigilante inspeccionó los bajos del vehículo con un espejo unido a un palo y, a continuación, me desearon buena suerte y me guiaron hacia el aparcamiento. Comprobé dos veces que no me faltaba nada. Pasaporte, dos

fotografías, resguardo del pago, formulario de solicitud, certificado del servicio norteamericano de inmigración, y demás documentos y permisos que el funcionario americano me había pedido llevar, por si acaso, a la entrevista en el consulado.

–¿Cómo está? –pregunté a mi mujer por teléfono antes de ponerme en la cola.

–39,5 –dijo–, le he dado un ibuprofeno, no te preocupes.

Estaba preocupado, y me preocupó aún más tener que dejar el teléfono en la entrada del consulado, porque me daba miedo pasar varias horas incomunicado del mundo, de mi familia, de mi hijo pequeño. Una breve inspección de seguridad, y fui conducido hacia la sala de peticiones de visados para Estados Unidos.

–¿Qué visado? –preguntó el empleado que me atendió.

–Inmigración –respondí, y el empleado pulsó una máquina de la que salió un papel con un número–, espere su turno.

En una pantalla digital aparecían números que iban dirigiendo a la gente hacia las ventanillas correspondientes. En la sala había judíos, laicos y devotos, y sobre todo árabes, aquel día muchos árabes querían un visado. Y, en la sala, los árabes tenían un aspecto muy distinto al de los israelíes, los hombres iban perfectamente afeitados y vestidos con sus mejores ropas, y las mujeres parecía que iban a una boda. Los israelíes, con su habitual autoestima, se habían permitido ir a la entrevista para el visado con pantalones cortos y chanclas. Yo me había afeitado para la ocasión.

–Menuda mierda de sitio –me susurró con acento de Jerusalén este un hombre que estaba sentado a mi lado y que andaba por los cuarenta–, aquí no hay futuro.

–¿Tu primera vez? –continuó, y yo negué con la cabeza y pensé en mi hijo pequeño y tuve miedo. Era la primera vez que abandonaba la sala de urgencias por iniciativa propia. Y si le ocurre algo, pensé en aquel momento, igual que estuve pensando durante toda aquella noche en vela. Pero tenía que hacerlo, intenté convencerme a mí mismo, jamás me habría ido de la sala de urgencias sin el alta médica, si no hubiese estado convencido de que lo mejor para mi hijo era marcharse de allí.

Aquella tarde las emergencias pediátricas estaban atestadas como jamás las había visto. No era sólo que todas las camas estuviesen ocupadas, sino que también lo estaban los sofás y las sillas, por lo que muchos padres, nosotros entre ellos, teníamos que permanecer de pie con los niños en brazos. Los médicos y las enfermeras corrían entre los enfermos y los padres, los que estaban detrás de las cortinas, los que estaban sentados en sillas y los que estaban de pie. Pasado algún tiempo, una enfermera se acercó a nosotros, comprobó la temperatura y el pulso del niño que lloraba, le aplicó una crema anestésica en el brazo y anunció: «Hay que esperar una hora, y luego se le hará un análisis de sangre, mientras tanto, pueden darse una vuelta».

Nos dimos una vuelta, el bebé ardía de fiebre, un rato lo cogía yo e intentaba calmar su llanto, y otro rato era mi mujer la que lo cogía en brazos. Nos dimos una vuelta, intentamos darle uno de esos polos que tanto le gustan, fue inútil, deambulamos durante una hora y regresamos, las emergencias pediátricas seguían atestadas de niños enfermos y de padres nerviosos.

–Vuelvan dentro de media hora –pidió la agobiada enfermera, y salimos a dar vueltas con el niño y a pasar como fuese otra media hora por los pasillos del hospital.

–Por favor –acabé rogándole a la enfermera, cuando regresamos una vez transcurrido el tiempo–, ya ve cómo chilla, y no tenemos ni una silla donde sentarnos.

–Lo sé –dijo–, enseguida.

Aguardamos de pie y, finalmente, nos llegó el turno para hacer el análisis de sangre. El niño chillaba en la cama, mi mujer le sujetó el cuerpo y yo ayudé a la enfermera a inmovilizarle el brazo mientras ella le clavaba la aguja. El niño se retorció, chillaba y me lanzaba miradas acusatorias, mientras la enfermera jugaba con la aguja, moviéndola a derecha e izquierda, para acabar informando de que no conseguía tomar una muestra de sangre.

¿Nos vamos a casa? –le pregunté a mi mujer tras tres horas agotadoras en la sala de emergencias atestada, cuando comprendí que marcharnos era lo más beneficioso para nuestro hijo.

–Sí –asintió en silencio, con el niño acurrucado en su regazo.

–Lo siento mucho –dijo una doctora joven que oyó que habíamos

decidido marcharnos antes de que un médico examinase al niño. Se disculpó y dijo que, según las normas, quien se negaba a recibir el tratamiento sugerido debía pagar 850 shékels.

–¿Qué tratamiento se ha sugerido exactamente? –le espetó mi mujer a la cansada doctora–, ¿no nos han ofrecido ni una silla y quieren 850 shékels? No vamos a firmar, hagan lo que quieran.

–Lo siento mucho –dijo la doctora bajando la mirada. La sala bullía de niños enfermos, padres nerviosos y médicos agotados e impotentes. Los números iban apareciendo en la pantalla digital y una voz automática dirigía a los pacientes a las diferentes ventanillas.

–Menuda mierda de sitio –le dijo el hombre árabe que estaba a mi lado a un chico que se sentó delante de él–, ¿tu primera vez?

–Sí –le respondió el joven, mientras sujetaba con fuerza los documentos para el visado–, la primera vez, sólo voy de viaje, a ver mundo.

–No vuelvas –le dijo el hombre experimentado–, aquí no hay futuro.

–¿Pero cómo? –preguntó el joven en voz baja, y se cambió de sitio para sentarse junto al hombre experimentado.

–Yo te diré exactamente lo que hacer –respondió el hombre, y el joven miró a derecha e izquierda para cerciorarse de que no había nadie escuchando.

7/6/2013

Monólogo del culo

Oye, Yoav, sí, sí, tú, el soldado de la Brigada Golani, ¿por qué no dijiste que eras amigo de Bennett? Hombre, yo te habría hecho los honores. Sí, soy yo quien te está hablando, el trozo de metralla que está junto a las posaderas, cerca de la columna vertebral. Ya sé que te sorprende que un fragmento de metal pueda hablar, y más en hebreo. Qué le vamos a hacer, estoy clavado en tu culo, llevo ya demasiado tiempo siendo parte de tu cuerpo, y entretanto también he aprendido tu idioma. Perdón por el acento, pero es que mi proyectil materno destacaba por el sonido gutural. Por cierto, hombre, lamento que te retuerzas de dolor cada vez que vas al servicio, pero créeme, yo sufro mucho más, que Dios te conserve la salud, pero apestas, sencillamente me estoy asfixiando.

Lo cierto es que, por un instante, me sentí orgulloso cuando Bennett te mencionó en su discurso. Su voz me resultó familiar, pero ya sabes, no puedo ver nada de lo que hay delante. En el caso de Bennett, me haces un favor, pero ¿no podrías haber girado un poco la espalda hacia la pantalla en la celebración del noventa cumpleaños de Peres? Me muero por ver qué aspecto tiene el hombre ahora, dicen que tiene clavado en el culo el mejor fragmento del barrio.

En cualquier caso, no me resulta fácil entablar esta conversación contigo. Desde que me di cuenta de que eres alguien cercano a Bennett, tengo grandes dudas, también pedí consejo a varios trozos de metralla con los que me encontré ayer cuando llegaste a la Casa del Soldado. Me dijeron que guardase silencio, que no serviría de nada, pero a pesar de todo me dije, yo soy diferente. Te conozco desde el 48 y, aunque tú me oprimes con los músculos

del cuello, intentando hacer lo que sea para olvidarte de mi existencia, estoy ahí detrás todo el tiempo, y de algún modo empiezo a sentirme parte de ti. Ya sé que no te gusta, hombre, claro que no, pero así son las cosas. Me creas o no, hasta me preocupo un poco por ti.

Escucha, Yoav, no hagas caso a tu amigo, no hagas caso a Bennett, recuerda que ante todo él se preocupa de su propio culo. Él no sabe lo que tú sufres, ni lo duro que se te está haciendo con el paso del tiempo. Ya no eres joven, Yoav, y aún no has encontrado el amor. Has luchado mucho, de eso puedo dar fe, y te mereces una vida algo más saludable. Yoav, yo sé que te cuesta dormir por las noches, yo sé lo duro que te resulta mirarte al espejo y mentir a los que te rodean. Por si no te has dado cuenta, ya no vas a fiestas como antes, y nadie como yo puede entender eso. Recuerda que soy yo quien está clavado detrás y quien oye lo que dicen de ti cuando te das la vuelta.

No me resulta agradable, Yoav, pero sí, dicen que caminas encorvado, incluso dicen que eres feo. Hasta esos que crees que te quieren, que siguen yendo a tu cumpleaños, que te sonríen, te ven como un hombre patético que no podrá resistir. De momento, te temen por tu fuerza, te sonríen por las vicisitudes del pasado, pero te desprecian, Yoav. No, no porque nacieses así, sino por tus actos, por tu actitud hacia mí.

Sé que es duro estar solo, mírame a mí. No tengo nada, únicamente a ti. Yo, que estallé en mil pedazos, me he quedado solo aquí. ¿Crees que no quiero reunirme con el resto de los trozos de metralla?, ¿crees que no sueño con volver a casa, a la tierra?

Opérate. Libérame y libérate. Yo también corro un gran riesgo. También nosotros decimos, más vale culo conocido que culo por conocer. Muchas veces pienso que tal vez ya me he acostumbrado a tu olor, muchas veces presiento que fuera será peor. Los trozos de metralla, como ya sabes, podemos ser muy frágiles y, a veces, sólo de pensar que tendré que ir por el mundo como uno que ha salido del culo de un judío, me crispo. Lo sé, seguro que te duele, vuelvo a pedirte perdón.

Reconoce las limitaciones de tu cuerpo, Yoav, y deja de contarte mentiras y de trasmitírselas a tus hijos. Ambos sabemos que no tienes ni idea de lo que es el pueblo de Israel, cuándo empieza y cuándo acaba, ambos sabemos que

no sabes lo que es exactamente la tierra de Israel, dónde empieza y dónde acaba, por no hablar de mí, que tengo un margen de maniobra entre tus intestinos y el ano. A pesar de que algunas veces, sorpréndete, en momentos de calma y tranquilidad puedo oír los latidos de tu corazón, y eso me otorga unos escasos instantes de paz, a veces incluso de esperanza.

Tu tiempo se está acabando, Yoav, y con los años, sólo te estás volviendo más feo. ¿Durante cuánto tiempo crees que podrás vivir únicamente en compañía de gente como tú? ¿Durante cuánto tiempo crees que sobrevivirás sin amor, y sin poder alzar la cabeza y caminar erguido?

A veces, cuando te reúnes con tus escasos camaradas, casi los únicos que están dispuestos a hablar contigo, todos esos camaradas que, sin excepción, sufren las molestias de un trozo o dos de metralla, me lleno de compasión. Mi corazón se apiada cuando os reunís para daros ánimos, jurando que reduciréis a polvo los trozos de metralla, justo en esos momentos en que estáis llenos de confianza en vosotros mismos y habláis de los analgésicos que acabarán con los trozos de metralla, o de una operación con láser que los hará desaparecer. Yo hablo con mis amigos de metal que están congregados con vosotros, y reconozco que a veces es aterrador, pero todos sabemos que, si continuáis así, terminaréis descomponiéndoos y pudriéndoos, y sólo entonces nos dejaréis libres.

21/6/2013

Y así declaro

He dudado mucho sobre cómo reaccionar ante la propuesta de anexionar los pueblos árabes de Wadi Ara y el Triángulo a Cisjordania. En vez de enfadarme y reaccionar como suelen hacer los árabes a los planes gubernamentales, he decidido ser pionero y proponer un plan de paz cuyos puntos fundamentales voy a exponer a continuación.

1. Todo aquel que se encuentre entre el mar Mediterráneo y el río Jordán, esté en posesión de un certificado de residencia/documento de ciudadanía/permiso de conducir y esté interesado en ser ciudadano del nuevo Estado, por ley tendrá derecho a serlo.

2. Todo aquel que haya entrado en el país después del 1/1/2014 y haya recibido la ciudadanía sólo porque su madre es judía, no será un ciudadano legítimo del Estado, y se considerará un vestigio del viejo colonialismo, hasta que se demuestre lo contrario.

3. El nuevo estado será un refugio para los judíos de todo el mundo que pasen por un comité y demuestren que son perseguidos por su condición de judíos.

4. El nuevo estado será un refugio para todos los palestinos del mundo que pasen por un comité y demuestren que son perseguidos y discriminados por su condición de palestinos.

5. A los ricos, sean judíos o palestinos, se les darán facilidades en el comité de admisión.

6. El Triángulo será sustituido por un Cuadrado.

7. Los judíos pedirán perdón de corazón.

8. Los árabes perdonarán de corazón.

9. Los árabes pedirán perdón, sobre todo los unos a los otros.
10. Quedará prohibido jugar a las palas en todas las playas del país.
11. Los alumnos del nuevo país deberán aprobar un curso que se llamará «hacer cola».
12. Wadi Ara se extenderá hasta el río.
13. Tolerancia cero a todas las manifestaciones de racismo.
14. Permitido ser creyente.
15. Permitido ser ateo.
16. El Estado será aconfesional.
17. Prohibido fundar partidos políticos judíos.
18. Prohibido fundar partidos políticos árabes.
19. Árabes y judíos vivirán donde ellos quieran.
20. Serán abolidos los comités de admisión.
21. Árabes y judíos tendrán derecho a amar.
22. Los ciudadanos podrán contraer matrimonio con personas de cualquier sexo.
23. El árabe y el hebreo serán idiomas obligatorios en todos los sistemas educativos, hasta que se mezclen en uno solo.
24. Prohibido abrir escuelas árabes.
25. Prohibido abrir escuelas judías.
26. Permitido el divorcio cada cuatro años.
27. Las banderas serán abolidas. En los actos oficiales y en las competiciones deportivas se izarán banderas blancas.
28. Se cambiará el nombre del Estado.
29. El himno no tendrá letra.
30. Los asistentes sociales empezarán a recibir sueldos dignos.
31. Todos los niños estudiarán una misma historia.
32. Prohibido mentir a los niños.
33. Político será una profesión que habrá que estudiar.
34. Los filósofos sustituirán a los políticos.
35. Un filósofo que cree en Dios no es un filósofo.
36. Los periodistas informarán sólo de la verdad.
37. Se prohibirá la labor de comentarista.

38. Judíos ultraortodoxos y árabes deberán llevar un conductor acompañante toda la vida.

39. Se penalizará a todo aquel que envíe un paquete a sabiendas de que no cabrá en el buzón, y el destinatario recibirá una notificación conminándole a acercarse a la oficina de correos más cercana.

40. Un ciudadano que se considere superior a otro será deportado a Siberia.

10/1/2014

Estados Unidos

Esta semana fui con mi mujer al consulado de Estados Unidos en Jerusalén. La cuidadora de mi hijo pequeño consiguió sacarle una foto acorde con los requerimientos de la solicitud *online* del visado, de modo que, por fin, logré inscribirme y fijar una fecha para la entrevista en el consulado. En esas solicitudes había varios apartados especialmente aterradores. De mí mismo podía fiarme, pero tenía que preguntarle a mi mujer antes de marcar sí o no en el cuestionario de seguridad.

–Dime, ¿has participado alguna vez en un genocidio? –acabé preguntándole en el salón, delante de los niños–, ¿has sido alguna vez miembro de alguna organización terrorista?

–No –dijo–, ¿es que te has vuelto loco o qué te pasa?

–Tengo que oírtelo decir –le respondí, y continué–, ¿has tenido alguna vez relación con alguien que haya pertenecido en alguna ocasión a una organización terrorista? –y ahí realmente la miré directamente a los ojos para cerciorarme de que decía la verdad.

–No –respondió con determinación, y le compré la respuesta.

–¿Eso es lo que preguntan? –preguntó.

–Sí, tienes que responder a todas estas preguntas para entrar en los Estados Unidos –respondí, y continué–, ¿tienes intención de casarte con un ciudadano estadounidense y quedarte en los Estados Unidos?

–¿Qué? –gritó mi mujer–, tengo que ver esa pregunta.

–Déjame –le respondí, escondiendo las solicitudes–, escribiré que no.

Pertrechados con las solicitudes correspondientes para el visado de visitantes de intercambio, llegamos justo a tiempo a la entrada del consulado.

Se había formado una larga cola delante de la ventanilla exterior, donde había una joven, tras un cristal que juraría que estaba blindado, recibiendo a los que llegaban. Nos pusimos a la cola, y me llevó unos minutos caer en la cuenta de que los vigilantes de uniforme que estaban en la entrada del consulado hablaban entre ellos en árabe. No deja de sorprenderme eso de los vigilantes árabes, ya me había percatado de que los vigilantes de los centros comerciales, de los festivales de literatura y de otros lugares de la ciudad eran residentes de Jerusalén este, pero no podía asimilarlo del todo. No estoy hablando aquí de árabes que han hecho el servicio militar y se les ha asignado un puesto de vigilantes, sino de árabes como yo que jamás han tocado un arma y ocupan cargos relacionados con la seguridad. Es cierto que nunca van armados, pero aun así, diablos, no es agradable que un árabe me inspeccione debajo del capó del vehículo e intercambie conmigo unas frases en hebreo para descubrir qué acento tengo. Pero me alegré. No sé por qué, pero un vigilante árabe es algo que siempre me alegra.

–Por favor, manténganse en fila –pidió la chica desde detrás del cristal por el altavoz, y todos los que esperaban se alinearon. También mi mujer y yo nos pusimos en fila, porque, al igual que todos, nosotros queríamos un pase de entrada en los Estados Unidos. Y allí, en Occidente, aunque la empleada era árabe exactamente igual que los vigilantes, había otras normas, era otra cultura, y una cola era una cola, y puede que eso fuese una prueba de admisión, y ninguno de los presentes quería que le denegaran el permiso por no estar en fila como una persona civilizada.

–¿Te has dado cuenta de que todos son árabes y judíos ultraortodoxos? – me susurró mi mujer al oído, y yo le respondí también en voz baja:

–Estamos en Jerusalén, ¿qué otra cosa hay?

La cola avanzaba deprisa y, después de pasar por la ventanilla exterior de la agradable empleada, pasamos también por donde estaban los vigilantes árabes. Estaba prohibido introducir teléfonos, así que los dejamos en las taquillas de la entrada, y al instante me sentí tenso, desconectado y asustado, porque comprendí que iba a estar no disponible. «Estoy disponible, luego existo», de golpe comprendí el sentido de la vida.

Después de la zona de seguridad, entramos en una amplia sala con lugares

de espera y ventanillas tras las que había más empleados. Las largas colas avanzaban relativamente deprisa, y los empleados eran educados y sonreían constantemente, pese a que buena parte de ellos no eran norteamericanos, sino árabes e israelíes.

–Esto sí que es un buen servicio –le susurré a mi mujer mientras dejábamos en una máquina las huellas dactilares y entregábamos los documentos.

–Ya lo sé –me respondió también en voz baja, y me habló de una amiga suya que había pasado dos años en Estados Unidos y que le había contado que «la vida en Estados Unidos es mucho más cómoda».

–¿Qué quiere decir cómoda? –pregunté inquieto.

–Por ejemplo, si entras en un súper y no hay carros, te traen uno, hay trabajadores encargados de eso.

–¿De verdad?

–Sí –respondió–, y también me contó que no hay colas en las cajas, que si hay mucha gente, enseguida abren otra caja, no hay esperas.

–Entonces, ¿nos vamos a Estados Unidos porque es mucho más fácil comprar en el súper? –pregunté.

–Y también por el inglés para los niños –respondió mi mujer.

A diferencia de mi mujer y de mis hijos, yo estoy muy inquieto ante el inminente viaje. Estaremos en el sur de Illinois y allí el invierno es como los inviernos de los libros. Pienso en mí abriéndome paso en la nieve del aparcamiento e intentando descongelar las ventanillas heladas del coche, y ya siento que quiero estar en casa con el té, el limón y todo eso. Voy a dar clase, y eso me aterra. No sé qué clase de profesor seré. Entre mis tareas está también dar clase de hebreo. Y, cuando pienso que tendré alumnos norteamericanos que, después de estudiar conmigo, hablarán hebreo con acento árabe, me pongo más nervioso aún. Serán los alumnos más marginados del Taglit.¹

Los niños son mi principal preocupación en los Estados Unidos. Es cierto que ellos están entusiasmados y emocionados por el viaje de un año, pero a veces me da miedo que piensen que es como una excursión familiar y que no comprendan lo que implica un idioma distinto, una nueva cultura, una

sociedad diferente y unas inevitables dificultades de aclimatación. «Para los niños es de lo más fácil», aseguran los amigos, pero yo no les creo. Ya he inscrito a mi hijo pequeño en una guardería del barrio donde hemos alquilado un piso para el próximo año, y a los mayores los matricularé en unos colegios públicos que se supone que son buenos. He leído páginas web que clasifican colegios y he llamado por teléfono al municipio.

Repasé las solicitudes y el apartado de «raza» me desconcertó, busqué «árabes» y no lo encontré, había blancos, negros, hispanos y asiáticos, pero no había raza árabe. Miré en internet para comprobar qué nos consideran y descubrí que, en Estados Unidos, los que llegan de Oriente Medio y del norte de África son considerados blancos. Eso me sorprendió mucho, porque jamás me he tenido por blanco, pero recuerdo el momento en que señalé en las solicitudes que éramos blancos. Sonreí maliciosamente y supe que me estaba volviendo racista, ¡y menudo racista!, bastaba con aplicar la experiencia acumulada durante cuarenta años.

–Somos nosotros –le dije a mi mujer cuando dijeron nuestro nombre por el altavoz–, Kasuha.

–¿Kasuha? –preguntó sorprendida.

–Lo creas o no –le dije mientras caminábamos hacia el empleado–, es un apellido de blancos.

7/6/2014

1. Taglit, descubrimiento, es un proyecto educativo destinado a que los jóvenes judíos de todo el mundo conozcan Israel, su historia y su cultura, y profundicen así en su identidad judía. (*N. de la T.*)

Lo que se queda en casa

No tengo permiso de conducir, y cada vez salgo menos de casa. De hecho, llevo ya cuatro días sin cruzar la puerta salvo cuando tengo que tirar la basura o mirar el buzón. Me paso casi todo el tiempo sentado frente al ordenador en el estudio, intentando escribir algunas frases entre que navego por Facebook, miro YouTube y sigo la evolución de la crisis en las elecciones municipales de Nazaret. Cada media hora me enciendo un cigarro, de hora en hora voy a la cocina, abro el frigorífico para comprobar lo que puedo comer, normalmente es un sándwich con fiambre y mayonesa. Me como el sándwich frente al televisor, veo fragmentos de reposiciones de series cómicas y engordo. Sí, han pasado dos semanas desde que me retiraron el permiso y la báscula asegura que he ganado tres kilos.

Entre un sándwich y una galleta, friego los cacharros, limpio la encimera y recojo la cocina. Odio fregar el suelo, pero no me importa pasar la aspiradora, barrer ni ordenar el constante follón de las habitaciones de los niños. Desde la retirada del permiso de conducir, es imposible encontrar ni una sola prenda de ropa sucia en la casa. Si antes la ropa se amontonaba en cantidades aterradoras, ahora no consigo contenerme y pongo la lavadora incluso cuando está medio llena. Lo meto todo en la secadora en el momento exacto, y tiendo la ropa delicada y los vaqueros. Luego lo doblo y lo coloco en los armarios. No cocino, eso lo he aprendido de mi mujer.

A pesar de lo ocupado que estoy con las tareas domésticas, la televisión y los sándwiches, estoy contento del ritmo con el que avanza mi trabajo. Al final, parece que en las oficinas de la productora perdía mucho más tiempo preparando café y cotilleando sin parar con los compañeros, a pesar de que

allí no ocurría realmente nada interesante. No sufro en casa, al contrario, me gusta nuestro piso. Siempre me ha gustado y, ahora que paso en él todo el día, incluso me gusta más. Pensar que tendremos que alquilarlo dentro de unos seis meses por el viaje a Estados Unidos, y el hecho de que un extraño viva en él, empieza a fastidiarme. Pero no hay más remedio, necesitamos el dinero. Tenemos una hipoteca alta, y la casa que alquilemos en algún lugar de Illinois no va a ser nada barata. Ya hemos encontrado algo, es decir, uno de los profesores de la Universidad de Illinois nos envió fotos de una casa americana cercana al campus de Urbana. Una casa bonita, de dos plantas, con chimenea en el salón y un amplio jardín. Los niños se quedaron entusiasmados con la nieve que cubría el jardín, y yo he estado comprobando cada día el clima en la ciudad y me he alegrado al descubrir que está mejorando y que la temperatura es solamente de 14 grados bajo cero. También he estado entrando habitualmente en las páginas web de los colegios que marqué para los niños. Los colegios han permanecido cerrados casi toda la semana debido a la tormenta, eso ponía en las páginas web junto a una señal amarilla con forma de triángulo donde parpadeaba la palabra ALERT.

Si todo iba bien, viviríamos en la casa de una pareja de profesores que se iban de sabático a algún lugar de Europa. Los dueños eran muy simpáticos, nos hablaron de los colegios de la zona, de los accesos y los medios de transporte. Dijeron que nos dejarían a mi mujer y a mí un par de bicicletas, y aseguraron que esa era la forma más cómoda y saludable de llegar a la universidad. Mi mujer se rio cuando le conté lo de las bicicletas, y yo dije que a lo mejor, en el extranjero, algo ejercía una buena influencia sobre mí, me transformaba en una mejor persona que se preocupaba por el medioambiente y empezaba a pedalear cada mañana hacia un agradable café, para luego continuar hacia el campus rebosante de energía positiva. No se puede fumar dentro de la casa, dijeron los dueños, y yo accedí al instante. Además, tenía esperanzas de que las estrictas leyes antitabaco, que prohíben fumar en todo el recinto del campus, me hiciesen superar por fin esa infame adicción. Quién sabe, a lo mejor hasta iba al gimnasio, a yoga.

Los generosos profesores nos enviaron fotos de todas las habitaciones de la casa. De vez en cuando vuelvo a mirar atentamente las fotos para recopilar

información y aprender más de la casa y de sus dueños, a quienes reemplazaremos durante un año. Muebles sencillos, agradables, libros por todas partes, un piano, piezas de Lego de los niños, una radio en la habitación de uno de los hijos, un bate de béisbol reluciente debajo de la cama y un atril situado delante de una silla vacía. Violonchelo, decidí que su hijo tocaba el violonchelo, a pesar de que no encontré el instrumento en ninguna foto.

¿Qué se llevarán? ¿Qué dejarán? Pensé en ellos y luego en nosotros. ¿Qué nos llevaremos? ¿Ropa? ¿Cuánta? El invierno allí no se parece en nada al de aquí. ¿Y libros? Sí, aunque sea unos pocos, para que los niños tengan algunos para la lengua, árabe, por supuesto, ¿y el hebreo?, ¿nos llevaremos libros en hebreo?

¿Quién cuidará mis libros? ¿Cómo puedo permitir que un extraño se siente en mi estudio y me toque los libros? Y mi mujer, la conozco, querrá quemar el colchón si se entera de que otra persona ha dormido en él. Ya dijo que le daba lo mismo, que allí, en Urbana, compraríamos colchones nuevos y sábanas nuevas, para todos.

«Os cuidaremos la casa», quería asegurarle a la pareja de profesores a la que reemplazaríamos durante un año, pero no dije ni palabra. No nos queda otra, debemos alquilar el piso, no hay más remedio: las tasas municipales, las facturas, la comunidad y la hipoteca, sobre todo la hipoteca que, aunque ya han pasado seis años, aún no ha bajado ni un shékel, y los plazos mensuales no hacen más que subir. «Empezará a bajar un día de estos», me aseguró un amigo, pero yo sigo siendo un hombre de poca fe.

Tenemos un piso fantástico, pensé después de ordenar la cocina y doblar otra lavadora de ropa. Elegiremos a los inquilinos con mucho cuidado, me consolé a mí mismo, mientras preparaba café y me sentaba en la impoluta cocina a leer tranquilamente el periódico. En la primera página ponía que el alcalde, Nir Barkat, estaba promocionando a Rabbi Shmuel Eliyahu,¹ de Safed, para el Rabinato de Jerusalén, y yo confié en que, hasta entonces, no saliese una ley que me impidiera alquilar el piso a árabes.

1. En el año 2010, un nutrido número de rabinos, entre ellos Shmuel Eliyahu, firmaron un documento en el que pedían públicamente que se prohibiese la venta y alquiler de casas a los árabes. *(N. de la T.)*

Despedida

No tardaré en irme de aquí. Dentro de unos días abandonaré Jerusalén y saldré del país. Ayer compramos unas maletas pequeñas para los niños. No es necesario llevar mucha ropa: dejaremos aquí la de invierno, porque a fin de cuentas con lo que tienen no les bastará, con el frío que hace en el sur de Illinois, en EE.UU. Hasta que estemos instalados sólo necesitaremos unas cuantas cosas. Quizá los niños deberían llevarse algunos libros, dos o tres escritos en árabe y otros cuantos en hebreo, para que no olviden estas lenguas. Pero no estoy muy seguro de querer que mis hijos recuerden este lugar, tan querido y tan maldito.

El plan original era marcharnos dentro de un mes a pasar un año sabático. Pero durante la semana pasada me he ido dando cuenta de que no podemos quedarnos más tiempo. Así que pedí al agente de viajes que nos saque de aquí lo antes posible, y «que por favor sean billetes sólo de ida». Dentro de unos días aterrizaremos en Chicago y no tengo ni idea de dónde pasaremos el primer mes. Ya veremos.

Tengo tres hijos: una hija que ya ha cumplido los catorce y dos niños de nueve y tres años. Vivimos en la parte occidental de Jerusalén. Somos la única familia árabe de nuestro barrio, al que nos trasladamos hace seis años. «Podéis llevar dos juguetes», dijimos esta semana en hebreo al pequeño, que estaba de pie en su habitación mirando las cajas de juguetes y comenzó a llorar aunque le prometimos que le compraríamos lo que quisiera cuando llegáramos.

Yo también tengo que decidir qué me llevo. Sólo puedo escoger dos libros, me dije mientras miraba los estantes de mi estudio. Aparte de un libro

de poesía de Mahmoud Darwish y una selección de relatos de Khalil Gibran, todos los libros que tengo están en hebreo. Son libros que empecé a comprar cuando tenía quince años y me han acompañado en todos mis traslados a lo largo de los años. No he leído apenas nada en árabe desde que tenía catorce años. A esa edad vi una biblioteca por primera vez en mi vida. Hace veinticinco años mi profesor de matemáticas de Tira, el pueblo en el que nací, vino a casa y les dijo a mis padres que al año siguiente los judíos iban a abrir en Jerusalén un colegio para alumnos aventajados. Le dijo a mi padre que presentara la solicitud, que yo tenía que hacer el examen de acceso. «Allí estará mejor», recuerdo que dijo aquel profesor a mis padres. El examen me salió bien, pasé las entrevistas, y cuando tenía la edad de mi hija salí de mi casa de Tira para ir a un internado judío en Jerusalén. Fue muy difícil, casi cruel. Recuerdo cómo lloraba cuando mi padre me abrazó y me dejó en la puerta de aquel colegio nuevo, impresionante como nada que yo hubiera visto en Tira. En una ocasión escribí que la primera semana que pasé en Jerusalén fue la más dura de mi vida. Yo era distinto, era otro; mi ropa era distinta y mi lengua también. Todas las clases se daban en hebreo: ciencia, literatura, la Biblia... Y yo estaba sentado en el banco sin entender ni una palabra. Cuando intentaba decir algo todos se reían de mí. Quería con todas mis fuerzas volver a casa con mi familia, a mi pueblo con mis amigos, a la lengua árabe. Lloré cuando hablaba por teléfono con mi padre, le pedí que fuese a buscarme. Pero lo único que me dijo él fue que los comienzos siempre son duros y que en unos meses estaría hablando hebreo mejor que ellos. Recuerdo que aquella primera semana el profesor de literatura nos mandó leer *El guardián entre el centeno*, de Salinger. En Tira no teníamos clase de literatura. En Tira no había biblioteca... Sigue sin haber. *El guardián entre el centeno* fue el primer libro que leí en hebreo. Fue la primera novela que leí en mi vida. Me llevó varias semanas, pero cuando terminé me di cuenta de que había dos cosas nuevas en mi vida. La primera, que podía leer un libro en hebreo. La segunda, comprendí a la perfección que me encantaban los libros. Desde el momento mismo en que los descubrí las ciencias dejaron de interesarme y empecé a ir a la biblioteca a leer. Comencé a hablar el hebreo cada vez mejor, hasta que lo dominé casi a la perfección. La biblioteca del internado sólo

tenía libros en hebreo, así que empecé a leer libros de autores israelíes. Leí a S. Y. Agnon, Meir Shalev, Amos Oz. Empecé a leer sobre el sionismo, sobre el judaísmo y la construcción de la patria. Enseguida comprendí el poder de los libros y me encontré leyendo historias sobre pioneros judíos, sobre la Shoah, sobre la guerra. Durante estos años también empecé a comprender mi propia historia, y sin planear nada al respecto empecé a escribir sobre los árabes que viven en un internado israelí, en la zona occidental, en un país judío. Comencé a escribir creyendo que lo único que tenía que hacer para cambiar las cosas era escribir cómo era todo al otro lado, contar las historias que había oído a mi abuela. Escribir cómo había muerto mi abuelo en la batalla de Tira, en 1948, cómo mi abuela había perdido todas nuestras tierras, cómo había criado a mi padre, huérfano del suyo a los pocos meses de edad, mientras se ganaba la vida recogiendo fruta para un patrón judío. Quería contar, en hebreo, que mi padre había estado muchos años en la cárcel, por sus ideas políticas, sin haber sido juzgado. Quería contar a los israelíes una historia: la historia palestina. Seguramente lo entenderían cuando la leyeran, seguramente cambiarían cuando la leyeran, lo único que tenía yo que hacer era escribir y así terminaría la ocupación. Lo único que tenía yo que hacer era ser buen escritor, y así conseguiría liberar a mi pueblo de los guetos donde vivían. Contaría buenas historias en hebreo y así estaría a salvo. Otro libro, otra película, otra columna para el periódico, otro guión para televisión, y mis hijos tendrían un futuro mejor. Gracias a mis historias, un día llegaríamos a ser ciudadanos iguales, casi como los judíos.

Llevo veinticinco años escribiendo en hebreo y no ha cambiado nada. Veinticinco años aferrado a la esperanza, creyendo que no es posible que la gente esté tan ciega. Veinticinco años en los que apenas he tenido motivos para ser optimista, pero he seguido creyendo que sería posible, que un día este lugar en el que conviven judíos y árabes sería una historia donde no se negaría la historia del otro. Que un día los israelíes dejarían de negar la *nakba*, la ocupación, y el sufrimiento del pueblo palestino. Que un día los palestinos estarían dispuestos a perdonar y que juntos podríamos construir un lugar en el que valdría la pena vivir, exactamente como en esos cuentos con final feliz.

Llevo veinticinco años escribiendo, recibiendo críticas amargas de ambos lados, pero la semana pasada tiré la toalla. La semana pasada algo se quebró dentro de mí. Cuando vi a la juventud judía recorriendo la ciudad y gritando «Muerte a los árabes» y atacar a los árabes sólo por ser árabes, me di cuenta de que había perdido mi pequeña guerra personal.

He escuchado a los políticos hablar por televisión y sé que hacen diferencias entre dos tipos de sangre, entre dos pueblos. Los que han llegado al poder dicen expresamente lo que piensa la mayoría de los israelíes: «Nosotros somos mejores que los árabes». Cuando participaba en alguna mesa redonda siempre se decía eso, que los judíos son un pueblo superior y con mayor derecho a la vida. Me desespera darme cuenta de que una gran mayoría de gente de aquí no reconoce el derecho de los árabes a vivir. Al menos, no en este país.

Tras mis últimas columnas algunos lectores empezaron a rogarme que me exiliara a Gaza, me amenazaron con romperme las piernas o con secuestrar a mis hijos. Vivo en Jerusalén y tengo algunos vecinos judíos maravillosos, algunos amigos judíos maravillosos –escritores y periodistas–, pero sigo sin poder llevar a mis hijos al parque o a una excursión a pasar el día con sus amigos judíos. Mi hija protestó mucho, y dijo que nadie tenía por qué saber que era árabe porque hablaba un hebreo perfecto. Pero no la escuché. Se cerró en su habitación y se echó a llorar.

No tardaré en irme de aquí. Ahora estoy delante de las estanterías de mi estudio, con el libro de Salinger en la mano: el que leí cuando tenía catorce años. No quiero llevarme ningún libro. He decidido que tendré que concentrarme en mi nueva lengua. Y sé lo difícil que es, casi imposible, pero tengo que encontrar otra lengua en la que escribir, y mis hijos tendrán que encontrar otra lengua en que vivir.

–¡No entres! –gritó mi hija, furiosa, cuando llamé a la puerta de su habitación.

Entré, de todos modos. Me senté en la cama junto a ella y, a pesar de que me estaba dando la espalda, yo sabía que me estaba escuchando.

–Escúchame –dije antes de repetirle exactamente la misma frase que mi padre me había dicho a mi a las puertas del mejor colegio del país,

veinticinco años atrás—. Recuerda que hagas lo que hagas en la vida, para ellos siempre, absolutamente siempre, serás árabe. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —dijo mi hija dándome un fuerte abrazo—. Hace mucho tiempo que lo sé, papá.

—No tardaremos en irnos de aquí —le digo mientras le revuelvo el pelo de esa forma que le fastidia tanto—. Pero mientras, lee esto.

Y le di *El guardián entre el centeno*.

19/7/2014